



ISABELLA ABAD

CRUELES  
CADENAS

*Serie Sueños de libertad*

# **CRUELES CADENAS**

**Isabella Abad**

©Reservados todos los derechos  
Prohibida su reproducción total o parcial sin la  
debida autorización de la autora.

**Julio, 2017**

**Esta es una historia de dolor, discriminación, violencia pero sobre todo de amor. Filial, paterno, sentimental.**

**Como tantas, como ninguna. Solo igual a sí misma.**

**Que busca mostrar la belleza de la diferencia de las personas.**

**Que apuesta al amor por encima de barreras que imponen la clase, el color, el origen.**

**Que pretende mostrar como las cadenas que nos imponen: el miedo, el dolor, la pobreza, la violencia y los malos amores no son más que grilletes de nuestra mente.**

**Y la esperanza existe y mueve. Y el amor contagia y cambia.**

**Para acceder a otras novelas:  
[amazon.com/author/isabellaabad](https://amazon.com/author/isabellaabad)**

Si estás interesado en recibir mis novedades y relatos gratis, puedes ingresar en este link:  
**[eepurl.com/cLmx4j](https://eepurl.com/cLmx4j)**

## PREÁMBULO

*Río de Janeiro, 2016.*

Marcia se presentó en la recepción del enorme y lujoso edificio y pidió al solícito conserje que anunciara su presencia a la compañía de Bienes Raíces Do Nascimento. Trató de mostrarse segura y distendida pero por dentro sentía su estómago estrujado por los nervios. Era una oportunidad única la que estaba viviendo, la había esperado por meses y ahí estaba al fin.

Si su comportamiento era profesional y la excelencia de sus calificaciones de egreso se acompañaban de la buena predisposición de quien la recibiera, podría impresionar a los ejecutivos de la compañía y conseguir un puesto de trabajo de jerarquía que colmara en parte sus ambiciones.

La empresa ocupaba todo el octavo piso del edificio en el corazón del barrio Sao Conrado, lugar de lo más selecto y exclusivo, residencia además de lo más rancio de la clase alta carioca. Paradójicamente se ubicaba a golpe de piedra de distancia del lugar de origen de la joven, la favela Rocinha. Cercanía física que solo servía para contrastar la enorme diferencia social y económica entre los seres de ambos universos, haciendo honor a la expresión “tan cerca y a la vez tan lejos”.

Transitó el lobby y un ascensor silencioso y veloz la condujo a la mesa de entrada del complejo. Una inexpresiva y elegante secretaria de mirada inquisitiva le señaló la sala de espera. Marcia sintió sobre su espalda los ojos penetrantes al encaminarse al lugar. “Seguramente no me ve a la altura” pensó. “Basta, debo calmarme y dejar de presionarme. Soy una más para ella, ¿por qué debería emitir juicio?” Se fastidiaba consigo mismo por su inseguridad constante, solo superada por su obcecada persistencia e

inteligencia.

Había dos personas más en la pequeña y coqueta salita esperando su turno para ser evaluados para el empleo en la asesoría contable de la empresa. Era lógico que existiera competencia; el puesto y el sueldo eran muy atractivos para cualquiera con formación académica. Ella la tenía de sobra, aunque carecía de experiencia previa en un puesto de esa índole. No la atemorizaba, aprendía con facilidad y estaba dispuesta a trabajar lo necesario y más.

Lo que le preocupaba eran las condicionantes que sabía le jugaban en contra: mujer, negra y de origen humilde, con un título profesional conseguido a puro pulmón y sacrificio en la Universidad pública de Río. No era poco lastre en un mundo dominado por hombres y blancos. Las mejores calificaciones y referencias de docentes a veces no alcanzaban para quebrar del todo las murallas de la discriminación por género o raza que imponía una parte de la población.

Pero no se rendía sin luchar. Alzó la cabeza y acomodó la cabellera rizada contenida por broches, alisó su falda y avanzó, sentándose en un sillón junto a una de las ventanas luego de saludar secamente. Había estado un tanto irresoluta acerca de su ropa pero sus opciones no eran demasiadas. Sabía que debía dar la mejor impresión posible y solo tendría una chance, por lo que se decidió por una camisa blanca, una chaqueta entallada discretamente y una falda tubo por debajo de las rodillas. Quería mostrar una imagen sobria y lo más anodina posible, sin estridencias, aunque cualquiera que la mirara le diría que era imposible dejar de apreciar su cuerpo atlético y bien formado, sus largas y torneadas piernas, su busto firme y sus caderas amplias, todo coronado por un rostro de una belleza morena exuberante y sin afeites. Toda una belleza natural.

Evaluó el entorno con una mirada. Se respiraba el lujo de la riqueza que despedían los sillones de cuero y la alfombra de lana cruda, además de la

decoración, especialmente dos pinturas que evidentemente eran de reconocidos autores. La actividad era intensa: la secretaria no cesaba de atender el teléfono y a trajeados y perfumados individuos que traían y llevaban expedientes y carpetas. Sabía que la empresa controlaba muchos negocios en todo Río pero en especial en las zonas residenciales, por lo que la cuantía de los ingresos era más que importante. Ingresar a trabajar en la sección de Finanzas sería un logro trascendente.

Un mundo bien diferente al suyo este que la rodeaba hoy, pero al que aspiraba a ingresar con fervor. Buena parte de sus sueños y los de su padre se condensaban en este momento y esta oportunidad. Romper las cadenas de la pobreza y miseria que habían signado las primeras dos décadas de su vida. Dejar atrás la tragedia y el dolor que supusieron su infancia y su adolescencia.

## Capítulo 1

*Río, 1997*

*I.*

Amanecía y el sol se colaba generoso por las aberturas de la humilde casa sobre el morro carioca en pleno corazón de la Rocinha, favela de las más populosas y complejas de Río de Janeiro, Brasil. En la ventana y atisbando la calle la carita de Marcia mostraba signos de una noche de horror, tanto que ni siquiera los cálidos rayos del astro rey alcanzaban a disiparlo. Incomprensible, inabarcable para sus seis años.

El silencio arreciaba ahora; los disparos de la noche, las corridas y la sangre ya no estaban. Su padre Joao y su hermano Yair se habían encargado de ello, buscando que desaparecieran las huellas del infierno, como si al hacerlo se pudiera eliminar el mismo. El cuerpo de María había sido retirado por la Policía, apenas cubierto por una vieja sábana que Joao buscó como mortaja para su esposa, en el postrer y más doloroso gesto de amor que pudo tener con ella.

Todo había ocurrido en cuestión de minutos, su mundo se derribó para siempre. La humilde pero honesta morada, de gente de trabajo y familia, destruida por una bala perdida que el destino tuvo la mala idea de filtrar por una de las ventanas a través de las cuales la brisa nocturna enfriaba la casa. Marcia tenía en su mente el último gesto de su madre, que caminaba riente hacia la mesa con su plato de feijoada y de pronto helaba el rostro y sus ojos perdían luz, para caer. Una rosa sangrienta en su blusa desató el pandemónium de la familia que corrió en su auxilio, gritando por ayuda y llorando con desconsuelo.



Los vecinos que llegaban en tropel, los vanos intentos de su padre Joao por cubrir la herida con sus manos y detener la vida que se escapaba, la demora en el arribo de alguien especializado que la salvara. Todo eso pasó ante los ojos de la niña hasta que una clemente vecina la vio acurrucada y tomándola en brazos la llevó a su casa junto a su hermano Ronaldo, más pequeño que ella. Allí permaneció en silencio y casi catatónica varias horas, hasta que su papi la fue a buscar. No preguntó, no buscó ni esperó nada. Aún tan pequeña sabía que en su barrio muchas almas se iban sin remedio y la esperanza era un cuento que muchas veces no tenía un final feliz.

Fue esa misma noche que soñó por primera vez con Asmina, en lo que se convertiría en una constante de su vida en los momentos de estrés, tristeza o abatimiento más profundos. Su dormir intranquilo y casi espasmódico se aquietó con la primera imagen de la mujer: una joven negra, alta y esbelta, con el cabello corto y rizado y una mirada altiva pero a la vez dulce. “Tranquila, nena” le susurró. “Todo irá bien. Eres fuerte, te pareces a mí. Descansa, tu mamá se ha ido a un mejor lugar y te cuida desde allí.” Lo recordó vivamente al despertar; no conocía a la señora pero su presencia le brindó paz y calma.

No fue hasta la noche siguiente que su padre y sus hermanos se sentaron alrededor de la mesa y trataron de reordenar los pedazos de la vida familiar destrozada. Los intentos de consolar a los dos pequeños, Marcia y Ronaldo, chocaron con una niña lúcida y firme que les aseguró que sabía que su mamá no volvería pero un ángel le había dicho que ella estaba bien y descansando.

– ¿Un ángel, mi amor? – susurró Joao desconcertado.

– Vino a mí en sueños, una señora muy bella y me lo contó. Dijo además que yo era como ella.

– ¿Cómo?

– Fuerte.

– ¿Era una mujer negra?

– Sí, muy bonita.

– No es un ángel, aunque sin duda busca protegerte. Es probablemente Asmina, una de nuestros antepasados. La fundadora de nuestra familia, de nuestra estirpe – señaló Joao –. Cada tanto y cuando alguien la necesita aparece en los sueños de nuestras mujeres. Pocas veces. Eres muy especial, Marcia. Ella te ha elegido para hablarte y protegerte.

La niña asintió, sentía que así era en verdad.

2.

– Debes contarme sobre Asmina – casi exigió –. Ella sabe todo de mí, es justo que la conozca también.

El pedido demandante de la pequeña Marcia impulsó a Joao a relatar y desgranar la historia de aquella mujer desde los inicios, en una historia por capítulos noche a noche durante meses, casi como un catecismo. Llegaba casi sin fuerzas del trabajo diario para hacer de madre y padre de sus tres hijos, obligados a crecer abruptamente huérfanos de progenitora. Se prometió que saldrían adelante y que procuraría darles las mejores oportunidades, especialmente a la única mujer.

Era tan pequeña en un lugar tan salvaje y sin guía femenina. Él se sentía perdido sin su esposa y así sería muchas veces, pero trataría de brindar lo mejor de sí. Instintivamente apostó a la imagen y el ejemplo de aquella esclava negra de la cual descendían para mostrarle como el tesón, la lucha y la esperanza pueden iluminar los momentos más oscuros de la vida. Vaya si su historia era fuente de inspiración.

– Asmina fue traída por la fuerza de su hogar en África, hace muchos años. Como esclava – comenzó su relato.

Los varones prontamente se durmieron, agotados por el ajetreo y el dolor, pero Marcia se mantuvo firme un buen rato, inquiriendo y procurando desnudar la vida de aquella que la consoló.

– ¿Es muy lejos África? ¿Quién la trajo?

– Muy, muy lejos, más allá del mar. Hombres malos, muy malos, la obligaron a dejar a su familia y con muchos otros como ellas, venir aquí al Brasil.

– ¿Por qué? – susurró apenada.

– Porque necesitaban gente que hiciera gratis el trabajo que ellos no querían realizar – suspiró Joao.

¿Cómo explica uno la codicia y la inhumanidad a una pequeña niña?

– . Y porque podían hacerlo. A veces la gente hace cosas malas porque está en sus manos o porque no le importan los otros.

– ¿Y ella no se negó, no protestó?

– No, mi querida. No pudo, no tenía opción, no podía elegir. Era eso o morir.

– Tal como mami, no pudo elegir – sentenció con los ojos brillosos.

– Así es – se nublaron los ojos del padre – . Pero Asmina era una luchadora. Sobrevivió a todo lo malo y su vida es un ejemplo.

– ¡Cuéntame más!

– Asmina vivía con sus padres y sus hermanos en una parte de África un tanto alejada de la costa. Se dedicaban a recolectar frutos y a cultivar, así como domesticaban algunos animales. Eran muy pobres pero no necesitaban más. Eran libres. Un día terrible esos hombres malvados de los que te hablé llegaron por sorpresa a su aldea. Destruyeron, castigaron, robaron todo lo que pudieron. Se apoderaron de los hombres y mujeres jóvenes y les pusieron gruesas cadenas. Destruyeron las familias, solo niños y ancianos quedaron detrás al irse. Obligaron a todos a caminar hacia la costa y allí los juntaron

con hombres y mujeres de otras aldeas. Los malvados eran hombres blancos, armados y violentos. No pudieron defenderse, los ataron como ganado y los llevaron a los barcos .

El relato era fuerte y duro, pero la niña no pestañaba.

– Me gustan los barcos – terció ella.

– Estos no. Eran tremendos, traían a los pobres seres en las bodegas, apenas con espacio para respirar, obligados a hacer sus necesidades allí mismo, alimentados peor que perros.

Aquí si Joao se percató que su vívido relato afectaba el corazón de Marcia y atemperó como pudo la crudeza de la historia. No había palabras que pudieran describir con limpieza a los “tombeiros” o tumbas flotantes, nombre que los portugueses daban a los barcos negreros de los siglos XVIII y XIX y en los cuales millones de hombres y mujeres sufrieron y murieron mientras eran trasladados hacia América. En condiciones bestiales, apilados como mercancía, una parte perecía en cada traslado producto de las pestes que la mala alimentación y la falta de higiene provocaban. No era necesario contar todo esto a la niña.

– En fin, así es como llegó Asmina a esta región. Sola, sin los suyos, aunque rodeada de otros que como ella fueron obligados a trabajar sin derechos ni descanso.

– ¡Pobre Asmina! – sollozó Marcia.

– Pero eso es solo el comienzo, querida – consoló Joao – . Ella fue una mujer luchadora y valiente; verás cuando te siga relatando que su vida luego mejoró.

3.

Joao se preguntaba cómo seguir su vida ahora que María, su estrella,

había muerto. Lloró su dolor en silencio y así sería muchas veces, tratando de mostrar su rostro más compuesto para enfrentar la adversidad. Viudo y con tres hijos por educar, dependía de un trabajo mediocre que pagaba poco pero del cual necesitaba como un desesperado.

“La vida de los pobres es de por sí difícil y más aún si eres un faveleiro, marcado casi en la piel por tu condición de habitante de un conglomerado heterogéneo de seres que tienen en común la miseria y la desesperanza”, solía pensar. “Pero tengo mi voluntad y mi honestidad”. Humilde pero con dignidad, esta era una marca familiar. El orgullo de pertenecer a una estirpe de hombres y mujeres luchadores, signados por las cadenas pero siempre procurando romperlas. Cadenas físicas al comienzo, cuando la esclavitud oprimía los cuerpos más no las almas de sus indómitos antepasados, especialmente Asmina. Cadenas que la miseria imponía en su caso, invisibles pero no menos tensas y crueles.

Miraba hacia el horizonte y la belleza paradisíaca de las playas de Río, el mar azul – verdoso y los lujosos conglomerados y mansiones de los poderosos parecían burlarse de él. Tan cerca y tan lejos. La Rocinha era vecina del lujo y el confort de los barrios de Sao Conrado y Copacabana y esa cercanía era extraña. Los pobres habían buscado el refugio y la morada en los morros o cerros de la ciudad a falta de soluciones habitacionales en otro lugar. Imposibilitados de pagar viviendas formales, moraban donde podían y así surgieron las favelas.

Los padres de Joao habían llegado allí procedentes del Nordeste brasileño, zona que había sido residencia de la familia desde que Asmina fue desembarcada de un “tombeiro” y adquirida como propiedad por un fazendeiro rico, por los comienzos del año 1800. Era la tierra donde se cultivaba azúcar y café, y la labor intensa y constante quedaba en manos de esclavos y a beneficio de ricos hacendados portugueses o brasileños luego de

la independencia.

Hasta la liberación de los esclavos en 1888, las labores se hacían en la peor de las indignidades; sin embargo luego de obtener la ansiada y preciada liberación no vinieron mejores oportunidades. La esclavitud mutó en discriminación y destrato. Se tejió una sociedad falsamente democrática donde los pobres eran (y son) en su mayoría negros y por ello la educación y las mejores chances les eran esquivas.

Sus padres migraron a la ciudad encandilados por la idea de una vida mejor, pero no consiguieron romper el círculo de la pobreza. Él mismo y su esposa María habían luchado diariamente por lograrlo y se sacrificaban para que sus hijos aprovecharan las oportunidades de educarse que aparecían dadas por la extensión de las políticas sociales estatales y de organismos no gubernamentales en la última década. Ahora debía remar el barco familiar en soledad.

La dificultad era evidente, pues necesitaba que el hijo mayor colaborara con la manutención del hogar y cuidado de los más pequeños. Su magro salario apenas cubría las necesidades básicas. “Hasta que podamos organizarnos mejor” se prometió. Marcia y Ronaldo debían asistir a la escuela y estar el mayor tiempo posible en contacto con la cultura, los maestros y los libros. Costara lo que costara, debían progresar.

– Oye, Yair – le explicó un día no muy lejos luego de la tragedia – . Cuando me vaya a trabajar tú quedarás a cargo de tus hermanos. Eres mi mano derecha y debemos procurar que ellos estudien. No puedo dejarlos más bajo el cuidado de los vecinos.

– Lo sé – contestó el chico con seriedad – . Trataré que todo esté bien, lo prometo.

– No quiero que dejen de asistir a la escuela por ningún motivo. Ellos deberán ayudar en las tareas de la casa. No deben salir ni exponerse a nada.

La sombra que cruzó en los ojos de Yair y su hipo ahogado lo conmovió y lo abrazó con fuerza. Un adolescente obligado a madurar y tomar las riendas del hogar a la sombra de una reciente tragedia. Era un peso considerable que imponía a su hijo adolescente, solo tenía quince años. Pero lo sabía serio, responsable y fuerte como para soportarlo. Era muy similar a él mismo.

La situación vivida por ellos no era poco corriente en la Rocinha y otros barrios como ese. Hasta hacía algunos años la vida era modesta y difícil desde lo material, pero a comienzos de los '90 las bandas de tráfico de drogas y armas habían buscado amparo en los morros y en la desordenada red de calles y casas amontonadas que ascendían por la ladera de los cerros y estructuraban las favelas. Al amparo del lugar se habían fortalecido y habían habituado a los faveleiros al miedo, la delincuencia y los enfrentamientos.

La lucha entre las bandas por el control de las zonas lo había empeorado todo. De hecho los sucesos recrudecieron y su María había muerto fruto de las balas que enfrentaron a los “soldados” del Comando Vermelho con los Amigos Dos Amigos, las dos más grandes. La noche era escenario frecuente para estos asaltos y sus miembros tentaban diariamente a los jóvenes sin expectativas ni esperanza de una vida mejor, incitándolos al tráfico como mulas o soldados del crimen, y en el caso de las mujeres a la prostitución y la trata de blancas.

Este era el principal miedo de Joao; confiaba en los valores que procuraba enseñar pero conocía el caso de muchos a quienes las tentaciones permeaban. “Nuestra familia no es de ladrones o asesinos traficantes, es de trabajadores y luchadores. Qué así sea siempre” pensaba y rezaba.

Para los varones las opciones podían ser más amplias pero ser mujer y además negra era una suma complicada en la sociedad en que vivían y reducía dramáticamente las chances. Por ello su obsesión y su misión como

padre sería fortalecer a Marcia. Dedicaría los años que le quedaban de vida para hacerlo.



## **Capítulo 2.**

### *1.*

La niñez y adolescencia de Marcia fue tan normal como puede esperarse para una pequeña criada sin la figura materna. La extrañaba: sus ojos oscuros siempre tiernos para ella, su sonrisa, sus abrazos y besos. Pero el paso de los meses y años comenzó a hacer efecto y hacia los nueve años era un recuerdo tibio que su padre trataba de mantener claro pero que inexorablemente el tiempo carcomía. En la mente de Marcia, su madre y Asmina parecieron fusionarse y transformarse en la voz de su inconsciente, que cada tanto aparecía para guiarla.

Los tres varones crearon un lazo a su alrededor, un círculo de obstáculos para vínculos o situaciones que la pudieran poner en peligro. El miedo transformó a Joao en un padre sobreprotector y medroso y colocó sobre los hombros de sus hermanos las tareas de guardaespaldas, aún sobre Ronaldo que era más pequeño.

Marcia, por naturaleza sociable, vio restringidos sus juegos y diversiones y su espacio diario transformado en tareas. Ir a la escuela, preparar ejercicios, la toma de la lección que su padre realizaba por más cansado que estuviera, se convirtieron en las acciones diarias. Cada tanto, sin embargo, su carácter rebelde y sus ansias de sana diversión rompían la protección y la libertad llegaba en forma de juegos furtivos y bailes al son de la música que sonaba en buena parte de las casas del barrio. Especialmente cuando el carnaval se aproximaba, hombres y mujeres daban rienda suelta a su pasión por la danza y escaparse a los ensayos de las *scolas do samba* era una travesura que bien valían las largas reconvenciones y charlas de su padre. La música la

conmovía, le llenaba el alma y sus pies danzaban casi como si tuvieran voluntad propia.

No anulaba esto su profunda responsabilidad y la conciencia cada vez mayor que el sueño de su padre era irse de la Rocinha y que su sacrificio y agotamiento diario eran para darle a ellos, y especialmente a ella, un mejor pasar y una educación que los sacara de la pobreza.

La letanía diaria era esa y aún Yair, el mayor de todos y que trabajaba manejando una moto – taxi trasladando pasajeros de la base a la cúspide del morro y al revés, era incentivado a asistir a clases. No le gustaba ni era bueno para las letras y los números, solía decir que no eran lo suyo y se había retrasado bastante. Pero Joao insistía con obcecación, convencido que le brindaba herramientas y a la par le quitaba tiempo para andar por las calles de la favela expuesto a la seducción de las bandas al consumo de drogas y venta.

Quienes se rendían y convertían en miembros eran jóvenes que ganaban más dinero que el promedio pero su esperanza de vida era limitada, por los enfrentamientos y peligros. Entre los temores más grandes de Joao estaba que sus hijos, huérfanos de la contención de una madre y mucho tiempo solos por su trabajo cedieran a estos peligros. Confiaba en sus principios y ejemplo pero no soltaba las riendas y por eso a veces parecía tirano.

Cada vez que podía llevaba a Ronaldo y Marcia con él a su empleo en el vecino y coqueto barrio de Sao Conrado. Se desempeñaba como botones en un lujoso hotel sobre la playa y los fines de semana la tarea recrudecía por la afluencia de turistas deseosos de disfrutar del sol y el mar carioca, además de los atractivos más emblemáticos de Río.

Al cuidado de otros empleados del lugar que se compadecían de Joao o esperando en la playa de Gavea al frente del hotel otro rato, los niños volvían a ser tales, disfrutando del aire y las olas, mezclándose con la heterogénea masa de gente de distintos idiomas, colores y status.

Marcia se sentía feliz y segura, libre de las presiones diarias y se sumía en los juegos con avidez. Su hermano se mezclaba en los picados de fútbol playero, su pasión, como no podía hacerlo en las estrechas callejuelas de la Rocinha. Ni siquiera las recomendaciones estrictas de Joao de no molestar a los turistas o mezclarse con los blancos opacaban la sensación de libertad.

Marcia entendía los celos de su padre; más de una vez había escuchado que los tildaban con desprecio de “negros favelados” o cerraban círculo sobre sus pertenencias si los veían acercarse. Le disgustaba y miraba con altivez a quien lo hacía, alejándose con la mayor dignidad posible, procurando evitar que se trasluciera el golpe al orgullo que suponía ser evitada o humillada.

La primera vez que lo sufrió le caló muy hondo. Había acercado con gentileza una pelota perdida por una familia y en lugar de gracias recibió un insulto y un empujón que la arrojó al suelo. Trató de aclarar que solo ayudaba y un sollozo angustiado le quebró la voz. Afortunadamente su hermano le tendió la mano e impidió que todo continuara.

– Esto puede ocurrirte muchas veces, mi niña – señaló su padre con pena cuando le relató el suceso – . El peso de la discriminación es grande y nos excluye de muchos lados. Está en ti hacerte fuerte y ponerte una coraza que impida que te lastime o frene tus sueños.

– ¿Te sucedió muchas veces?

– Todo el tiempo, mi amor. Trabajo en una zona selecta donde la mayoría de la población es blanca y rica y cree que las personas negras no somos más que objetos que estamos a su servicio.

– ¡Pero la época de los esclavos como Asmina ya pasó!

– No hay esclavitud, pero no te engañes. No nos tratan como iguales. No todos, pero sí muchos. Claro que no es lo mismo que la esclavitud, pero...

– ¡ Si hoy es tan injusto cuan terrible debe haber sido vivir como Asmina!

2.

Esa noche sus sueños volvieron a traer a la esclava. Una larga fila de hombres y mujeres negros con grilletes se movía con lentitud, a la par que dos o tres hombres con látigos imponían disciplina a aquellos que ni siquiera tenían fuerzas para caminar.

Acababan de ser bajados del barco que los había transportado por semanas en un viaje atroz, un calvario inimaginable de muerte, hambre, dolor y mugre. Los revisaban ahora con cuidado: dientes, estructura, tamaño, tal como animales prontos para ser exhibidos. La cuarentena obligatoria a la que serían sometidos posteriormente para salvaguardar a los pobladores locales de posibles pestes traídas del África o adquiridas en el trayecto, era apenas el prolegómeno del infierno.

Pronto el sueño cambió de escenario y veía ahora a Asmina en un estrado, apenas vestida, y un individuo gritando números y alabando la condición de “negra fuerte y joven” que daría muchas horas de trabajo e hijos. Debajo una importante cantidad de hombres trajeados y mujeres de enormes vestidos miraban y ofertaban sobre el humillado y expuesto cuerpo de aquella morena africana, que procuraba mirar firme al frente y no mostrar el miedo y el terror que sin duda sentía. Marcia lo experimentó como algo físico, sin embargo, que le permitió empatizar con la pobre mujer. Esto era infinitamente peor que su sensación de humillante segregación en la playa.

“Yo sí estuve sola y fui tratada como el peor objeto del mundo” miró hacia ella y murmuró la esclava. “Nadie para consolarme o alentarme o decirme que todo mejoraría. Salvo estos compañeros de situación. Huérfanos de familia, patria y privados de libertad para vivir y soñar. Aún así luchamos y no permitimos que quiebren nuestro espíritu. ¿Sientes que te destratan y pisotean? Verás que muchas veces será así. Pero tienes mucho más de lo que

yo nunca tuve: una familia que te quiere y te va a proteger siempre, la libertad física y mental de soñar y ser lo que te propongas. Ir tan lejos como puedas, romper las barreras que quieran imponerte. Buscar alternativas para cumplir tus sueños y vivir tu vida según tus códigos. ¡Endurécete, nadie va a regalarte nada!”.

No todo lo que le dijo lo entendió con claridad a sus nueve años, pero la intensa y constante prédica a lo largo del tiempo echaría raíz y la ayudaría a confrontar a quienes solo veían en ella una mujer negra y pobre, sin otra expectativa que sobrevivir limpiando pisos o vendiendo su cuerpo.

El transcurso de los años fue haciendo que dejara de prestar atención a las humillaciones y desarrollara una falsa y externa inmunidad. Se dedicó a apreciar descriptivamente cómo vivían los más afortunados y generarse así una meta, un horizonte de necesidades y ambiciones que serían las que la llevarían a luchar con crudeza para romper las cadenas de la pobreza.

El confort de un baño con todos los servicios y lujos, sin problemas de evacuación de las pestilencias; sentarse en cómodos sillones de cuero en vez de en las altas sillas de madera sin lustrar; energía eléctrica limpia y sin necesidad de pésimos y peligrosos cableados para colgarse de la red formal; comida variada y abundante, joyas y diversiones (cine, teatro, lectura); todo eso y más la fascinaba de Sao Conrado. Iba y venía por las instalaciones del hotel acompañando al personal de servicio y admiraba los costosos vestidos, carteras, zapatos y abrigos de las afortunadas que todo lo tenían. Y se decía que ella también lo lograría, un día. Un día.

Volver a la favela luego de tan intensa exposición al brillo de otros siempre tenía un dejo de acidez, pronto suplantado por la alegría de estar en familia, aún en una edificación humilde. No era ambición descarnada e individualista la que se forjó; siempre imaginó lo mejor para ella y los suyos.

Tenía su particular encanto el submundo en el que vivía, sin embargo.

Lejos del oropel de las grandes mansiones y hoteles, la vida latía en los callejones empinados y escalinatas que trepaban el morro. Subir a lo más alto de la colina cubriendo los escalones con rapidez permitía a Marcia acceder casi al techo de Río de Janeiro. A los pies, una visión fantástica e impagable de los cerros, el mar, las luces y las estrellas. “Esto si no lo disfrutaban esos ricachones de Sao Conrado” solía comentar su padre.

### **Capítulo 3.**

#### *1.*

El año 2002 fue especialmente difícil para Marcia habida cuenta que cumplió doce años y avanzaba con rapidez hacia la pubertad, con los consecuentes cambios en su cuerpo. La falta de un oído femenino para escucharla, que pudiera anticiparle esas transformaciones hizo que cuando su primer período menstrual llegó fuera muy confuso y la atemorizara.

Había situaciones que Joao no podía siquiera imaginar o dimensionar y una de ellas eran las radicales modificaciones hormonales que su niña comenzó a atravesar. Marcia atravesó el proceso de crecer de niña a adolescente casi a tientas, no atreviéndose a preguntar sus dudas salvo a otras que como ellas veían sus cuerpos mutar.

Sus pechos comenzaron a insinuarse y sus caderas a ensancharse, lo cual implicó captar miradas masculinas sobre ella al atravesar las calles. Esto alarmó sobremanera al padre y le provocó dolores de cabeza crecientes. Controlar el afuera y las intenciones lascivas de jóvenes y adultos sobre su Marcia era lo menos que necesitaba.

Plenitud física y sexo iban de la mano, sabía que así era en especial en la mente de quienes se sentían dueños de las calles de la favela y tomaban sin pedir. La violencia contra mujeres y el abuso eran moneda bastante corriente, desgraciadamente, aunque no solo allí.

Sus recelos no ayudaban en nada a la pre adolescente, pues en lugar de liberarla y explicarle, trató de esconder lo que era inevitable. Procuró distraer los deseos de los demás masculinizando a su hija todo lo que fue posible. Para ello la conminó a cortarse el cabello eliminando la ondulada melena para

disgusto de la muchacha, que tan orgullosa se sentía de ella. Sus ropas parecían las de sus hermanos, lejos del mundano color y dando esquivo a faldas y shorts, apostando a embolsar las formas y taparlas.

Como resultado comenzó a sentirse un espantapájaros, blanco de las risas de compañeras desinhibidas y naturales y también burlada por los muchachos. Muchas veces se enojó y lloró por lo que consideraba las injustas decisiones de su padre y no hubo razonamiento o conversación que le permitiera entender el punto de vista de aquel. Era muy joven, con una edad muy difícil y sin un acompañamiento sensible a sus deseos y sensaciones. Vivía en un mundo masculino y sobreprotector.

Pronto se la comenzó a ver retraída y ajena, enfurruñada y molesta. Esto no tardó en llamar la atención de sus docentes, especialmente una de ellas, Estela. Luego de observarla durante varios días y ver cómo su carácter se agriaba y sus tareas escolares comenzaban a resentirse, intentó un proceso de acercamiento, lento porque la sabía introvertida. Era vital ganarse su confianza para que se expresara. Normalmente tenía una actitud distante, aunque absorbía la información y realizaba todo lo escolar de manera excelente. La docente confiaba en que mantuviera el ritmo y sabía que el deseo paterno era que continuara estudiando y se labrara un futuro que le permitiera irse de la Rocinha.

Pocos eran los casos como el de ella ya que gran parte de los jóvenes allí dejaban o concurrían en forma esporádica, pero luego los encontraban en las calles como promotores del tráfico de drogas, prostituidos o con hijos a muy corta edad. Era muy complejo romper el círculo que abuelos y padres habían trazado como forma de vida. Por ello no dudó en hacer lo que estuviera en sus manos para alentar a Marcia.

La encaró una tarde en uno de los recreos; sentada en un rincón, sola y con su mirada perdida. Tenía la expresión más triste del mundo.



– Hola, Marcia – la saludó con tibieza y se sentó a su lado –. ¡Qué concentrada estás, seguro piensas algo bien importante!

La joven encogió sus hombros con fingido desdén e indiferencia. No se dejó desalentar, sabía que estas actitudes solían ser mecanismos de defensa para evitar daños a la sensibilidad o mostrarse fuertes ante el resto.

– No he podido evitar notar que estás muy callada y tus tareas no son las mismas que antes – deslizó.

– No las entiendo.

– ¿Seguro es eso? Eres de las más aplicadas y siempre has mostrado una rapidez asombrosa para todo. Me parece que es algo más lo que te está pasando.

– Cosas mías – contestó con envaramiento, subiendo su barbilla en un gesto de rebeldía.

– Seguro que sí, niña. Pero a veces las penas o los problemas pesan menos cuando los compartimos.

– A nadie le importa. Nadie me entiende.

– A mí sí, Marcia. Tú me interesas, hace varios años que te conozco. Y creía que teníamos cierta confianza tú y yo. Estoy segura que también a tu padre y hermanos importas mucho.

– ¡No es así! ¡Si fuera como usted dice él escucharía lo que quiero o lo que tengo que decir! – explotó con rabia, masticando y mordiendo las palabras.

Era un avance.

– ¿Y tú qué quieres decirle? – inquirió cautelosa.

Tenía buena imagen de Joao Da Silva<sup>[1]</sup> y sabía que su familia había pasado mal, debiendo enfrentar la muerte de su esposa María Da Cunha. Siempre estaba dispuesto para lo que la escuela solicitara y apoyando a sus dos hijos menores. La lucha por lograr la asistencia regular del hijo mayor

también le constaba, aunque sabía que trabajaba y necesitaban el ingreso. Pero también tenía claro que cada casa es un mundo, como dice el refrán popular y había que ser cauteloso.

– ¿Usted no me ve? ¡Soy un espantapájaros horrible! Todos se ríen de mí. Me obligó a cortarme el pelo, me compra estas ropas de hombre. ¡No entiende que yo soy mujer y me tengo que vestir como una! ¡Me castiga porque no me quiere!

Suspiró internamente. La situación era menos grave de lo pensado, pero lo suficientemente terrible para una adolescente. Era comprensible: en plena época en que la identidad se refuerza y consolida en medio de incertidumbres, idas y venidas, a Marcia le cerraban caminos. Se preguntó qué pasaría por la cabeza de ese hombre. Ella se había percatado de lo desarreglado del porte de la chica y del cambio en su cabello, siempre tan coqueto, pero todo lo había adjudicado a la falta de rubros para vestimenta. De hecho, creía que usaba la de sus hermanos.

– No creo que sea porque no te quiere. No conozco padre más cariñoso y preocupado que el tuyo. Tal vez él tiene sus razones.

– ¡Se pone de su lado!

– No, Marcia. Que tenga sus razones no quiere decir que esté acertado o sea justo. A veces creemos tener razón y no es así. Pero eso no es maldad.

– ¡Quieren que sea como ellos! No se dan cuentas que soy mujer y me pasan cosas distintas. Nunca me avisan o dicen nada. ¡Si tuviera una madre esto no pasaría! – gimió con angustia.

La frase dicha con tanto dolor y sentimiento le partió el corazón.

– Si tú me lo permites, yo puedo hablar con tu padre y explicarle tus sentimientos y deseos.

La niña la miró, dubitativa. No acostumbraba a abrirse con nadie y probablemente menos aún desahogarse o contar sus intimidades. Pero se

sentía sola e inerme. Sacudió la cabeza, asintiendo.

– Te prometo que trataré de hacer que tu padre entienda tu postura.

– Le molesta si bailo, no puedo salir como las otras chicas a los ensayos de las comparsas, no puedo invitar amigos o ir a otras casas. Salir sola, incluso a hacer recados, es casi imposible. ¡Es como ser prisionera! Yo los amo, maestra. Pero no puedo vivir encerrada, no quiero – sollozó.

La conmovió tanto que se animó a pasar la mano por su espalda y palmearla. Era una niña transitando la pre adolescencia, de rasgos finos y bellos. Ni siquiera el horrible corte de pelo podía disimular la perfección de sus facciones.

– Te voy a dar una nota para citar a tu padre aquí. No quiero inmiscuirme en tu casa y seguro él trabaja todo el día. Será más fácil que venga a la escuela cuando pueda.

2.

Los ánimos en la casa se habían enrarecido y el ambiente era de enojo y desánimo. Joao sabía que Marcia lo culpaba de su infelicidad y le dolía que su niña no apreciara que lo único que quería era cuidarla. Y si debía ser aún ganándose su enojo, no importaba. Ya comprendería más adelante que lo hacía por su bien. Ronaldo también le había reprochado su dureza, él era testigo que la muchacha era objeto de burlas en la escuela.

– Puede soportarlo. La hará más fuerte. Quienes hoy se ríen serán los futuros pandilleros y madres jóvenes mientras ella triunfa.

– Pero es doloroso para ella, papá. Se queda solita en los recreos y no le va bien.

Esto último lo preocupó y se incentivó su alarma al recibir la nota de una de las maestras, citándolo a la escuela. Y como lo único que podía lograr que

él faltara a trabajar eran la salud o la educación de sus hijos, al otro día asistió puntual.

La docente percibió su intranquilidad y lo recibió con amabilidad. Lo conocía de años y sabía que tenía un amor incondicional por su hija.

– Sr. Da Silva, que bueno que pudo venir.

– Me preocupó su cita. ¿Qué está pasando con Marcia? – inquirió con ansiedad.

– No se agite, nada que no podamos solucionar charlando.

– Espero que no esté creando problemas...

– Esté seguro que no, es una joven dulce e inteligente. Por ello me inquieta su actitud actual.

– ¿A qué se refiere?

– Está triste y se siente sola. Ha bajado su rendimiento a causa de su pesar.

– Se ha puesto más rebelde. Créame que me gustaría entenderla en todo y satisfacerla, pero a veces resulta inaccesible. No logro descifrarla.

– Se siente deprimida e incomprendida. Cree que usted la castiga tratando de evitar su lado femenino.

Joao suspiró con ruido.

– Es solo un corte de pelo y ropa que tal vez no es la mejor o más linda. Ella le da una trascendencia que no tiene.

– Los adolescentes y especialmente las mujeres atravesamos muchos cambios físicos. Ayudarlos a sentirse cómodos con ellos implica no esconderlos, sr. Da Silva. Comprenda que se siente fea y su grupo de pares la juzga y se burla con crueldad. Es así por más que tratemos de evitarlo.

– ¡Quiero lo mejor para ella!

– No lo dudo. Pero si no me equivoco siente un temor terrible al crecimiento de su hija. Corríjame si no es así.

El hombre suspiró y abatió sus hombros.

– No está errada, señorita. Es duro, muy difícil criar hijos en este barrio y en la pobreza. Y más aún sin la compañía de una madre. He tratado de cumplir ambos roles, pero temo que he fallado. El pánico me inmoviliza cuando pienso que mi hija pueda llegar a ser una más de las tantas chicas que transitan estas calles sin oportunidades de una vida mejor, condenada a ser un objeto sexual o una madre joven.

La docente no pudo evitar conmoverse por la pasión y la intensidad de lo relatado. Sabía que él tenía muy claro los límites que la favela imponía y admiraba sus bríos por arrancar a Marcia de esa vida.

– Sr. Da Silva, entiendo sus reparos. Tienen mucho de realistas. Pero no puede comprometer la esencia e identidad de su hija para evitar males que pueden o no acontecer. Lo único que ganará será su dolor y tal vez rencor. Cercenar sus experiencias en aras de una vida mejor no tiene sentido.

– ¿Y qué hago? – se desesperó.

– Déjela ser. Acompáñela. Busque formas de llegar a ella con el diálogo. Pregúntele como se siente. Aliéntela a abrirse con usted o alguien de confianza. Y apueste a fortalecer los valores que desde pequeña le ha inculcado. A la larga y con algunos traspies lógicos ella se fortalecerá y elegirá lo mejor. No podemos vivir la vida de nuestros hijos, señor. Por más que queramos protegerlos.

– ¡Este maldito barrio hace todo tan difícil!

– No lo culpo por pensar así. Pero también es cierto que si ella no se acostumbra a hacer de a poco su vida, tomar decisiones y lidiar con ellas, le va a ser difícil en cualquier lado. Vivir es complejo. Como padres, solo podemos aspirar a que absorban lo mejor de nosotros y que la realidad no los golpee demasiado.

– ¡Habla usted con tanta verdad! Ojalá yo pudiera comunicarme de tan

buena forma con Marcia.

– Acérquese, explíquele. Hágale ver sus miedos y fundamente sus decisiones. Pero déjele margen para que ella se conecte con usted. Y algo más, usted debe aceptar que su hija ya no es una niña.

3.

La charla con Estela lo reconfortó y le permitió pensar. Decidió tomarse el día y dedicarlo a Marcia. No quería perder su amor ni dañarla por celo excesivo. Su hija debía ser fuerte y libre, no una prisionera. Se había dejado llevar. ¡Cuánto extrañaba a María y su apoyo, su incondicional amor!

Ahogó el suspiro y acongojado se detuvo a mirar el paisaje. Lo hacía poco, estaba siempre preocupado o trabajando. La visión del mar y las sierras, el aire fresco y el sol cálido aflojaron sus angustias. ¡Cuánta razón había en las palabras de la maestra! Debía hablar con su hija, explicarle y apostar a que su inteligencia le permitiría entenderlo.

Decidido emprendió el retorno a casa. Descendió por los profusos escalones, mirando a sus compañeros de vida, apreciando su trabajo diario y su lucha por dar esquinazo a la miseria. La mayoría no era traficante ni peligrosa; pocos eran los que vivían de la muerte y el dolor ajenos, aunque su peso se hacía sentir sobre el resto. Lo tenía claro, pero a veces la experiencia traumática que habían vivido y las noticias diarias acerca de enfrentamientos y muertes se lo hacían olvidar.

Al arribar encontró a Marcia aseando la vivienda y la miró con ternura. Notó que lo observaba a hurtadillas; seguramente sentía curiosidad y ansiedad por su charla con la maestra Estela.

– Hija, he ido a tu colegio hoy; tu docente me citó.

– Lo sé, papá. También habló conmigo.

- Has estado muy enojada y eso ha repercutido en tus estudios.
- No puedo evitar sentirme mal.
- No es lo que quiero, mi amor. Tal vez te parezco muy duro y exigente, pero solo lo hago por tu bien.
- ¡Me ahogas, no me respetas! ¡Ya no soy una niña!
- Lo tengo claro. Y eso me asusta – dijo quedamente haciendo que ella detuviera sus ansias de pelea – . A veces no sé cómo comunicarme contigo. Te pasan cosas que no puedo explicarte. Si tu madre estuviera sería diferente.
- ¿La extrañas? Nunca hablas de ella.
- Claro que la extraño. Cada día, hora y minuto. Ella era el amor de mi vida, querida – contestó con sencillez plagada de emoción.
- ¿Y por qué nunca hablamos nada? La voy olvidando y eso me duele. Quisiera atesorar cada recuerdo y no tengo con quién compartirlos – sollozó.
- Mi niña... No hablo de ella porque me agobia el dolor por su ausencia. Porque si la menciono voy a llorar sin parar. Quiero mostrarme fuerte para sostenerlos.
- A veces necesito que te muestres más humano, más comprensivo – repuso ella.
- Me doy cuenta ahora que charlé con tu maestra y ella me comentó que te sientes así. Quiero que sientas que puedes confiar en mí, que me fuerces a escucharte cuando parece que no lo hago. Trataré de dejarte crecer y acompañarte sin agobiarte, hija.
- Nada va a pasarme por tener el cabello largo o vestirme como el resto de mis amigas. O por salir a bailar.
- Es probable, pero me aterroriza nuestro contexto. Debes prometerme que cuidarás tus pasos y serás prudente. Lo que es sano y normal para ti y tus amigas a veces no lo es para aquellos que acostumbran tomar lo que quieren por la fuerza.

Le costaba encarar en forma abierta el tema de la violencia sexual y el machismo, pero tenía que mencionarlo.

– Sé que quieres decir, no soy una tonta. Nadie más que yo quiere estudiar y que nuestra vida mejore.

– Está bien, hija. Voy a hacer mi mayor esfuerzo por dejarte ser tú misma.

– Y yo me voy a cuidar. No temas, no voy a caer ante cualquiera que me ofrezca drogas ni me interesa tener novios, nada de eso. Si algún día tengo dudas o problemas tú o Yair serán los primeros en saberlo. Tú eres mi sostén, papá.

– No, cariño. En realidad tú y tus hermanos son el mío. La razón que me mantiene vivo y fuerte. Los amo con todas mis fuerzas –la abrazó emocionado.

Era la primera vez en mucho tiempo que hablaba a corazón abierto.



## Capítulo 4.

*Río, 2016.*

La música funcional, suave y relajante, se extendía por todo el complejo de oficinas. Hacía buen rato que esperaba por su turno para ser entrevistada. Cada uno de los postulantes estaba treinta o cuarenta minutos adentro por lo cual se distendió y se dedicó a observar el movimiento del lugar con calma. El mediodía se acercaba y se notaba en el ir y venir de la gente a los lugares cercanos para almorzar o tal vez hubiera un lugar propio de la empresa en el edificio.

El aspirante anterior a ella salió entonces con gesto algo contrariado. Hubiera deseado inquirirlo pero no habría sido adecuado ni era factible que respondiera algo, eran competidores. “Es mi turno, me toca” pensó y se aprontó mentalmente con nervio, esperando el llamado. Entonces tres personas emergieron del despacho donde se realizaban las entrevistas, charlando amenamente y con obvias intenciones de retirarse.

“¿Se olvidaron de mí? ¿O ya está tomada la decisión y ni siquiera voy a tener la oportunidad de presentarme?”. Se angustió y eso la hizo movilizar e incorporarse.

– Disculpen – expresó con voz más alta de lo que hubiera deseado.

Sintió las miradas de los dos hombres y la mujer sobre sí. Inquisitiva y atenta la de uno de ellos, algo socarrona la del segundo, indiferente la de la fémina. Al menos eso creyó. Tenía la tendencia a adjudicar intencionalidades y sentido al mirar ajeno. Muchas veces acertaba, era como un don.

– ¿Sí? – preguntó con autoridad el más serio, rubio y hermoso con un

traje de diseñador por la fineza que denotaba. Sus ojos azules eran tan límpidos como el cielo, magnéticos.

– Estoy aquí por la entrevista de trabajo.

– Lo sabemos, señorita – respondió la mujer, más joven de lo que parecía por su sobria vestimenta – . Haremos un breve paréntesis para el almuerzo y regresamos. Puede hacer lo mismo o esperar aquí, si es que quiere – señaló con un tono que se le antojó socarrón.

Obvio que podía esperar, debía hacerlo. Y lo sabían. “Estos ricachones tienen el mundo en sus manos, manejan a sus empleados y los tiempos de los demás a su libre albedrío”.

– Por supuesto – contestó con calma y frialdad, guardando para sí sus pensamientos y tratando que ningún gesto tradujera su fastidio y desprecio – . Simplemente quise corroborar que aún seguían entrevistando.

– Claro, señorita – terció el otro hombre, barbado y moreno y de considerable altura, de rientes ojos café – . Máxime cuando nos resta por charlar con tan encantadora postulante.

Lo miró con seriedad, sin una sonrisa. Los ojos insolentes recorrían su figura con descaro. Entre las cosas que no soportaba estaban los comentarios machistas o misóginos que buscaban cosificar. Ese hombre se ganó de entrada su recelo.

Agradeció las respuestas y se apostó a esperar. Podría haber ido ella misma por un refrigerio pero temía no haber vuelto para cuando ellos lo hicieran y de todas formas no quería gastar más de lo conveniente. Ningún lugar de alimentos sería barato en este barrio y no estaba en condiciones de dilapidar dinero.

“El que tiene poder lo usa como quiere”. Conocía de memoria esa sensación de bailar con la música que otros imponían. Era la historia de su vida y la de su familia. Depender de un magro sueldo, un mísero empleo, las

reglas de los demás. La rebelaba desde siempre esa sensación de ser usados. Aún pequeña recordaba el sinsabor de no poder ingresar a determinados lugares, dar prioridad a otros a pesar de llegar antes, aceptar motes o burlas para no generar discordias o revanchas.

En las playas, transporte público, en algún estadio, en el hotel donde trabajaba su padre. Su hermano Ronaldo explotaba en acumulado rencor que luego le agriaba el ánimo, pero ella sabía que era más sabio callar o usarlo como combustible para fortalecer su espíritu. Lo había aprendido de Asmina, de su historia de vida y de las palabras que esta desgranaba en sus sueños.

Río, 2005.

Los años pasaban de prisa y Marcia se convirtió en una quinceañera ocupada tanto en sus estudios como en el empleo zafral de medio tiempo que su padre le consiguió en el hotel. Era plena temporada estival y ella adelantaba algunas materias pero había querido trabajar para generarse algún dinero que le permitiera elevar sus gastos y mejorar la ropa y accesorios que usaba. Solía salir a bailar con algunas amigas en forma ocasional o a pasear por las calles de Copacabana y le gustaba estar a tono o al menos intentarlo.

Su vestimenta estaba siempre limpia pero era humilde y si bien no la avergonzaba quería sentir sobre sí la belleza y suavidad de mejores telas. Ambicionaba con todo su ser tener zapatos hermosos; solía detenerse en las vidrieras a observar las sandalias con tacones y finos breteles de colores y cuero. Así que ahí estaba sacudiendo el polvo y limpiando los baños del complejo a la vez que observaba desfilas la variedad de afortunadas que tenían el tiempo y el dinero para agasajarse.

Con sus primeros ingresos invitó a dos amigas a tomar unas bebidas la mañana de un domingo sentadas en la playa, disfrutando del sol tibio.

– Casi somos turistas – bromeó – . Sin preocupaciones y gastando dinero.

– Ojalá fuera así – señaló una de sus amigas con amargura – . Vivimos en una ciudad a la que todos desean venir y poco la podemos disfrutar nosotros. Si no fuera porque el aire y el mar no se pueden cobrar nos lo prohibirían también.

– Por eso mismo, la única forma de salir del pozo es prepararse y estudiar – contestó Marcia parafraseando a su padre.

Las otras se encogieron de hombros. Apenas asistían a sus clases y cada

vez era más evidente que su realidad y futuro se proyectaban a continuar el espiral familiar: noviazgo temprano, hijos, nietos a corta edad. Marcia quería a las dos, pero indefectiblemente sus aspiraciones diferían y las iban separando.

– ¡Mira, Marcia! – alertó una – . ¡Ahí viene Jorge con sus amigos!

No pudo evitar ruborizarse; el muchacho le gustaba mucho y aunque lo disimulara sus amigas se encargaban de hacerlo bien evidente. Él tenía diecisiete años y era un morenazo alto y risueño, acostumbrado a impactar a las jovencitas con las que se codeaba. Un Don Juan de la favela, tatuado y con más dinero para gastar que el común de los jóvenes de la Rocinha. La banda que controlaba el barrio lo había captado hacía un tiempo y ya tenía su pequeña fama entre los suyos. Para aquellos que creían que el mundo se circunscribía a la favela, su posición era envidiable.

Era temerario y fuerte y se rumoreaba que tenía algún muerto en su haber. Marcia conocía la parte más bonachona de su carácter y le atraía su aura de confianza y belleza física. Lo miraba a hurtadillas al cruzarse o en los encuentros que los faveleiros hacían para bailar, donde se mecían al ritmo de la samba y el funk. Las jóvenes lo rodeaban como moscas a la miel y se disputaban su atención, por lo que para ella era casi inalcanzable, al menos eso imaginaba.

Para su sorpresa, sin embargo, de vez en cuando cruzaba palabras amables o le guiñaba el ojo y esa mañana en la playa fue el inicio del vínculo. Una noche soñada la invitó a bailar y se sintió en las nubes, más cuando luego la acompañó a su casa en un perfil protector. De ahí en más su presencia y compañía se volvieron frecuentes: la esperaba al salir de clases, a veces fuera de su trabajo en su moto y de ahí a la favela. Ella se sentía dichosa.

Su padre recelaba y lo miraba con desconfianza pero haciendo honor a la

promesa hecha años atrás la dejó hacer y ser. Era claro que se le apretaba el corazón porque percibía con claridad que el muchacho no era de buena madera y sus compañías no eran decentes. Así se lo había comentado Yair: era uno de los “cobradores” del líder de la banda local, y se aseguraba que todos los deudores de drogas pagaran. Fue el mismo hermano el que le advirtió que tuviera cuidado pero ella estaba cegada por el amor que sentía hacia él.

En su mente era posible conseguir un futuro de progreso económico en base al estudio y además irse de la favela acompañada de Jorge. Confiaba que la inteligencia y habilidad de él y el amor que le profesaba lo cambiarían y lo llevarían por un camino en el que conformarían la familia ideal. No lo había conversado con él pero estaba segura era posible.

El diálogo en realidad entre ambos no iba más allá de intrascendencias, música o el trabajo de ella en el que él se interesaba mucho. Quiénes y cómo eran los huéspedes, sus ropas y joyas. Ella lo atribuía al deseo de ver cómo vivían los ricos y poderosos y lo entendía porque sentía la misma curiosidad. Incluso, desafiando cualquier cautela, lo hizo ingresar más de una vez al lugar para mostrárselo. Cuando se volvió demasiado osado, ya que se probaba la vestimenta, zapatos y perfumes de los huéspedes, se asustó y como pudo lo retiró. El amor no le impedía ver que arriesgaba no solo su empleo sino el de su padre por él, y aunque estaba muy enamorada jamás expondría a Joao.

Con Jorge ella conoció el amor sentimental y el sexo. Las caricias comenzaron luego de los tres o cuatro encuentros y ella no se negó: le gustaba sentirse deseada y aunque frenaba las más osadas, sentía sus deseos a pesar de no considerarse preparada. La detenían la prudencia y una instintiva desconfianza que jamás reconocería ante sí misma pero que ahí estaba. Sus amigas se burlaban de lo que consideraban su ñoñez y él no la exigía directamente, aunque mencionaba ejemplos de otras jóvenes como ella que

se rendirían ante él sin pensar.

A medida que las semanas transcurrieron sus pedidos se fueron haciendo más insistentes y la renuencia de ella lo fastidiaba más. La presión hacía mella en la joven y se debatía entre los principios, los consejos de su padre y hermanos y el amor que sentía por él.

– Ten cuidado, Marcia – le aconsejó Yair más de una vez – . Jorge no es lo que parece. Trabaja con el Comando Vermelho, aunque te lo niegue. Sus tatuajes te lo cuentan.

– Solo hace recados menores para mantenerse él y su familia, mientras encuentra algo más firme.

– ¿Le crees? Si quisiera trabajar lo haría como yo o nuestros vecinos honestos. Pero él está cómodo. Le gusta el lujo, tener para gastar. ¿De dónde crees saca el dinero que tira con tanta facilidad?

– Si lo conocieras mejor verías...

– Lo conozco, a él y los otros como él – contestó con aspereza – . Lacras que gustan del dinero fácil. No eres la primera que engatusa y luego abandona a su suerte. ¡Es un vulgar proxeneta!

Estaba frustrado por la ceguera de su hermana.

– ¡Eres un egoísta, no puedes verme feliz! ¡Y lo envidias!

– ¿De veras piensas eso de mí? Papá nos ha enseñado bien. No envidio delincuentes y tú no deberías caer tan fácil en sus redes.

No le respondió y se fue dando un portazo, para no hablarle por días enteros. Le dolía que su propia familia no la apoyara. Con los bríos y hormonas de la adolescencia en pleno desenfreno desechó advertencias y cegó sus sentidos, dejando actuar a su corazón y cayendo ante las melosas palabras con que Jorge la rodeaba, se entregó a él una noche en un gesto de amor y deseo.

Al ritmo del funk que sonaba con fuerza y envalentonada por las cervezas

que él prodigaba con generosidad se sintió mujer completa, la primera de varias veces en que le confió su cuerpo y su alma, aunque esta última él jamás apreció. Con él conoció el placer sexual y la satisfacción carnal, pero estuvo lejos de ser una entrega mutua, pues él se aseguró de disfrutarla sin medida y enseñarle trucos que le permitieran lograr clímax en forma individual.

El desengaño tardó poco en llegar: satisfechos sus instintos más básicos y obtenida la perla de su castidad, pronto mostró su verdadera cara, ruin y malvada. La decepción comenzó con su progresivo y sorpresivo alejamiento e indiferencia. Pronto lo vio con otras, incluso con una de sus amigas y escuchó sus burlas, que la humillaron y empequeñecieron. Intentó obtener una explicación, aún pensando que era ella la que había hecho algo mal, pero las palabras que recibió lapidaron su amor.

– ¡Venga ya, Marcia! Nos divertimos, eres una negra sabrosa y no tan distinta de las otras como te quieres mostrar. Puedo satisfacerte de tanto en tanto, pero tengo otras que me demandan. ¡Ponte en la fila, mi negra linda!

– ¡Qué cruel eres! ¡Dijiste que me amabas!

– Vamos, nena. No fue más que diversión. Pero si quieres, podemos usar tus dotes de hembra caliente, que lo eres, para obtener algún dinerillo extra. Tengo amigos que te miran con ansias.

El tono burlón, los gestos despreciativos y lo peligroso de la invitación impactaron de tal forma en ella que se quedó sin habla. Su hermano tenía razón y ella lo había ignorado, así como las sabias y cautas advertencias de su padre acerca de la ruindad de algunos hombres.

Agradeció infinitamente haber seguido los consejos que la orientación sexual de la escuela había brindado y haberse cuidado en las relaciones sexuales. Lo peor que le podría pasar es que su estupidez tuviera consecuencias. Ese maldito tenía razón, era una más de las atolondradas que



hipotecaban su futuro por buenos momentos. Su razón y sus ambiciones de un mejor futuro habían casi naufragado ante unas palabras bonitas y un rostro seductor. Las lágrimas derramadas por él serían amargas pero a solas. No permitiría que nadie viera su desazón.

El único consuelo que aceptó fueron sus sueños. En ellos Asmina aparecía mostrándole retazos de su propia vida que se parecían dolorosamente a los de ella.

“Crees que tu cuerpo ha sido mancillado. No tienes idea de lo que es eso, Marcia. Tú aceptaste, diste tu consentimiento, lo hiciste por placer y amor, mal que te pese ahora. Es una lección que debes aprender. No siempre nos quieren en la medida que nosotros lo hacemos. No siempre la cara que nos muestran es la del alma. Tú elegiste, yo nunca pude”.

Las palabras se desgranaban mientras las imágenes como fotogramas en su mente mostraban a la esclava expuesta en su desnudez en un estrado, a punto de ser rematada al mejor postor. El rostro altivo contenía lágrimas que anegaban sus ojos. Vio como abrían su boca, mostraban sus dientes para certificar juventud, como marcaban su cuerpo como si fuera un animal. La vio en un barracón húmedo y frío, vestida con andrajos como muchos otros. Y la vio sufriendo la vejación del sexo no consentido a voluntad de capataces y patrón.

Los sueños eran como partes de una fotonovela y pasaban rápido. Los recordaba nítidamente cuando despertaba. A veces creía que estaba loca y mezclaba ideas, información que conocía sobre los esclavos, relatos de su padre y su propia necesidad de ser escuchada y aconsejada. Pero ahí estaba y siempre estaría Asmina para guiarla. Producto de su imaginación o no, la necesitaba.

“El cuerpo es importante y debes cuidarlo. Tú que puedes, no lo entregues sin pensar o desear. Y si lo haces, respétalo. No te arrepientas,

salvo para protegerte en el futuro. Y si alguna vez lo ultrajan, recuerda que eres más que tu cuerpo. Tu mente es tu morada y no pueden entrar en ella. No dejes que nadie encarcele tu alma”.

El tiempo, la soledad a la que se sometió al desechar a sus amistades y dejar de acudir a fiestas, el apoyo de su familia que en silencio la contuvo, además de Asmina y sus renovados deseos de abandonar la Rocinha la ayudaron a curar. Heridos irremediabilmente quedaron su confianza en su buen juicio y en los hombres.

## **Capítulo 5.**

Río, 2016.

1.

La hora y media que esperó por el regreso de los jefes fue la que habilitó el desvarío de su mente y los recuerdos de Jorge y sus quince años. Se preguntó entonces por qué justo ahora volvían esas amargas imágenes y el retorno de los hombres se lo contestó. El más risueño tenía esa mirada sardónica y burlona que le pareció similar a la de aquel que la había engañado y hecho sufrir. Salvando las enormes diferencias de riqueza, raza y estilo, esa actitud de llevarse el mundo y las mujeres por delante estaba ahí, a flor de piel.

Se preparó para las que supuso serían preguntas capciosas. Horas más tarde reconocería que estos pensamientos previos condicionaron su actitud en la entrevista y se maldeciría por su tendencia a boicotearse. Partía de la inferioridad que sentía en presencia de quienes eran más encumbrados económicamente. Lo cierto es que la incomodidad estuvo presente todo el tiempo.

– Adelante, señorita Da Cunha – le indicó la recepcionista, haciéndola ingresar a un enorme y lujoso despacho con ventanales que avistaban el mar y las sierras.

El hombre más serio le señaló con un gesto una butaca a su frente. Tenía ante sí una copia de su currículum. Se sentó con envaramiento en el borde del asiento y esperó el cuestionario. La mujer vino entonces y acercó una silla de cuero para quedar sentada al costado del hombre y la miró en silencio, sin un gesto. El otro estaba parado sirviéndose una bebida y se acomodó luego a

unos metros en un largo sillón. Sentía sus ojos fijos sobre sí pero no le miró, buscando no darle entidad.

– Bien, señorita. Gracias por esperar. Mi nombre es Amancio Do Nascimento y junto con mi hermana Greta y Paulo Marinho somos los principales de la empresa. Empecemos. Dice aquí que ha estudiado Administración de empresas.

– Así es. Egresé hace año y medio de la Universidad.

– Ahá. Tiene buenas recomendaciones de sus docentes. El licenciado Gómez, por ejemplo, que me merece la máxima admiración y confianza, tiene muy buena opinión sobre usted.

– Estuve trabajando en su despacho en una pasantía que mucho me enseñó y agradezco – contestó con calma –. Me brindó una oportunidad de hacer experiencia y creo haberme desempeñado con eficiencia.

– Pero no has trabajado en una empresa de estas dimensiones antes. Poca experiencia – meneó la cabeza el barbado señalado como Paulo, chasqueando la lengua y tomándose el atrevimiento de tutearla.

– Aún no – dijo con la mayor dignidad que pudo –. Confío en tener esa posibilidad aquí.

– El puesto que deseamos cubrir es importante y de confianza. ¿Por qué deberíamos considerarla para el mismo? – pareció desafiarla.

Respiró y trató de responder con calma, apuntando a subrayar sus aptitudes .

– Porque estoy preparada para el mismo. He estudiado, tengo mi título, he realizado prácticas que aseguro fueron demandantes. Como usted dijo – le señaló al otro hombre, que la miraba con quietud – el licenciado Gómez y también Freitas no darían su aval a una improvisada.

– Eso creo, sí. Otro aspecto, ¿estaría en condiciones de comenzar enseguida, de ser seleccionada? El horario de trabajo es extenso ya que

estamos revisando y poniendo al día nuestro sistema contable.

– Estoy disponible full time.

– ¿No tiene familia, prometido que la demande? – inquirió el tal Paulo.

Se divertía a su costa el muy maldito.

– Como ya dije, puedo trabajar el horario necesario – dijo con sequedad y sin mirarlo.

– ¿Cuáles son sus aspiraciones?

– Mis aspiraciones salariales están señaladas en mi hoja de vida y corresponden al laudo habitual para un contador. En base a él negociaría compensaciones y horas extras.

– Bien. ¿Otros estudios o conocimientos que quiera mencionar?

– Constan ahí mis conocimientos en el área Informática e Inglés básico.

– Esté tranquila sobre eso último, no vamos a necesitarla como traductora – volvió a intervenir burlón el del costado, ganándose la mirada fastidiosa de la mujer llamada Greta, sin duda mosqueada por la infantil actitud.

– ¿Qué condiciones hacen que usted sea mejor que los otros postulantes? – preguntó ella por primera vez.

– No sé si soy mejor, no busco compararme, menos aún con quien no conozco. Vuelvo a decir que estoy capacitada, soy responsable y trabajadora y esta es una oportunidad que de proporcionármela, es inigualable para mí. Estoy segura que nadie cuidaría más este empleo que yo.

– Muy bien, señorita Da Cunha. Le agradecemos su presencia, le estaremos comunicando en el correr de la semana nuestra decisión, tanto negativa como positiva.

Ella se incorporó al tiempo que lo hacía Amancio Do Nascimento galantemente, para luego acompañarla hasta la puerta, donde la miró con sus ojos azules y esbozó por primera vez una cálida sonrisa que la desarmó. Se

estrecharon las manos y ella se dirigió con estudiada calma al ascensor.

Una vez adentro sopló como si hubiera contenido el aire por horas y aflojó la tensión, notando que sus vértebras volvían al lugar. ¡Cuánto nervio y estrés, todo aumentado por ese grandísimo cínico Paulo no se cuanto! Deseaba con el alma ese trabajo pero si lo obtenía lidiar con ese ejemplar no sería fácil. “Pero he tenido desafíos mucho más grandes” se dijo.

2.

– ¡Qué comportamiento tan detestable, Paulo, realmente! – reprendió Greta como si estuviera frente a un colegial – . No hubiese querido estar en los zapatos de esa pobre mujer.

Este se encogió de hombros con indiferencia mientras se tocaba su recortada barbita y sus ojos chispeaban.

– Es bueno someter a los aspirantes a cierta presión, ver su reacción. Nos da una idea de qué están hechos y qué esperar de ellos en el trabajo.

– Pues no lo hiciste con los otros – apreció Amancio con cierto sarcasmo –. ¿Y qué conclusión obtuviste?

– Es fría como un témpano y tiene unos nervios de acero.

– ¡Qué raro no la conmovió tu pose de Don Juan! – rió Greta.

– No está entre mis gustos femeninos – se encogió de hombros.

– Ah, creí que cualquier escoba con polleras era tu “target” – se burló.

– Venga ya, dejemos las pullas – ordenó Amancio – . Es imperioso tomar una decisión. Se necesita ayuda extra capacitada con urgencia en la parte contable. El gobierno fiscaliza por cuentas claras y ustedes saben bien que dados los escándalos de corrupción denunciados, miran con lupa toda empresa que tiene relacionamiento comercial con el Estado.

– Increíble – terció Greta – nuestra compañía tiene décadas de seriedad y

transparencia...

– Pues lo mismo otras que están señaladas en la investigación del Fiscal General. Debemos despegarnos de ese escándalo haciendo las cosas lo mejor posible.

– Pues yo creo que el primer postulante tiene muy buenas credenciales.

– Sí, pero no tiene disponibilidad para dedicarse totalmente. Y ese mes que necesita para arreglar sus asuntos en la otra empresa es casi imposible.

– ¿Y por qué no la muchacha? Tú mismo dijiste que su currículum es bueno, Amancio.

– Sí, es así pero...

– ¿No te convence que sea mujer? No seas machista – retrucó Paulo con cierta sorna.

– ¡Ponte serio y expresa tu opinión personal! – le increpó.

– Bien – se puso en pie y recuperó su talante grave, que era el que más habitualmente tenía aunque pareciera lo contrario – . Como lo veo tenemos urgencia, ella tiene su título con honores y aunque su lugar de estudio no sea el más exclusivo de Río, vale. Sus referencias son impecables y tiene disposición total al trabajo. Ninguno de los anteriores cumple con todo eso.

– ¿Seguro no te mueve el interés personal por verla por aquí? – se burló Greta.

– Tienes que ponerte seria tú ahora, mi amiga. Sabes que no mezclo los negocios con el placer.

– ¿Decidido entonces? – dudó Amancio – .¿Tú estás de acuerdo, hermana?

– Sí. La vi compuesta y me gustó su perfil. Será bueno tener otra mujer que aplaque los ánimos de tanto hombre en la sección contable.

– Esperemos no equivocarnos.

– Tenemos el control. Si lo hacemos, lo solucionamos al primer fallo.

– Bien, confirmaré sus referencias primero, por cualquier eventualidad. Y luego se lo comunicaré. Ahora, pasemos a considerar otros asuntos. Es menester que nos encarguemos con mayor énfasis del marketing del nuevo edificio que estamos construyendo en Copacabana. Hay una propuesta del área Publicidad que quiero vean.

3.

Las siguientes dos horas las pasaron analizando el proyecto e involucrándose en la estrategia para amortizar la millonaria inversión que significaba la construcción de apartamentos de alta gama en la zona más selecta de la ciudad carioca. Era fundamental promocionar el lugar aún cuando ya un cuarenta por ciento del mismo estaba comprometido.

Era la gran apuesta de Amancio, un proyecto pensado y gestionado por él por primera vez sin el asesoramiento de su padre, que había renunciado a la presidencia de la compañía el año anterior. Era por tanto una jugada vital para demostrar su eficiencia y quería que todo saliera de maravillas.

A sus treinta años estaba en la edad justa de tomar las riendas de todas las empresas de la familia aún cuando Greta también tenía ambiciones en ese sentido. Pero el perfil masculino siempre había primado para el cargo de gerente general. El papel secundario que ella jugaba era vital ya que para él implicaba una cabeza serena y analítica que lo apuntalaba guiada por el amor que le tenía pues era consciente que su hermana lo adoraba.

La familia Do Nascimento hundía sus rancias raíces en la época de la colonización portuguesa. Afincados en el Brasil en el siglo XVIII sus antepasados habían sabido enriquecerse con el comercio de productos desde y hacia el Viejo Continente. Comida, metales preciosos, café, azúcar; lo que se pudiera trasladar y se necesitara sus barcos lo hacían. Todo excepto gente.



El natural desdén por el tráfico negrero caracterizó a la familia toda, a contrapelo de lo que era una práctica habitual y muy redituable entre los comerciantes, muchos de los cuales hicieron fortunas increíbles con ello.

En el siglo XIX, a la par que la independencia era lograda y las ciudades crecían, la familia extendió sus negocios a la incipiente industria: bebidas, la construcción de casas para los migrantes europeos que llegaban expulsados por la miseria y las revoluciones en Europa y también para los migrantes rurales. Toda esa actividad resultó en una millonaria fortuna que se repartía entre pocos descendientes, de los cuales la rama familiar de Amancio era la más beneficiada. Él, Greta y cuatro primos más eran los herederos de un conglomerado fenomenal, pero la familia se había partido los últimos años por discrepancias en torno a la política y su incidencia en los negocios.

Aún cuando nacido en cuna de oro y con todas las oportunidades materiales de su lado, el estudio y la disciplina familiar y condición para usufructuar la riqueza. “No hay herencia sin compromiso con el trabajo en las empresas”, había sentenciado su padre desde siempre.

Amancio era uno de los solteros más codiciados de la alta sociedad carioca y tenía a su alrededor a varias bellezas lugareñas de alta cuna suspirando por su atención, como moscas sobre miel.

La afortunada que había logrado su atención y ganado la etiqueta de novia y prometida era Lucía Salvattore, de origen italiano y cuya familia controlaba una parte grande del mercado chocolatero de la región. Conformaban, al decir de familia y amigos, una dupla dorada y perfecta destinada a unirse y consolidar sendas fortunas familiares.

Solo considerando su estatus Amancio tenía abierta cualquier puerta que quisiera franquear, pero era además tan apuesto como un modelo. Sobrepasaba el metro ochenta y cinco de puro músculo, modelado en base al diario ejercicio de gimnasio pero también por la práctica asidua del rugby y el

golf. Sus rasgos eran finos y destacaba en ellos su boca amplia, su nariz bien perfilada y sus ojos claros casi magnéticos atrapados entre una espesa mata de pestañas. Su cabello castaño claro se alborotaba con facilidad y lo solía peinar con afectado descuido. Casi un hombre perfecto vestido cuidadosamente con trajes Armani y Gucci, además de perfumado de lo mejor. Lucir bien era una de sus debilidades, y esto era visible en su amplio vestidor. Greta solía bromear que él había heredado la coquetería de su madre y ella la sobriedad y sencillez del padre.

El final de la jornada lo encontró programando los últimos detalles de la reunión con inversionistas del día siguiente. Entonces recordó que había decidido llamar en persona al licenciado Gómez para corroborar las referencias proporcionadas por la postulante seleccionada. Quería verificar con calma pues no terminaba de convencerlo del todo como la mejor opción, no por ser mujer como había insinuado Paulo sino porque su natural desconfianza y minuciosidad le hacían querer saber lo más posible de aquellos con quienes trabajaría en cercanía.

Algo en ella lo ponía en alerta: tal vez esa hermosura quieta y la latente sexualidad que parecía emanar de forma inconsciente y que era lo que rápidamente había movilizado a Paulo. La muchacha imponía y atraía aún sin proponérselo, pues estaba claro por lo serio de su semblante y actitud y lo sobrio de su ropa que no lo hacía en forma premeditada. Y lo menos que necesitaban era una belleza que robara miradas y distrajera de las tareas que debían hacerse.

La charla con el licenciado lo tranquilizó y decidió al fin. Este le aseguró que Marcia Da Cunha era un diamante pulido, una trabajadora seria e incansable y que progresaría tan rápido como se lo permitiesen. El profesional no era proclive al elogio fácil, él lo sabía bien y por tanto sus referencias eran suficientes. Solucionado ese tema dejó órdenes escritas para

que le fuera comunicado que había sido seleccionada para el puesto y que a más tardar en dos días debía comenzar, para lo cual tenía que presentarse a firmar el contrato correspondiente.

El área contable estaba en el ojo de la tormenta fiscal y dependía directamente de él, aunque Paulo tenía injerencia por lo importante del capital accionario que controlaba y porque en cuestión de números y cifras no bastaban los cuidados.

Pensó que dadas las características de Don Juan Tenorio del mencionado socio, tendría que volver a insistir acerca de no molestar a la nueva empleada. Se daba cuenta que a pesar de la indiferencia estudiada con la que se había expresado sobre ella, era un cazador y no dejaba títere con cabeza en lo relativo a mujeres. Solo Greta escapaba de esto por la entrañable amistad que los unía desde los primeros años de estudio.

Paulo Marinho era originario de una familia de clase media que gracias al esfuerzo y ahorro fenomenal de sus padres, además de su inteligencia superior que le habilitó becas, pudo estudiar en los mejores colegios y universidad. Se había adelantado con facilidad a sus compañeros de generación y al momento de egresar con sus títulos de Administración e Ingeniería Civil tenía ofertas laborales de las compañías más sobresalientes de Brasil, aunque él prefirió quedarse en Río cerca de sus padres, ya algo ancianos y aceptó la oferta de la familia Do Nascimento. Al poco tiempo la tragedia lo golpeó ya que un accidente de tránsito le arrebató ambos progenitores.

Se abocó a la empresa como forma de superar el dolor. Respondió a sus jefes con trabajo arduo y decisiones acertadas que potenciaron su incidencia y le valieron cuantiosas comisiones que fue reinvertiendo hasta tener control sobre el diez por ciento de la empresa de Bienes Raíces. Pero todo lo serio de su labor contrastaba con el desorden de su vida privada y sentimental: un

picaflor que no se detenía mucho tiempo en la misma mujer, un empedernido solterón sin intenciones de compromiso.

Amancio confiaba en su trabajo aún cuando muchas veces se sentía vigilado en exceso y le fastidiaba su frontalidad. Con cierta inseguridad en su puesto de gerente por el escaso tiempo de desempeño, su mente solía ver en Paulo un rival que algún día iría por su puesto. Claro que era una percepción suya ya que aquel nunca había expresado nada al respecto. La relación era cordial y trabajan bien juntos, pero no eran amigos.

## **Capítulo 6.**

1.

No sabía que esperar de la entrevista; especialmente la actitud del hombre llamado Paulo la había desconcertado y fastidiado y le generaba pocas expectativas. Pero como no era mujer de quedarse quieta aguardando, comenzó a pensar futuros pasos y a revisar ofertas laborales en los periódicos. Tenía trabajo de medio horario en el mismo hotel de su padre desde hacía dos años asesorando la parte administrativa del mismo. Pero no era suficiente para pagar todos sus gastos y menos aún para independizarse y mudarse de la favela.

Esa era su mayor ambición: poder dejar atrás la Rocinha y llevar con ella a su padre y su hermano Ronaldo. Yair tenía su vida hecha con una buena mujer y una hija preciosa a la que adoraba. Su hermano mayor siempre se las había arreglado para trabajar en mil actividades que le generaban modestos ingresos. Sus deseos pasaban por heredar el empleo de su padre, cosa que estaba casi garantizada pues siempre hacía sus suplencias y los dueños valoraban su honorabilidad, heredada de Joao. Pero mientras Marcia no tuviera un puesto laboral seguro y bueno y Ronaldo no encaminara sus pasos, eso no ocurriría. Esto pesaba sobre los hombros de la muchacha, que se sentía en parte responsable de que la situación de todos mejorara.

Tanto Yair como su padre habían trabajado sin descanso y sacrificado parte de sus vidas para brindarle la oportunidad de estudiar sin preocupaciones y obtener un título profesional. Habían confiado en ella y el poder superador de la formación académica. Ahora era menester que hiciera lo indecible por devolver algo de lo brindado. No porque se lo pidieran o

esperaran, así de dignos eran.

Ni siquiera cuando ella pareció naufragar en los brazos de Jorge y casi tirar por la borda su soñado futuro había sido confrontada o exigida. Se habían limitado a aconsejarla, vigilarla y protegerla, perdonando su comportamiento y obcecación, en una actitud de espera que por fortuna, pensaba ahora, había dado frutos.

Desde el presente despreciaba su propia ingenuidad y ceguera; ese amor casi enfermizo por un ser que nunca fue merecedor de su querer y que le había estafado su virginidad. Se auto flagelaba cada vez que pensaba en su entrega desinhibida e incondicional al fraude que significó el simple capricho de un joven acostumbrado a la caricia fácil. Le horrorizaba además pensar lo que podría haber sido su vida hoy, habida cuenta de lo que el devenir había traído a aquella traicionera amiga que se había involucrado con Jorge irrespetando el vínculo de amistad y lealtad que tenían. Madre adolescente, embrutecida y prostituida por el siniestro muchacho, además de abandonada luego a su suerte. Y así otras. La mala experiencia la marcó a fuego, llenándola de desconfianza hacia el sexo opuesto y enfocándola solo a superarse y triunfar.

Joao veía su sufrimiento y algunas veces intentó ablandar la postura de Marcia, pues notaba que había modificado ostensiblemente su visión del amor y la pasión. A él no le importaba en la medida que fuera un lapsus y de hecho podía ser hasta bueno para mantenerla clara en sus metas. Pero temía que el corazón de su hija se acorazara definitivamente impidiendo entrar a quien la quisiera bien y en su madurez agriara su carácter y la condenara a la soledad.

Ejemplos de esto había varios en la familia y el primero de ellos fue sin dudas la esclava Asmina. Varias veces trató de hablar pero Marcia lo evitaba. La herida, la llaga era tan dolorosa que ni siquiera podía verbalizar su

desencanto. Antes bien, prefirió enterrar lo sucedido sin hacer el duelo correspondiente y eso a la larga tendría consecuencias.

El mentado Jorge no se la hizo fácil pues durante un buen tiempo la siguió y hostigó procurando continuar la relación en sus términos, ajeno a la enorme decepción que ella había experimentado. Acostumbrado a los vínculos sórdidos y torcidos, creía viable que Marcia continuara pegada a sus deseos. Luego de varios encuentros casuales y forzados donde primó su costado seductor, azucarando palabras y gestos, la situación se tornó más violenta. No podía soportar ser rechazado, de hecho era algo inconcebible para su orgullo pero también un motivo de burla en el ambiente machista y mafioso en el que se desenvolvía. La joven comenzó a sentir miedo de salir y solo lo hacía para estudiar, custodiada por alguno de sus hermanos.

Cuando se tornó insostenible, Joao hizo algo que había evitado siempre: acudir al jefe todopoderoso de la banda que dominaba la Rocinha para presentar su queja. Después de todo Jorge era un esbirro del comando y Joao sabía que los jefes procuraban evitar en lo posible confrontar con los faveleiros. Era una forma de mantener la paz. Las relaciones generalmente eran monitoreadas y asuntos tan sencillos como la molestia de un vecino con otro a veces se dirimían por la intervención del líder.

En un contexto diferente la Policía hubiera sido la opción más lógica, pero donde vivían la ley era patrimonio de las bandas. Vivir al margen era posible siempre que no se las molestara y si Joao nunca había pedido nada era justamente porque su orgullo y honorabilidad repelían la situación. Pero cuando su hija estuvo en el medio no dudó. Bastó una charla para que el jefe condescendiente, accediera a controlar a Jorge. De manera sutil le recordó que esto generaba una deuda y que tal vez en algún momento esta se cobraría. Motivo agregado para querer irse del lugar lo antes posible.

Así las cosas, Marcia había centrado todo su potencial en estudiar,

adelantando cursos, procurando aprovechar becas que llegaban al colegio desde fundaciones de ayuda a los pobres: computación, inglés, Internet, diseño web. El resultado luego de varios años era un título universitario y prácticas y comprobantes de cursos variados. Y la esperanza que estos la catapultaran a una mejor vida y lugar.

Muchas veces se cuestionaba esa casi obsesión por conseguir un buen empleo, por ser exitosa y escalar posiciones sociales. Era en realidad heredada y potenciada por la necesidad; el conformismo solo traía aparejado desesperación, miseria y hambre. Porque hubo momentos muy duros en que la sombra de la falta de alimentos azotó a la familia.

– Muchos sueñan con mejorar, tener dinero y poder solo por diversión, especialmente quienes ya lo tienen. Acumular más es su objetivo. Pero para quien nada posee es el camino y la gasolina que alimenta el espíritu para levantar la cabeza y vivir como seres humanos dignos – se explayaba Joao ante sus hijos.

– Yo quiero vivir con ustedes y ser feliz, solo eso – señalaba ella siendo apenas una niña.

– Yo también, mi amor. Pero creo que mereces conocer el lado dulce de la realidad. Viajar, aprender, tener comodidades, darte tus gustos. Y nadie te lo va a regalar, deberás luchar por ello.

– La maestra Estela dice que el dinero suele transformar a la gente y les hace olvidar lo importante.

– Es así si de antemano no te conoces, no sabes quién eres y si solo buscas tenerlo creyendo que por sí solo te transformará. Es un vehículo, una herramienta. Te facilita el camino. En casos como el nuestro, puede aliviar la miseria y permitirnos evadir el cerco de la discriminación y la delincuencia.

– Me confundes, papá. El dinero es importante y no lo es, es útil pero no me sirve si no sé quién soy. ¡Yo sé quién soy!



– Conocerse es más que saber tu nombre y el de tu familia. Tiene que ver con asomarte a tu interior y desnudarte ante ti misma. Tus anhelos, tus miedos, tus deseos. Nada ni nadie puede modificarte si estás segura de ti.

– Puedo hacerlo sin dinero.

– Claro. Lo que digo es que vivir es más que sobrevivir y no está mal ilusionarse con más. No se trata de hacer lo que sea por conseguirlo, sino potenciar tus dones para superarte. La larga historia de nuestra familia es sinónimo de esto último. No hemos logrado elevarnos de la pobreza pero si miras bien y desde el comienzo de nuestro periplo, cada uno de nuestros antepasados luchó por mejorar y dar pasos hacia un destino autónomo.

Este tipo de diálogos había salpicado la niñez y la adolescencia de Marcia y la habían convencido de ir por sus sueños. Ahora, ya adulta, entendía con meridiana claridad lo que su padre le señaló siempre. Esa larga lucha familiar había comenzado por lo más básico de todo: el derecho a vivir libre y decidir sobre las propias acciones; la historia de vida de Asmina.

Cazada y vendida como un objeto, gran parte de su vida adulta transcurrió a merced de los deseos de sus dueños. Privada de su familia de origen e imposibilitada de elegir qué hacer y cómo, se las arregló para no perder la esperanza de una vida mejor y la rebeldía para ir por ella cuando la oportunidad se presentara. Objeto para quien desfogaba en ella su pasión sexual por la fuerza del dinero y el látigo, no permitió que esto marcara su corazón ni su cerebro. Cuando el momento llegó, fue sujeto y amó con todas sus fuerzas, desafiando convenciones y leyes. Asmina enfrentó los grilletes, vio morir a sus seres queridos y amigos deslomados por el trabajo o por los castigos, escapó y fue una rebelde que luchó por su libertad en los llamados quilombos de Palmares, adonde también sobrevivió a las razzias portuguesas.

“Tú eres mi directa descendiente, Marcia. Tus demonios son otros pero también estás encadenada en una sociedad que te pisotea y te bastardea. Pero

tienes tu libertad. Debes mirar por ti y los tuyos y tienes la fuerza para hacerlo” sentía que le transmitía la esclava en sueños.”Desciendes de una casta de guerreros. Puedes superar lo que te propongas, aún cuando el sacrificio sea grande”. Ante la historia de vida de su ascendiente, lo suyo con Jorge, las dificultades para conseguir trabajo e incluso los Paulo o cualquier otro que pretendieran frenarla o humillarla, nada eran. Obstáculos a sortear con inteligencia.

Por ello había apostado hacía mucho por no llorar frente al abuso, inerme y desvalida, sino transformarlo en acción. El cruel hándicap que suponía su origen hacía que competir por un puesto digno y bueno no fuera fácil: ya había probado suerte en varias oportunidades y en todas había resultado pre seleccionada mas nunca elegida para el trabajo. Por ello había acudido y rogado por prácticas laborales a sus profesores y trabajado hasta el desmayo con sueldo nulo y luego magro. Obtener sus referencias fue el objetivo que logró al demostrar su capacidad. Era la esperanza que tenía y el hecho que hubiera impactado en la última entrevista le referenciaba que había estado en lo correcto. Cabía ahora esperar pero sin dejar de buscar.

2.

El sonido en su celular anunciando la llegada del mail constituyó uno de los momentos más felices de los últimos años. Sus sueños se cumplían: le informaban que el puesto en la empresa era suyo si lo aceptaba y que de ser así necesitaban su incorporación de forma inmediata. Esto ya lo habían mencionado y por supuesto que ella estaba más lista que nunca y que nadie.

A la primera reacción de asombro siguió la euforia y esta se manifestó casi en un aullido.

– ¡Papá! ¡Ronaldo! ¡Lo logré, es mío, es mío! – sollozó y saltó.

Era el primer logro que hacía que su habitual parquedad desapareciera y la desbordara la alegría. En retrospectiva, los éxitos habían sido varios: simplemente terminar el Secundario ya era una campaña súper exitosa en la favela. Obtener luego un título universitario y codearse con profesionales, algo inusitado. Pero ella había visualizado toda meta como escalones para algo más, por lo que apenas obtenidos eran dejados atrás en pos de otro.

Pero este era el Santo Grial de sus objetivos, por decirlo de manera simbólica, el primigenio. Significaba un trabajo de élite con su correspondiente salario elevado. El camino de salida de la miseria.

Ni su padre ni su hermano menor necesitaron preguntar que ocurría; estaban al tanto y expectantes de lo que resultara de la entrevista. Corrieron hacia ella y se apretaron en un abrazo poderoso que duró un buen rato. Sollozos, palmadas y risas mezcladas, un cúmulo de sensaciones agradables.

– ¡Mi niña, mi Marcia! ¡Sabía que lo lograrías! ¡Eres nuestro orgullo, mereces cada cosa buena que te pase porque te has esforzado como pocos!

– ¡Nada hubiera sido posible sin ustedes! No crean que olvido cada sacrificio que han hecho por mí. Esto es por y para ustedes también. Nos va a permitir irnos de aquí.

– Debes pensar en ti, nosotros...

– Ustedes son mi fortaleza, papá – lo interrumpió – . Apenas comience y cobre mis primeros salarios, buscaremos un nuevo hogar.

– Estamos bien aquí, no debes preocuparte – señaló Ronaldo, algo mosqueado por la terca postura de su hermana en lo atinente a mudarlos de la Rocinha.

– Vamos a estar mejor, ¿escuchas, Ronaldo? – lo miró con fijeza.

Era a él especialmente, a su hermano menor al que había que ayudar y apoyar ahora. Sabía que no estaba siendo nada fácil resistir las invitaciones

de sus amigos a drogarse o a trabajar haciendo mandados a las mafias. Tenía miedo por él, lo sabía frágil y sensible, a diferencia del hermano mayor, de Yair. Este era más fuerte y curtido y nunca pensó en algo más que trabajar.

Pero Ronaldo, más pequeño, veía a sus pares usufructuar ropa buena, conseguir chicas con facilidad, manejar dinero. Además no se le daban bien los estudios, especialmente números y letras, eliminando toda posibilidad de que un título lo sacara de pobre.

Era sin embargo un habilidoso creador de máquinas de cualquier tipo, capaz de desarmar y armar el motor de un vehículo con los ojos cerrados. Lo suyo era la mecánica, la tecnología y tristemente, no podía pensar en estudiar algo vinculado a esas áreas sin apoyos económicos.

“Ahora será distinto” pensó Marcia. “Con mayores ingresos veremos de inscribirlo en alguna escuela privada”.

– ¡Nos alegramos tanto, Marcia! Pero piensa primero en ti.

– Ahora todo será diferente. Mañana mismo firmaré contrato y empezaré casi de inmediato.

– Es un desafío para el que estás muy bien preparada. ¿Cómo te sientes?

– Nerviosa, expectante. Tengo que demostrar desde el comienzo que soy buena, que sirvo para el trabajo y mi responsabilidad condicionará mi continuidad, imagino.

– Así lo harás, será como dices. Tal vez lo más difícil sea integrarte.

– Lo sé, no soy buena en las relaciones interpersonales. Pero los números serán mi principal tarea y soy muy eficiente con ellos. No voy a hacer amigos pero puedo ser buena compañera. Y si la competencia es fuerte puedo soportarlo.

– Pensaba que tal vez sea un lugar con mayoría de niños blancos egresados de colegios caros.

– No soy menos, papá. Y lo tengo claro.

– ¡No debes decírmelo a mí! Te lo comento para que lo consideres y lo proceses. A veces tiendes a auto discriminarte.

Sabía que su padre tenía razón y de hecho la reacción que tuvo frente a Paulo Marinho lo demostraba. Pero era parte de su personalidad.

## Capítulo 7.

1.

Era la segunda vez que ingresaba a ese edificio, pero ¡qué diferencia la situación en la que lo hacía ahora! Expectante, nerviosa y temerosa apenas unos días atrás; triunfante y feliz en su primera jornada efectiva de trabajo. Se había vestido con esmero en tonos pastel, procurando una imagen moderna y contenida que acentuara su perfil sobrio.

Se preguntaba cómo serían sus colegas aunque eventualmente poco importaba; estaba acostumbrada a ir por la vida en soledad. Probablemente no tendría muchas similitudes ni intereses comunes con ellos mas no iba a enfocarse en ello, sino en cumplir y destacar.

Esa mañana fue recibida de manera más cálida por la recepcionista, quien le allanó el camino hacia el área contable y le presentó al jefe principal, el contador Sebastián Sears, un hombre calvo de edad algo avanzada con lentes sobre su nariz, quien someramente indicó su tarea y la estructura de la oficina. Sería una de las escasas veces que lo vería, ya que el día a día sería de contacto con otros jefes menores, que luego le serían presentados. Esto le daba cuenta de lo enorme de la empresa.

– Señorita Da Cunha, bienvenida a la empresa y a nuestra división. Es un placer contar con ayuda extra, créame que la necesitábamos ayer, tanto es el trabajo.

– Gracias, trataré de cumplir mi rol de la forma más eficaz.

– No pude participar en las entrevistas para el puesto, lo que hubiera sido de mi agrado, como comprenderá.

¿Había ahí un reproche velado, una disconformidad? Rogó que no fuera

una situación que la tuviera a ella como rehén, al ser considerada como una empleada impuesta.

– Sí, comprendo – asintió.

– A Amancio le gusta participar de manera directa en la selección del personal, lo cual me parece correcto. Confío en su criterio y además Paulo nos ha puesto en antecedentes de sus estupendas referencias.

El alivio la envolvió; al menos ese antipático hombre había sido objetivo al transmitir la información.

– Nuestra área lleva la contabilidad no solo de la compañía de Bienes Raíces sino que colabora con el monitoreo global de otras empresas que pertenecen al conglomerado Do Nascimento.

Esto era nuevo: no dudaba ahora que la tarea debía ser ingente, si confiaba en las revistas financieras y en la información de Internet que aseguraba que la familia controlaba una porción interesante del mercado carioca.

– Tenemos un equipo de cerca de cincuenta técnicos y profesionales al que se integrará de inmediato. Estará bajo la supervisión directa de la contadora Berta Silva y se encargará de la parte de pasaje y revisión de datos. Estamos en pleno proceso de ordenar nuestras cuentas de manera que estén tan cristalinas como se exige. Son pedidos de los accionistas.

La tarea asignada era clara y tocaba ahora conocer a sus compañeros y jefa. Esta resultó ser una antipática y diminuta dama que la escudriñó y luego de varios minutos que se tomó para revisar su currículum asintió.

– Bienvenida. Espero esté a la altura de nuestras necesidades y de sus referencias. Por allí está su escritorio y estas carpetas serán su primera asignación.

Así, sin más, le señaló la salida y bajando la mirada hacia sus propios asuntos la despidió sin palabras. La frialdad la azoró un poco pero se rehízo

con calma y tomando los citados folios se dirigió a su lugar a comenzar la labor. Miró a su alrededor mientras se acomodaba en su cubículo y evaluó el lugar; vio indiferentes colegas pero también recibió algunas sonrisas y saludos desde otros escritorios que la hicieron sentir un poco mejor. Era la única mujer negra, además de un moreno más lejos y de hecho en el correr del día solo ingresaron un cadete y un hombre trajeado de su raza. Esto no la inhibió, había sido bastante común en la Universidad.

Abocarse a los números la reconfortó y trasportó lejos, tanto que su abstracción la hizo olvidar el entorno por un rato. Solo la voz áspera la trajo nuevamente a tierra.

– Veo que intenta resolver nuestras dificultades financieras hoy. Hay tiempo, señorita . Puede descansar.

A su frente se encontraba Paulo Marinho y a su alrededor pocos permanecían, lo que la llevó a mirar la hora y percatarse que ya era hora de almorzar. Tan enfrascada había estado que todo se había desdibujado. “Mejor” pensó. “Es la forma que todo discorra y demostrar mi valía. Dado que todos parecen poco interesados en la sociabilidad, más vale así”.

Realmente era raro que nadie le hubiera hablado o se acercara a darle la bienvenida. ¿Un ambiente hostil? ¿O simplemente demasiado trabajo? Ya vería con el correr de los días cual era la realidad. Por lo pronto, ahí estaba el desagradable sujeto mirándola con socarronería, recorriéndola con impertinencia de cabo a rabo. Impecable en el traje azul que destacaba su morena faz.

– El tiempo ha transcurrido rápido. He querido ponerme a tiro con el resto.

– Habla bien de usted y su responsabilidad. Pero no queremos que piense que está esclavizada aquí, puede salir a almorzar.

El aparente juego de palabras le sentó mal y la hizo reaccionar con



vehemencia.

– ¡Créame que no tengo nada de esclava! Afortunadamente mis ancestros lucharon por la libertad y eso me legaron.

Él la miró con sorpresa y pareció darse cuenta entonces de lo dicho. Se lo vio intranquilo y le gustó.

– Discúlpeme, no tuve intención de...Usted sabe, de herirla.

– No lo sé, no. Pero no importa. Si me disculpa voy a tomar mi receso ahora.

Se incorporó con celeridad y rabia mal contenida pues empujó la silla que cayó ruidosa al tomar su cartera y salir como si un demonio la persiguiera. Al ingresar al ascensor y mirar hacia el lugar lo vio aún parado en el mismo lugar, observándola con seriedad. “Condenado sujeto, mala gente. Ese es el tipo de comentario que desatan las burlas y chistes de los demás. Hoy no hay nadie pero si vuelve a hacer algo así lo detendré con sequedad. No va a encontrar en mí una víctima para su matoneo”.

Ya descendiendo se preguntó dónde ir; no había averiguado de algún lugar para comer y ya la hora del retorno se aproximaba, por lo que finalmente optó por comprar unas barras de cereales y agua para poder encarar la tarde. Masticó uno de ellas con renuencia, pero entonces se percató que el hambre la atenazaba y se atragantó con el resto de la colación, todo esto sentada en una diminuta banqueta del quisco frente a la empresa donde las había adquirido. Esto le daba buena visual del edificio y le permitió apreciar la llegada del jefe, Amancio Do Nascimento en su lujoso y descapotable auto deportivo.

Le llamó primero la atención el vehículo y luego el hermoso hombre que descendía, pues no lo reconoció. La apostura era propia de un modelo de alta costura y el rostro destacaba por su belleza. “Un hombre blanco digno de admirar” se dijo. No pudo evitar compararlo con el tal Paulo: este último era

también atractivo pero con un aura de rudeza y sexualidad más marcado. Su boca fina e irónica y el gesto casi endiablado que sus ojos voraces daban al rostro al entrecerrarse lo alejaban de la tranquila y pacífica hermosura de Amancio. “El agua y el aceite”, reflexionó, aún sin conocerlos en profundidad, solo por encuentros casuales. Nuevamente se dejaba arrastrar por primeras impresiones y estas condenaban a Paulo Marinho y elevaban a Amancio Do Nascimento en su mente.

2.

Paulo se dirigió pausadamente a su oficina. Su paso por el área de Finanzas había tenido como objetivo charlar con el contador principal, pero este no estaba allí. Era lógico dada la hora en que él aparecía. El mediodía solía ser su hora de llegada pues dedicaba la mañana a otras labores privadas vinculadas con su trabajo de ingeniero asesor en construcciones, sin conexión con la empresa Do Nascimento. A esto se agregaban sus visitas a su hermana y sobrinas.

Le tenía preocupado el rumbo que los negocios estaban tomando los últimos meses, de ahí su presencia y la necesidad de la charla con quienes manejaban números y estaban en directa relación con Amancio. Este era bastante cerrado a la hora de comunicar sus decisiones y justificarlas y muchas veces se enteraba cuando ya estaban en ejecución, lo cual lo molestaba pues lo alejaba de la posibilidad de incidir en algo.

Conversar con la nueva contadora y portarse como un troglodita con ella no estaba en sus planes ni en su espíritu, no había sido para nada intencional. No por eso la había molestaba menos, era evidente que ella tenía un carácter fuerte y no se callaba cuando se veía o se creía confrontada. Respetaba eso en las personas. “Y cuanta belleza” agregó. La afirmación tan seria dicha días

atrás a sus socios en relación al nulo interés que le despertaba comenzó a derrumbarse al verla retirarse indignada con un fenomenal bamboleo de caderas.

“Esta morena es una mujer con todas las letras” pensó para luego sacudir estas ideas. Era cierto que no acostumbraba a mezclar sus negocios con el sexo o el amor. Para ello solía visualizar a las empleadas y colegas como castas y asexuadas mujeres. Pero esto no le iba a ser nada fácil con Marcia Da Cunha, era mucha mujer para ignorar así como así.

Por fortuna el contador Sears le había dejado la información que necesitaba en su oficina por lo que procedió a analizarla. No le terminaba de convencer, para ser claro dudaba de lo acertado de la decisión de su socio de gastar parte de los activos de la empresa en una apuesta tan jugada a una sola inversión inmobiliaria. Los negocios se habían enlentecido los últimos meses luego de los Juegos Olímpicos y quienes estaban en condiciones de invertir su dinero en los lujosos apartamentos en construcción estaban algo reacios a hacerlo hasta que no estuviera firme y claro el rumbo de la economía. Esto, a su vez, no era factible en el corto plazo dada la tormenta política que se había desatado en el país.

No obstante pensar así había dado su aval al proyecto. El problema era que este estaba insumiendo más de lo planificado al inicio y se demoraba, con lo cual la amortización y las ganancias lo harían también. No estaba él necesitando dinero a corto plazo, pero una parte del capital en riesgo era suyo, ganado con sacrificio y lo inquietaba su destino. Por ello se cercioraba por todos los medios que las cosas se hicieran bien.

No dudaba de Amancio; la familia Do Nascimento había construido su capital sobre la base del esfuerzo duro y la honestidad. Lo unía un cariño sincero por Greta y ella era la garantía y carta de crédito para su hermano, pues ella no se cansaba de ponderarlo. Los choques entre los dos hombres

derivaban de la distinta visión que ambos tenían de la vida y el riesgo, entre otros asuntos. “Para alguien con la fortuna y el respaldo de Amancio, una mala inversión sería una anécdota. Para mí significaría empezar de cero” reflexionaba Paulo.

Donde un eventual fracaso sí impactaría y mucho sería en el orgullo del Gerente General, que lo tenía y en demasía para el gusto de Paulo. Creía que muchas de las decisiones grandilocuentes que aquel tomaba tenían que ver con la necesidad de demostrar que era tan bueno o mejor que su padre, lo cual era al menos difícil considerando la trayectoria tan exitosa de Reynaldo Do Nascimento, el progenitor.

De algún modo temía que ese deseo de emulación pudiera llevar a Amancio a atajos peligrosos. Era una presunción que de tanto en tanto lo aquejaba mas olvidaba luego. Después de todo, la empresa contaba con Greta y con él mismo para corregir el rumbo si era necesario.

Cerró la carpeta y se mostró conforme, espantando los fantasmas que lo asediaban. No tenía una base real para sustentar ninguno de los escenarios catastróficos imaginados, todo parecía ir bien. Se recostó en la silla elevando las piernas de modo de descansarlas sobre el escritorio y vio entonces ingresar a Amancio y dirigirse a su enorme despacho mientras lo saludaba con un gesto.

“Así mirado, tan compuesto y elegante y cabeza de una de las más importantes empresas de Río, con una novia soñada, parece el prototipo de la perfección” reflexionó. No lo pensaba con envidia sino objetivamente; de hecho prefería su vida, lejos de la estructura que significa un imperio sobre los hombros y la necesidad de estar alerta siempre. En ese sentido sentía pena por el otro hombre, aunque este jamás entendería que pudiera provocar algo de piedad. “Debe pensar lo mismo y peor de mí” sonrió a la interna. Somos totalmente antagónicos”.



## **Capítulo 8.**

1.

Marcia no cabía en sí de gozo y lo expresaba en su hogar sin pudores. La contención y seriedad que demostraba en su lugar de trabajo, necesaria en un ambiente rígido y formal donde las demostraciones de familiaridad no eran alentadas, se evaporaban en su hogar. El logro que significó haber sido seleccionada para un puesto de tan elevadas características en la mejor zona de Río de Janeiro fue muy celebrado por Joao quien a su vez se encargó, contrario a su habitual parquedad, de hacerlo saber en su empleo en el hotel que ahora perdía a su asesora de medio tiempo y también entre los ex maestros de Marcia y algunos vecinos de extrema confianza.

La felicidad y el orgullo lo impulsaban a gritar a los cuatro vientos el éxito de su hija, pero la prudencia lo contenía. No era inteligente propagandear que su muchacha vendría a casa con más dinero pues la exponía a la ambición de algunos que vivían de lo que quitaban a los demás.

Asimismo, algunos de aquellos que eran sus iguales veían con envidia y cierto rencor el progreso del otro ya que de algún modo era el espejo del fracaso propio. Era inevitable que la noticia se filtrara, por supuesto: los propios hermanos ya algo habían comentado y las nuevas corrían rápido en la favela. Pero confiaba que el tiempo que les quedaba en ese lugar era poco y estaba contado. Tantas veces habían formulado sus planes de salida, soñado y preparado el mismo que era cuestión de llevarlo a la práctica.

Con su propio salario más el de Marcia podrían hacerlo y lo anhelaba, pues la situación tendía a complicarse con Ronaldo. El muchacho, ya hombre en realidad, nunca había logrado superar del todo la ausencia de la madre y él

mismo se sentía algo culpable. Obsesionado con cuidar a Marcia, a la niña, tal vez había dejado algo de lado a su hijo menor, un niño sensible que apenas tenía cuatro años cuando la tragedia ocurrió. Así como Yair era fuerte, valiente y confiable, el más pequeño era tímido y timorato, un soñador con dificultades para adaptarse al ritmo y exigencias del colegio.

Cualquier observador objetivo desecharía de inmediato la culpa que Joao sentía, así como el remordimiento de Marcia que se consideraba en deuda con el chico. Habían hecho lo que estaba a su alcance pero las herramientas que la pobreza provee siempre son escasas y alcanzar sus expectativas estaba en el debe. Así como habían planeado irse del barrio apenas la situación mejorase, también se habían hecho el firme propósito de ayudarlo a buscar su destino.

Esto requería tiempos para efectivizarse y había dado lugar al desaliento y fastidio de Ronaldo, lo que se había comenzado a manifestar en mayores tiempos compartidos con amigos que la familia no apreciaba. Yair, que conocía a casi todos en la favela, se lo advertía:

– Padre, debes hablar con él con seriedad. No es bueno que esté de vago todas las tardes con esos haraganes. Tú bien sabes que es un riesgo y cuestión de tiempo que empiece a tentar el dinero fácil.

– Lo sé, claro que lo sé – se desesperaba el buen hombre – . ¿Crees que no lo hemos discutido? Cada vez está más arrogante. Me culpo...

– ¿Por qué? Has hecho lo que se puede. No es un niño, debe ganarse el sustento. Tu ejemplo y el mío deberían bastar.

– No es como nosotros, Yair.

– ¿Ah, no? Pues nació y creció como nosotros. Solo que más mimado.

– Es más sensible y sueña con otras oportunidades.

– ¿No lo hacemos todos, papá? Pero tú nos enseñaste a ir por ellas, no esperar que se presenten o exigir que los otros nos las den – se enojaba con razón el mayor de los hermanos Da Cunha.

La noticia de que las finanzas mejorarían deberían dar aire a la situación y evitarían que su pequeño cayera en malas manos, se esperanzó Joao. Así también lo creía Marcia, que además de sí misma buscaba mejorar la vida de la familia toda.

– ¡El próximo mes nos mudaremos, como sea! El salario es muy bueno, papá, tanto que me desconcierta y me atemoriza, seré tonta. Suficiente para vivir en un lugar mejor, debemos comenzar ya a movernos a buscar un buen lugar. Y también averiguar por cursos de mecánica para Ronaldo.

– Sí, querida – se empañaron los ojos del padre – . Dios te bendiga, en tu momento de mayor éxito aún piensas en tu familia. Te diría que no, que no queremos ser un lastre para tu desarrollo, pero estoy tan atemorizado por Ronaldo que voy a ser egoísta y te tomaré la palabra.

Marcia corrió hacia él y lo abrazó con fuerza, tratando de devolver con la acción todo el amor que siempre recibió de Joao.

– ¿Lastre tú, ustedes? Han sido mi tabla de salvación, quienes me empujaron a demostrar quién soy. Menuda ficha sería si me largara ahora y los olvidara. Jamás podría, tú me enseñaste bien. Y los amo.

Joao suspiró y asintió. Conocía a su hija y no esperaba otra actitud

– Estás en mejores condiciones que yo de buscar un lugar para vivir, papá. De seguro en el hotel alguien podrá darte una mano para conseguir direcciones e ir a visitar los sitios. Yo voy a estar muy liada porque me han solicitado trabajar doble turno.

– Te van a aprovechar bien. Claro que me encargaré, querida, con la mayor de las ilusiones. Veremos que hay y que está a nuestro alcance. Será extraño...

– ¿Qué cosa?

– Al vivir tantos años aquí, en la Rocinha, mudarnos nos va a parecer increíble. Tal vez hasta nos cueste.



– No lo creo, con franqueza. Pero bueno, sí será desafiante. Dile a Ronaldo que te ayude. Comprometerlo hará que comience a visualizar que lo que le prometimos empieza a cristalizar.

– Sí... Es lo que más ansioso me tiene. Está a un paso de caer en manos de una de las bandas, lo presiento. Y te confieso algo, tú lo ignoras pero hace un tiempo uno de los líderes me hizo un favor, de vida o muerte.

Lo miró con extrañeza. No entendía.

– Y tengo miedo que lo quiera cobrar en Ronaldo.

Marcia quedó paralizada. No tenía idea que la situación pudiera ser tan delicada. Su padre todo lo minimizaba ante ella para que se concentrara y continuara por sus metas.

– ¿Qué le debes, padre? Tú siempre despreciaste a esos maleantes y te mantuviste al margen. ¿Qué pudo ser tan...? – apenas decía esto lo entendió.

La desaparición de Jorge de su vida luego de asediarla tanto había sido fruto del sacrificio que Joao hizo de sus principios. Suspiró con pena; el coletazo de su tontería los iba a perseguir por mucho tiempo.

– ¡Deja de pensar tonteras! – la conminó su padre al verla agachar la cabeza y la abrazó – . Hay momentos en los que se hace lo que se puede. Y no me arrepiento, solo que creo que debemos ser rápidos y astutos y retirarnos cuanto antes para evitar sinsabores.

– ¡Sin demoras! Haz el esfuerzo, consigue algo fuera de este infierno.

– Así será, así será.

El anochecer la encontró sentada en lo más alto de una de las escalinatas que conducían al techo de la Rocinha, lo más elevado del morro. Era tranquilizador mirar el horizonte a esa hora, cuando las luces iluminaban Río y los ruidos parecían esfumarse despacito. Le permitía pensar y reencontrarse consigo misma.

“Lo estás consiguiendo, estás alcanzando tus sueños. A tiempo, si

atiendes a lo que le puede pasar a Ronaldo. Cielos, cuánto ha transcurrido en nuestras vidas. Y hemos sobrevivido juntos y apoyándonos. Así será ahora, mejor y más fácil. La mejora económica lo hará posible”.

Su mente viajó hacia atrás y se recordó pequeña y llorosa junto a Ronaldo a su lado, apoyado en su hombro.

– Sabía que te encontraría aquí – la voz de Yair la sacó de su ensoñación.

Le sonrió: su protector y fuerte hermano mayor estaba ahí, como siempre. Lo abrazó. Durante años fue su guía, niñoero, guardaespaldas. Era la versión más joven de Joao.

– Hola, hermanito. Iba a ir luego por tu casa. Tengo ganas de ver a mi sobrinita.

– Hazlo, te extraña. Y está feliz por la novedad. Yo también. Orgulloso de lo que has logrado. Mi hermanita, la inteligente de la familia. Presumo de ti a diario, ¿lo sabes, no?

– Gracias, Yair. Por todo. Tengo una mezcla de sensaciones. Feliz, aliviada. Y a la vez preocupada y anhelando poder ayudar a Ronaldo. Nos tenemos que mudar, tan pronto como sea posible.

– Es lo que siempre han soñado papá y tú – se sentó a su lado, meneando la cabeza – . Este lugar puede ser un refugio para los que no tenemos más que nuestro sudor y esfuerzo, pero también es una trampa para los incautos y una prisión para los soñadores. Y Ronaldo es de estos últimos. Su desencanto lo está comenzando a afectar y está al borde de elegir mal.

– ¡Me asusta tanto!

– Este cambio le inyectará expectativas. Lamento que tengas que cargar con esto, pero al menos hasta que rompa sus lazos con esos malos amigos te pido lo sujetes y lo gobiernes como si fuera un niño. En muchas cosas aún lo es.

– ¡No es una carga! Nunca lo voy a pensar así, como tú nunca lo pensaste

de nosotros.

– Es la familia – expresó con calma – . Dejemos esto y cuéntame. ¿Cómo es codearte con los blanquitos más finos de Río? – bromeó.

No pudo evitar sonreír. Yair siempre tenía ese efecto sobre ella, el de aligerar pesos y situaciones.

– Es todo muy serio y formal. Falta música y color. Te aburrirías.

– Ya lo creo. Sabes que me gusta el ruido. Ahora, de verdad, ¿estás bien allí?

– Estoy bien. Tengo mi lugar, el trabajo es para lo que me preparé y el salario es muy bueno. Tanto que podré hacer buenos regalos.

– No endulces mucho a tu sobrina. Sabes que no se conforma nunca.

Sonrió. La nena era una preciosa y educada morenita igual de enérgica que Yair.

– Espero en un futuro poder ayudarte a ti también, hermano.

– Tú tranquila. Sabes que estoy bien. No me falta trabajo y tengo mis metas claras. Deja espacio para ti misma, que vivir está caro, querida. Pero dejemos eso, mira adelante, Marcia. No hay mejor vista de la ciudad que esta cerca del cielo y con los poderosos a nuestros pies – bromeó.

Era verdad. Paulo Marinho o los Do Nascimento tenían sus magníficas casas y vivían infinitamente mejor, pero si algo les faltaba era esa vista del paisaje que quitaba el aliento. Yair siempre conseguía ver el vaso medio lleno de la vida, era un optimista por naturaleza.

2.

Esa noche demoró en dormirse y cuando pudo conciliar el sueño este le trajo a Asmina, como tantas veces en el pasado. Hacía mucho que apenas la veía, a lo sumo algunas imágenes aisladas o frases sueltas. En esta

oportunidad

fue tan fuerte y vívido como en su infancia.

La visión la trasladó a la antigua fazenda en el Nordeste brasileño, hogar forzado de la esclava durante tantos años. Apreció con claridad la enorme mansión, resplandeciente como una blanca perla entre la cuidada arboleda y contrastando con los sembradíos de cafetales. El lugar era una pequeña ciudad, efervescente de campesinos, esclavos domésticos, capataces con látigos en sus manos, con la familia propietaria gobernándola con celo y crueldad.

Asmina caminaba de espaldas y cada tanto daba vuelta su rostro moreno, clavando en ella sus grandes ojos café, incitándola a seguirla con sus gestos. Deslizándose por los plantíos le mostraba la dura jornada que sufrían los esclavos, los cuerpos doblados y cansados. La trasladaba luego a los barracones donde vivían hacinados los pobres desgraciados como ella. De pronto y sin solución de continuidad, estaban en la mansión principal, admirando el lujo de los muebles, telas y adornos. La vio subir por escalinatas de mármol refulgente y pasear por las habitaciones. Desde la zona superior observó junto a ella a la familia dar cuenta de una opípara cena en una ceremonia de caires, fina platería y sirvientes que iban y venían trasladando todo tipo de vinos y manjares.

“Puedes estar en un lugar y pensar que formas parte de él. Pero recuerda, siempre serás alguien a disposición de, no igual a...” sintió su voz mientras se desdibujaba. Al despertar se sintió inquieta. A esta altura de su vida no desconocía que Asmina era la expresión de sus deseos y miedos más atávicos, en parte una creación de su mente y en parte de los relatos de su padre. Una manifestación de su inconsciente.

¿Qué le decía este ahora? La conminaba a tomar las cosas con calma y no dejarse llevar. No lo creía necesario. No pretendía ser parte o encajar con las

ricas personas con las que se codeaba ahora. No quería ser como los Do Nascimento. Y no era su sirvienta, era una profesional que brindaba su servicio por una muy buena paga.

“Si algo saco en limpio de este sueño es que todavía mi baja auto estima me pasa factura” rezongó. Había tenido que luchar contra ella desde niña, con esa auto discriminación que la separaba de lo que quería o soñaba. “Pero ahora no. Tengo mi título profesional, un trabajo digno que merezco y los deseos y convicción que este me permitirá crecer y mejorar. A mí y a mi familia. El mundo de Asmina no es el mío” se rebeló.

Decidida a dejar atrás y bien sepultada su inseguridad, durmió con profundidad y se levantó temprano dispuesta a charlar con su hermano Ronaldo. Quería contagiario de su energía y buenas nuevas, incitarlo a creer y confiar. Lo despertó y lo obligó a incorporarse a pesar de sus protestas.

– Arriba, hermanito. Llegaste muy tarde anoche y no hemos tenido oportunidad de hablar.

Lo observó; sus ojos enrojecidos y legañosos la miraban un tanto desorientados. Probablemente había bebido hasta bien entrada la madrugada, más de la cuenta y lo prudente. Se estaba volviendo habitual.

– ¡Déjame, Marcia! Es demasiado temprano – se quejó.

– Hora de levantarse. Debes ir a ayudar a papá hoy, Ronaldo. Hay una suplencia que hacer, te lo dijo ayer.

– No quiero ir... Apenas pagan y te obligan a deslomarte para ellos.

– ¡Vas a ir! Papá confía en ti y se comprometió ante su jefe.

– Mal hecho, no tengo ganas.

– No me importan tus ganas – explotó – . Debes ir. ¿Quieres pasarte de vago y ser un mantenido? No es como somos los Da Cunha.

El agachó su cabeza. Podía parecer rudo pero era dócil y sus quejas y rebeldía no eran otra cosa que fruto del alcohol.

– Perdona...No quise... – susurró con arrepentimiento – . Claro que voy.

– Ronaldo... – tocó su cabeza con cariño – . Aguanta y haz tu mejor esfuerzo. Ya hemos avanzado. Tengo el empleo.

– Me alegro tanto, Marcia, tú sabes que es así. Te has esforzado y...

– Y las cosas van a mejorar para todos. Nos mudaremos, podrás estudiar lo que te gusta. Con tiempo tus sueños se van a ir cumpliendo.

– Sé que les estoy dando dolores de cabeza. Pero a veces me deprimó y los chicos me entienden.

– ¿Te entienden? Vamos, no sé si es como dices. De seguro es fácil que así parezca cuando están tomando y de juerga por ahí. Pero ninguno de ellos va a estar contigo si algo grave pasa. Tenlo presente, Ronaldo. Solo la familia acompaña siempre.

Él se encogió de hombros. Le dieron ganas de sacudirlo, le fastidiaba esa quieta y pasiva actitud.

– Te lo repito, estamos cerca de lograr nuestras metas. El mes que viene podremos irnos. Es menester que te mantengas enfocado y ayudes a papá a cuidar su trabajo y conseguir un lindo lugar para vivir, fuera de la Rocinha.

–¡ Mis amigos están aquí! Me molesta que tú y papá hablen de nuestro hogar con ese desprecio.

Resopló conteniendo su molestia. Ese ir y venir era enervante. Ronaldo se quejaba de la falta de oportunidades y la imposibilidad de mejorar allí, lo cual era cierto. Pero cuando se daba la chance de cambiar, su discurso giraba y anteponía sus supuestas amistades como excusa.

– Tienes miedo, ¿no es así?

– ¿Miedo? No, ¿a qué? – fingió no entender.

– A cambiar de ambiente. A no poder adaptarte. A que no te vaya bien fuera de la Rocinha.

– Dices tonterías.

– No, no es así. Yo también lo he sentido, Ronaldo. Lo siento aún. Pero nunca sabrás de lo que eres capaz si no te arriesgas y tomas tu vida por las astas, hermanito.

Su mirada y su silencio le confirmaron que no se equivocaba. Donde Yair veía desidia o falta de ambición, ella veía temor.

– ¡Óyeme, tomaremos lo que se nos presenta porque lo merecemos y tenemos que convencernos de ello! Merecemos progresar, vivir mejor, estudiar. Mereces tener la oportunidad de formarte en lo que eres bueno. Y yo te voy a ayudar. Ahora, levántate, desayuna y ve con papá – le ordenó y él asintió con obediencia.

## **Capítulo 9.**

1.

Mientras los Da Cunha celebraban algo tan sencillo como el nuevo trabajo de Marcia, la fiesta se encontraba en su apogeo en la mansión de la familia Do Nascimento, ubicada en el corazón del barrio Sao Conrado. Una casa espectacular, digna de ser mostrada en las mejores revistas de decoración que gustan de enseñar el lujo en que viven los más afortunados. Con sus cuatro mil doscientos metros cuadrados cuidadosamente edificados y estructurados con vista al mar era imponente muestra del confort. En un lugar ultra protegido y cercado por altos muros y sofisticados sistemas de seguridad sus habitantes vivían inmunes a la pobreza y a la delincuencia.

Había sido reconstruida por la década del '80 con una visión modernista que buscaba fusionar los espacios externos, bellamente arbolados y florecidos, con piscinas y canchas de tenis y mini golf, con el lujoso interior. La integración la realizaban sendas terrazas que desde el amplio comedor y el presuntuoso living con sus sillones de cuero daban a la piscina y la correspondiente zona de sillas. Desde ahí se observaba la ciudad y las sierras.

Los mejores brocados y adornos decoraban los espacios, organizados en dos plantas unidas por una increíble escalera de mármol de Carrara que caracoleaba para conducir de las zonas más sociales a la intimidad de las recámaras.

Era en la planta baja que se celebraba la fiesta que tenía como centro el compromiso de Amancio con su novia Lucía. Se había planeado como una sencilla ceremonia pero los vínculos de ambas familias con lo más granado de Río y la prensa del corazón habían completado el lugar. Era inevitable el



interés de esta última: las revistas morían por retratar a ambos jóvenes, bellos y poderosos, representantes de una aristocracia antigua del lugar, sueño y fantasía de muchos que veían en ellos el sumun del poder y la gloria.

Eran el prototipo de la pareja dorada con la que a todos gusta fantasear y lo sabían, por ello con condescendencia habían accedido a organizar una carpa externa con refrigerios y espacio para los periodistas, bajo condición que respetaran y solo tomaran fotos desde el lugar más algunas instantáneas que se hicieron los novios junto a las escaleras.

Lucía Salvattore se veía sencillamente espectacular con su largo y plateado vestido de Armani, sus zapatos Loboutin (diseñados especialmente para ella) y las joyas familiares, entre las cuales destacaba un conjunto de gargantilla y aros de diamante que refulgían bajo las luces. El atuendo realizaba un cuerpo bien formado en el cual la tendencia a la robustez era frenada por ejercicios diarios monitoreados por el mejor entrenador personal de la ciudad. El cuidado maquillaje, sobrio pero inteligente, daba realce a sus bellos ojos azules y su boca bien delineada y disimulaba su nariz un tanto prominente.

Era una muchacha bendecida por la fortuna y de inteligencia media, abocada apenas al trabajo pues concurría día sí y día no a los negocios familiares a pesar de la insistencia de sus padres. Sus estudios inconclusos la habían paseado por el periodismo, el modelaje y la administración sin éxito destacable pero dada su posición todo parecía un gran divertimento o juego. Heredaría varios cientos de millones de reales.

Caprichosa y volátil en sus intereses era también estructurada y clásica en su pensamiento: no había grises en ella, el mundo era de buenos y malos, ricos y pobres, blancos y negros. Provenía de una antigua familia fazendeira vinculada a la esclavitud y por tanto la veía natural, así como detestaba las políticas sociales y los gastos que los últimos gobiernos habían realizado en

infraestructura y seguridad en Río como forma de pacificar las favelas y promover los Juegos Olímpicos. “Todo a costa de los verdaderos habitantes decentes del Brasil” solía decir.

En ese sentido parecía discrepar con el pensamiento más liberal de Amancio mas no era óbice para la relación, que fusionaba a dos ricas familias de la capital carioca y perpetuaba su poderío. Los temas de conversación entre ambos eran intrascendencias sociales no molestas y estaban conformes con ello.

Tal vez si les preguntaran si estaban enamorados mirarían con sorpresa y asentirían, aunque en el fondo la comodidad y lo establecido eran lo que los había acercado. Por supuesto que la atracción física existía pero eso de la comunión de las almas no tenía mucho asidero en la cabeza de los dos.

Como fuera, esa noche el festejo se producía con todo boato. Amancio lucía tan elegante como era de esperar, aprovechando la ocasión para profundizar contactos con clientes e inversores. Luego de dichas las palabras formales, entregado los anillos, brindado, besado y bailado con la novia, tuvo momento para charlar con su padre, su futuro suegro y algunos otros accionistas de las empresas Do Nascimento, entre ellos Paulo.

– Muy bien, hijo. Esta noche coronas un año de éxitos. Brindemos por Amancio, señores – levantó su copa seguido por los demás – . El mejor CEO que cualquier empresa podría tener. Y un novio afortunado, debo decir.

Todos asintieron con beneplácito.

– Gracias, padre. Tus enseñanzas han marcado mi camino.

– Más vale que lo reconozcas – bromeó su progenitor – . Pero dinos algo antes de la próxima reunión de la Directiva. ¿Cómo marchan los negocios?

– No podrían ir mejor. Hay cierto retraso en la parte operativa pero las ventas superan lo esperado alentadas por una agresiva campaña de publicidad que hemos implementado. No habrá dificultades para inaugurar prontamente

el complejo de apartamentos.

– Bien, bien – asentían todas las cabezas mientras el champagne corría y alegraba los espíritus.

– ¿Qué hay de la parte financiera? – señaló uno de los inversionistas más nuevos – . La pasada Junta te mostraste algo preocupado por el retraso con los libros. Y la urgencia por tener todo prolijo y al día es aún mayor.

– Se va solucionando con rapidez. Hemos instrumentado horarios extra para los contadores y administrativos del área. Esto aumentará algo el gasto pero lo vale. Y hemos contratado más personal.

– Una hermosa morena es la nueva contadora auxiliar, me han contado – señaló con picardía Fabio Ayala, un importante tenedor de acciones de la empresa de Bienes Raíces.

Amancio lo miró con cierta sorpresa. Le extrañaba que lo supiera, habida cuenta que no era asiduo a las oficinas, salvo cuando las juntas mensuales. Miró hacia Paulo, quien se encogió de hombros negando ser el infidente.

– Tengo mis informantes, muchacho – le guiñó el ojo Ayala – . Más cuando el tema lo amerita. Dicen que es una mujer digna de contemplar.

La referencia fue más hacia Paulo, buscando su aquiescencia, pero este se mantuvo bastante callado para su normal verborragia. No terminaba de sentirse cómodo en ese ambiente tan clasista y no le gustaban las referencias sexistas tan abiertas. El comentario también molestó a Amancio en especial porque entonces arribaron su madre y su novia, justo para escucharlo.

– ¿A qué mujer hacen referencia, querido? – inquirió su progenitora a la par que su prometida alzaba la ceja evidenciando su fastidio.

– Ayala me pregunta acerca de la nueva contadora de la empresa, madre.

– ¿Otra mujer en el área? Debo señalar que me alegra aunque me asombra cuanto han avanzado las mujeres allí desde que tu machista padre renunció.

Había sorna en su voz. Reynaldo Do Nascimento tenía una fama de mujeriego muy señalada y su madre había soportado estoicamente las infidelidades. De hecho él sonrió ahora y miró con cara de circunstancias al resto.

– Estamos desarrollando una política más igualitaria e inclusiva, madre. Corren nuevos tiempos y hay que renovar a la empresa y contratar a la eficiencia antes que al género.

– ¿Es alguien que conocemos? ¿De nuestro círculo? – preguntó Lucía con voz algo más chillona de lo habitual.

Dentro de algunos de sus defectos se destacaban sus celos algo obsesivos con todo aquello que consideraba de su propiedad.

– Nada de eso, querida. Es una muchacha que egresó hace poco pero viene muy bien recomendada por los licenciados más importantes, como Gómez – le hablaba ahora a su padre, amigo cercano del hombre.

– Referencia más que suficiente, por supuesto.

– Llama la atención para bien que una joven mujer negra esté tan capacitada y acceda a tan buen puesto. Habla de sentido de superación – Ayala intentó atemperar sus exabruptos.

– ¿Es una negra? – soltó con sorpresa Lucía y en su cara se hicieron visibles el desprecio y el desagrado racista.

También a su madre le llamó la atención pero por lo inusual. Ella no solía hacer comentarios tan salidos de tono, aún cuando tal vez en el fondo de su pensamiento acordara con su nuera. Amancio se sentía incómodo y molesto, nunca esperó que la conversación derivara por esos caminos y sentía cuestionamiento en las voces.

– Vuelvo a enfatizar que nuestra política actual es contratar a los mejores, a quienes nos garanticen eficacia, responsabilidad y lealtad. No interesa su género o raza – sentenció cortante.

– Sin dudas – aclaró Ayala – . Para nada está acá en tela de juicio eso y tampoco conviene banalizarlo. Todos queremos que la empresa crezca y se fortalezca.

– Y por ello brindemos – esta vez fue Paulo quien levantó su copa, asqueado de las expresiones escuchadas y deseoso de retirarse sin más.

– Por el éxito, por la fortuna – dijo Amancio.

– Por nosotros – retrucó su prometida, mirándolo a los ojos.

– Por nosotros – reafirmó, a la vez que la tomaba de la mano y besaba su mejilla, un gesto que disparó flashes de las cámaras apostadas a varios metros.

## Capítulo 10.

1.

Paulo se retiró bastante temprano de la fiesta, habida cuenta del aburrimiento que lo corroía desde el inicio de la misma y la molestia que le ocasionaron los desafortunados comentarios de Lucía Salvattore. Detestaba con toda su alma la postura absolutamente pretenciosa y discriminadora de la muchacha, que juzgaba sin conocer por el simple hecho de haber nacido en cuna de oro.

“Este es uno de los problemas que tiene este país” pensó mientras hacía rugir el motor de su Porsche. “La crítica fácil a los que no tienen la suerte de haber nacido blancos y ricos. Vaya democracia”. Era muy factible que Lucía tuviera una idea similar de él mismo: después de todo era un hijo de clase media devenido en importante merced a sus estudios y su inteligencia y financiado por becas. Lo salvaba tal vez su condición de hombre blanco. ¡Tan absurdo!

El caso de Marcia Da Cunha era otro: diana fácil para el desdén femenino que envidiaría en ella su particular y portentosa belleza y lo expresaría a través de la moneda del racismo. También estaban aquellos que solo veían en ella un objeto sexual en quien satisfacer sus deseos básicos, como era el caso de Fabio Ayala.

Él mismo podía ser tildado de machista a veces por sus comentarios e ironías, pero no solía dejar que su estudiada actitud impregnara sus acciones. Los comentarios que pudiera haber hecho a la muchacha eran los que normalmente diría a cualquier mujer bella. Esto lo convertía en estúpido y burro y se hacía cargo, pero admiraba la belleza femenina y le salía con

naturalidad halagarla, no había intención de zaherir o degradar.

Por ello esta noche sentía la necesidad de alejarse de ese ambiente tan cerrado, que ahogaba cualquier pretensión de igualdad o justicia social. Amancio, por otro lado, se había comportado muy bien: claro, medido, firme. Se preguntó si esto obedecía a un respeto por Marcia y su condición de mujer negra o al hecho que se sentía cuestionado en su decisión de contratarla. Sabía que su orgullo lo dominaba muchas veces.

Condujo con rapidez por las calles más céntricas y bulliciosas de Río, dejando que el viento de la noche despeinara su cabello. Aflojó su corbata de seda y desprendió el botón de la camisa immaculada. El saco del traje yacía hacía buen rato sobre el asiento contiguo. Las cimas de los morros a su frente y espaldas, el mar a su izquierda, las estrellas arriba. Eso era libertad y poder y no ese absurdo amontonamiento de millonarios derrochando alcohol, habanos y comentarios desdeñosos y lascivos.

Suspiró mientras acariciaba su barba y se miraba en el espejo retrovisor. “¿Qué es lo que realmente quieres, Paulo? ¿Ser como ellos, dejar tu realidad y sumergirte en esa hoguera de vanidades?”. Su mente no dejaba de confundirlo: un día aspiraba a ser parte de los privilegiados, otro se fastidiaba y rebelaba por sus acciones o actitudes. Descansar le vendría bien y fue lo que hizo, resguardarse en su apartamento del barrio Leblon.

La mañana siguiente le encontró fresco y ya repuesto del fastidio nocturno, dispuesto a trabajar más temprano de lo habitual. Rompió su rutina y llegó a la compañía a tiempo de ver descender a Marcia de un colectivo y emprender camino hacia el edificio. “No tiene idea que anoche, sin saberlo o pretenderlo, fue tema de una áspera conversación”.

Ignorante del resto, ella avanzaba cimbreante y orgullosa, su mirada al frente y su rebelde cabello recogido en una alta cola de caballo que daba aún más prestancia a su largo cuello. Detuvo el coche solo para verla caminar: sus

largas piernas enfundadas en unos pantalones de tela hacían danzar su trasero en forma gloriosa, aún cuando este pretendía ser cubierto por una fina y larga chaqueta.

Sacudió la cabeza y se la golpeó para desechar las ideas que ayer mismo había criticado en Ayala. “Admiro la belleza” se rezongó, “no hay nada de malo en ello”. Pero de igual modo aceleró y se perdió en el estacionamiento de la empresa.

2.

Marcia ingresó en el ascensor al mismo tiempo que uno de sus colegas de nombre Mauro. Compartían oficina y había sido uno de los primeros en aproximarse y presentarse, lo que la hubiera alegrado si no tuviera una actitud tan libidinosa. Se transparentaba en su mirada y en sus chistes en alta voz que pretendían incluir a todos los que escuchaban, pero dejaban bastante que desear por chabacanos.

La hacía sentir incómoda pues parecía pensar que ella recibía de buena gana su atención. Aún no se atrevía a plantarle cara para no generar rispideces o incomodidades en el lugar de trabajo, pero sabía que eventualmente llegaría el momento de hacerlo, pues ese tipo de hombres solía asediar cada vez con mayor ímpetu. Se había cruzado con un par de ejemplares como él antes.

Lo saludó con sequedad y se aprestó a vivir segundos de incomodidad. Mas cuando ya el elevador se cerraba una mano lo detuvo, ingresando Paulo Marinho. “No sé que es peor” pensó con pesimismo. Si bien no podía adjudicarle a este los mismos epítetos, lo que había visto de él le permitían por lo menos tacharlo de machista.

– Señor Marinho – graznó el muy servil de Mauro –. Buen día, qué



sorpresa verlo acá por la mañana.

Él inclinó la cabeza, era bastante más alto, y dirigió su sardónica mirada al empleado.

– ¿Me dice usted flojo, Silva?

Esto hizo enrojecer al obsecuente, para su regocijo, y lo llevó a tartamudear una disculpa.

-No se preocupe, bromeo – afirmó Paulo con una media sonrisa que arrojaba luz a su semblante.

A ella no le dirigió mirada ni palabra, lo que le dio tiempo para observarlo. Era atractivo, en un modo particular, y se vestía muy bien en un estilo informal y casual. El cabello un tanto más largo que lo habitual en los altos ejecutivos dejaba entrever sin embargo el inicio de un tatuaje que le fue imposible identificar. La fina estela de su perfume caro era envolvente y embriagadora. El silencio los envolvió y de no haber sido por el tonto de Mauro Silva ni habría sido necesario que charlaran.

– Estamos trabajando fuerte para poner al día los números, señor Marinho.

– Me alegro, es necesario.

– La señorita aquí presente nos ha dado una gran mano. Gran elección si me permite decirlo – agregó, generando en ella un inenarrable fastidio.

Fue entonces la única vez que él la miró, con cierta condescendencia, y respondió con poca diplomacia, contribuyendo a empeorar la imagen que tenía de él.

– Veremos, es mejor que así sea para que pueda mantener el puesto.

Al detenerse el ascensor hizo una reverencia algo forzada para darle paso, en lo que ella interpretó como un gesto burlón más que caballeresco. El mentado Mauro la siguió casi trotando, tal era la velocidad que adoptó sobre sus tacones. “Imbécil obsequioso, se burla de mí” pensaba ella sobre Paulo,

sordos sus oídos al cloqueo de su colega.

Franqueando la puerta de la oficina se toparon con la jefa de sección, que siempre estaba ahí antes que el resto. “No tiene más vida que esta” había escuchado que susurraban sobre ella. Era impersonal y fría en el trato, limitándose a marcar y designar tareas y solicitar rápido cumplimiento de las mismas. Nunca un gesto amable o social y Marcia había percibido su mirada sobre ella en varias oportunidades, como si la midiera o evaluara constantemente. Al menos eso parecía.

Tal vez le preocupaba que no estuviera a la altura de las demandas. Para ser honesta, no solo posaba sus ojos en ella y lo que había escuchado era que había real urgencia de tener todo listo en un plazo muy acotado. Como jefa toda la responsabilidad recaía sobre sus hombros y era lógico que presionara hacia abajo. Debía dejar de sentirse siempre controlada.

Ubicó su cartera en el respaldo de su silla a la vez que se quitaba la chaqueta, dispuesta a poner manos a la obra. Al levantar la vista notó la mirada de Mauro, aún en las cercanías, fija en sus senos. Esto la hizo enrojecer, más aún porque se dio cuenta que su jefa había detectado lo mismo. “Ese idiota lascivo va a hacer que me llamen la atención”. Detestaba que pudieran pensar que ella provocaba. Torció la boca en el característico gesto que demostraba su disgusto y dio vuelta su silla para quedar en una posición algo incómoda pero fuera de la vista del mirón.

Tenía cuatro carpetas adelante y se aprestó a trabajar en ellas de inmediato. La labor era ardua pero sencilla, nada que un simple copiador de datos no pudiera hacer. Se le había indicado que otros revisarían los números pero que era menester ordenarlos primero. Podría haber hecho ambas cosas con los ojos cerrados, pero las tareas estaban bien definidas y distribuidas. Esperaba que con el correr del tiempo le encargaran funciones más complejas que le permitieran crecer. Por ahora solo estar allí era suficiente y bueno.

Levantó la mirada y recorrió la espaciosa sala: ya todos estaban en sus puestos, incluidos los novios David Ferrer y Alissa, contador adjunto y pasante administrativa respectivamente. Eran las dos únicas personas con las que estaba generando un vínculo de compañerismo ya que eran de los pocos que se habían aproximado con buena onda a presentarse y se las arreglaban todos los días para hacerle menos difícil y solitaria la función.

Contrastando con la impersonalidad de su jefa o la insidiosa actitud de Mauro, ambos eran diligentes y amables, atentos a explicarle lo que era de procedimiento o rutina y haciendo menos pesada la hora del almuerzo, que al comienzo fue molesta, por decir lo menos. Las primeras veces que ingresó a la cantina del edificio se había sentido otra vez como en el patio del colegio, centro de miradas curiosas y cuchicheos poco disimulados. Como siempre que algo la ponía nerviosa, envaraba el cuerpo y se movía con altivez, lo que no contribuía a generarle amistades. Pero prefería mostrarse así antes que como un asustado conejo que mira y busca conexión con cualquiera.

La segunda vez que ingresó al lugar, Alissa se acercó y le pidió con cortesía sentarse a su lado, a lo que asintió con gestos. Inmune a su silencio la muchacha se presentó, le dio la bienvenida y fue logrando quebrar sus defensas. Era muy simpática y sociable, tenía su misma edad y gustaba de cubrir con sus protectoras alas a aquellos que veía solos o con dificultades. Era así instintivamente, un alma buena y caritativa y su actitud encontraba buen eco en su novio David, aunque en su caso probablemente tenía algo que ver con una solidaridad producto de orígenes similares.

Él era un musculoso mulato en el que se apreciaba sobre todo la genética de su madre negra y había llegado a la empresa varios años antes, cuando el ambiente era aún más complejo. Sabía de primera mano las dificultades y sensaciones que atravesaba Marcia y la fue acompañando para hacerle el trayecto más fácil de lo que le había sido a él. Ambos alivianaron y volvieron

más ameno el lugar, logrando que se sintiera más cómoda.

3.

Entre las cualidades de Marcia destacaban su velocidad mental para procesar los números y descubrir regularidades o dificultades con los mismos, aún cuando hiciera sus tareas de manera mecánica. Estos atributos fueron detectados y comenzó a ser la que procesaba datos con mayor eficiencia, a tal punto que luego de algunas semanas se ganó el elogio de su jefa, en un hecho casi inédito al decir de Alissa.

A tiempo para la próxima reunión de Directorio estuvo el esbozo de los números, situación que ameritó la felicitación en persona de Amancio Do Nascimento, quien concurrió a la sección finanzas el mismo día de la Junta y con semblante alegre agradeció el trabajo arduo y dedicado de todos.

Marcia quedó prendada de su apostura y don de gente; no debía ser nada habitual que el principal de una empresa, CEO máximo, congratulara a sus empleados por algo que era su función, su obligación realizar. “Un líder nato” pensó. “Busca incentivar a los suyos y empatizar con ellos, lo cual redundará en mayor compromiso”. Le generaba real admiración y no podía evitar pensar que era un hombre muy atractivo para ser blanco.

Creyó sentir su mirada varias veces sobre sí y la reconfortó más saber que había preguntado por su desempeño y la respuesta elogiosa de la jefa incitó la suya propia. Era un aliciente indudable y señal que estaba en el buen camino.

En consideración a la excelente labor de todos se habilitó a los empleados vinculados con el balance retirarse más temprano ese día, dada la multitud de horas extras cumplidas. Esa tarde sería de Junta Directiva y solo se requería la presencia de los contadores jefe. La sala se fue quedando sin empleados con excepción de Marcia a la que se le solicitó comenzara con otros registros.

Ni chistó, era la más nueva; el popular “derecho de piso” se pagaba y ella nada tenía que hacer de todos modos.

Su ubicación cerca de la puerta de vidrio le permitió visualizar a los inversionistas apenas comenzaron a llegar. Le producía gran curiosidad y fue así como comenzó a familiarizarse con los dueños de la compañía. David, que también había permanecido, se acercó y comenzó a cotillear sobre rostros y apellidos, poniéndola al tanto:

– Esas son la madre y la hermana de Amancio: Hortensia y Greta. La muchacha es muy agradable, suele venir por aquí siempre muy simpática y amable.

La recordaba de la entrevista. Le interesó más la madre, parecía una mujer muy distinguida y estirada, justo como ella imaginaba a las matronas blancas de clase alta.

– Ah, ese es Fabio Ayala, un señor muy altanero por cierto. Trata que no te vea, es un “viejo verde” – bromeó.

– Pensé que la empresa pertenecía solo a la familia Do Nascimento – argumentó sin prestar atención a lo último.

– Así fue hasta hace unos diez años, en los que la familia expandió sus intereses. Esos otros dos son socios menores. Ah, por supuesto, Paulo también tiene parte.

– Ese hombre tan cínico y poco dado a los comentarios amables – rezongó por lo bajo.

– ¿Esa es la impresión que tienes de él? Suele ser bastante gentil. Tal vez no le has caído en gracia. Tiene que conocerte mejor. Aunque tu cara no es de mejores amigos – le dijo con una sonrisa.

Con toda habilidad le enrostraba su apática actitud y tenía razón. Asintió, no le molestaba que alguien tan gentil como David se lo mencionara.

– No es fácil relacionarse con alguien que tiene prejuicios contra uno, lo

sabes.

– Claro. Pero a veces tenemos que cuidarnos de no ser nosotros mismos los que nos excluimos. Me ha pasado. Oh, la la – señaló de pronto mirando el pasillo –. Esa es la prometida de Amancio, Lucia Salvattore. Es súper, híper millonaria. Se le nota, ¿verdad?

Realmente era así. Le provocó una punzada que no supo si atribuir a la envidia o al fastidio. La mujer avanzaba con altivez como si el mundo entero le perteneciera.

Momentos después cada uno volvió a sus tareas, las que fueron interrumpidas por el abrupto ingreso de la jefa con cara de pocos amigos.

– ¡Falta una de las carpetas! – chilló con agria expresión –. Es un error garrafal, terrible – rezongó exigiendo a gritos que alguien buscara el pack con el original y las fotocopias para los socios.

Marcia y David se miraran; no les correspondía pero el problema debía ser solucionado ya. Mañana alguna cabeza de las que se fue antes rodaría, con seguridad.

– Señora, si me explica que datos faltan puedo buscarlos y reimprimirlos.

La mujer la miró y asintió, dando instrucciones. Era uno de los balances vinculados a resultados finales del primer trimestre del año, recordaba haber trabajado en él y agradeció su precaución de hacer respaldos temporales de todo aquello en lo que trabajaba. Rápidamente lo encontró en la papelera de la computadora y mostró a la mujer los datos. Esta asintió y pidió hiciera ocho copias y las acercara a la Sala de Juntas. Ella llevaría la información primero en un disco externo y así podría comenzar la explicación sin más demoras.

Así lo hizo y en diez minutos todo estaba organizado. Quiso que David llevara las carpetas pero este señaló que la orden era a ella y a su jefa no le gustaban los cambios. Ya bastante malhumor tenía para desafiarla. Respiró

hondo y avanzó hacia el lugar, tocando la puerta con discreción. La voz de Amancio, autoritaria y más seca que de costumbre le habilitó el ingreso.

– Señorita Da Cunha, adelante. Bien, acá están las copias para que puedan ir chequeando y consultando mientras se explica. Continúe – le señaló a la contadora jefe.

La voz metálica de su superior desgranaba montos gastados, invertidos, etc. Ella se movió con sigilo y rapidez, muerta de la vergüenza por dentro, y entregó a cada accionista una de las copias. Greta le sonrió y agradeció, Hortensia Do Nascimento ni la miró pero bien distinto fue el caso del tal Ayala. Sintió la mano untuosa que tomaba la suya al arrebatarse la carpeta mientras la miraba de arriba abajo sin miramientos, con lascivia. Muy incómoda continuó para entregarle la suya a Paulo que la miró con severidad.

– ¡Qué error cometieron! – le adjudicó quedamente, generando su indignación interna.

¡El muy atrevido procuraba responsabilizarla de lo ocurrido! Lo miró con sus ojos como dardos y nada contestó. La última copia le correspondía a Lucia Salvattore, que la observaba inmutable con un gesto tan despreciativo que terminó de convencerla que en esta sala acababan de ocurrirle, sumados, lo que era su historia en general cuando se vinculaba con personas blancas: humillación, injusticia, acoso y racismo. Y casi todo en lenguaje no verbal. Salió con rapidez lo más silenciosamente que pudo y su cara fue suficiente advertencia para David que el horno no estaba para bollos.

– ¿Qué te ha pasado? Vienes como endemoniada, se te nota. Espero no hayas mirando a nadie ahí adentro de la forma que lo estás haciendo conmigo.

Tomó aire y se disculpó con él, no tenía intenciones de descargar su impotencia con una de las únicas personas que la comprendía y contenía allí adentro.

– ¿Puedes creer que el muy cretino de Paulo Marinho me ha tratado de adjudicar el fardo de las carpetas olvidadas? ¡Necio! ¡Es evidente que me detesta!

– Tranquila, basta. Debes calmarte y no tomarte las cosas tan personales. Rezongarían a cualquiera, siempre cortan por el hilo más fino. Las responsabilidades competen a la parte administrativa y nosotros somos pequeños granitos de ella.

Entendía el punto pero solo ella podía calibrar el desprecio con el que la habían mirado. Lo entendía viniendo de una mujer de clase alta, de estirpe: llevaban tatuada en la mente y el alma su condición de superiores y ni los aires más liberales ni las cartas de Derechos Humanos más nuevas modificarían su sentir. Pero ese hombre...Ese hombre debería entender mejor. Era joven, decían que había llegado a su posición con esfuerzo. Debería ser más comprensivo.

Por otra parte, y esto la molestaba más, no se entendía a sí misma. ¿Por qué le daba tanta entidad a lo que hiciera o pensara un don nadie en su vida?

– ¿Amancio estaba muy bravo? – la sacó de su ensimismamiento su colega.

– No, ni siquiera hizo un reclamo y agradeció. Es un caballero.

Realmente lo era, cada vez se convencía más. Lástima que estaba comprometido con esa obtusa y vacía mujer de alta sociedad. No lo merecía, estaba segura, a pesar del poco contacto que había tenido con él.



## Capítulo 11.

1.

El ambiente en la Sala de Juntas había pasado de distendido a cortante y tenía como protagonistas a Amancio y a Ayala. Este último, a pesar de sus aires de seductor liberal, era un auténtico halcón de los negocios y estaba molesto por las cifras manejadas, en especial las rentas obtenidas el último trimestre, y lo hacía saber con fuerza.

– Cuando manejaste la idea del retraso en la ejecución de obras no quedó claro que los gastos se habían multiplicado así. No es lo que determinamos en la junta anterior, Amancio.

Este aspiró con lentitud y desplegó su sonrisa más calma, intentando frenar la catarata de quejas que podía avecinarse si los demás se sumaban a la postura de Ayala. Estaba tranquilo con la reacción de su familia, sabía que si existía alguna recriminación se la harían a la interna, pero el resto controlaba casi un tercio del paquete accionario y exigía respuestas. Tenía que ser convincente.

– Entiendo tu molestia, Fabio, créeme. Pero un proyecto de la magnitud de este tiene costos muy elevados y la coyuntura actual no nos ha ayudado. Han existido actividades gremiales que frenaron y los costos de insumos de construcción y otros factores se han disparado. Todos somos conscientes que el crecimiento del país se frenó hace ya un año y los gobiernos no encuentran como reactivarlo.

– Sí, lo que dices fue el argumento que usé cuando voté en contra de impulsar este proyecto, si lo recuerdas, Amancio – le recordó con cierta satisfacción.

– Los demás consideramos lo contrario y ya estamos inmersos en él – señaló.

– Lo sé, no sirve de nada revolver el pasado. Pero hay un conjunto de gastos que son decisiones tuyas, individuales y contradictorias con lo que dijimos. Hablamos de reducir algunos costos en revestimientos y objetos y eso no se hizo. ¡Y la empresa de decoración a la que adjudicaste la licitación es la más cara!

– Son apartamentos de lujo para millonarios. Van a pagar por lo mejor y eso es lo que debemos darle. Si queremos destacar y que los precios sean pagos sin chistar hay que invertir. Diferenciarnos del resto de las empresas.

A regañadientes asentían y comenzaron a entender su punto. Hubo algunos cuestionamientos menores más pero finalmente todo quedó establecido y votado para su alivio. Esa parte estaba laudada.

Cierta inquietud lo ganaba cuando recordaba el importante pasivo sin mostrar ni declarar a los ahí presentes, correspondiente a movimientos de dinero que él había realizado en inversiones por fuera de la empresa, que por ahora no estaban dando los frutos esperados. Había sido una jugada que le pareció inteligente en su momento y que acometió con imprudencia impulsado por uno de sus amigos, un as de los negocios que tenía conexiones con gente vinculada a actividades algo oscuras, a las sombras o margen de la ley.

Las ganancias prometidas se estaban demorando y esto coincidía con la fuerte arremetida que las fuerzas de la ley brasileñas realizaban sobre el contrabando y el tráfico de drogas. Si bien él no sabía si su dinero había ido a parar allí, porque prefería ignorarlo, a solas consigo mismo se arrepentía de su ambición y torpeza al vincularse con aquellos individuos a los que su familia solía detestar por considerarlos lacras. Él estaba ahora metido hasta el cuello y era menester esperar y rogar que las cosas funcionaran y volvieran a

la ilegal normalidad, paradójicamente. Esto es, que la Policía no estuviera tan atenta y los rufianes pudieran retomar sus negocios. Para así él podría obtener sus ganancias y recomponer el capital de la empresa.

El maquillaje a los números era provisorio y solo posible en la medida que nadie solicitara una revisión completa y para ello debían estar conformes con las devoluciones y las entradas de renta. Ergo, tenía que acelerar los trabajos y procurar vender cuanto antes los apartamentos.

Nadie de los presentes imaginaría que esto pasaba por la mente de Amancio mientras la contadora revisaba los números y de hecho la entrada de Marcia Da Cunha con las carpetas había distraído a todos: algunos por curiosidad, otros por lascivia (Ayala era un pájaro de cuidado). Así que sin pensarlo había actuado como un buen distractor y descontracturado la situación.

Una vez terminada la exposición y los ánimos más calmos, su prometida se acercó y tomándolo por el brazo le invitó a ir con ella.

– Debo trabajar aún, querida. Esta noche nos veremos, tengo reservaciones para el mejor restaurante.

– Excelente, estoy deseosa que estemos a solas. Un poco densa la reunión, ¿verdad? Ese Ayala es un hueso duro de roer. ¿Qué pretende? Los negocios son así.

Le sonrió; ella era una espectadora colocada por su padre y nada entendía, pero confiaba ciegamente en él.

– Es lógico. Pero todo se diluyó y quedó perfectamente entendido.

– Sí, porque tú eres un genio. Pero además bastó un trasero para que se olvidara de todo – dijo con desdén – . Con franqueza, Amancio, es un hombre tan desagradable. No le quitó los ojos de encima a esa mujer de Finanzas.

– La nueva contadora adjunta.

– Sí, supuse era la nueva. Espero sea buena en su tarea, porque desde el

punto de vista estético es un horror. Vestida de oferta y con un perfume espeluznante, propio de una tendera.

Escuchó el comentario y no le llamó la atención. Su prometida juzgaba sin piedad el envoltorio de la gente y era de juicio rápido sobre los demás. No coincidía con su comentario sobre la mujer, aunque entendía el punto. La nueva contadora tenía más clase de lo que Lucía consideraba y su cuerpo llenaba bien hasta una bolsa.

“Es de una belleza felina”, razonó mientras recordaba su gesto cortado en la sala. Tenía que agradecerle la ayuda y felicitarla, la Contadora en jefe estaba bien satisfecha con su labor. A él le gustaba acercarse a la gente, la amabilidad incluso forzada movía montañas y nunca se sabía cuán importante podía ser el concurso de una empleada fiel. En especial cuando era tan bonita como esa morena.

No solía sentirse atraído por las mujeres negras pero esta era palabras mayores. No en vano robaba las miradas de todos a su paso. Eso molestaba a las demás mujeres, como era el caso de su novia.

2.

Paulo se sentía un tanto cansado. La reunión había sido turbulenta por momentos pero luego todo se suavizó y se alcanzaron los acuerdos necesarios. Reconocía que Amancio tenía un talento especial para lidiar con sus socios, era un buen líder.

El momento más anecdótico, si cabía el adjetivo, fue el ingreso de la contadora Da Cunha haciendo de chica de los recados. Su presencia había generado un revuelo silencioso pero interesante. El muy verde de Ayala había perdido la baba y afilado los colmillos, estaba seguro que no sería raro verlo por las oficinas más a menudo procurando seducirla. Se preguntó cuál sería la

reacción de ella si esto ocurría. Ayala era rico y generoso con sus queridas, aunque las desechaba con rapidez. “¿Será ella de las que atesoran el dinero fácil?” se preguntó. No parecía.

De lo que sí estaba convencido es que lo detestaba: sus ojos lo habían atravesado como lanzas cuando hizo el comentario acerca del error con las carpetas. Sabía que no era su responsabilidad pero no pudo evitar decirlo. Le gustaba pincharla, hostigarla. Se notaba entonces la pasión que la consumía y una personalidad bien distinta a la seria y parca que mostraba. “Esta mujer debe ser fuego en la cama para quien tenga la fortuna de merecerla” se dijo.

Sacudió su melena espantando pensamientos impropios y decidió que estos correspondían a su libido desbocada producto de la abstinencia sexual de días. La ruptura con su amiga de turno había acontecido pocas semanas atrás y el propio trabajo había hecho difícil la diversión. “Debería acercarme a Ayala” pensó con sorna. “De seguro tiene reemplazos varios”.

No le interesaba, por supuesto. Le encantaba el sexo y el disfrute y no le faltaban interesadas, pero lo casual no iba con él, al menos no como regla. Tampoco le convencía el otro extremo, la dedicación de por vida a una sola mujer. Eso sería lo que pronto ocurriría a Amancio, si es que practicaba la fidelidad.

Su pensamiento lo llevó ahora a Lucía Salvattore. Esa pájara rica y fría buscaría tener al gerente en una jaula de oro. Le desagradaba sin más, era una racista de abolengo, clasista y superficial. “No la tocaría ni con una vara” rezongó, “aunque de seguro dice lo mismo de mí”. La mirada y el gesto que le dedicó a Marcia en la sala fueron tan hostiles que sintió piedad por ella. Entre su queja inmerecida, la actitud de Ayala y el desprecio de Lucía debía haber pasado muy mal momento.

“Pero ‘tu contribuiste” se acusó. “Pues bien, deberá acostumbrarse y endurecerse. Los negocios y altos cargos vienen de la mano de los

desplantes” retrucó procurando tranquilizar el bichito de su consciencia que le remordía por ella.

Recogió su maletín con la computadora portátil y se dispuso a retirarse de la oficina. Hoy iría por diversión, apostando a la excepción. Al retirarse con su coche y tal como en la mañana vio a Marcia esperando el autobús. “¿Dónde vivirá?” especuló. Se detuvo a su lado y le silbó para llamar su atención, provocando su sobresalto y sorpresa.

– Señorita Da Cunha, ¿la llevo a algún sitio? – le ofreció casi sin pensar.

Ella parpadeó y negó con un gesto de su mano, apenas mirándolo. Aceleró y se perdió con rapidez en el tráfico mientras pensaba. “¿Qué haces? Aléjate de los problemas y pégate a tu dogma: negocios y vínculos no van de la mano”. No era nada grave lo ocurrido pero se conocía. Esa mujer lentamente comenzaba a invadir y colonizar su cabeza y sus pensamientos. Y no necesitaba eso.

Con un golpe del volante giró para una de las avenidas secundarias. Visitaría a su hermana Elsa y sus sobrinas antes de salir esa noche. Eran su cable a tierra, lugar y personas con las que podía mostrarse como era en realidad y no la imagen que había creado para transitar en el mundo de los altos negocios.

Apenas se detuvo en la bonita casa de los suburbios y respiró otro ambiente. Las pequeñas Lea y Doris acudieron a los gritos pidiendo ser levantadas, jugar a los caballos y diez cosas más. De inmediato procedió a divertir las y jugar y fue luego de varios giros que con ellas en andas se sentó en una de las mecedoras bajo el pequeño techado donde su hermana trabajaba. Era periodista independiente de revistas de opinión política y social y desarrollaba su labor desde la casa.

– ¡Hermanito, qué sorpresa tú de tarde por acá! ¿Cómo estás?

– Todo bien. Terminé temprano hoy y quise saludarlas.

Las chicas chillaban exigiendo su atención mostrando dibujos y chucherías. El tío Paulo era divertido y festejaba todo lo que hacían, no se enojaba ni rezongaba. Las adoraba, tal como idolatraba a su hermana desde pequeños. Ella era varios años mayor y siempre había hecho las veces de niñera amable y gentil mientras los padres trabajaban.

Se conocían como nadie y los unía una confianza inusual, que les permitía ser confidentes, ayudarse, consolarse e incluso confrontarse cuando era necesario. Así había sido siempre y más aún cuando sus padres fallecieron en un trágico accidente carretero. Ellos ya eran mayores empero y si bien eso no aliviaba el dolor de la pérdida al menos les consolaba saber que habían compartido años de amor y luz.

– ¡Qué lindo estás, tío! ¿Vienes de una fiesta?

– La verdad tiene razón, estás más elegante que de costumbre – afirmó su hermana.

– Vengo de una reunión de la Junta Directiva de la empresa, de barajar números e inversiones. Pero no estoy mejor vestido, lo que ocurre que ustedes siempre me ven informal.

– ¡Pues mírate! – sonrió con orgullo Elsa – . Eres el sueño de cualquier chica bien plantada, ¿verdad niñas? – las acicateó y ellas cloquearon riendo.

– ¿No tienes novia aún? – atacó Doris – . ¿Cuándo vas a traernos a alguien? Queremos una tía linda y buena que nos compre muchos regalos.

– ¡Interesadas! – se fingió dolido – . No buscan que su tío sea feliz sino favorecerse. Pues para que sepan no hay ninguna que quiera ser mi novia. Se han enterado que tengo unos monstruitos sobrinescos insaciables de golosinas y juguetes.

Las correteó por el jardín y luego de un buen rato de juegos regresó para seguir charlando con Elsa.

– En cierta forma y pese a tus chistes me preocupa que aún no sientes

cabeza. Necesitas una mujer que te acompañe y quiera bien.

– ¡Mira que eres antigua! ¡Sentar cabeza! Deja de pensar tonteras. Estoy bien, me divierto y las tengo a ustedes.

– Sabes a lo que me refiero. Te encantan los niños y en el fondo eres un sentimental que se viste de don Juan despreocupado.

– ¡Vamos, Elsa! Deja de insistir con eso. Estoy bien, el buey solo bien se lame dice el dicho.

– No digas pavadas, eso no te lo crees tú. ¿Para qué tanto trabajo, tanto ganar dinero si no puedes disfrutarlo con alguien a tu lado? El tiempo pasa, no te estás poniendo más joven.

– Pues me han dicho que soy como el vino, cuanto más añejo más sabroso – bromeó.

– Eres incorregible. Pero ya te vas a dar cuenta de lo que te digo. No has conocido a la mujer que ponga tu mundo de patitas aún. Ahí se te va a terminar tu pose de liberal y contestatario.

– Cambiemos el tema. ¿Cómo vas con tus artículos acerca de la corrupción?

– Bien, el material no deja de fluir. Cada caso que investigan es una olla sucia que destapan, una vergüenza.

– Ha obligado a todos a ir con precaución y a los empresarios a bregar por la transparencia para que no se sospeche también de los buenos. Sabes que en casos tan grandes emparejan a todo el mundo. No todos pagamos coimas para conseguir contratos, aunque parezca algo institucionalizado.

– Me imagino, pero la desconfianza es el producto natural de tanto abuso. Tu compañía va bien entonces.

– Así lo muestran los números. Y las otras inversiones me están dando buenos dividendos. Estoy muy bien, de hecho te iba a ofrecer como regalo de cumpleaños un viaje para ti y las niñas a Europa. Es tu sueño y me gustaría



costearlo.

Ella lo miró extasiada y se levantó sin palabras para darle un abrazo gigante.

- ¡Eres el mejor hermano!
- ¡Soy el único que tienes, zalamera!

La imagen de Paulo con su familia distaba años luz de la que Marcia se había armado de él, tan diferente era su actitud. Debajo de su cínica expresión y altaneras formas, más allá de la risa torcida que simulaba desdén y lejanía, él era un atractivo y solitario sentimental que acorazaba su personalidad para protegerse de los golpes y emboscadas de los negocios y el amor. No se entregaba con facilidad, en el fondo temeroso frente a la eventualidad de pérdidas o sufrimientos.

## Capítulo 12.

1.

A Marcia se la llevaban los demonios. Además del día ajetreado y agotador, plagado de sensaciones amargas en la tarde, se sumaba la larga espera por el ómnibus que la llevara a casa. La favela no quedaba lejos, en menos de media hora estaría allí, pero el vehículo demoraba más de lo usual, vaya a saber por qué. Alguna huelga o manifestación de esas que se estaban volviendo parte del paisaje.

“Si hubieras aceptado el ofrecimiento de tu jefe habrías llegado hace buen rato” le dijo una vocecita en su cerebro. Vaya por Dios, qué tontería se le ocurría. En primer lugar, prefería ir caminando y llagar sus pies antes que aceptar nada de ese patán. Su atractivo y riqueza no limaban su aspereza en el trato; lograba enfurecerla. Por otra parte, ¿llevarla a la Rocinha? Rió mentalmente al imaginar su sorpresa y susto de muerte al saber que ella vivía en uno de los barrios más peligrosos de Río. De seguro la sacaba a patadas del vehículo y se perdía en el tráfico más rápido que un misil.

Nadie sabía que residía allí y era preferible así. Si agregaba a su figura la etiqueta de faveleira poca vida le quedaría en la empresa y generaría aún más reticencias entre sus compañeros, que asociaban cualquier habitante de las favelas con ladrón o integrante de una banda delictiva. Era el estigma que cargaban miles de humildes y honestos cariocas, gente de trabajo que no podía vivir en otro lado y era hermanada a los criminales.

Cuando finalmente pudo tomar el bus el ocaso se acercaba. Llegaría de noche, agotada y hambrienta a tratar de compartir algo con los suyos y verificar las últimas novedades. Hacía varias semanas que trabajaba y el

primer sueldo estaba cerca; estaba ansiosa por invertir una parte en un nuevo alojamiento aunque la búsqueda no iba tan bien como imaginaron al comienzo.

Su padre recorría en sus tiempos libres los lugares que se ofrecían pero hasta ahora no había suerte. Complicaban las rentas elevadas o en algunos casos accesibles pero con exigentes pedidos de garantía o referencias. Ellos no tenían un respaldo que hiciera esto posible.

Tenían confianza pero la demora preocupaba a padre e hija pues temían que Ronaldo perdiera estímulo y se involucrara con los pesos pesados de la favela, atándose para siempre. Su carácter estaba muy volátil y era acosado por el desasosiego y la desesperanza, aún cuando Joao no dejaba de decir que era todo cuestión de tiempo.

Marcia sentía que vivía en dos mundos y que ambos estaban limitados por la zona de entrada a la favela. Una vez la trasponía sus preocupaciones cambiaban: en Sao Conrado era una profesional, una trabajadora calificada con tareas de relevancia y aunque por momentos se sintiera menospreciada podía manejarlo. En la Rocinha eran ella y los suyos con sus tribulaciones familiares y económicas. Más las variables que no controlaba, como la insidiosa presencia de la droga, el dinero fácil y la muerte.

– Hola, querida. Luces cansada – la recibió su padre – . Ven, te preparé café, aunque debe estar algo frío. Te demoraste.

– Sí, el ómnibus demoró otra vez. Pero dime, ¿has tenido suerte hoy? – preguntó con ansiedad.

Joao meneó la cabeza e hizo gesto hacia la otra habitación, señalando que Ronaldo escuchaba.

– Encontré un apartamento mediano, con dos habitaciones, cocina – comedor y baño. Bonito, prolijo, bien ubicado, interno en un primer piso. Bastante económico y a nuestro alcance. Es accesible porque el

inquilino lo subarrienda.

– ¿Te parece que es para nosotros?

– Sí, es ideal. El asunto complejo es la garantía. Piden tres meses adelantados de arrendamiento y un garante para asegurarse el pago.

Suspiró con desaliento. Con esas condiciones era difícil pensar en moverse de la favela. Ronaldo apareció en el vano de la puerta y sacudió la cabeza.

– Acéptalo, Marcia. No tenemos forma de irnos. ¿Quién va a arriesgarse a ser garantía nuestra? No conocemos a nadie.

– Voy a encontrar una solución, solo necesito pensar y...

– Pierdes tu tiempo—salió dando un portazo.

– ¡Es insoportable y no colabora con esa actitud! Lo hacemos en parte por él y actúa como si lo obligáramos—dijo con enojo.

– Deja, Marcia, está frustrado. Mira, el hombre no tiene gran apuro y me conoce del hotel. Eso nos da cierto tiempo. Pero si no conseguimos el dinero y el respaldo...

– Lo sé, lo sé.

Aún cuando exprimió su cabeza en busca de alternativas, no parecía haber ninguna; era verdad lo que había expresado su hermano con rudeza. Se durmió con desaliento y esa sensación no la abandonó hasta el día siguiente, tanto es así que Alissa se percató aunque malinterpretó las causas. Llegaron ambas temprano por lo cual compartían un café en la cantina.

– ¿Sigues molesta por lo ocurrido ayer? David me lo contó. ¡Olvídalo, déjalo ir! Fabio Ayala es un reverendo cretino y Lucía Salvattore una altanera sin remedio.

– No, eso ya pasó, lo olvidé.

– ¿Qué te preocupa entonces?

La miró en silencio; no estaba acostumbrada a abrir su mundo interior o

mostrarse, pero sentía la necesidad de descargarse en una oreja amiga, que alguien la escuchara.

– Quiero...Queremos, incluyo a mi familia, mudarnos y se nos está haciendo muy difícil.

– El mercado inmobiliario todo está complicado.

– Sí, soy consciente. Pero es imperioso que encontremos algo mejor donde vivir – suspiró.

– ¿No tienes nada visto, nada factible?

– Hay un lugar...Pero las exigencias son muchas. Depósito de una suma importante, garantía.

– ¿No cuentas con nadie que te pueda auxiliar?

– No – contestó con parquedad.

– ¿Es realmente tan urgente? Sabes que los potenciales arrendadores juegan con los plazos y la necesidad para obtener mejores condiciones.

– El lugar donde vivimos es... peligroso. Mucho – le contaba de a poco, aún reacia a soltarse frente a ella.

– Te entiendo. Pero todo Río es inseguro si vamos al caso. Los criminales avanzan sobre todos lados.

–Ningún lugar es tan inseguro como donde vivo–Alissa la miró–. La Rocinha.

Lo dijo con vergüenza, bajando la cabeza.

–Ah, pues. Ahora entiendo tu urgencia. No te pongas mal, miles de brasileños viven en las favelas, cariño–le dijo con amabilidad–. Es lamentable pero es lo que les ha quedado. Tenía una compañera en mi anterior trabajo que era de la favela Ciudad De Dios y me relataba su preocupación, como la que tienes tú. Y tengo amigos en otras.

– No quiero que los demás sepan, me mirarían con recelo.

– No te preocupes, tú tranquila. La persona no es donde vive, sino sus

valores – le dijo cariñosamente.

Era una mujer dulce y ella no estaba acostumbrada a las muestras de bondad, por lo que sus ojos se anegaron en llanto.

– ¡Quita, muchacha! ¡Deja las lágrimas! Mira, vamos a pensar posibilidades. Te juro que si pudiera te ayudaba, pero David y yo estamos comprometidos en un préstamo bancario para nuestra casa.

– No pretendo...

– Lo sé. Esperemos a David, él nos puede guiar con esto y pensar alguna alternativa.

Mientras lo esperaban le contó lo que ocurría con su hermano Ronaldo una parte pues pronto debieron ir a la oficina y el tiempo para comentarios personales se acabó. Recién al mediodía se reunieron con David, que ya sabía algo porque Alissa le adelantó.

– Mi hermano es talentoso para los motores pero no le ha ido bien en lo escolar. Trabaja en changas y cada vez se desilusiona un poco más de todo. Mi padre y yo queremos mudarnos de la Rocinha antes que caiga en manos de las bandas que lo controlan todo.

– ¡Difícil situación! Ahora, considerando tu inquietud te digo que no es fácil alquilar con esa urgencia. Sin embargo, estuvo pensando.

Ella lo miró con expectación, como quien espera que por arte de magia saquen un conejo de la galera. Era lo que le quedaba.

–La empresa tiene o tenía, no sé bien, algunos departamentos de mediana clase para empleados que vienen de subsidiarias en otras ciudades, con las que tenemos negocios. No tengo claro si aún están en poder de la compañía porque hubo algunas dificultades. Pero sería cuestión de averiguarlo. Me comprometo a hacerlo por ti.

– ¿Por qué lo alquilarían y justo a mí?

– ¿Y por qué no? Tal vez están sin uso y tú no serías mal cliente. Te

pueden descontar directo de tu sueldo, se aseguran el pago. Eso no está fácil hoy día.

Suspiró. Una pequeña luz se abría pero su razón le indicaba que las probabilidades eran minúsculas. Tal vez ya no estaban en poder de la empresa, tal vez ya estaban arrendados, tal vez a nadie le interesara que ella accediera.

– Déjame a mí, yo me encargo. Nada se pierde con interiorizarse y no hay peor trámite que el que no se realiza.

En eso tenía razón y agotar todas las instancias era vital. Además, agradecía con todo su corazón el interés y preocupación de sus colegas. Se sentía reconfortada y por primera vez tenía amigos de verdad.

2.

El trabajo interesante disminuía a medida que escalas en la jerarquía a juicio de Paulo. Como inversionista y gerente asesor que era gastaba horas analizando campañas de marketing, visitando lugares para vender o comprar, monitoreando proyectos en ejecución. Las tareas más desafiantes las hacían otros y sentía que Amancio le delegaba bien poco de ellas. Estaba cómodo pero no era su sueño laboral.

No era desde lo económico que se quejaba sino desde lo profesional. Se encontraba a veces deambulando sin saber qué hacer por las distintas divisiones de la compañía. Últimamente sus pasos lo solían llevar a Contabilidad y ni él mismo se creía la excusa de querer estar más afín con los números.

Le era placentero observar a Marcia Da Cunha, aunque lo negara en forma consciente. Verla desempeñarse en la computadora, su espalda tensa y sus brazos en ejecución, con su fino cuello hacia adelante y su boca esbozando silenciosas frases al repetir números. Lo recreaba su cadencia al

caminar, escucharla hablar, poco pero con calidez especialmente a David y Alissa los cuales él sabía que eran novios.

Su voz, empero, se volvía metálica cuando él se acercaba para inquirirla o desafiarla con alguna frase inconveniente. Tenía la mala costumbre de confrontar a quienes le gustaban demasiado sobre todo cuando las creía fuera de alcance. Y esta mujer altiva y orgullosa lo estaba.

Por su propia actitud de prescindencia de los hombres, por el hecho que él le caía mal, por el hecho de ser empleada de la compañía. Había ítems en esa lista que podrían ser subsanables: su propia política de no involucrarse con subordinadas podía cambiar, aunque era por seguridad y para evitar problemas. No le gustaba que nadie pensara que coaccionaba a subalternos.

Él podía ser más gentil, pero dada la forma en que la relación de ambos había comenzado: la tensa amabilidad unida a una latente hostilidad, seguramente ella no tendría interés alguno. “Soy un tonto de capirote” se rezongaba. En el fondo un colegial, por qué no decirlo. Un conquistador de cabotaje, bueno solo en discotecas y en relaciones esporádicas” se flagelaba.

Una de esas tardes de presencia en la oficina David le solicitó charlar de un asunto particular. El muchacho era un buen valor de la compañía y le intrigó que quisiera hablar de algo por fuera de las tareas lógicas ya que no tenían mucha relación.

– Señor Paulo, tengo una consulta que hacerle y tiene que ver con los departamentos que la empresa dispone para uso de los empleados.

Le costó ubicar de qué hablaba pero luego recordó que existían dos departamentos que tenían la función de vivienda temporal para empleados que venían de otras sucursales o subsidiarias del país.

–Pues te informo que ya no están disponibles–se apresuró a atajar el inminente pedido del hombre.

Era probable que estuviera por casarse y buscara un lugar donde vivir con



su pareja, se compadeció.

–Fueron vendidos hace unos dos años atrás pues ocasionaban más problemas que soluciones.

–Es una pena–murmuró David–. Pensé que tal vez estarían libres y podrían arrendarse. Pero era demasiado esperar, sabía que la chance era casi nula.

–¿Necesitas un lugar para vivir?

–No, no es para mí en realidad–contestó, incentivando su curiosidad–. Una amiga tiene serias dificultades para conseguir un sitio donde residir y debe mudarse con urgencia. Y sabe usted mejor que yo lo difícil que está el mercado.

–Puedes sugerirle varios, tenemos algunos departamentos para arrendar. Nos dedicamos a eso ¿no?

–Sí, pero también sabe que son muy caros, de alta gama. Y mi amiga necesita algo decente pero económico y que no exija garantías.

–Eso es imposible.

–Es lo que ella dice y yo también pienso, pero me da tanta pena que no quise dejar de ayudarla.

Su intuición le hizo preguntar con mayor detalle, pues alcanzaba a vislumbrar por dónde iba la situación.

–¿Tu amiga es la nueva contadora, por casualidad? –señaló con fingida indiferencia.

–Sí–lo miró con sorpresa–. Pero por favor no comente que lo sabe. Ella me va a matar si se entera que...

–Que me dijiste a mí. Sí, he notado que le caigo bastante mal. Ya que estamos dime todo. ¿Cuál es la situación?

Algo en su rostro le hizo ver que David quería resguardar información así que lo hostigó.

– ¡Vamos, hombre! ¿Qué misterio puede haber? Todos hemos necesitado una casa o mudarnos alguna vez.

– Bien – contestó con renuencia – . Marcia vive con su padre y hermano en un sitio complicado y quiere mudarse para mejorar pero también porque teme por su hermano.

– ¿Dónde vive? – fustigó.

Lo que le comentaba era extraño y le intrigaba cada vez más.

– En la Rocinha – el muchacho miró a sus costados con nerviosismo.

Evidentemente temía que Marcia escuchara y ser objeto de su ira.

La información lo dejó sorprendido y sin saber bien qué decir. No hubiera imaginado que la muchacha habitara en un lugar tan pobre y hostil. Imaginar a esa espectacular y elegante morena surcar las calles de la favela le pareció extraño y fuera de contexto. Aunque esto se debía a la visión limitada que tenía de esos barrios, lo reconocía con vergüenza y su hermana muchas veces se lo había hecho notar. “¿Sabes cuánta gente honesta y de bien vive en esos lugares? La pobreza no es hermana de la delincuencia, aunque a veces tenga que convivir abiertamente con ella”

Su silencio fue malinterpretado por David, que se puso visiblemente nervioso.

– Mire, Marcia es impecable y que viva allí no tiene nada que ver, ella estudió y se superó, es muy inteligente y...

– ¡Ya, ya, David, tranquilo! – lo sosegó – . Me impactó lo que dijiste pero tengo la misma imagen que tú, no te preocupes por nada.

– ¡Creo que por intentar ayudarla he metido la pata!

– Para nada, será nuestro secreto que me contaste. Igual, te repito que esos pisos ya no están disponibles. Es difícil la situación.

Una idea comenzó a formarse en su cabeza.

– Déjame averiguar, había otro apartamento que estaba en poder de una

de las empresas tercerizadas. Veré si ese aún existe. No la ilusiones. Y te repito, no le digas bajo ningún concepto que me contaste, no vale la pena. Te sentirás mal tú y ella también.

David asintió y él se sintió seguro que nada diría. Recibiría una dura respuesta de Marcia si se enteraba; se la notaba orgullosa y detestaría generar la lástima o piedad en otros, en especial en él.

La idea que se le había ocurrido era factible pero se preguntó si era buena o necesaria. No existía ese tal apartamento que le describió a David, sí disponía él de uno. Su primer piso, comprado con sus primeras ganancias y su hogar por varios años. Le tenía especial cariño por ello y no se había desprendido de él ni lo había arrendado porque era un sitio que solía usar cuando tenía alguna de sus esporádicas relaciones o cuando el principal estaba en remodelación.

Era sencillo aunque con comodidades interesantes y por supuesto muy superior a lo que Marcia tendría en ese momento como vivienda, tanto por su ubicación como por los servicios disponibles, amoblado y bien mantenido. No quería hacerse una idea desaprensiva o desajustada del actual hogar de la contadora Da Cunha, pero seguramente las carencias existían.

Podría perfectamente arrendarle a buen precio y sin garantías el lugar. Lo que se preguntaba es por qué hacerlo, por qué involucrarse así. Ella no simpatizaba con él, lo vería probablemente como una limosna.

“Lo harías por buen samaritano y porque puedes” se dijo. “Porque te gusta a rabiar y aunque ella nunca se entere, de lo que te debes asegurar muy bien, saber que la ayudas es suficiente”. Con esta reflexión dio por saldada la discusión interna y aprobada en forma fulminante la moción que se presentó a consideración ante sí mismo. Comunicaría en los días próximos a David que era factible y debería arreglar los papeles para que su nombre no apareciera en el contrato.

Le solicitaría a uno de los vendedores de una compañía amiga que hiciese los trámites correspondientes, ella ni se enteraría de su ayuda y evitaría que su gesto pudiese ser malinterpretado. “¿Paulo Marinho tiene en su apartamento a la nueva contadora? De seguro son amantes” sería lo menos que circularía para cotilleo de la oficina. El rumor correría como pólvora y la desacreditaría a ella y lo lapidaría a él ante sus ojos.

Alguien que conociera poco a Paulo se extrañaría de la decisión adoptada, pero no sus allegados. Era un romántico y apreciaba hondamente la superación de las personas. Y vaya si Marcia lo había hecho. “No la conoces” le decía su raciocinio. “Es verdad, pero ha salido de un contexto muy difícil. De la Rocinha al cargo de contadora en el emporio Do Nascimento. No es poca cosa. Muestra su esfuerzo, empeño. Solo por eso vale la pena ayudarla”. Y de nuevo su mente racional le decía: “Y porque te gusta como no lo ha hecho ninguna mujer en mucho tiempo”. Debía reconocer esa realidad. Pero no iba a sacar rédito de su acción, sería su secreto.

## **Capítulo 13.**

1.

Los días se sucedían con rapidez y ajetreo en el trabajo por lo cual Marcia tenía poco espacio para la vida personal y la diversión, pero no lo extrañaba. Esto era casi una continuidad de lo que había sido su situación cuando estudiante. Los cambios si se notaron en su estilo de vida que mejoró sensiblemente producto de un ingreso mucho más elevado en el hogar.

Pudo comenzar a darse gustos: ropa, algún electrodoméstico, libros (su pasión y la de Joao) y lo más importante: la membrecía en una escuela privada de mecánica para Ronaldo. Era oneroso pero no lo dudó: su hermano necesitaba saber que los sueños tenían la posibilidad de cumplirse.

Aún si no podían mudarse en el corto plazo, que comenzara a estudiar aquello que lo apasionaba y en lo que era bueno. Además de formarse escaparía buena parte del día de las malas influencias.

El lujo que se dedicó personalmente fue ingresar a tiendas de buen nombre a elegir prendas y calzado que durante mucho tiempo solo apreció en las vidrieras, su carita contra el vidrio. Nada ostentoso ni súper caro, pero si elegante y de buena calidad.

Arropada con esos trajes sintió que se acercaba algo al glamour de Lucía Salvattore. Algunos dirían que aunque la mona se vistiera de seda seguía siendo mona. Pero ella tenía la suficiente objetividad para saber que no era así. Le gustaba vestir bien y creía merecerlo, eso bastaba. No es que buscara compararse o alcanzar la posición de la prometida de su jefe, es que era el modelo más cercano de buen vestir que tenía.

Estar prolija y acorde con su puesto también era necesario. El jefe

máximo era un buen ejemplo de sobria distinción. Era un gentil hombre que día a día transitaba los sitios de trabajo interiorizándose de la labor de todos, con soltura y sin forzar simpatías, estimulando con su presencia a todos. No sabía si por el hecho de haberle dado el empleo o por efecto de su calidez, se iba ganando un sitio de privilegio en su mente. Pero su buena opinión de él era compartida.

– Amancio está por mudar su despacho a Contabilidad – sostuvo una mañana Alissa.

– Sin duda le preocupa que la situación financiera se maneje con celo particular. Él es quien debe responder por pérdidas o dificultades frente al resto de los accionistas. Y como está todo hoy, no se puede descuidar – afirmó David.

– Esta es una empresa sólida, querido. O es un maniático o tiene algún otro interés aquí – murmuró mirando fijamente a Marcia, provocando que se sonrojara – . Sus visitas frecuentes comenzaron cuando Marcia arribó.

– ¡Alissa, por favor! – señaló nerviosa – . Lo menos que quiero es que me señalen como escaladora o buscona.

– ¡Pero Marcia, claro que no insinúo nada de eso! No hay mujer más seria que tú. No te preocupes tanto, estás siempre a la defensiva, era apenas un chiste. Discúlpame, no pretendí molestarte. Tienes que dejarte llevar, soltarte un poco.

–No puedo ni quiero. No me ha ido bien cuando lo he hecho–señaló.

– ¿Te refieres a lo sentimental? –la miró con interrogante.

–A las relaciones, sí. Tengo una muy mala experiencia y...

– ¿Y quién no la tiene, por Dios, Marcia? Vamos, ¿hay alguien que no haya sido engañado, no correspondido, traicionado? De eso se trata confiar en alguien: exponerse a ser lastimado porque el premio en caso contrario es la gloria.

Le asombró la pasión en las palabras de Alissa, era una romántica pero sus palabras tenían sentido.

– Tú tienes tu amor contigo y es un sol. Pero no para todos es así – le retrucó.

– No, lo sé. Pero he sufrido por amor. De hecho me plantaron con vestido y todo casi llegando al altar – le contó con ligereza, sin rastro de tristeza – . Y aún así confié en la posibilidad de querer a alguien más. Es bueno experimentar. Encontrar al hombre perfecto, al alma gemela, implica buscar. Debería pensarlo.

– ¿Qué sugieres?

– ¡Qué salgas a divertirte, mujer! A bailar, a por unos tragos, a pasear acompañada, qué se yo. Pero comienza a vivir fuera de tu refugio, corazón.

– No conozco a nadie que me interese para eso – susurró.

– Pues con más razón debes salir a buscarlo. Listo, está decidido. Saldremos juntos. Este fin de semana, para ser más exactos. Música alegre, gente divertida, sin compromisos. Al club donde solemos reunirnos con amigos, te va a gustar. ¡Es una orden! – le guiñó el ojo y se retiró sin más, para no darle la oportunidad de negarse.

Y bien pensado, le gustaba el plan.

Sobre el viernes tuvo la mejor noticia o la segunda mejor en años. David se presentó presuroso y le comentó que tenía una novedad increíble.

– ¡Es un hecho si lo quieres, Marcia! Una empresa de Bienes Raíces más pequeña en la que tengo conocidos tiene un apartamento mediano a varias calles de aquí, sin habitar. Consulté y está disponible por un precio que te va a encantar. Y como eres mi amiga te lo alquilarán sin problemas.

No podía creerlo, quedó inmóvil para luego sacudir la cabeza asintiendo. Claro que quería el lugar, no importaba como fuera, de seguro perfecto.

– ¿Qué tengo que hacer?

– Ve por la inmobiliaria, aquí tienes la tarjeta. Charla con el encargado, quien ya está al tanto y te mostrará el lugar. Si acuerdan te puedes mudar de inmediato.

– ¿Cómo lo conseguiste, David? De concretarse estaré en deuda contigo por toda la eternidad.

– Un amigo de un amigo. En Bienes Raíces hay que estar conectados. A veces nos pasamos clientes.

Se sentó con las manos en la barbilla; apenas podía creerlo, era como un sueño. Joao y Ronaldo no acreditarían tanta suerte, ella apenas lo podía asumir.

– ¿Qué esperas? – le señaló David – . Ve, ve por él. Pide tiempo a la contadora para hacer un trámite, si te apuras hasta puedes estar el domingo viviendo en él – le bromeó.

Así lo hizo y su jefa no tuvo reparos en concederselo; bastantes horas extras trabajaba. Llegó a la inmobiliaria y la atendieron con encomiable amabilidad: el gerente le mostró fotos y le estableció condiciones para arrendar. Nada complicado: autorización para que le fuera descontado directamente de su salario la renta y esta posibilidad era lo que explicaba que no le exigieran garantía.

Alquilaría por tres meses al comienzo, un período de prueba y con posibilidad de extender el plazo si había conformidad de ambas partes. Los papeles eran cuestión de horas y a partir de entonces mudarse cuando quisiera. Una asombrosa velocidad y eficacia que la desconcertó.

Hacía años que soñaban y tantos días que buscaban que ver que todo se concretaba en cuestión de una hora le parecía increíble. Pero claro, razonó, no era lo mismo buscar desde la nada y sin respaldo alguno que hacerlo desde el conocimiento que tenía David y el respaldo que daba trabajar en una empresa tan grande.



Ante esta inmobiliaria, que no conocía su vida ni su origen, era una contadora en una compañía importante y eso era suficiente aval. El pago se aseguraba con facilidad.

Como fuera, estaba en las nubes. El gerente le cedió las llaves y tuvo la gentileza de llevarla al edificio, ubicado en una calle preciosa y tranquila, limpia y con poco tráfico. El conserje la recibió y guió hasta el apartamento.

El flechazo fue instantáneo: en el primer piso, amplios ventanales dejaban ingresar el sol del mediodía, los cortinados era alegres y estaba amoblado. Esto era lo otro formidable: el inquilino previo había dejado parte del mobiliario porque se había ido del país y no había probabilidad de regreso, así que lo había cedido por módico precio que se incorporó a la renta anual. No era una imposición y ella lo recibió más que agradecida, eran prácticos y nada ostentosos: mesa de living con sillas junto a dos sillones de tres cuerpos de mullidos almohadones, cocina, heladera, camas en las dos habitaciones (una de ellas matrimonial).

Deambuló por el lugar con lentitud, sin poder acreditar aún como su fortuna cambiaba. Lo que traerían de la favela sería poco, no solo porque desentonaría sino porque no era necesario y estaba bien comenzar otra vida con otros objetos. De seguro un vehículo pequeño bastaría para transportar los retazos de su vida en la Rocinha. Lo importante eran ellos. Lo que quedara podría servir a Yair o a algún vecino menos afortunado. Su hermano mayor se encargaría.

De pronto sintió urgencia: tenía que avisar a su padre. Lo llamó al trabajo y le rogó que pidiera una hora y viniera hasta donde ella estaba. Con voz ahogada le contó que estaba en su nuevo hogar y quería que lo conociera lo antes posible. Mañana mismo se mudarían.

David no tenía idea que su chiste no lo era; su urgencia era real, el apremio existía. No quería pasar un día más en aquel lugar que era

recordatorio feroz de su vida desafortunada hasta ahora. ¡Vaya si esa noche sería de celebración! Se fotografió en el lugar y le envió a David con un mensaje que sabía que le alegraría: “Es mío. Hoy celebramos y va por mi cuenta. Ustedes me dicen dónde”.

Y entonces el peso de la emoción la quebró y se sentó a llorar en uno de los sillones. Por primera vez en su vida sollozaba de felicidad.

2.

La música sonaba fuerte y alegre, la samba invadía el lugar ambientado con una sala de baile ancha, una larga barra y un espacio exterior plagado de gente disfrutando de la brisa nocturna y del cielo estrellado. Pocas personas sentadas, la mayoría prefería mecerse solo o acompañado siguiendo los compases del ritmo pegadizo.

Marcia estaba exultante, feliz. Acompañada de amigos a los que cada vez apreciaba más, que la trataban como igual y la ayudaban. David y Alissa eran realmente especiales y sus amigos divertidos. Cerveza en mano departían y festejaban con y por ella y su nuevo hogar. Como nunca deseaba que la noche no acabara.

Hacía tanto que no disfrutaba de una salida, de beber en calma y de la música. Dios, con lo que le gustaba bailar, lo había pospuesto tanto. Los compases se metían en su cuerpo y la empujaban a la pista, buscando romper su compostura para abrir paso a la alegría de la danza. Cuando Alissa se lanzó a bailar no esperó más y la siguió. Bailó y rió, coqueteó con los muchachos que como moscas a la miel buscaban ser su centro de atención.

– ¡Eres el alma de la fiesta hoy! – gritó Alissa por encima de la música – .  
¡Cuánto me alegro que estés tan feliz!

– Alissa, tú no tienes idea el peso que hoy me he quitado y el cambio

fundamental que esto será para mí y mi familia. Me siento con suerte, creo que mi destino va a cambiar.

– ¡Pues enhorabuena! ¡Brindemos por eso! Y porque entre tanto hombre interesado alguno llame tu atención. Es que hay algunos guapos de verdad. ¡No le digas a David esto!

En verdad creía que tomaba las riendas de su vida y que esta la premiaba ahora, luego de años. Su vista se nubló al recordar la emoción de su padre al conocer el lugar y saber que por fin lo habían logrado. Se había sentado en uno de los sillones y mirando a su alrededor había preguntado, casi con desconfianza:

– ¿Es nuestro, seguro?

– Vaya si lo es, papi – lo abrazó –. Parece que la suerte comienza a sonreírnos. Aquello por lo que hemos luchado comienza a concretarse.

Así que esta noche de festejo era la última de su vida en la Rocinha, pensaba mientras esperaba su bebida en la barra. Una vez la tuvo en sus manos la elevó al cielo y previo a tomar el primer sorbo murmuró:

– ¡ Por ti, mamá, salud! Por las nuevas oportunidades.

– Salud, señorita Da Cunha – sintió de pronto una conocida voz materializándose a su lado como surgida de la nada.

Miró con sobresalto como a su costado se posicionaba Paulo Marinho, acodándose en la barra de perfil para quedar apenas a unos centímetros de ella. El aroma tan masculino de la loción que desprendía, los ojos que la miraban con fijeza, el pecho y los brazos poderosos que la remera deportiva dejaban en evidencia, la sonrisa torcida; todo desprendía un especial magnetismo esa noche. “¡Qué guapo es el muy cínico, en un sentido mucho más salvaje que Amancio Do Nascimento!”. No sabía por qué pero siempre tendía a compararlos.

Quiso enhebrar alguna frase inteligente y dejarlo de lado pero él tomó

rápidamente la posta de la conversación.

– No sé que festeja usted, pero la veo tan divertida y bien acompañada que no me importaría nada unirme. ¿Qué le parece?

Y tomándola del brazo sin esperar su respuesta la llevó con los otros, que lo recibieron con cierta sorpresa rápidamente diluida al hacer David las presentaciones pertinentes. El atrevimiento del gesto más el hecho que se comportaba como dueño del lugar la mosqueó y al comienzo la mantuvo callada, pero al ver que a él poco le importaba y tomaba las riendas de la situación, decidió que esa era su noche y allí no valían jerarquías. Así que procedió a invitar a todos a bailar y divertirse y cuando lo vio retrasarse lo desafió:

– ¿Qué pasa, señor Marinho? ¿No sabe bailar?

Pronto estaban en la pista a los saltos y quiebres, excepto él que se movía como un robot defectuoso lo que la hizo reír con ganas y no perdió oportunidad de burlarse.

– ¡Lástima que no hay ningún mecánico, usted parece necesitar aceite con urgencia!

Él le devolvió la mirada y encogió sus hombros, esbozando una semi – sonrisa.

– No se puede ser perfecto en todo, mi querida señorita. Aunque usted parece que sí – la piropó, poniéndola algo nerviosa, detalle que él advirtió y lo hizo continuar, acercando sus labios al oído de Marcia para susurrar.

– Bella, responsable, profesional...Un combo de muerte.

Intentó alejarse meneándose pero él la tomó de los brazos para seguir su ritmo y no podía desprenderse sin causar revuelo, pues todos estaban bailando en parejas.

– ¿Y qué celebras, Marcia?

– He conseguido un buen lugar para vivir. Me ha costado mucho pero al

fin lo logré.

– Pues me alegro. Levanto mi trago por ti.

Así lo hizo, con una mano tomado de su brazo y la otra en alto mientras la miraba con increíble fijeza. Se sintió confundida, ¿excitada? Culpó a la bebida el desenfreno de su cabeza que de pronto la imaginaba ceñida por esos largos brazos y arropada en ese pecho ancho. Cuando la música se aquietó para crear una atmósfera más íntima, él no dudó en cerrar sus brazos alrededor de su cintura y atraerla hacía sí, ignorando su inicial negativa.

– Es solo un baile. No va a pasar nada.

– Por supuesto – gruñó, pero lo dejó hacer para no quedar como una desquiciada descortés. Como él decía, solo era un baile. Y sin embargo parecía que las mariposas en su estómago le decían otra cosa.

3.

“¡Qué morena tan bella! Intensa y magnética” se dijo mientras la hacía girar y admiraba su cuerpo maravilloso enfundado en un vestido algo escotado de falda corta que al mostrar parte de sus piernas la hacía más deseable y audaz. Su cabello suelto era un ramillete de bucles que se sacudían al ritmo de la música y su mirada era de una insondable profundidad.

La había admirado desde lejos por largos minutos y cuando la vio acercarse a la barra no pudo resistir la tentación de hablarle y ser parte de su noche. Sabía que celebraba y tenía muy claro que era por el apartamento que él le había facilitado, cosa que lo contentaba. Nunca se enteraría de su gesto y no hacía falta, le conmovía que algo sin consecuencias para él pudiera ser tan diferencial para ella. David había sido muy gráfico al relatar la urgente necesidad y por ello apuró los trámites todo lo que pudo. No extrañaría el lugar e incluso le dejó los muebles, era un problema que hacer con ellos y de

seguro a ella le sería de utilidad.

¡Cuán diferente se la veía fuera de la oficina! Feliz, distendida, una mujer de la que sería muy fácil enamorarse. La noción exacta de lo que pensaba lo alcanzó y se dio cuenta que si no hacía algo pronto no podría dejar de pensar en ella. Lo más prudente era retirarse; no estaba él para relaciones serias ni creía que a ella le interesara. Probablemente era más lo segundo que lo primero, en realidad, pero como fuera debía salvaguardar su integridad de hombre libre y evitarse la humillación del rechazo.

Había visto la admiración con que ella miraba a Amancio, tal vez más que eso, no lo sabía bien pero era factible. Ese hombre tenía la virtud de encandilar a las damas y pocas se resistían a sus encantos. No iba a ser Marcia Da Cunha la excepción, aunque le gustaría. No se resentía por la situación, era lo que era. E incluso parte era su culpa, que se las ingeniaba para decir lo incorrecto y molestarla siempre que podía.

Qué más daba. Era tiempo de irse y lo hizo abruptamente, tanto que pecó de falta de caballerosidad al detener el baile en pleno giro y decirle sonriendo:

– Bien, Marcia. Un placer compartir este momento. Disfruta tu noche – retirándose y dejándola plantada en el medio de la pista.

En el fondo era una huída pero para ella debió ser una muestra más de su antipático carácter. Uno más de los desplantes que se agregaba a la cadena de detalles poco felices. Nunca le había pasado antes con otra mujer, trataba de ser honesto y agradable y si le gustaba iba a la “caza”. No era enamoradizo pero apreciaba la belleza y el sexo como parte natural del relacionamiento entre los géneros. Pero con ella perdía su libreto, su manual de seducción no funcionaba o no se atrevía a desempolvarlo. Le imponía respeto y cautela, tal vez porque conociéndose, sabía que si se involucraba no tendría marcha atrás. Estaría expuesto y terminaría herido.

Así que se limitó a escapar a la barra, donde pidió una bebida y luego otra y coqueteó livianamente con una de las habitué del lugar, a quien ya había tenido el placer de conocer en la intimidad. Esto era fácil y sin riesgos, se dijo al retirarse en su compañía mientras miraba por última vez a la pista, justo para ver los ojos de Marcia muy quietos fijos en él. Retiró rápida y en forma cobarde su mirada y abrazó a su pareja.

Como era de esperar, fue un encuentro fogoso en el cual ambos dieron rienda suelta a sus pasiones, pero sin alma. Sexo por el sexo en sí, rezongó luego que se despidió de la chica, a la cual solicitó un taxi, para risa de ella que musitó:

– Eres lo máximo, por lo general a mis parejas no les importa si llego bien a casa.

“Qué comentario tan triste” meditó a solas. “Habla de poca auto estima y de la intrascendencia de las relaciones... De las que formo parte” se fustigó. “Más caballero pero igual de prescindente”. “Duérmete ya, deja de pensar. Lo haces demasiado y sin sentido. Vas a tener que dedicarte más al trabajo y a la familia”.

## Capítulo 14.

1.

Sábado y domingo fueron días de intenso ajetreo para la familia Da Cunha. Dispuestos a realizar el mayor esfuerzo de la mudanza los días de asueto, e imbuidos de la enorme emoción por el cambio fueron y vinieron apenas dos veces en el pequeño camión de la compañía que se dedicaba a traslados y eso fue suficiente para trasladar lo que merecía la pena ser llevado.

Los recuerdos más personales, la ropa y los enseres se apilaron prolijamente en cajas y así fue quedando desnudo el que fue su hogar por años.

Yair era eficiente y ya se las había arreglado para arrendar el lugar, para asombro de Joao.

– ¡Pero hijo, pensé que tú querías ocuparla!

– Padre, vivo bien y no me trae gratos recuerdos. No me malentiendas, me refiero a mamá. El ingreso de esta puede servirles, al menos mínimamente, para el pago de ese apartamento tan bonito.

— Yair, hijo, sabes que si pudiera te llevaríamos a ti también.

– ¿Y a qué iría yo a ese barrio? Estoy bien te dije. Conozco las reglas de la Rocinha, me muevo bien aquí. Cuando el momento propicio llegue y lo hará, también nos iremos. Con ustedes fuera para mi es más fácil pensar en otras oportunidades, pero las cosas a su tiempo.

Era bueno y sabio para su edad. Marcia lo abrazó y le obligó a prometer que su sobrinita iría a visitarlos todos los fines de semana.

– Claro que irá. ¿Crees que se lo perdería? Te adora, Marcia y le has



metido esas ideas de estudio y liberación en la cabeza. No tendré forma de detenerla.

Así sería, se dijo. De ahí en más ninguna mujer de su familia viviría sin esperanzas. Las apoyaría siempre, con la misma fortaleza que su padre lo había hecho pero con más recursos.

Hacia la noche del domingo podía decirse que estaban afincados en el nuevo hogar. Sentados alrededor de la mesa y rodeados de cajas daban cuenta de la primera de muchas cenas fuera de la favela, casi sin poder creerlo. La emoción embargaba a los tres y por ello el silencio, que fue roto por Joao en una frase de profundo sentimiento.

– Esta noche es para mí la concreción de un sueño, casi de una utopía. Somos los mismos que ayer y siempre y lo seremos mañana. Nuestra esencia no ha cambiado. Pero mi espíritu se siente más liviano.

Sus dos hijos asintieron, entendían a la perfección sus palabras. El amor que se profesaban, los valores que los identificaban y en los cuales se habían formado eran marcas imborrables y constituían su identidad. ¡Pero cuánta alegría producía poder vivir en paz y con confort! Lejos de peligros reales y amenazas latentes en cada esquina, la vida sin duda tenía que ser menos dura y las oportunidades más cercanas.

– Gracias, Marcia – añadió con timidez Ronaldo tomando la mano de su hermana y apretándola con fuerza – . Nada sería posible sin ti.

– Hermanito, para mí esto no sería factible sin ustedes. Pero ya, disfrutemos. Papá, tenías razón, siempre la tuviste. Ahora toca afirmar lo que hemos logrado. Yo siendo eficiente en mi trabajo para mantenerlo y tú estudiando y comprometiéndote con tu carrera, Ronaldo.

– ¡Claro que sí! Es lo que siempre he querido. El colegio es increíble y se estudia practicando. Eso es lo que mi cerebro interpreta mejor, la acción. Habla por mis manos, hermanita. Lo mío son los motores, ya verás como

pronto estaré arreglando los Lamborghini y Ferrari de tus patronos – bromeó.

“O los Porsche” se dijo recordando el auto de Paulo Marinho. Se fastidió y sacó el pensamiento de su esquiva mente, que se empeñaba en traer a sus memorias a ese vanidoso hombre. Recordar como se había retirado del local en brazos de aquella siliconada rubia la puso de malhumor, pero se obligó a volver a su realidad actual y pasar un buen rato con su familia.

La semana comenzó de forma espléndida y nuevas tareas le fueron adjudicadas. Se percataba con emoción que su rapidez y responsabilidad estaban siendo valoradas y cada día tenía un poco más de trabajo. Era su tercer mes en el empleo y atrás había quedado el pasaje de cifras, ahora realizaba funciones más importantes, con acceso a libros de la empresa. Su jefa misma ponderaba ya en forma abierta su eficiencia y vocación de servicio.

Marcia no dudaba en quedarse para finalizar una tarea si era necesario, no solo por hacer buena letra sino porque le gustaba terminar lo que empezaba y además tampoco tenía urgencias familiares como podía ser el caso de muchos. Como su jefa, en definitiva, su trabajo era gran parte de su vida en ese momento.

David y Alissa se marchaban con celeridad luego de cumplidas con responsabilidad sus horas de labor, con buen tino a disfrutarse mutuamente. Lo mismo quienes tenían hijos, viajaban o disfrutaban del tiempo libre. “¿No será que te quedas más por falta de verdadera vida personal que por responsable?” se decía a veces, para luego sacudirse esas ideas. Estaba empezando su historia laboral y quería que fuera buena base y le diera prestigio, afirmándola y posicionándola adecuadamente para mantener su nuevo estándar de vida.

El que para Marcia fue un fin de semana de celebración para Amancio Do Nascimento fue de encuentros familiares y de contactos económicos no – santos que fueron dando nueva dimensión a sus negociados.

A nivel personal su relación con Lucía progresaba a instancias de esta, que luego del compromiso había insistido en avanzar en los planes y preparativos de la gran boda. A él no le entusiasmaba aunque eso no se podría decir por su encantadora expresión frente a su novia y la familia de esta.

En un plano íntimo experimentaba un cierto rechazo por su prometida mas su fortuna y posición social bien valían la pena. Él podía tener a quien quisiera a sus pies y no comprometería su fidelidad ni en sueños. Era una alianza de negocios, un matrimonio por conveniencia, pensaba. Y como todo negocio tenía que hacerse bien y sin apresuramientos.

Su futuro suegro era un ave de los negocios y controlaba parte del importante mercado de la cerveza y el chocolate en Brasil. Descendiente de una estirpe de portugueses traficantes era paradójicamente un hombre escrupuloso y detallista que adoraba a su única hija. Tener su apoyo y aval era fundamental.

Ella era la heredera de sus empresas y por lo tanto significaba el futuro asegurado y un respaldo frente a lo que pudiera ocurrir en sus propios negocios. Amancio siempre tejía posibilidades y trazaba planes, alianzas y proyectos con cuidado.

Por ello lamentaba el enorme lapsus cometido al involucrarse hasta el cuello con la mafia del contrabando. Dado que no había marcha atrás en eso le quedaba pilotarlo de la mejor manera posible para minimizar riesgos y costos. En esto pensaba mientras su novia y una muy afamada “wedding planner” diseñaban la futura ceremonia ese sábado.

Su mente discurrió hasta la noche anterior y se recordó en un estado que no le gustaba por lo errático y descontrolado. Le solía ocurrir cuando las situaciones tendían a irse de sus manos, lo enfurecía. Perdía entonces su tradicional fachada compuesta y amable, su serenidad desaparecía y los objetos más frágiles de alrededor solían sufrir las consecuencias.

Eso había acontecido la noche anterior y buena parte de la decoración de un mueble había perecido bajo su furia. La información recibida confirmándole que sería difícil obtener réditos a corto plazo de los cargamentos fue un mazazo importante y lo desquició. “Las aguas deben calmarse y hay que esperar a que nuevamente la Policía relaje su actitud, que va a acontecer. Siempre pasa” le decía su amigo. Maldita hora en que lo había escuchado en primer lugar.

Lo que le molestaba, además de sentirse a merced de vulgares contrabandistas y rehén de sucesos que no controlaba, era que el agujero realizado en el capital de la empresa de Bienes Raíces era muy grande. De existir un mal movimiento o profundizarse la demora en otros proyectos podría notarse el faltante. El no tenía intenciones de desfaltar, por el contrario lo veía como forma de aumentar el capital y promover aún más a la compañía.

Mientras Lucía miraba fotos de eventos similares a los que pretendía para su boda y se los mostraba con entusiasmo, por sus ojos seguían las imágenes de la noche. Se recordaba desplazándose como fiera enjaulada por el lugar para luego sentarse whisky en mano y pensar opciones mirando la noche desde su sillón preferido. Era vital potenciar el proyecto en curso, acelerar las ventas, enfatizar el mercadeo. Presionaría a la compañía constructora del mega emprendimiento de apartamentos de alta gama para acelerar la finalización aunque hubiera que sacrificar en detalles o seguridad en el mismo. Había sido demasiado ostentoso en sus objetivos.

Y lo otro era manejar los números. Esto era más turbio y le gustaba menos pero se decía que era una simple jugada para ganar tiempo. Tendría que apostar a disfrazar o dibujar algunos datos del balance para la próxima junta en la que era necesario mostrar los números globales. No era tan inusual, las pérdidas podían posponerse en el registro hasta que comenzaran a ser amortizadas por los ingresos.

Debería hablar con el contador Sears. O mejor, pensar en la alternativa de dividir el departamento de Finanzas y separar los números, así nadie tendría visión completa de los mismos. Podía hacerse, estaba en sus manos. Necesitaría algunos empleados a su completo control, que no hicieran preguntas.

Cuando vio una salida viable para la situación comenzó a calmarse y la noche se volvió menos opresiva. Al posponer la devolución del dinero tomado hasta poder aumentarlo les hacía un favor a todos además de a sí mismo, se auto convenció. Desde pequeño tenía la habilidad de salir bien parado de las situaciones más complicadas o escabrosas. Su peculiar inteligencia y su atractivo hacían eso posible, se vanagloriaba. Tenía esa actitud y gesto de “yo no fui” que impulsaba a otros a ayudarlo y protegerlo.

Un análisis menos edulcorado mostraría que las tantas veces que se había salido con la suya alguien más había pago el precio, asumido la culpa o perdido algo. Pero no eran reflexiones que él realizara o le interesaran.

Sorbiendo su trago con placer se había sumido en la contemplación del paisaje nocturno de las estrellas sobre los morros. Estaba en la cima del mundo y ahí permanecería.

El dinero es algo curioso, solía pensar; para algunos el acceso a la mejor calidad de vida, salvación diaria cuando era poco. Para él era la posibilidad del control. Esto era lo que realmente lo obsesionaba. Poder lograr que los demás bailen al son que quieras. Era una sensación casi orgásmica y ese

pensamiento lo había impulsado a cancelar su cena con Lucía y comprometerse en retribución a hacer la aburrida tarea en la que ahora estaba. Pero bien lo había aprovechado. Sus deseos, sus pulsiones más recónditas habían sido bien atendidas, como jamás lo serían por esa frígida muñeca de clase alta que ahora miraba lugares y flores para la boda.

El recuerdo le provocó un sacudón de placer. Un simple llamado había hecho posible que sus perversos deseos se cumplieran. En su habitación de juegos, donde guardaba su preciada colección de castigo, había vivido algunas de las experiencias sexuales más liberadoras. Le gustaba el sexo con dolor, no recibirlo sino infligirlo. Era parte de la diversión, esto lo había descubierto tempranamente en su adolescencia. No disfrutaba si no se sentía en control y sometiendo a otro. Un instante de placer no lo era realmente si no había urgencia, presión, hasta violencia.

Sus primeras experiencias con el sexo fueron buenas pero no fue hasta que ocurrió aquel infausto suceso en la Universidad que se descubrió a sí mismo. La casualidad, el alcohol y el poder de ser varios lo pusieron en aquella habitación una noche de fiesta alocada. Aquella muchacha, ni siquiera la recordaba bien, desorientada y drogada, fue abusada y vejada sin pausa y con placer casi como si de un objeto se tratara. No estaba orgulloso de lo que había hecho, pero culpaba a los demás que lo habían invitado y al whisky.

Pero muy en el fondo sabía que lo había disfrutado y eso lo asustó al comienzo, tanto como las consecuencias de sus actos. El delito al final quedó en el olvido que ocasiona el dinero: su padre tapó con decoro el episodio que probablemente se convirtió en estigma para la protagonista, olvidada y desechada.

Esperó una charla aleccionadora, un castigo ejemplar, pero solo recibió una frase: “Limpia tus desastres de aquí en más y ve con cautela. Hay formas más inteligentes de disfrutar sin exponerse”. Su padre no era de muchas

palabras y lo que aprendió de él fue a controlar y mitigar daños. Eso era lo que hacía.

Así que ahora acudía al placer sexual violento controlado, suministrado por otros y reglado. Había descubierto el sadomasoquismo y la posibilidad de conseguir “sumisas” sin arriesgar vidas ajenas. Sus gustos eran bastante amplios pero pasaban por las mujeres de pronunciadas curvas. Le daba igual blancas o morenas, aunque últimamente tenía preferencias por estas últimas. Se preguntaba si la presencia de la nueva contadora tendría algo que ver. Tal vez, ella lo miraba con admiración y su rostro y cuerpo bellos eran un desafío. Era el prototipo de la hembra caliente que le gustaba y excitaba. Por ahora, sin embargo, le sería más útil en la parte de números.

–¡Amancio! –el llamado de atención de su novia lo trajo a la realidad.

Ambas mujeres lo miraban con curiosidad y les sonrió.

–Mis disculpas, querida. Me abstraí un poco pensando en los negocios.

–Pues tienes que dejar eso y concentrarte aquí, son miles de detalles por concretar y no puedo sola.

La miró pensando que tenía el tiempo del mundo para dedicarse a esas menudencias, su vida se limitaba a eso pero la respuesta fue amable.

–Tienes un gusto increíble y de seguro la señora aquí presente está acostumbrada a lidiar con novias ansiosas.

Lucía cloqueó de gusto y volvió a arremeter con las invitaciones, el lugar, los regalos, los invitados. Solo escuchar lo mareaba.

–Entiendan ustedes, damas, que mis ocupaciones me van a dejar por fuera de muchas de estas reuniones. Lo que tú decidas estará bien, mi cielo–tomó sus manos y la besó en la mejilla.

–Amancio, ¡quiero que hagamos esto juntos! –chilló quejosa.

–Y así será. Pero tú llevarás la voz cantante y me consultarás las veces que sea necesario. Debo irme, tengo una importante reunión, adorables

criaturas.

–¡Amancio!

–Amor, sabes por tu padre que los negocios no paran el fin de semana. De hecho, se refuerzan. Voy al club de golf a cerrar un trato vital. Me encantó conocerla y seguro haremos de esta boda lo mejor. Mi exquisita novia merece eso y más—la besó en gesto de despedida.

Al atravesar el umbral escuchó que la mujer lo halagaba por sus modales y el evidente cariño que sentía por Lucía. Sonrió con cinismo. Si ellas supieran.

3.

No había mentido al mencionar al lugar que iba aunque si los motivos. Mal que le pesara, porque no le producía ninguna satisfacción reunirse con gente que tenía menos que perder que él, debía aclarar la situación y conocer de primera mano que ocurría con el dinero comprometido. Al solicitar a su amigo una reunión con los principales del turbio negocio, lo sorprendió y alivió saber que se conocerían en un lugar no solo público sino también de exclusividad. Eso solo podía significar que quienes lideraban pertenecían a altos círculos: no cualquiera tenía acceso a ese club en particular.

Esto se confirmó ni bien el encuentro se efectivizó: frente a él y ubicados en la mejor mesa del selecto lugar dos hombres con deportivos caros, relojes de oro y amplias sonrisas lo recibieron acompañados de su amigo. Recordaba ahora haberlos visto antes en importantes celebraciones y eventos. Tiburones de los negocios formales y de los otros también.

La charla, luego del cordial saludo y la invitación con el mejor y más



añejo whisky, comenzó con intrascendencias para luego profundizar. Al preguntarle con sutileza por su familia y su novia le hicieron notar que sabían de él y sus movimientos. Entonces lo que le interesaba comenzó a desgranarse.

– Sabemos de tu inquietud, Amancio. Créenos que entendemos tu postura. Recién te inicias en estas lides y no tienes la suficiente experiencia para saber que estas dificultades son momentáneas y anecdóticas. Cada tanto el negocio se enlentece, pero por cada vez que ocurre las siguientes oportunidades dejan tus espaldas cubiertas de dinero.

A la interna pensó que su “inversión” no tenía intenciones de hacerse constante en el tiempo, lo había hecho una vez para obtener ganancias rápidas que pudiera reinvertir en el área formal. Pero ahora esta gente daba por sentado que él seguiría concretando negocios con ellos.

– Lo cierto – comenzó con cautela – es que el dinero que comprometí debo reponerlo pronto.

– Y así será, no te preocupes. Nuestros informantes nos dicen que ya se han liberado de vigilancia algunos de los puntos de salida de la mercadería. Podremos hacer pasaje de cargamentos muy rápidamente. En dos meses habrás quintuplicado tu inversión.

Su mente evaluó la cifra y se emocionó pero los tiempos lo apremiaban.

– Es una rentabilidad excelente, única.

– Sin retenciones impositivas ni trabas – elevó su vaso el más canoso – . Cuentas millonarias, trabajo cero. No te embarras las manos. Ten en cuenta que el trabajo sucio lo hacen las piezas menos importantes de la cadena y son fáciles de sustituir cuando caen. Es imposible que nos ubiquen tal es el grado de lejanía.

– Lo que me preocupa es dejar en falso el capital de la empresa, tal como están las cosas con el gobierno y sus vaivenes.

– Cuentas con nuestro total respaldo, muchacho. Ahora eres parte de un grupo reducido de negociantes que nos apoyamos mutuamente. Tenemos incluso nuestras reglas y lugar de encuentro. Pero debes probar que eres digno de pertenecer.

¿Digno? Le molestó en parte el comentario; él descendía de una familia añeja de millonarios establecidos en el país.

– Esto no se trata solo de dinero, chico – comentó el más parco – . Esto tiene que ver con riesgos y hay que tener agallas y visión. ¿Tú las tienes?

– Sin dudas – respondió sin pensarlo dos veces – . Me interesa ser parte.

Si había pensado al comienzo romper el vínculo lo acababan de convencer.

– Ah, estaba seguro que sería así. Eres un hombre de negocios nato. Entiendes el poder del dinero. Después de todo este es el rey, venga de donde venga.

– Brindo por eso – levantó su copa sellando con ese gesto la participación en el futuro.

Su padre jamás imaginó lo lejos que llegaría.

## Capítulo 15.

1.

Los cambios vividos en los últimos meses habían ablandado a Marcia y miraba al mundo y las personas que la rodeaban con mayor esperanza y menos desconfianza. Esto se aplicaba con fuerza en la figura de su jefe Amancio, en quien concentraba buena parte del agradecimiento por la oportunidad que le había dado.

La gentileza, caballerosidad, amabilidad del hombre la conmovían; era muy inusual que un señor que lo tenía todo se preocupara como lo hacía por el bienestar de alguien muy por debajo en la escala jerárquica y sin embargo lo hacía con ella.

No era solo simple reconocimiento, ella sentía su interior conmocionarse y su corazón saltar de alegría ante su saludo cálido, su sonrisa brillantes, su apretón de manos un tanto más largo de lo formal, sus halagos velados. Esperaba todos los días que apareciera por la sección con un motivo explícito o sin él, atento a todos pero siempre posando su mirada sobre ella. Su perfume y voz antecedian su presencia y eran aviso para que retocara nerviosamente su cabello o alisara su vestido, lista para recibir la dádiva diaria de su atención.

“Sabes que es un hombre comprometido y de otra clase social. ¿Es ilusión romántica la que sientes?” se confrontaba. Varios días se hizo la misma pregunta y finalmente se convenció que focalizaba en él todo lo bueno que le pasaba, lo veía como un salvador y su apostura contribuía a ese enamoramiento platónico que parecía sentir.

Él tenía todos los atributos para ser un súper héroe y confiaba en ella

hasta el punto que comenzó a delegarle responsabilidades especiales y convertirla en quien llevaba la parte más compleja de la contabilidad, asesorada por él de manera directa y pasando por encima de las jerarquías.

Se sentía en las nubes. Le gustaba ese vínculo especial, sentirse necesaria y de alguna manera única para el jefe. No era algo físico pero si espiritual. Claro que le encantaba, tan educado y correcto, incapaz de un comentario fuera de lugar o subido de tono, o una mirada lasciva. Si intensa, como midiéndola.

Esto era bien distinto al no – vínculo que ella sostenía con ese insoportable de Paulo. Eran dos hombres tan disímiles como el agua y el aceite. Donde Amancio era amabilidad, aquel era rudeza y cinismo. Donde el jefe era suavidad y calma, Paulo era trato abrupto. No tenía gestos simpáticos ni caballerescos y de hecho no cesaba de mirarla desafiante y con intensidad. No dudaba que debía pensar que ella era una conquista fácil y para una noche. Le provocaba sensaciones más que encontradas, tal era la bipolaridad con la que actuaba: un día indiferente, otro áspero, alguno que otro amable.

Sí le tenía que reconocer la eficiencia, su preocupación por los demás que no fueran ella, la que se trasuntaba en la forma cordial con la que charlaba con ellos. Llegó a pensar que tal vez era algo racial pero luego lo descartó. Tal vez antipatía natural despertada al inicio vaya a saber por qué y nunca modificada.

Debía reconocer que tampoco ella le contestaba bien y siempre le miraba con cara de pocos amigos, pero lo atribuía a una pared de auto defensa. No podía negar era lo atractivo que era; tenía una cualidad casi magnética en la mirada, en el gesto de su boca, en su voz ronca, en su andar felino. Era un hombre más terrenal que Amancio, por decirlo de algún modo. Una de las pasantes lo definió muy bien una tarde mientras compartían café, descaradamente interesada en él:

– Es todo un macho alfa, barre el lugar con la mirada buscando a quien fichar. Me anoto ya, es un bombón. Aunque dicen que no acostumbra a relacionarse con nadie del trabajo.

– ¿Cómo lo sabes? – inquirió otra.

– Rumores. Tengo una amiga que lo conoce de salidas. Dicen que arrasa y es un toro en la cama. Uff, me acaloro. Me vendría bien uno de esos en mi vida.

– Obvio. Rico, atractivo, poderoso. Una mezcla brutal.

Ella permaneció en silencio, algo molesta por los comentarios sin censura de las chicas. No estaba habituada a departir en forma abierta sobre hombres, tan solitario había sido su transitar luego de la mala experiencia con Jorge. No era una timorata tonta, mal podría serlo cuando su experiencia sexual había sido con un gigoló de la favela y había aprendido cosas que no la enorgullecían y la avergonzaban ahora. Pero formaban parte de la intimidad y no le parecía contarlo a los vientos o participar en una charla. Cuando las conversaciones aparecían y le inquirían sobre sus relaciones o la falta de ellas, simplemente sonreía y cambiaba de tema.

Lo que sí era verdad es que si de acaloramientos se hablaba ambos hombres se lo provocaban aunque de maneras diferentes. Junto a Amancio se sentía cómoda, Paulo le provocaba una adrenalina difícil de interpretar. La furiosa juez de ella misma controlaba sus impulsos pero era evidente que sus jefes hacían salir sus sentimientos de cauce y la confundían.

Se vestía y maquillaba pensando en ellos y en verse agradable, linda, chic, seria, compuesta, sexy, ya ni sabía. “Me comporto como una adolescente tonta, viendo quien me presta atención. Era más fácil cuando solo tenía que preocuparme por estudiar”.

“¿Cómo es que me debato en sensaciones por dos blancos? ¿Por qué no he sentido nada así por alguien de mi raza?”. Nada de lo que experimentaba

hoy por Amancio o Paulo la había atravesado cuando se vinculó con Jorge. Era tan joven entonces, tan sola y sensible que había caído ante el primero que le mostró algo de amor (fingido) y pasión por ella.

Jamás podría hablar de lo que sentía por esos blancos con su padre, la avergonzaba y creía que este no aprobaba las relaciones inter raciales. Nunca lo había escuchado expresarse al respecto pero lo suponía. Se preguntaba si alguien de su propia familia alguna vez había tenido una pareja blanca. Claro que sabía que los hombres blancos del pasado tomaban a sus esclavas como diversión sexual como si de objetos se tratara, privadas de razón o sentir. No dudaba que esto le hubiera acontecido a Asmina y pronto se encontró algo obsesionada por saber de sus amores.

Estaba tan atada a ella que le parecía que la experiencia que hubiera atravesado la ayudaría en el presente. Así que una noche que Joao se encontraba particularmente locuaz y nostálgico arremetió con sus preguntas.

– ¿Sabes, padre? Hace mucho tengo curiosidad por saber más de la vida romántica de Asmina. Tú me hablaste de su llegada, sus dificultades, su fortaleza frente al dolor, su familia. Pero nunca me hablaste de sus amores.

Joao la miró algo sorprendido, pero el pasado y la remembranza lo ganaron.

– No es que sepa tanto, cariño. Hay aspectos del pasado que no sobreviven al paso del tiempo, uno de ellos es la vida íntima. No todo se trasmite, no todo se recuerda.

– Pero supongo que nosotros descendemos de un amor de Asmina acá en Brasil.

– Sí, de Sergio. Es el fundador de nuestra estirpe. Al menos de parte de ella. Asmina y él eran esclavos en la fazenda de Oscar Dos Santos. Él ya vivía allí cuando ella arribó. Era mayor. Con el paso del tiempo se convirtió en su guía y protector y cuando los autorizaron se casaron.

– ¡Qué triste! Todo debía ser habilitado por los hombres blancos: vida, nombre, trabajo, amor.

– Así era. Asmina y los otros eran animales de trabajo y objeto de desfogue de las pasiones oscuras de los dueños – señaló con rabia – . Tanto la violencia como el sexo.

Aprovechó el espacio que esta última frase le brindaba para inquirir:

– ¿Asmina fue ultrajada?

– Así lo imagino, claro. Los propietarios tenían su familia conformada pero era práctica habitual que violaran a las mujeres que no podían defenderse pues eran de su propiedad. No era inusual que de estas relaciones surgieran hijos, mulatos.

– ¿Asmina...?

– Sí, Dionisio, su primer hijo fue un mulato.

– Debe ser difícil aceptar que el fruto de tu vientre es resultado de la violencia.

Su padre callaba y sus ojos centellaban, hasta que dijo finalmente:

– Dionisio...No fue fruto de la violación, al menos así dice la historia transmitida por las mujeres. El era hijo de Asmina y el señor Luis Falcao, patrón de una fazenda cercana. Dicen que ellos se amaban. Dicen que Asmina lo quiso como a nadie.

Marcia no daba crédito a sus oídos y la ansiedad por saber más se tornó perentoria.

– ¿Un blanco? ¿Enamorada de un esclavista?

– Sí... ¿Suena extraño, verdad? Pero bueno, dicen que el amor nace de las formas más imprevistas y en los lugares menos pensados.

– ¿Por qué alguien de otra fazenda? ¿Cómo lo conoció?

– Cuando comenzaba la cosecha a veces los patrones alquilaban su mano de obra esclava a otros que la necesitaban. Así llegó ella a la casa del señor

Luis. No era como los otros, no tenía hijos y su mujer había muerto producto de unas fiebres. Él se prendó de ella como nunca de nadie y trató por todos los medios de comprarla al dueño pero nunca pudo. Escondieron su relación tanto como fue posible, pero una vez ella se embarazó todo se desencadenó. El señor Luis trató de liberarla por la fuerza y murió a balazos de los capataces del fazendeiro Dos Santos. En los brazos de Asmina.

– ¡Qué triste! –sus ojos se humedecieron y la congoja la invadió–. ¿Qué fue de su hijo?

–El fazendeiro se aseguró que naciera bien y se convirtió en un esclavo más de su plantación. Su primer hijo, tal vez el que más quiso, vaya a saber. Era resultado del amor más puro y prohibido–murmuró con sentimentalismo.

– ¡Qué vida tan horrible, tragedias y desilusiones una tras otra!

– Sí...aunque si lo consideras bien, ella tuvo a su lado al hijo de Luis. El amor de madre es algo muy mágico, mueve montañas. Y luego Sergio se convirtió en su esposo y padre de sus otros hijos.

– Aún esclavos.

– Por un tiempo. Luego la rebelión los movilizó y escaparon. Se fueron a los pueblos de negros libres, llamados quilombos por las autoridades, en Palmares en el corazón del Matto Grosso. Los persiguieron con rabia y odio y lucharon por ser libres.

– Tampoco sabía esa parte.

– Eras pequeña. Ya te contaré alguna otra vez, hija. Estoy cansado.

Asintió y lo dejó irse a descansar. Últimamente su padre se agotaba con mayor facilidad, los años comenzaban a pasarle factura.

Ella permaneció un buen rato más saboreando su café y aquilatando el peso de la información recibida. Era toda una sorpresa: su guía, su principal referente espiritual del pasado había tenido amores que trascendían lo carnal y forzado con un hombre blanco. No era tan loco entonces pensar que una



nueva mujer Da Cunha se sintiera atraída por uno. ¿O por dos?

## **Capítulo 16.**

1.

Paulo decidió que era hora de volver al trabajo de campo, dejar la revisión de planos que debía hacer en su calidad de Ingeniero jefe además de accionista, y proceder a visitar los lugares en construcción de la empresa. En verdad eran varios pero el más destacable era el conglomerado de lujo que Amancio había empollado y mimado y que hoy marchaba con retraso.

Esto le daría la posibilidad de sentirse más útil y no ir de oficina en oficina casi como un zángano en medio de laboriosas abejas. Lo distraería de malas ideas además, pues sus rondas no dejaban de finalizar en Contabilidad.

Durante varios días chequeó planos en terreno, charló con los obreros e ingenieros a cargo y se empapó de detalles a los que no accedía sentado en su despacho. El que más le llamó la atención y le generó cierta preocupación fue que Amancio había ordenado cambios en el proceso constructivo del mega proyecto.

Durante varias juntas de accionistas había luchado para que se autorizaran los máximos rubros para el confort de las suites y eso lo había encarecido todo. Las arduas discusiones habían dado finalmente fruto y había obtenido el dinero necesario, mas ahora, en palabras del principal de la obra “dio la contraorden y hay que recortar o eliminar accesorios y revestimientos importados y sustituirlos por homónimos más baratos”.

Todo ocasionaría un abaratamiento importante que no redundaría en grandes cambios estéticos, hasta ahí todo bien. El problema que Paulo veía era estructural: algunas de las sustituciones ordenadas impactaban en la seguridad del edificio, habida cuenta que rebajar la calidad de los materiales

debilitaba su resistencia. Eran cuestiones muy técnicas y Amancio no tenía por qué manejarlas, para eso estaba él y sus subordinados.

Pero no habían sido consultados, aún cuando el principal le manifestó que había hecho las pertinentes advertencias. “Pero donde manda capitán no manda marinero” le comentó. La inminencia no era un derrumbe ni nada parecido, se afectaba la durabilidad de largo plazo; se iría deteriorando más rápido de lo previsto con lo cual los compradores verían reducida la vida útil de sus apartamentos. No era lo que mencionaba la campaña de mercadeo.

Era extremadamente llamativo y le preocupaba pues notaba la creciente tendencia de Amancio a actuar y tomar decisiones sin consulta previa. Entendía que el cargo que ostentaba implicaba ser ejecutivo pero la política de la compañía había sido siempre la discusión de las decisiones.

Su ir y venir de días por las obras implicó desconectarse de las oficinas centrales y luego de dos semanas en este devenir su vuelta lo confrontó a cambios importantes e inconsultos, de nuevo.

Amancio había reestructurado el área de Contabilidad, física y estratégicamente. Marcia y David se encontraban ahora en cubículos propios cerca del despacho central del gerente trabajando en cuentas y números desconectados aparentemente del cuerpo central del área, esto en palabras de la propia jefa de ambos que se encontraba algo molesta pero evitaba demostrarlo. Gastos y rentabilidades eran la tarea central de los dos y la supervisión era directa de Amancio.

No entendía la lógica de esta decisión y menos aún que el manejo de los números quedara dividido y en manos de los más nuevos e inexperientes. Eran secciones básicas que escapaban además del control de las jerarquías naturales. No tenía nada que objetar de las personas pero era demasiado unilateral todo para experimentar agrado.

La única explicación que se gestó en su cabeza fue que todo obedecía a

un capricho de Amancio vinculado a la propia contadora auxiliar y la idea se fue reforzando con el correr de los días al observar la actitud de aquel con Marcia.

“Es tu mente calurienta la que lo imagina” se decía mientras miraba desde su despacho, con visual plena del de Amancio y el lugar donde trabaja Marcia. “¿O es el hecho que tú tal vez lo harías el que te hace transferirlo a Amancio?” se analizaba. Lo cierto es que este ingresaba varias veces al día al lugar, con papeles o sin ellos, le acercaba café, le hablaba con una familiaridad llamativa para cualquiera que supiera que no hacía aún tres meses que se conocían.

“Es un artista de la seducción” pensaba observándolo. Mirada fija en la “presa”, toques sutiles aunque no incorrectos en las manos, voz pausada, atención plena. “Parece una serpiente hipnotizando a un ratón” se dijo con gran malhumor al ver la manera en que ella reaccionaba a su asedio. Era eso, claramente. Y ella lo dejaba hacer. “¿Qué pensará? Sabe que está comprometido. ¿No le importa? No parece ser esa clase de mujer”.

Le daban deseos de interrumpir y al menos romper con sus burlas el encanto vertido por Amancio. Algo que no quería definir como celos se gestaba en su cabeza y corazón. Ambos lo empujaron a expresar sus interrogantes en alta voz una tarde en particular.

– Me llaman mucho la atención los cambios que realizaste, Amancio. ¿Realmente viste tan necesario desestructurar Contabilidad?

Este lo miró con indiferencia.

– Es una reestructura. Me permite estar más al tanto y que los números pasen por un doble tamiz.

– Pero colocas a cargo a alguien sin experiencia. No creo...

– Justo de ti hablábamos, Marcia, adelante – señaló el gerente interrumpiéndolo.

La casualidad hizo que ella golpeará justo en ese momento y para su malhumor, Amancio lo implicó de manera directa.

– Paulo me dice que no está muy seguro que puedas desempeñarte con eficiencia en esta área.

– No he... – quiso defenderse ante la innecesaria y tramera acusación.

– Esté seguro que hago mi mejor trabajo – señaló ella con tono helado.

Seguro pensaba que él la odiaba y quería sabotearla. “¡Maldición!”

– No tengo la más mínima duda. Desde el inicio has demostrado tu valía, Marcia – respondió Amancio y a él el tuteo le paró los cabellos.

Miró con fijeza al otro hombre. Se divertía y relamía, estaba seguro. Había notado su interés por ella y lo confrontaba. No conocía esa faceta suya y cada vez parecía alejarse más de la imagen que tenía de él luego de varios años como colegas.

La situación era muy molesta y no pudo esgrimir una de sus habituales frases irónicas para destrabarla. Se sentía expuesto y en evidencia por algo que no había hecho.

– Hablamos luego – señaló y pasó por el lado de Marcia que lo miró con quietos pero tormentosos ojos.

La maniobra de Amancio dio como resultado que nada sacara en limpio, ya que no pudo confrontarlo además por las modificaciones ordenadas en el proyecto en construcción.

2.

La concentración se le hizo casi imposible el resto del día y esto se notó en la baja de su rendimiento. Habría terminado su tarea sin problemas pero su cabeza bullía de pensamientos: “¿Quién cree que es? ¿Qué pretende? ¿Por qué sugerir con tanta liviandad que no doy la talla en mi puesto?” pensaba

furiosa. Al hacerlo agregaba agravios que Paulo no había emitido, tal como Amancio había hecho pero de manera planeada.

“¡Qué contraste con la actitud de Amancio! Este ha confiado en mí sin importarle mi origen ni saber nada, solo por valorar en forma objetiva mis logros y trabajo”. Su fastidio se notaba en el rápido aporreo de las teclas de la computadora, tanto que David la miraba de reojo hasta que no pudo evitar preguntarle qué ocurría.

– Nada grave, es solo ese Paulo Marinho que cuestiona todo lo que hago.

– Tranquila, seguro le das más dimensión de la que tiene. ¿Qué te ha dicho?

– Directamente, nada. Pero ha cuestionado mi desempeño ante Amancio.

– No te preocupes, si el jefe principal te valora es lo importante.

Asintió. No debía dar más vueltas al asunto, había que evitar que se convirtiera en algo que dominara su cabeza. Pero es que ese sujeto tenía esa cualidad: la desestabilizaba y no podía evitarlo. Se encontraba pensando en él varias veces al día desde la noche en el club nocturno y esto la ponía de malas. Él era todo lo que no quería en un hombre, se decía: arrogante, prepotente, mujeriego, discriminador. Bien, eso último lo suponía. De no ser así, ¿por qué siempre parecía considerarla menos? Blanco, además. Esto último no iba en desmedro pero no sumaba, consideró.

Por otro lado, Amancio era las antípodas: caballero, gentil, amable, incapaz de levantar la voz ante un problema, dispuesto a brindar oportunidades. Y un bombón dulce, por si fuera poco. No podía negar que Paulo era atractivo, mucho, reflexionó para luego refutar: “Todo lo que tiene de lindo lo tiene de fastidioso”. Si pudiera le cantarías varias verdades; se mordía por pararse frente a él y... “¿Y qué? ¿Pedirle que me aprecie? ¿Qué vea que útil soy? ¿Rogarle que no me menosprecie? Solo perdería mi tiempo y me humillaría”.

Esa misma tarde Amancio la llamó al despacho casi al finalizar la jornada y con pesar evidente en su faz le comentó:

– Marcia, lamento tener que pedirte esto a último momento, pero es vital. Necesito realices estos movimientos de caja, son comprobantes de salida, inversiones realizadas.

No tenía inconvenientes en quedarse un rato más y así lo aseguró. Eran apenas unos cuantos recibos y cheques, no le tomaría demasiado. Casi silbó al ver las cifras de las salidas de dinero; le costaba acostumbrarse a la dimensión de la empresa y la enormidad de dinero que se manejaba. Es que ahora tenía mayor acceso a los movimientos reales de la compañía y por ello se sorprendía. Le gustaba esa responsabilidad porque implicaba confianza.

Menos de una hora empleó en resolver el pedido y una vez finalizado se estiró. Sus músculos pedían a gritos ejercicio. La labor era sedentaria y cobraba su precio: calambres, ardor de ojos, entumecimiento. Bostezó y comenzó a recolectar sus objetos para marcharse. Debía ser la única que permanecía en el lugar, pensaba, pero cuando pasó por la oficina de Paulo escuchó su voz inquiriendo su presencia. Las esterillas bajas le habían hecho creer que no estaba pero era evidente que él la esperaba y eso la puso nerviosa. No esperaba tener que confrontarlo tan pronto.

– Marcia, ven, pasa por favor. Quiero hablarte de algo.

– Señor Paulo, voy con prisa. Notará que me he quedado más tiempo del habitual y...

– Lo sé. De hecho te esperaba. No quise interrumpir tu trabajo, te vi muy ensimismada.

– No parece creer que lo haga bien, sin embargo – soltó casi sin pensar para arrepentirse al momento, su genio la traicionaba.

Él levantó una de sus cejas y la observó.

– Mira, en relación a lo que ocurrió hace un buen rato... No creo que no

merezcas el trabajo, no soy quien para pensarlo. Lamento si te has hecho una idea equivocada al respecto.

Lo miró de hito en hito, tratando de rastrear cualquier posible burla en sus gestos o voz, pero su rostro contrito y tono humilde calmó su enojo.

– Reconozco que a veces mis palabras pueden sonar hirientes, pero no buscan lastimar. Debes considerar que no es extraño que me preocupe ver que mis intereses económicos están en manos eficientes.

– Lo están, se lo puedo asegurar – desafió.

– No dudo de ti o tu eficacia o responsabilidad. Pero como accionista me gusta intervenir o saber los movimientos con cuentas, los proyectos, etc. Y me estoy quedando por fuera de eso últimamente, no por voluntad propia. Así que mi reproche era hacia Amancio y no hacia ti.

Las frases resultaban un buen bálsamo para su orgullo. Valoraba que él considerara necesario explicarse. Y lo que decía tenía sentido.

– Quiero que entiendas que acá no hay trincheras, Marcia. No soy el malo de la película. Te lo digo porque no me gusta que me ubiquen en una posición que yo no he generado. Amancio hizo mal en comentar algo que era privado y ni siquiera fue como lo argumentó.

– Bien, pues entonces agradecería no quedar en el medio de sus disputas – acotó ella.

– No hay rencillas, solo cambio de ideas y pensamientos. ¿Paz?

– Estamos como siempre – contestó con ambigüedad – . Debo irme, voy con retraso.

– Te llevo entonces – tomó su abrigo y con celeridad la condujo tomada por el brazo hacia el ascensor que se dirigía a la cochera, sin darle tiempo a contestar nada.

– No es necesario que se moleste, vivo cerca ahora y me gusta caminar – argumentó ya en el elevador.



– Considéralo mi disculpa. Relájate, es solo un viaje no una cita.

Se mordió el labio. No abandonaba la ironía. Tal vez tenía que aceptar que era parte de su personalidad.

– No estoy nerviosa – masculló.

Ya en el estacionamiento le indicó su auto, en el que se montó con rapidez y la instó a hacer lo mismo. Ella titubeó pero finalmente accedió. El motor roncó con suavidad y se recostó sobre el fino cuero del asiento. El interior era enorme, las superficies pulidas y un fresco aroma cítrico envolvía a los pasajeros.

La música se escuchó suave y cadenciosa, una romántica balada de Caetano Veloso sonaba en la radio: Vocé e linda.

“...Tú eres linda

Y sabes vivir

Tú me haces feliz

Esta canción es solo para decirte

Y dice tú eres linda

Más que las demás...”

– Tú sí que eres linda, Marcia – la sobresaltó el comentario y se sonrojó sin saber qué decir – . Pero, ¿sabes vivir?

Miró al frente considerando la pregunta. Tantos años procurando superar el dolor por su madre, refugiándose en ejemplos del pasado como Asmina, proyectándose a un futuro que cambiara su realidad. Tal vez muchas veces sobrevivió o vivió sin apreciar lo que tenía. Lo miró.

– Estoy empezando a vivir como quiero y creo merecer. No para todos es fácil el camino que traza el destino. Los que tienen todo desde la cuna no pueden entenderlo.

– Tal vez ellos no. No me incluyas en ese grupo, yo vengo de una familia de luchadores y trabajadores. Es probable que tu frase le sienta mejor a Amancio – la miró con socarronería.

– Para ser que dices no tener problemas con él no dudas en señalarlo. ¿Celos? – lo confrontó.

– Es el chico de oro. Todos lo aman e idolatran. Pareces ser tu caso también.

– Agradezco las oportunidades y valoro la amabilidad y don de gente.

– ¿Sí, seguro que es solo eso? Pones ojitos tiernos cuando lo ves.

– ¡Usted es un impertinente! Yo no confundo roles ni busco otra cosa que no sea trabajar.

– Calma, no quise insinuar nada raro, disculpa –el silencio se adueñó del vehículo–. ¿Vamos bien por acá?

– Sí. Doble a la derecha ahora y siga. Perdona, siento que me señalan y no me gusta que la gente crea cosas de mí que no son verdad.

La observó y luego de algunos segundos le preguntó:

– ¿Pensar qué?

No sabía bien que decir, no quería que él buceara en sus intimidades. Pero no podía evitar responderle y sentirse algo agradecida por su interés.

– Que busco relacionarme para ascender, por ejemplo. Que me involucre con gente comprometida.

– De seguro yo no pienso eso. Y no creo sea algo que interese a los demás.

Bajó la mirada. Sabía que algún cotilla de la sección finanzas lo había comentado al producirse su reubicación. Con un gesto le indicó que estaban llegando a su casa.

Paulo maniobró acercándose a la acera para permitirle descender, pero antes que lo hiciera tomó su barbilla por sorpresa y acercando su rostro le

dijo:

– El precio de la belleza es que todos valoran tu exterior y se ocupan poco de lo interno. Tengo cada vez más claro que a tu hermosura física la iguala tu interior. Tienes que convencerte tú también de eso, Marcia – y le dio un suave beso en los labios que la dejó alhelada.

Como pudo salió del coche y barbotando un adiós ingresó con rapidez al edificio, sin mirar atrás. Su corazón golpeaba el pecho con velocidad, aún aturdido. Tocó sus labios con un dedo y se estremeció. ¿Qué era eso, por qué la movilizaba tanto? Fue tan breve como mágico y no pudo dejar de pensar en él a pesar que trató de alejar su figura de la mente toda la noche.

3.

Besarla fue instintivo, producto del momento de extrema cercanía que vivieron en el vehículo. Se arrepintió al instante y por ello aceleró y desapareció. Sus labios eran cálidos y suaves, un lugar para quedarse y sabía que no correspondía. Sintió que el gesto arruinó el vínculo que se había creado fruto de una sincera charla y sus disculpas.

Notó que ella había aflojado sus celos y pareció entender sus reparos en lo concerniente a lo laboral. Pero su impulsividad había vuelto a arruinar las cosas. Le sorprendía ese devenir constante: deseaba evitarla pero la esperaba para charlar, no quería vincularse con empleadas pero iba y la besaba. Bufó para sus adentros. Su mente le indicaba una vía y sus impulsos otra.

Era algo más que físico lo que lo atraía a ella. Lo excitaba por supuesto su figura y su mirada recorría inexorablemente su boca, sus senos, su cintura, su cola alta sobresaliendo a pesar de los intentos por cubrirla. Porque era conservadora para vestirse, cosa extraña si se consideraba que cualquiera con la mitad de su porte buscaría realzarlo y sacar rédito de él.

Sus frases denotaban una peculiar insistencia en evitar una imagen frívola de sí misma, por controlar la forma en que el afuera la catalogaba. No entendía del todo esa tesitura, pero la verdad es que venían de mundos diferentes aún cuando él planteó que no era un niño rico. No podía imaginarse que pasaba por la mente de ella ni sabía demasiado de su vida para ser honesto. Solo era consciente de la atracción casi irresistible que ejercía sobre él.

Por ello le molestaba mucho la casi idolatría que sentía ella experimentaba hacia Amancio. Le adjudicaba características y valores que era obvio él no poseía. O al menos totalmente, pensó con fastidio. Era por lo menos controlador e individualista y le gustaba el poder. Nacido y criado en el mejor de los mundos solo le bastaba una mano extendida para obtener lo que quería.

Por supuesto que no era prepotente ni buscaba humillar o degradar, se lo concedía. Trataba muy bien al personal, se conectaba con ellos. Pero él creía que eso tenía mucho de manipulación y de tanto en tanto sorprendía en aquellos gestos o algún comentario que no parecía condecir con su comportamiento habitual. Lo dejaba pasar atribuyéndolo a su propia actitud híper crítica y también al hecho que su hermana Greta era una dulzura de mujer que adoraba a su hermano y hacía que por contagio sus malas impresiones se borraran. Era probable que su mirada actual tuviera mucho de celos o competencia, se analizó.

Lo que era objetivo y ameritaba más análisis y seguimiento era lo técnico: tenía que hablar con él acerca de los cambios en materiales y procesos constructivos ordenados; las implicancias no estaban consideradas con mesura y él debería hacerlo notar.

Sin solución de continuidad sus pensamientos volvieron a recalar en Marcia. Ya en su propio apartamento y a punto de tomar una ducha, su mente

vagó por la figura morena e hizo que su miembro se envarara. El deseo lo envolvió y abrió el grifo de agua fría buscando alejar la tentación. Lo llevaba el demonio, estaba perdiendo control y su armadura se resquebrajaba.

“Si no te controlas vas a ser un patito de hule, un perrito que olisquea los rincones en busca de su dueño. Esa mujer te va a romper el corazón. Porque no le interesas, ¿escuchas bien?”. Tomó el jabón con fuerza y se friccionó con rabia procurando eliminar malas ideas. Pero en el fondo sabía que el insecto lo había picado y no tenía forma de quitarse lo inoculado. Era un hombre señalado.

Las palabras que su hermana solía decirle le sonaron claras: “Paulo, crees ser inexpugnable. ¿De veras piensas que cambiar de novia tan seguido como de ropa interior evitará que algún día te enamores? No te comprometes porque no has conocido a la mujer que de vuelta tu mundo. Ya va a llegar, hermanito. Tú, con toda tu imagen de hombre fuerte serás una hojita en el viento. Si eres tan romántico y sentimental como papá”.

Aún así y tercamente se dijo mientras vestía su bata y se disponía a dormir, costara lo que costara: “Esto no es amor. Mal podría estar yo enamorado de alguien que apenas me soporta y conozco hace menos de tres meses”. Esto le permitió tranquilizarse, su mente racional se imponía. “Sí, eso es. Un capricho con alguien hermoso y difícil de acceder. Nada más”.

## Capítulo 17.

1.

La decisión que había tomado hacía algunas semanas de involucrarse hasta el fondo en los negocios del “club de millonarios” como se auto denominaban, le llenaba de satisfacción. A la inicial desconfianza sucedió un progresivo conocimiento de sus miembros y el deslumbramiento ante las posibilidades. Algunos políticos de renombre, negociantes de intachable prestigio, actores y más componían la nómina. La red de contactos posibilitaba acceder a negocios directos sin licitar, extenderse a áreas de negocios que no había pensado y ganar dinero por vías variadas. Sus recelos se fueron limando con encuentros y charlas donde conoció en profundidad el funcionamiento. “Esta es una hermandad, un clan, Amancio. Tú nos haces favores y los recibes multiplicados. Nos proteges y te protegemos. Juntos controlamos lo que queremos”.

Evidentemente para jugar necesitaba demostrar su compromiso económico y por ello no dudó en hacer nuevas extracciones del capital empresarial de su familia, lo que fue disfrazado por la contabilidad paralela que encargó a David y Marcia. Cuando el dinero comenzara a fluir el resarcimiento sería rápido y su enriquecimiento individual rebasaría el familiar.

Sus fines de semana estuvieron marcados y divididos entre la atención que su novia exigía y las nuevas diversiones que sus recientes amigos incorporaron a su vida. Lo que había sido hasta entonces una actividad personal y resguardada encontró salida y contención en el clan, que además de riquezas suministraba a sus miembros experiencias novedosas y satisfacía

necesidades y deseos perversos. Su afición demostró ser nada ante la lujuria y desenfreno de algunos de sus nuevos socios. Realmente había ingresado a un mundo donde el dinero era el pasaporte para todo. Y le gustaba, mucho. No era novedad que el dinero compraba sexo, confort, aprecio, amores y voluntades. Lo impactante para él era la profundidad de su alcance.

Por el dinero se accedía a los deseos más recónditos y prohibidos, se podía comprar el dolor y la vida de otros. Esto lo excitó y quebró sus límites. Su vida se dividió entre la fachada de la misma, la de siempre, y aquella, nueva, que realmente lo colmaba y saciaba. En esta última se hicieron habituales las bacanales de sexo, alcohol y dolor.

El “club” tenía acceso a las mujeres que se pidieran: tan jóvenes como quisieran, tan vírgenes como soñaran, tan desprotegidas como fuera necesario. Fuera de las profesionales del sexo, este dejaba de ser ficción y se convertía en placer animal. Controlar, castigar, penetrar, sodomizar, marcar, lastimar sin barreras comenzó a ser posible. Su vieja estructura del goce controlado con sumisas contratadas feneció y ya no hubo vuelta atrás. Fue como abrir la puerta a un monstruo largamente reprimido. El mundo del delito, las drogas, la pobreza, el dinero, eran alicientes y proveedores del selecto grupo, conformado por aquellos aburridos de tenerlo todo y ansiosos de probar cualquier experiencia que les garantizara sentir algo.

Ingresar al círculo fue lo mejor que le pudo pasar, pero para poder mantener ambos mundos en equilibrio era necesario mentir en aquel donde su perfil era público. Mentir a su familia y usar su capital para beneficio propio y de sus socios; mentir a su novia y conformarla pues era su respaldo a futuro; mentir a sus socios y lograr esconder sus maniobras económicas. Para ello comenzó a usar algunos empleados en las tareas de maquillar números de compras e inversiones que no existían pues eran puras extracciones para sus otros asuntos. Contaba con documentación falseada que permitía suponer que

todo estaba bien y los involucrados lo eran sin conciencia de ello. Así las cosas, Amancio lograba lo mejor de ambos mundos.

Al cariño de su familia y su confianza se sumaba el de su prometida. Tal vez este era el reto más duro que tenía a futuro, pues el desprecio hacia ella no dejaba de aumentar. Su figura tendiente a engordar, sus maquillajes exagerados, su voz chillona, la falta absoluta de pasión o deseo que le provocaba, todo le molestaba. No la tocaría ni con un palo si no fuera porque la consideraba su seguro económico, tan falta de gracia y atractivo la veía, tan fría en la intimidad. No era que no se esforzara, la pobre había leído algo y tenía experiencia en el sexo, se meneaba con cierto ritmo. Pero cualquier intento de algo no tradicional generaba su rechazo con escándalo. “Es una perra mojigata de otro siglo” les había comentado sin prurito a sus nuevos amigos, “pero rica, muy rica”.

Otro cantar era su opinión acerca de Marcia Da Cunha. Día a día aumentaba su deseo y la imaginación le regalaba escenas espectaculares cada vez que la miraba o charlaba con ella, lo cual era casi diario. Había tenido la muy feliz idea de hacerla parte integrante de su plan y por ello la custodiaba, arrullándola con gentilezas y buscando crear en ella la idea que era un incorruptible hombre de bien. Sabía bien cómo hacerlo, como generar agrado y aprecio en los otros, especialmente en aquellos que tenían algún problema con su auto – estima.

Había detectado eso en la nueva contadora, con extrañeza. Una bella mujer, profesional y eficiente pero con una baja opinión de sí misma. Esto tenía que ver con la discriminación, estaba claro que debía haberla sufrido y bastante. A la defensiva si la atacaban pero dispuesta a entregar todo su respeto y lealtad a quien se ganara su confianza. Él leía muy bien a la gente y eso le permitía sacar partido de ella y este caso no sería la excepción. Tanto la necesitaba para tapar sus maniobras que la rodeó de galanterías llegando al



extremo de invitarla a almorzar o llevarle flores pretextando agradecimiento por su dedicación.

Debajo de su faz bonachona, que era la visible, su otro yo se deleitaba con la imagen de la mujer y las fantasías de lo que le haría. El transcurrir de las semanas hizo que considerara avanzar con ella, habida cuenta del deseo feroz que lo comenzaba a consumir. No debía ser difícil, era evidentemente impresionable. Lo que lo convenció definitivamente de intentarlo fue la conciencia que Paulo estaba enamorado de ella. Intentaba disimularlo y al comienzo él mismo no lo sospechó, pero los hechos fueron desnudando esta verdad para sus ojos atentos a las emociones de los demás. Lo sorprendió más de una vez mirando como un acechador el cubículo de la contadora, tal vez dudando si acercarse o no para luego desistir; cuando charlaban aquel sondeaba su propio interés en ella, tal vez celoso de la nueva posición en la que la había encaramado. “Es tan transparente que produce lástima” pensó con desprecio.

Tomaría a esa mujer ante sus ojos y la usaría cuanto quisiera, para dejar luego los despojos a ese imbécil, que además osaba cuestionar sus decisiones, buceando peligrosamente en las mismas.

– Amancio, he recorrido las obras en construcción y analicé tus órdenes técnicas recientes – había señalado algunas semanas atrás – . Es peligroso lo que haces al reducir costos.

Se sorprendió y mutó su actitud para mostrar un falso interés que opacara su enojo.

– ¿Lo crees así? Me ha parecido acertado reducir costos y acelerar la entrega. Creí que era lo que querías.

– Sí, pero no a costo de fallas de seguridad o compromiso estructural del edificio.

– No es lo que dijo el Ingeniero Jefe – lo miró con fijeza.

– Tal vez fue ambiguo y muy técnico para ti. Al cabo de un tiempo el edificio tendrá problemas si rebajamos la calidad de los materiales esenciales.

Lo miraba con calma fingiendo aprecio. “Imbécil, más que idiota. Claro que sé, ¿crees que soy un improvisado? Pero no importa.

– Tú tranquilo, Paulo. Gracias por detallarme tu preocupación. Volveré a recorrer la obra y analizaremos la situación con los ingenieros de campo.

– Recuerda que yo mismo lo soy.

– Por supuesto y de los mejores – sonrió endulzando su tono – . Si tanto te preocupa, no se hable más. Encárgate tú mismo de las obras y haz las correcciones que creas pertinentes.

“Si esto implica que me dejas en paz, adelante. No es importante ya, lo fue cuando creía no tener más opciones para devolver el dinero”. Pero el dinero había comenzado a fluir a sus cuentas y pensaba llenarlas antes de devolver el capital empeñado. Las promesas de sus nuevos socios se estaban cristalizando y en ese contexto descubrió que lo primero que quería hacer era aumentar su fortuna personal lo que redundaría en su independencia. Nada pasaría con el patrimonio familiar, era seguro que todo seguiría viento en popa.

2.

Un conjunto de emociones cruzadas invadían el espíritu de Marcia. El beso inesperado fue la frutilla de una conversación en la que descubrió otra faceta de Paulo: más amable y considerada, más interesada en ella. Las sensaciones provocadas por ese acto la acompañaron durante varias horas, robándoles horas a su descanso. A la sorpresa se unía el disfrute: el breve

contacto la había hecho vibrar como pocas veces y hacía tanto tiempo que no experimentaba. Un calor especial y un estremecimiento fue lo que sintió y al recordarlo se encontró deseando que hubiera sido más largo.

En cierta forma también le inquietó pues se encontró anhelando verlo una vez más. “¿Qué haces, desvarías? Ni siquiera sabes a título de qué fue ese beso; probablemente un simple impulso que ya no debe recordar o del que se arrepiente”.

No era su caso; para ella fue la representación de un sentimiento de evidente interés hacia él. Durmió poco reflexionando sobre sí misma y lo acontecido. Comenzaba a cuestionarse la necesidad y el valor de su armadura protectora. Así denominaba a la constante barrera de argumentos racionales, desplantes abruptos y antipáticos para los hombres que la cortejaban, así como su negativa a asistir a lugares donde era fácil caer en la tentación de divertirse, disfrutar, enamorarse.

Esta armadura le había permitido avanzar y prepararse en un plazo record pero la había vuelto también una ermitaña. Ajena a las caricias y el enamoramiento, se encontraba ahora casi inerme, como si despertara de una larga siesta y los movimientos más sencillos de las relaciones interpersonales le fueran desconocidos. Se sentía torpe; ¿qué hacer? ¿Encararle y preguntar directo por qué el beso? ¿Dejarlo pasar, ignorarlo? Aún más, ¿qué le pasaba a ella con Paulo? Era obvio que le gustaba pero aún recelaba.

Mas el accionar de aquel los próximos días la desconcertó y luego convenció que para él había sido un simple juego. La evitaba y aparecía poco por la oficina, cuando no llegaba tarde y no se dirigía a ella. Era casi el comportamiento de alguien con doble personalidad. Todo la llevó a sentirse una tonta, había gastado horas de su tiempo con excitación, esperando que todo fluyera.

En forma paralela y en contraposición, Amancio se mostraba aún más

gentil, si cabía. ¡Tan diferente, tan consciente del otro y sus preocupaciones! Sabía ordenar con la sutileza de un verdadero líder. Siempre con un gesto de aliento, fue sumando pequeños detalles que la conmovían. Le interesaba su bienestar sin caer en la grosería y a pesar de las bromas de David, ella lo veía natural. No por ella, porque creyera merecerlo, sino porque era parte de la caballerosa personalidad de él.

– ¡Vamos, Marcia! Debes aceptar que te atiende como a ningún otro empleado. ¡Estoy celoso! Trabajo aquí mucho antes que tú y a mí jamás me ofreció ni un café.

– ¡Dices tonterías! Charla en forma educada y amena con todos.

– Sí, pero hay algo más. Sus ojos te siguen con una expresión indefinida. Si yo fuera su prometida, estaría muy celosa, fíjate.

– ¡No digas eso ni en broma, David! Te va a escuchar alguien y lo van a malinterpretar.

– Tranquila, mujer, queda entre tú y yo. Y el resto de la empresa, a la que ya envié mail – se rió con ganas –. Es broma, es broma – aseveró ante la mirada asesina de la joven.

Tenía que reconocer que se sentía halagada e impresionada. Él apreciaba su labor y confiaba en ella, la valoraba como persona. Para él no era un objeto ni una presa, la trataba con igualdad. La hacía sentir cómoda y eso no era fácil. Por primera vez se sentía colmada en un lugar, sentía que pertenecía ahí. No había sido así en la favela a pesar de ser su hogar y menos aún en los lugares donde estudió. Siempre tuvo la sensación de estar de paso o ser un estorbo. En la empresa era alguien con una tarea definida y un lugar que se respetaba. Estar allí le permitía vivir mejor y considerar abrirse al mundo y al amor.

Todo eso era en gran parte gracias a la oportunidad brindada por Amancio. Así como Paulo la desconcertaba y confundía, la movilizaba y le

hacía erizar la piel, el gerente le transmitía serenidad y su auto estima se reforzaba con sus atenciones. Reflexionando sobre ambos y sus diferencias se percató una tarde que estaba subida en un carrusel de emociones.

“¿Cómo es que permití que dos blancos se metan así en mis pensamientos y en los resquicios más resguardados de mi persona? Una cosa es abrirme y estar dispuesta a encarar una relación o más simplemente, una salida; otra muy distinta es alucinar con vínculos amorosos impracticables. ¡Carajo! ¿Por qué me especializo en liarme en el momento en que mejor debería estar? Esta confusión no conduce a nada, las ilusiones no tienen sentido. Por un lado, Paulo es un desvergonzado Don Juan que no va sentar cabeza. Y Amancio está en pleno proceso hacia su casamiento. ¡Deja de fantasear con lo prohibido!” se ordenó.

El problema principal era que ninguno de los dos se lo hacía sencillo. Paulo desaparecía por días y cuando estaba tenía una actitud dual, ora amable y cercana, ora indiferente. Sentía sobre ella la mirada apreciativa e intensa y luego lo veía irse con apuro, probablemente a encontrarse con alguna mujer. Había ocasiones en que sus palabras eran meros monosílabos, otros en que dejaba entrever su interés por saber más de ella, otros en los que era un compuesto hombre de negocios tratando de averiguar con ella detalles financieros. Ella nada tenía para esconder pero tampoco tenía la autorización del jefe principal para proporcionar los datos requeridos, lo que hacía que los negara y la mirada de Paulo fueran dagas. Parecía haber una sorda lucha entre ambos hombres y tenía la incómoda sensación de estar en el medio.

Paulo no parecía tan ambicioso y controlador pero se afanaba en conocer todo y la hacía sentir en falta al no decir nada. Cierta tarde decidió plantear esto a Amancio, quien escuchó con calma e interés para luego mover su cabeza de un lado a otro con pena.

– Escucha, Marcia, lamento te sientas asediada, tú estás haciendo un

maravilloso trabajo. Pero Paulo...

Su pausa fue interpretada como desconcierto por la muchacha, pero él fue más a fondo.

– Él quiere mi lugar. Es triste decirlo así y me pone mal esta situación. Es un buen hombre, ha sido un colega incansable, el mejor amigo de mi hermana. Pero trabaja en mi contra – hundió su rostro entre las manos con desasosiego, para angustia de Marcia.

Quiso correr a consolarlo pero algo de cordura le quedaba y se frenó. Abrazarlo hubiera sido muy inconsciente además de prestarse a malos entendidos.

– No creo que sea eso, no desesperes. Tal vez solo quiere conocer todos los movimientos, nada más.

– ¡Eres tan ingenua! Es comprensible, eres un alma buena y generosa. Pero hay mucho de oscuridad en Paulo, te lo digo en absoluta confianza – señaló críticamente, dejándola con ganas de saber a qué se refería –. Le gusta el poder y el dinero. Y no son buenos consejeros. He tratado de darle el lugar que merece y ayudarlo, pero no entiende que esta empresa me tiene a mí de CEO general por algo y no solo es por mi apellido, aunque pese.

Notó que él la observaba mientras así se expresaba. Sentía pena por lo que escuchaba, no parecía estar de acuerdo con lo que ella veía en Paulo pero a la vez lo conocía muy poco. Tal vez sus pruritos tenían que ver con lo que quisiera de él y no con lo que realmente era.

– Todo se ha acelerado los últimos meses, para empeorar. Creo que el alcohol le pasa factura. En fin, basta con esto, para qué abrumarte con asuntos que no te interesan. Son sinsabores míos frutos del puesto que tengo. Me gustaría ayudarlo, pero...

“La claridad de sus bellos ojos es también espejo de sus buenos

sentimientos” pensó emocionada. Se condolía de quien buscaba quitarle el lugar. Pocos hombres tan ricos, bellos y poderosos debían ser tan probos. El respeto y la admiración por él aumentó varios escalones en el estrado de su corazón.

– Lo lamento, señor Amancio. No pretendí que se pusiera así.

– Es inevitable y déjame decirte que agradezco contar con tu lealtad y tu oído para escuchar mis penas. Me siento menos solo. Eres especial, Marcia – le dijo mientras la miraba con intensidad y tomaba su mano.

No supo bien cómo reaccionar ante esa muestra de intimidad. Él continuó.

–Créeme que es difícil hablar así con alguien. Mi familia no merece gastar los momentos juntos consolándome como a un chico. Mi prometida... Bueno, solo se interesa por organizar fiestas–hubo un dejo de amargura aquí–. Es complicado cuando uno se siente solo.

Lo entendía, claro que sí. Era su constante sensación, su mundo particular.

–Cuenta conmigo, Amancio–se permitió tutearlo, recibiendo el asentimiento y la mirada cálida.

Una vez afuera del despacho suspiró y ya no pudo concentrarse más. Era un hombre bueno y solo, rodeado de gente pero sin contención real.

Fue claro en los siguientes días que el ambiente en la oficina comenzó a descomponerse y ella fue testigo silenciosa aunque interesada. La concurrencia de Paulo a la oficina de Amancio terminaba en abruptas salidas y enojos, con algún portazo incluido y miradas borrascosas que a menudo la envolvían. El aspecto desprolijo del ingeniero se profundizó lo que la hizo convencer de la verdad acerca del alcohol. Le oprimía el alma pues a pesar de todo le gustaba y mucho. Sus sueños habían comenzado a enredar personajes y acciones y no en pocas de ellas terminaba en brazos de Paulo.

Reiteradas veces también terminó siendo oyente de un Amancio amargado y confundido, actitud solo visible por ella ya que él guardaba la compostura frente al resto. Era alocado pensar que en pocos meses era la psicóloga amateur y principal contadora de uno de los más ricos hombres de Río de Janeiro. Trataba de no llevar estos conflictos a su hogar donde por fortuna las cosas iban de muy buena forma y también buscaba distraerse en las salidas con sus nuevos amigos.

De tanto en tanto se topaba con Paulo pero este no se le acercaba, solo la miraba desde la barra, a veces hosco y malhumorado, a veces con una sonrisa. ¡Qué hombre tan difícil de descifrar! Tan guapo. Podría yacer en sus brazos sin apuro, solo para sentirse segura y contenida, para que la besara.

“¡Qué terrible ser tan obtusa!” se decía. Saber que no es de fiar y sin embargo ansiar que se acerque, que me busque, que me quiera”. A estas alturas renunciaba a su orgullo y se reconocía tan atraída sexual como sentimentalmente hacia él. Paulo la electrizaba y Amancio la conmovía, más como lo haría un amigo o un hermano, salvando las distancias.

“Ninguno está disponible, de todos modos. Es formidable, Marcia, te especializas en elegir a tus hombres”.



## Capítulo 18.

### 1.

“¿En qué momento me convertí en este irresoluto pelele que no da pie en bola?” pensó con dureza mientras se miraba de reojo en el espejo del baño. Las señas de la mala noche eran evidentes en su rostro y tenían poco que ver con la diversión. Hacía días que traía trabajo a casa, lo que podía extraer de los registros informáticos financieros.

No los entendía del todo, estaban siempre incompletos y le producía dolor de cabeza no poder comprobar a ciencia cierta lo que era una intuición poderosa: algo pasaba con el dinero de la empresa. Los movimientos, la nueva oficina de Contabilidad, la llamativa visita de representantes de uno de los bancos que apuntalaba la firma, las evasivas de Amancio. Todo le producía mala espina.

Iba y venía, consultaba, discutía con aquel mas no conseguía más que lo miraran con asombro, como si el que estuviera mal fuera él. Amancio lo desconcertaba: cada charla inocua terminaba levantando intempestivamente la voz y señalándole su falta de fe o lealtad. Más de una vez le hizo hervir la sangre y dar un portazo. Siempre para encontrarse con los ojos enormes de Marcia que lo miraba como si quisiera leerlo, con desconfianza.

Por supuesto que sabía desde cuando había perdido el norte, razonó mientras continuaba con su aseo. Cuatro meses atrás, cuando el destino trajo a su universo a esa bruja morena que lo conquistaba sin hablarle, lo seducía sin tocarlo, lo interpelaba solo con observarlo. Desde entonces no tenía paz, aún cuando buscara en otros brazos y caderas el consuelo al fuego que lo consumía.

Detestaba esa sensación de no ser dueño de sus actos, ese vaivén constante de ideas y emociones que hacían que un día ni la mirara, procurando eliminarla de su pensamiento, para el otro encontrarse devorándola con los ojos, acercándose aunque fuera por una nimiedad.

El hecho que las situaciones que la preocupaban o desvelaban estuvieran en el mismo sitio hacía las cosas más difíciles. Porque así como estaba obsesionado con ella era claro que estaba involucrada en el asunto financiero que lo preocupaba solo por el hecho de trabajar con ello. No quería afectarla o que pensara que era un asunto personal contra ella, pero algo no cuadraba y Amancio tenía la sartén por el mango.

Esto último lo enervaba, pues el gerente no cesaba de acercarse a Marcia con una excusa u otra. Su excesivo cuidado y atención, sus gestos y detalles rebasaban lo normal y no creía que esta percepción fuera producto de los celos. Al menos de forma exclusiva. Ni por asomo condecía con lo que siempre había sido el proceder con los empleados, aún con las mujeres. Ese creciente interés debía tener una explicación en lo financiero (procurando controlar todo) o en lo sexual. Probablemente ambos. Fuese como fuese, la estrategia le daba resultado. La mujer, en lo común bravía y orgullosa, era una seda con él.

“¡Qué rápido caen rendidas las mujeres ante los gestos amables y cuidados, reales o no!” pensó y el disgusto de considerarlo le hizo manejar con descuido su navaja de afeitar produciéndose un corte en la barbilla. Su barbilla bien cuidada y rasurada casi recibió una amputación. Se perfumó y procedió a vestirse. Saldría esa noche por algo de diversión al lugar habitual. Había reducido su peregrinar nocturno al club donde se había encontrado varias veces con Marcia. Aún cuando no se acercaba, le gustaba verla y apreciarla.

Desde el beso la había evitado en otro contexto que no fuera el trabajo; no

sabía cómo encararla. Mas lo tormentoso de su genio esa noche hizo que su actitud cambiara. Llegó algo tarde y para su decepción la encontró en la puerta del local, presta a retirarse. Se sorprendió al verla y pretendió pasar ante él con un seco saludo, cosa que le impidió tomándola suavemente del brazo.

– ¿Te marchas tan pronto? La noche es muy joven aún.

– Debo descansar. Llevo unos días muy agotadores y mañana debo trabajar.

Le llamó la atención. ¿Un sábado? No era habitual y él no tenía conocimiento de ello.

– ¿Mañana? ¿Te han dado trabajo extra? – la inquirió.

– No precisamente, pero quiero ordenar lo realizado en un formato más sencillo que se pueda interpretar con mayor facilidad. Es una idea para mejorar la comprensión de los números.

– Muy eficiente. Me parece bien – le dijo y de pronto se le ocurrió – . De hecho, me encantaría colaborar contigo.

Ella lo miró con duda. No creía que pudiera ser de ayuda, con seguridad.

– Es un gesto de buena voluntad – le comentó – . Para resarcirme y estar más al detalle con todo.

– No lo veo adecuado. Amancio no ha dado su autorización.

– Marcia, también es mi empresa. Tengo derecho a verlos, no son secretos – se armó de paciencia.

– Sí, bueno. Me gustaría hacerlo sola, solo me retrasarías, disculpa que sea cruda.

– ¡Típico comentario condescendiente y antipático! – la confrontó, molesto . ¿Qué tanto secreto?

– ¿Este mío te parece un comentario fastidioso? Pues tendría que hacer muchos como ese para compensar los tuyos todo este tiempo.

Se miraban frente a frente cual gallos de riña. Solo ante el pedido de un grupo de jóvenes que quería ingresar al local se percataron que estaban trabando el ingreso al club. Se movieron y ella emprendió camino hacia la zona de taxis.

– Te llevo – la tomó por el brazo y ella pensó negarse pero luego se encogió de hombros.

– Te vas a perder la diversión – le señaló mientras tomaba asiento – . Hay muchas chicas bellas adentro.

– No lo dudo, ya conozco a varias – le contestó y vio que su rostro se fruncía.

– ¡Claro que lo imagino! Se te nota que eres de los que les gusta el cambio, el sexo fácil y rápido – soltó ella en tono alto.

Eso le llamó la atención. ¿Le molestaba? Dio arranque y recién entonces contestó.

– Pareces fastidiada. Igual te digo, el sexo me gusta lento, dulce y disfrutando cada rincón de mi amante.

– Comentario fuera de lugar. No te vanaglories, lo dije en general. Me disgusta la despreocupación con que los hombres transitan sus relaciones, despreocupados por los sentimientos de los otros.

– Yo no engaño a nadie, Marcia – la miró con seriedad – . No prometo nada ni pido lo que no me quieren dar. Estás siendo algo dura.

– ¿Sí, lo crees? – señaló hosca.

– ¿Qué te ocurre? Te noto como...Molesta, fastidiada.

– Solo estoy cansada. Trabajo mucho.

– Sí, cumplir todo lo que tu querido Amancio manda no debe ser sencillo – la espoleó, recibiendo una fulminante mirada.

– Es mi jefe.

– Y te tiene muy sujeta. Más de la cuenta. Pareces un soldado siempre a

su servicio. ¿Estás enamorada de él? – soltó de repente, sin poderlo evitar.

– ¡Detén el auto! ¡Ya!... ¿Quién te crees para cuestionarme así?

– ¿Te gusta? ¿Te imaginas con él? Sabes que está comprometido, ¿verdad?

– ¡Me quiero bajar! ¡Detén el coche!

Se detuvo abruptamente, estacionando a un lado de la calle en una zona arbolada. Ella estaba muy enojada y su pecho se movía con rapidez por la agitada respiración. Se inclinó sin poner freno al impulso y la besó con ansias, abriendo sus labios con la potencia de los suyos, estrechándola en el cerco de sus brazos y frenando cualquier intento de detenerlo, que para su asombro no llegó. Luego siguió la tímida y posterior apasionada respuesta. Sus bocas se devoraban con el apetito de dos hambrientos que hace tiempo se deseaban con ansiedad. Aflojó el abrazo pero no hubo intento de retirada y se alegró.

Recorrió sus pómulos con ambas manos mientras continuaba disfrutando de sus labios y cuando se separaron sus miradas quedaron prendidas. Ella fue la primera en bajar la vista y retirarse, aparentemente arrepentida ahora del impulso.

– Marcia...Marcia... – la contuvo porque ella buscaba a tientas la manivela de la portezuela, dispuesta a bajar.

– Déjame...Ha sido un error. No quiero que creas que...

– No creo nada, no pienses cosas extrañas. Solo sé que me gustas a rabiar, ¡estoy loco por ti! No puedo esconderlo más. Ríete si quieres pero es así.

Ella negaba y tapó sus oídos para no escucharlo, pero era inútil.

– Deja, no digas más. Yo no busco, no quiero una aventura. No quiero complicarme, lo casual no va conmigo. No es como soy.

– ¡No te confundas! – expresó – . No es lo que quiero. Deja de negar lo

evidente, ese beso te ha desnudado. ¡Tú también sientes lo mismo !

–Ahí te equivocas, no es igual. Mi respuesta a tu beso es producto de mis sentimientos, el tuyo es fruto de la pulsión.

–No soy un animal en celo, Marcia–dijo dolido–. No me conoces bien.

–Tal vez no. Tú tampoco a mí. ¿Por qué no dejarlo así?

–Porque yo quiero llegar a ti, te digo que me tienes de cabeza. ¿Por qué no darnos una oportunidad?

– ¿Para qué? Yo no soy mujer de ocasión. Y no me parece tú propongas algo diferente.

–Tal vez sí.

–Ese tal vez me da la razón. No quiero sufrir. Lo he hecho y mucho. Merezco más.

La sencillez de sus palabras le caló muy hondo. No buscaba causarle dolor. Evidentemente había una herida abierta en ella que alguna mala experiencia había sembrado y la frenaba de sentir.

–Marcia...Dame la chance de demostrarte que puedo hacerte feliz.

–Ya te dije lo que creo–señaló con decisión.

–No prometo nada más que agasajarte.

–No busco solo sexo.

–Tampoco yo–aseveró él–. Aunque no te niego que se me pone la piel de gallina al pensar en tenerte entre mis brazos y hacerte mía. No dejo de imaginarte desnuda ante mí.

– ¿Ves cómo tus palabras blanquean tus intenciones?

–Marcia, estoy siendo honesto. Te deseo como a nadie, toda tú. Tu cuerpo, tu mente. Quiero conocerte, saber quién eres en realidad, tu historia, tus sueños. Eso es mucho más que sexo y te aseguro por Dios que es muchísimo más de lo que he dado a alguna otra en años.

Lo escuchaba en silencio, mordiéndolo su labio inferior y mirando hacia el

exterior.

–No quiero confundir roles.

– ¿Qué quieres decir? –le dijo sin entender.

–Tú buscas saber de los números, estás de malas con Amancio. Buscas información y sabes que la puedes obtener de mí.

– ¿En serio piensas eso? –se asombró–. ¿Qué te busco por información financiera? Puedo tener ideas acerca de Amancio y los estados contables. Pero soy un hombre de bien, algo cínico a veces, molesto, fastidioso, lo acepto. Pero soy honesto a carta cabal. Y no caería en la bajeza de usarte. Deja, vamos, tienes razón–se notaba dolido y ofendido.

–Espera. No quise molestarte así. Yo...soy desconfiada. La vida me ha hecho así.

–Solo quiero saber algo. ¿Podrías llegar a sentir algo por mí?

–Estoy...Ya siento algo por ti.

Frenó nuevamente el coche y la miró.

–Pues arriégate y por una vez confía que puedes ser feliz y que no te van a engañar. ¡Cree en mí! –le suplicó.

La vio pensar y estremecerse, tal vez expresando la tormenta de su cabeza y luego de algunos minutos, asintió.

–Está bien. Voy a creer en ti, voy a confiar. Dime, ¿qué tienes para mí? – sus ojos lo atravesaban como dagas y lo interpelaban.

La boca se le secó por la excitación. Ella había tomado una decisión y era a su favor. No se arrepentiría, se juró.

–Te ofrezco conocernos, disfrutarnos. Ir tan lento o rápido como acordemos y nuestros sentimientos y cuerpos deseen. Pero por ahora, te ofrezco un trago, en un lugar tranquilo. Una cita, improvisada, repentina, pero no por ello menos valiosa. Ella aceptó.

2..

Condujo hasta un pequeño bar de las cercanías, coqueto e íntimo, lugar preferido de parejas por el ambiente romántico creado por las velas, flores y la suave música. Quedaba un lugar pues una reservación había sido cancelada y esto hizo exclamar a Paulo que había magia en la noche. Estaba exultante y se le notaba.

Sentados en una mesa en un rincón le preguntó qué bebía y ante su duda, solicitó dos copas de vino.

–No suelo beberlo–comentó.

–Es para celebrar. Considéralo un brindis por nosotros y lo que el destino nos depare.

Asintió y lo miró.

–¿Bebes mucho?

–No, no. Y prefiero el whisky, para ser honesto. En mi adolescencia tuve algunas borracheras importantes. Pero hace mucho que solo bebo para socializar.

– ¿Y socializas a menudo?

–Soy mucho más tranquilo y compuesto de lo que crees. No se llega a dónde estoy sin disciplina y trabajo duro. Pareces creer que paso la vida de fiesta.

–No, no creo eso. Cuéntame más de ti.

– ¿Qué quieres saber?

– ¡Todo!–lo miró con intensidad, para luego desviar su vista.

–Muy bien. Pero esto es reversible, ¿de acuerdo? Te relato mi vida pero luego tú haces lo mismo.

–Bien.

–Soy el hijo varón de una familia de clase media. Tengo una hermana y



dos sobrinas, mis debilidades. Mis padres trabajaron y con esfuerzo pude estudiar gracias a becas en muy buenos colegios. Tu turno.

–Soy la única mujer y tengo dos hermanos. Mi padre, Joao, hizo todo lo posible para que yo pudiera estudiar. Vengo de una familia muy humilde. Todo lo que logré, inclusive mi título profesional, ha sido gracias al sistema educativo público y mi dedicación.

–Y a tu inteligencia. Brindo por eso–levantó su copa–. Hablas de tu padre, ¿y tú mamá?

–Murió–su voz bajó un tono–. Cuando tenía seis años.

–Lo lamento. Debe ser duro no contar con el cariño y el consejo femenino. Para mí y mi hermana nuestra madre fue pilar.

– Sin duda que fue muy difícil – susurró – . Ella...la mataron – notó que él se impactaba.

– Oh, lo siento, que tremendo. ¿Qué pasó?... Si quieres contarme, no sientas presión.

No era así. Hablar de su madre, cosa que hacía poco, la conmovía pero era una forma de recuperarla.

– Una bala perdida. En enfrentamiento entre bandas. El destino, la mala fortuna, ¡qué sé yo!

– ¡Qué tragedia, Marcia! ¡Cuán difícil superar eso para tu familia, me imagino! – notaba su conmoción y le agradeció internamente su empatía.

– Para mi padre Joao sin dudo fue tremendo. Sacarnos adelante, solo. Con un trabajo mediocre, incentivarnos a estudiar y apartarnos de lo malo, contenernos. Más allá que mamá era el amor de su vida y su corazón se murió un poquito con ella – una lágrima se deslizó por su mejilla sin poder evitarlo.

– Ese hombre debe ser una roca. Me gustaría conocerlo – le dijo mientras su dedo secaba la lágrima con delicadeza.

– Es nuestro bastón. O lo fue, ahora me toca a mí serlo. Devolver algo de lo que nos dio y de lo que se privó por criarnos.

– En verdad tuviste una infancia difícil.

– No lo sabes bien. Hasta hace pocas semanas vivíamos en la Rocinha – ella soltó el dato con calma, evidentemente esperando su reacción.

La miró con calma, sin aspavientos, mostrando un interés moderado teniendo en cuenta que lo sabía pero era necesario que ella no lo detectara. Denunciaría a David y su filtración.

– En algún lugar hay que vivir – dijo .

–La gente suele reaccionar escandalizada cuando lo digo, que es pocas veces.

– ¿Ah, sí? Pues es extraño, considerando que tanta gente vive en las favelas y no por gusto. Es un poco hipócrita.

–Exacto. Pero la discriminación existe y es cruda. La gente te mide por lo que tienes o no, es el famoso dicho “eres lo que tienes”.

– Es un refrán horrible y solo personas muy mediocres pueden creer eso.

– Son más de las que piensas. Si le agregas el racismo, el camino se hace complicado.

– Pues las complicaciones forjaron una mujer poderosa, sexy e inteligente – la acarició con las palabras y la mirada.

Le gustaba a rabiarse esa faceta gentil y amorosa de Paulo.

– Pero tú sabes que la vida de las personas negras es mala y problemática.

– Sí, Marcia, puedo imaginármelo. Pero estoy seguro que lo que piense no se acerca un ápice a lo que has tenido que afrontar.

– Sí, sin dudas. Ahora, volvamos a ti, dijimos información mutua.

– ¿Qué más quieres saber?

– Amores, desamores. Situaciones complejas de tu vida.

Sopesó por un momento qué decir.

– Yo estoy siendo muy sincera – lo alentó.

– Lo sé, no busco esconder nada. Es que los recuerdos a veces pesan. Por obvias razones el momento más triste fue la muerte de mis padres. No era tan pequeño pero es difícil aceptar su ausencia. Casi parecía un abandono, tan repentino fue.

– Mi padre suele decir que los que nos aman de verdad y parten a otro mundo no nos dejan realmente. Viven en nosotros.

– Es un pensamiento consolador. Pero el que no estén en el plano físico es muy doloroso.

– Pasemos a temas menos tristes. ¿Parejas?

– Algunas, pero nada realmente serio. He tenido alguna que otra desilusión amorosa, no grande pero sí frustrante.

– Tienes suerte. Es bien deprimente sufrir por amor.

– Si un querer te hace sufrir, en alguna medida no es amor. Parece trabalenguas, no sé si me explico.

– Bueno, tal vez. Pero cuando te involucras de verdad con alguien y esa persona dice sentir lo mismo, entregas tu confianza y la llave de tu corazón. Descubrir luego que lo que creíste real y mutuo no era más que un espejismo que solo tú veías...Que te han engañado vilmente. Eso te hace sufrir y sí es por amor, el que tú sentías. El que creíste correspondido. Suena cursi, lo sé – miró hacia el costado, tal vez avergonzada de su apasionamiento.

Paulo taladraba su rostro y tomó su mano sobre la mesa.

– Te han hecho pasar mal, hermosa.

Se encogió de hombros.

– Es una vieja herida, ya cicatrizada. Un tropezón fuerte en medio de una edad difícil. Me concentró en mi futuro y me alejó de los problemas.

– ¿En problemas incluyes relaciones amorosas?

– Así es – señaló enfática.

– Espero estés considerando modificar esa decisión – le señaló con picardía .

– Puede ser – murmuró – . Lo voy a pensar, dado que eres tan buen mozo... – se ruborizó al instante luego de decirlo – . No me hagas caso, es por efecto del vino. Ya voy en la segunda copa y no estoy acostumbrada.

– Pues si voy a hacer caso, me encanta lo que dijiste – contestó jocosamente él – . Veo que la pared de granito tiende a desmoronarse. Continuaré golpeando mi martillo hasta derribarla. No soy el dios Thor pero...

Lo abrumaba la intensidad que veía en los ojos de la muchacha. “Ya está bien, suficiente por hoy. Si continuamos voy a ceder a la pasión y quiero ir despacio, no arruinarlo”. Le sonrió entonces y le dijo que era hora de retirarse. Pareció decepcionada y eso le gustó; quería una base sólida para erigir la relación si esta estaba destinada a cristalizarse. Debía esperar, ir con calma y dar los pasos adecuados para no decepcionarla.

El trayecto de retorno fue silencioso, ambos pensativos. Al despedirse, le sonrió.

– Voy por más noches como estas, Marcia, si tú estás de acuerdo .

Ella sacudió la cabeza afirmando, para luego perderse en el lobby del edificio, no sin antes mirarlo por última vez. Él espero que desapareciera y agitó su mano. La situación había cambiado y se sentía exultante.

## Capítulo 19.

1.

Se acercaba la junta de accionistas de la empresa y Amancio pretendía que en ella se analizaran los proyectos vinculados al futuro y planes de emprendimiento más que los números y el capital, como quería Paulo.

Este se había convertido en una real molestia y como tal lo trataba últimamente. Por ello las disputas no cesaban y el encono iba sustituyendo lo que siempre fue cortés camaradería. Nunca habían sido amigos, pero las diferencias de enfoque empresarial y por qué no decirlo, de la vida, los distanciaban ciento ochenta grados. Al menos él despreciaba cada vez más esa sosa perspectiva sobre la compañía y las mujeres.

Lo había creído alguien arriesgado y dispuesto a lo que fuera necesario para posicionarse en un sitio de preferencia entre los grandes hombres. Y hete aquí que era un débil gañán temeroso del riesgo y enamorado de una mujer sin clase. Sexy y muy deseable, pero nada más. Nunca podría considerarla más que para la cama y ese tonto estaba hasta las narices. “Será un placer”, se repetía cada vez que lo veía acercarse a ella, “quitarte ese caramelo que tanto anhelas y arruinarle toda expectativa con ella”.

Ya había comenzado a instrumentar su plan en una forma que él catalogaba de maestra, haciendo coincidir sus intereses financieros con los sexuales. La contabilidad paralela que hacía llevar a Marcia y David ya no hubiera sido tan necesaria pues tenía en sus arcas ya el triple de lo invertido.

Más apostaba a continuar multiplicando su fortuna y no veía mal continuar arriesgando el capital de sus padres y hermana, más el de los otros accionistas. La información incompleta y cruzada era una manera de

despistar y en caso de ser necesario ganar tiempo. Un viejo principio de los antiguos conquistadores portugueses: dividir y superponer funciones hacía que los controles se desmoronaran por colisión de tareas o vacíos en las mismas. Él se interesó desde chico por las formas en que los prohombres del pasado usaban para controlar sus imperios. Y a pequeña escala, el suyo era un pequeñísimo reino en crecimiento.

Marcia era una empleada muy eficiente, tenía que concedérselo. En otras circunstancias la habría considerado más por su evidente lealtad, pero había quedado en el medio de su guerra personal con Paulo, además de llegar a la empresa en el mismo momento en que el precisaba un chivo expiatorio para sus tejemanejes, de ser necesario. Prueba de ese esfuerzo denodado eran sus horas extras además de su ordenada manera de registrar. Había innovado y simplificado la catarata de información que le suministraba, alguna de ella sin sustento en la realidad. Pero no era de su incumbencia, era un peón en su estrategia.

Por las noches aún se asombraba y regocijaba por su despertar. Había vivido una parte de sus años tratando de canalizar instintos que creía malos y enfermos. Los últimos meses, por fortuna, le habían demostrado que en los círculos de poder los grandes tiburones tenían el mismo hambre que lo consumía a él de adolescente. Poder y control y todo lo que se asociaba con ello. Así que su vida se manejaba ahora en dos planos: el de la ficción diaria y el de los placeres prohibidos para los timoratos. Marcia era del primer plano pero pronto sería presa del segundo.

– Marcia, no tengo palabras para agradecer el gran trabajo que realizaste con el programa informático. Pocos veces han estado los números tan claros – le comentó una tarde de martes – . Dedicar tu fin de semana a esto es de extrema responsabilidad. No va a alcanzar el salario para retribuirte.

– No es nada, Amancio–ella lo tuteaba a instancias suyas–. Lo hago

porque me gusta.

–Pues me siento en deuda. Tú trabajas para nosotros sacrificando tus tiempos. Pensemos en una recompensa adecuada, me importa que notes cuán importante eres para mí.

Ella se sonrojó y él sonrió para sí.

– Con su agradecimiento, que no es necesario tampoco, me basta.

– ¡Eres tan modesta! Aprende a recibir los elogios, son parte de la labor y a veces no llegan en la misma proporción que las reprimendas.

Era cerrada y de pocas palabras, no abría flanco con facilidad que permitiera una invitación a salir así de la nada, aún con intenciones presuntamente laborales. Decidió ir por otra vía.

– Marcia, me siento tan bien hablando contigo. Te lo he dicho otras veces, inspiras confianza e invitas a la confesión. No es menor considerando el peso que llevo sobre mis hombros – forzó una cara de angustia que notó la conmovía.

– Sr... Amancio...Debes hablar con tu familia, con tu prometida. Es algo que de seguro los va a interesar y cambiarán.

– No puedo fallar ni mostrarme débil, soy el puntal de la familia. Eso se espera de mí, no autocompasión – percibió su incomodidad – . Disculpa, Marcia, te pongo en una situación inconveniente. Debes querer salir corriendo.

–Para nada, estoy a tus órdenes.

–No es eso lo que quiero. Te cuento porque eres un ejemplo de superación y tienes sentido común. Además de objetividad para ver los asuntos desde otra óptica.

–Si, puede ser. Pero nada se soluciona si no hablas con los involucrados.

–Ese es el tema, Marcia. El problema soy yo no los otros. ¿Entiendes? La vida que quiero y la forma en que me interesa encaminar los negocios. Ah,

podría hablar horas contigo, tanta carga siento. Te pareceré un débil.

– ¿Por qué? Demuestras tu sensibilidad y eso no es malo.

–En el mundo que vivo eso no importa, querida. Solo las apariencias y el dinero.

– Lamento te sientas así. Ojalá pudiera ayudarte más.

– ¿Sabes qué? – fingió pensarlo – . Solo charlar contigo me libera. Tienes una energía contagiosa. ¿Qué tal si combinamos el agradecimiento que te debo con mi necesidad de expresión y salimos a cenar?

La vio sorprendida y su tardanza en contestar le hizo ver que no estaba del todo convencida. Lo atribuyó a la alta estima que le tenía y el hecho que él estuviera comprometido (aunque para las mosquitas muertas como ella muchas veces eso no contaba).

– Sin ninguna intención más que la charla y las gracias en un lugar ameno y descontracturado – le sonrió con su mejor expresión de niño bueno desorientado.

– Está bien – asintió.

– ¡Eso es! Mañana, ¿qué te parece?

– Sí, bueno.

– Pues paso por ti. Anótame tu dirección. A la hora veinte estoy allí. Y no te preocupes por nada, es una salida de amigos. ¿Te puedo considerar así, verdad?

Ella asintió para luego marcharse, argumentando otras tareas. Se frotó las manos con satisfacción. Había sido algo forzado y traído de los pelos, pero el objetivo estaba logrado. Esto sería el inicio, rompería el hielo y llevaría el vínculo a otro nivel.

Eran las dudas y el miedo a perder el empleo lo que la frenaban, no tenía dudas. Él sentía que ella estaba atraída, era cuestión de tiempo y trabajo fino de su parte. Normalmente no hubiera pensado en ligar en forma tan abierta



con una negra. No era su estilo. Su familia no era racista declarada pero tampoco consideraba correcto la mezcla de sangres.

Más los condimentos en esta situación eran desafiantes y lo excitaban, por ello no dudó. Por supuesto que la invitación era a un sitio por fuera de su circuito, no era un suicida social, pero se aseguraría que fuera bien elegante para impresionarla y convencerla de la importancia que tenía para él. A las mujeres les gustaba eso.

El golpe en la puerta lo sacó de su ensimismamiento y el gesto de fastidio fue evidente al encontrarse con Paulo, esta vez acompañado por Greta.

– ¡Sorpresa, sorpresa, hermanita! Bienvenida, hace buen tiempo que no vienes por acá – se incorporó para darle un beso en la mejilla mientras saludaba con un gesto al hombre.

– Pues sí, Amancio. He venido porque se te aprestas a organizar la Junta y debes tener mucho trabajo. Me gustaría colaborar. Sabes que luego las reuniones se ponen algo tensas y...

– Y te ha llamado Paulo para que medies entre ambos – cerró el discurso y ella lo miró con cara culpable.

– Algo de eso hay, hermanito. Sé que no están en los mejores términos y no se ponen de acuerdo. Detesto que mis dos hombres favoritos se lleven como perro y gato.

– Pues no es por mi causa, Greta. El aquí presente parece dudar de cada decisión que tomo, cuestionando mi idoneidad y experticia. No es agradable .

Lo dijo con la mayor calma aunque la situación le parecía de una ridiculez flagrante, típico recurso de un inútil y pusilánime.

– No logro que me escuches, Amancio – repuso Paulo – . Por eso la llamé, para que pensemos juntos el temario de la Junta, dado que también es parte interesada y puede darnos una perspectiva más objetiva. Hay asuntos importantes que no pueden ser evadidos y todos los accionistas merecemos

conocerlos a fondo.

Ese hombre era un auténtico cabeza dura; se le metía algo entre ceja y ceja y no daba tregua. Pretendió desesperación al mirar a Greta con ambas palmas de sus manos hacia arriba.

– Ahí tienes tú. Esta actitud es la que me desconcierta. Desconfianza...Lo que yo he pensado como temas a tratar, por enésima vez te lo repito, no implica que ustedes no puedan inquirir sobre otros asuntos. Es que para mí resulta crucial definir los próximos pasos de la compañía. Nos urge participar más activamente en el mercado ya que estamos estancados. Tú quieres una mecánica repetición de números cada vez, yo apuesto a crecer.

– Sabes que no es eso, Amancio – el otro encajó las mandíbulas con disgusto – No se trata de frenar sino...

– De controlar. ¿Qué tienes, miedo a que te robe? – gritó con exasperación exagerando la reacción en un estudiado acto.

Se divertía por dentro, en realidad, ensayaba una veta actoral que no sabía tenía pero le gustaba.

– Tranquilo, hermano, seguro no es eso. Yo no tengo claro de qué va todo, pero hasta ahora siempre nuestros vínculos laborales han sido en los mejores términos. ¿No puedes considerar hacer un lugar a lo que te solicita Paulo?

– Greta, la pasada Junta fue dedicada a los estados contables. Fue extensa. Todos estaban aburridos, deseaban terminar y todo estaba bien. No quiero lo mismo, necesito definiciones. Si tanto le preocupa que espere al balance final, no pasa nada extraño aquí. ¡Déjame liderar, no sé qué te pasa con ello, pero soy el gerente, el CEO y todos están de acuerdo! Excepto tú, al parecer. ¡No sé qué te pasa!

– Yo no he cambiado, Amancio. Creo que tú sí.

– Bueno, bueno. Tomemos el camino del medio.. Tus temas en la Junta y

si hay dudas entre los accionistas llamamos a los contadores. ¿De acuerdo, niños? – intentó bromear Greta.

– Bien – respondieron al unísono y Paulo se retiró de inmediato.

Se sentó con estudiado desánimo y entrelazó sus dedos, suspirando.

– Paulo ha cambiado, aunque lo niegue. Lamento decirlo, Greta, es tu amigo y ha sido un excelente trabajador pero...Lo veo perdido, desconfiado, distraído.

– No exageres, hermanito. No te gusta te lleven la contraria pero siempre hay que tener alguien que actúe como contrapeso, alguien que nos discuta y argumente. Que nos cuestionen nos mantiene alertas para no derrapar. Y en un puesto como el tuyo es esencial.

La miró con aprecio. Greta era una buena mujer, algo ingenua y bonachona. Con cierta tendencia a defender casos perdidos como el de Paulo y a mezclar lo personal con los negocios, lo cual no era bueno.

– Para eso estás tú, querida. Y papá. Lo de Paulo es preocupante, créeme. La vida nocturna le está pasando factura, demasiado alcohol. ¿No lo notas más descuidado?

– Él no tiene tu obsesión por el detalle, es más descontracturado.

Sonrió. Ella no tenía idea de lo poco atado a reglas que era en su vida real y nunca la tendría. Perteneecía a su mundo de ficción.

– Ojalá me equivoque, Greta – suspiró – . Pero está paranoico. Bueno, dejemos esto. ¿Cómo va todo en casa?

La conversación derivó hacia temas familiares y domésticos, más intrascendentes. Lo extrañaban, señaló su hermana, cada vez iba menos. Era lógico, tenía una vida más interesante ahora, que lo llenaba más. Sonrió con indulgencia. Culpó al trabajo, a los preparativos de la boda, a la rapidez con la que se vivía. La verdad es que apenas veía a su novia y los detalles habían quedado a su libre albedrío y el de la planificadora de bodas. No le

importaba, estaría bien lo que decidieran. Tenía otras cosas en su mente y su agenda.

2.

No podía evitar pensar que Amancio buscaba en forma expresa y deliberada molestarlo e inquietarlo. Sus comentarios filosos y lo que dejaba entrever a sus interlocutores lo dejaban expuesto y en el papel de loco o malo de la película. Esto cuando lo único que él pretendía era un manejo claro e informado de los temas de la empresa.

“Este no es tu imperio personal y exclusivo, Amancio” rezongó luego de salir del despacho y la forma interrogativa en que Marcia le miró le indicó que su rostro denunciaba su molestia. Le hizo un gesto de saludo tratando de evitar gestos que delataran lo que sentía por ella. Lo hacía para evitar cualquier habladuría que la involucrara e hiciera sentir blanco de chismorreos.

No sería además buena referencia para el gerente que ellos estuvieran saliendo; a él le importaba un comino pero ella, increíblemente, lo creía casi un santo y no le gustaba molestarlo. Él se sentía satisfecho en el plano personal; su condición de solitario seductor de ocasión comenzaba a disiparse y se internaba de manera voluntaria en el laberinto de los sentimientos que era su relación con Marcia.

Ella era desconfiada, orgullosa, sensible, susceptible. Cedía terreno milímetro a milímetro luego de ardua batalla y no pensaba cejar en la misma. Entendía que su historia personal de tragedias y dolores habían forjado a esa mujer dura y bella por la que estaba dispuesto a luchar con denuedo. “Lo que cuesta vale” pensaba, y día a día buscaba una palabra, un gesto, un acercamiento que liberara el sendero para la conquista de ese corazón de

mujer bravía.

Sus esfuerzos se concentraban de manera desigual en lo laboral y lo íntimo. Su apuesta era a lograr que Marcia lo percibiera como pareja y aunque no descuidaba la empresa ( prueba de ello eran sus discusiones con Amancio), sus pensamientos estaban siempre colonizados por la morena.

Habían salido varias veces ya y eso daba mayor cercanía y conocimiento mutuo. La música, las películas, la lectura, lo que pensaban de la realidad política y social los acercaba tanto como la atracción física que era obvia.

Él imponía a diario su asedio con mensajes, gestos, pequeños objetos sin valor material pero románticos (una flor, una nota, un libro). Se descubría un sentimental sin rubores. Nunca había experimentado tal deslumbramiento, tal embrujo. Tanto, que si bien moría por tocar ese cuerpo, por hacerla suya, sabía que el disfrute sería mayor cuando estuvieran mental y espiritualmente conectados. “Si alguno de mis antiguos compañeros de juerga me viera hoy despotricaría por mi falta de pantalones. Pero me siento más hombre que nunca”.

Giró en su silla como un niño y tomó el móvil para enviar un mensaje. “Te invito a mi apartamento. Hoy, 20.30, cena y tragos. ¿Qué dices?”. La observó a través del vidrio pero ella demoró en chequear su teléfono. La puerta del despacho se abrió entonces y Amancio salió acompañando a Greta, que se retiró taconeando sin siquiera mirar a su alrededor. Era una amiga excelente, pero fría en el trato con empleados. Lo saludó al pasar tocando el vidrio, con una sonrisa algo culpable. Era evidente que nada había logrado con su hermano.

Al voltear el rostro la escena lo fastidió. Otra vez Amancio con su cara de “yo no fui” buscaba embaucar a Marcia. El furor se acrecentó cuando vio que tocaba la mano de la mujer en un gesto que se prestaba a malas interpretaciones. Ella sacudió la cabeza asintiendo y aquel sonrió, risa que se

convirtió en mueca al dar la vuelta y luego en ironía al verlo presenciando. Desvió su mirada y se maldijo: no podía evitar desnudar cuánto le molestaba el coqueteo que aquel hacía y de seguro lo usaría en su contra apenas pudiera.

Acomodó sus papeles, desinteresándose de todo y luego se retiró. Su humor se había agriado y prueba de ello es que salió sin despedirse ni mirar atrás. El monstruo verde de los celos, esa ridícula representación, era un aprendiz al lado suyo.

Más calmado cuando descendía las escaleras, a propósito para descargar tensiones, sintió la vibración de su teléfono anunciando un mensaje. Como un ansioso colegial rebuscó en su bolsillo y la respuesta estaba ahí; corta, medida pero favorable: “Okey, pásame la dirección”. Sonrió. “No, yo te busco” le contestó, “es algo lejos y me interesa que no te pierdas o arrepientas en camino”.

## **Capítulo 20.**

1.

Las horas hasta el momento del encuentro se le antojaron interminables y las dedicó a los preparativos. No era una cena de lujo pero si organizada para agasajarla. A él le gustaba cocinar y comer en un ambiente preparado: música, luces, flores. Se preguntó qué flor le gustaría y optó por encargarse aquellas que le pareció la representaban: lirios, delicadas pero a la vez capaces de crecer en lugares difíciles y en ellos su belleza lucía aún más si era posible. “Qué tontera, vaya a saber si ella lo considera así”. No importaba, bastaba que él lo hiciera. Para comer, canapés agridulces, una tabla de quesos y fiambres y un vino dulce que sabía cabezón pero que serviría para descontracturarlos y crear ambiente de intimidad.

“No me propongo marearla ni seducirla” se dijo, “pero me gustaría tener la posibilidad de estar piel a piel si se da, si ella se abre y confía en mí”. Solo pensarlo se erizó de deseo. A la hora pactada la esperaba frente a su edificio, que era el suyo en realidad, aunque ella lo ignorara. La vio salir riendo con un hombre joven y darle un beso y por un instante se inquietó. Pero el parecido físico era demasiado notorio, debía ser uno de sus hermanos. La sonrisa que ella le dedicó en despedida no la había visto antes: fresca, desinhibida, amorosa. Esa era la faceta que quería descubrir y disfrutar de la joven.

– Buenas noches – la saludó al ingresar al vehículo.

– Hola – dijo ella con cierta timidez – . Sabes que dudé un poco luego de contestarte. Tal vez es un paso apresurado y tú te haces una idea equivocada.

– Marcia – la detuvo – . Cena y vino, en mi casa. Nada más. Sin compromisos. Nada que no quieras, lo prometo. Un paso más para

conocernos. Es lo que acordamos.

– Sí, sí. Solo que me pongo nerviosa y no me gustan las malas interpretaciones.

– No las hay. Te voy a deleitar con mi arte culinario y platicamos. Quiero saber mucho, mucho más de ti.

Ella sonrió aflojando su tensión, lo que lo alegró. Le hacía bien ver que ella confiaba en su palabra. Ya en el apartamento, le mostró el mismo y ella giró mirándolo apreciativamente.

– Me gusta. Es sobrio, algo desordenado, cálido. Tiene tu personalidad – lo miró sonriendo.

Estaba hermosa con sus jeans y su blusa multicolor de escote algo parco. Nunca mostraba demasiado pero las formas voluptuosas empujaban las telas permitiendo que la imaginación volara.

– Favor que me hace, señorita. Adelante, pase a mi humilde morada.

– No tan humilde – contestó con un dejo de burla.

El rió y la guió para enseñarle el resto del lugar, evitando el dormitorio como un gesto de delicadeza para no crear ansiedades. En la cocina el banquete ya estaba dispuesto.

– ¡Qué lugar tan hermoso y la cocina muy bonita con esa escenografía de luces y flores tan cuidada! Me gusta – sonrió.

– Pues sí y aunque no parezca cocino bien.

– ¡ Son canapés no un plato gourmet!

– Pero los armé yo, con todo mi cariño y habilidad. Toma asiento, disfrutemos. ¿Una copa de vino?

– Okey, un poco.

Vertió una porción mediana en una bella copa labrada y tomó la suya, sentándose al frente. Las luces bajas, el perfume suave de las flores y la cercanía daban a la escena un aire de romance sin igual. Pronto estuvieron



mágicamente conectados, absorbidos por la charla que cada vez tomaba ribetes más familiares, acercando espíritus y sensibilidades.

– No veía la hora de estar así contigo. A solas, charlando y buscando conocernos más. ¿Piensas igual?

Ella asintió, aún cohibida por lo que él tomó su mano y la apretó.

– Relájate. Solo hablamos. Ese chico del cual te despediste era uno de tus hermanos, ¿verdad?

– Sí, Ronaldo. Iba a estudiar. No sabes que contento se siente y como ha cambiado su ánimo y su carácter desde que nos mudamos y ha podido comenzar a prepararse en lo que le gusta.

La cara se le iluminaba y resplandecía cuando estaba feliz, como ahora.

– Debe estar muy agradecido contigo.

– Es lo de menos. Es más pequeño y aún así siempre me protegía en la escuela o en cualquier lugar donde alguien se metiera conmigo.

– Una familia unida es lo mejor que te puede pasar. Mi hermana y yo también lo somos, por fortuna.

– Mi otro hermano, Yair, es un caso aparte. Un puntal, un hombre fuerte, trabajador responsable, familiar. Siempre pudo sostenernos y hoy tiene su propia familia, pero cada dos o tres días pasa a ver como estamos. Y me trae a mi sobrina de visita, que es mi mimada – sonrió.

– Ahí tenemos otra afinidad. Mis sobrinas son mi debilidad. Mira, estas son – le mostró varias fotos donde se veía a las niñas jugando y haciendo monerías.

– Son hermosas. Mi sobrina también lo es.

– ¿Vive aún en la Rocinha?

– Sí, para él no representa gran problema. Lo será cuando la nena quiera seguir estudiando.

– Pero te tiene a ti para ayudar.

– Sí, yo seré su referente y te aseguré tendrá todas las oportunidades que yo no. Cueste lo que cueste.

– Es afortunada – la miró fijamente .

Le fascinaba la pasión de su voz y su mirada cuando algo tocaba su fibra más íntima.

El vino, la charla amena, el lugar y la música hacían lo suyo; ambos se observaban y departían como amigos. Pero sus miradas también se acechaban y sus mentes aquilataban cada gesto, cada rictus de expresión, cada tono de voz.

– ¿Y tú? ¿Cuáles son tus planes para el futuro?

– Quiero superarme en mi trabajo, promocionarme.

– No, eso lo supongo. Me refiero a tus planes personales. Tu horizonte personal.

– Bueno...Nunca lo he pensado a fondo. Pero sin duda quiero tener mi familia propia. Casarme, tener hijos.

– ¿Eres de las que posponen el amor por el trabajo? – la vio pensativa.

– No soy una ambiciosa desmedida. Quiero algo propio, estar económicamente segura y poder ayudar a mi familia hoy. Si el amor verdadero aparece no le voy a dar la espalda.

Él se acercó y tomando su barbilla con un dedo le preguntó en tono inquisidor:

– ¿Cómo imaginas aquel que será el amor verdadero?

– Sincero, amable, gentil. Defiende sus ideas, respeta las ajenas. Ama sin límites y considera los deseos y decisiones del otro. Lucha por lo que quiere.

– ¿Podría alguna de esas etiquetas incluirme a mí? – preguntó con sencillez.

– No te conozco tanto...Pero parece inscribirte en varias.

La respuesta le secó la garganta y lo hizo parpadear. Ella a veces era

tímida y vacilante y otras muy directa.

– ¿Y tú qué dices? – contraatacó ella desafiante – . ¿Crees en el amor para toda la vida?

Lo pensó con cuidado y respondió con honestidad.

– No creo en nada para toda la vida. Sí en el ahora y en el mediano plazo, en tener el deseo y la intención que el amor perdure y colme a ambos en una pareja.

Ella lo miraba con fijeza, las luces impactando en la oscuridad de sus ojos le daban una gran intensidad.

– No es la respuesta políticamente correcta – señaló Paulo.

– No, pero es lo que pienso también – sonrió y sus labios se entreabrieron tentadores.

– Marcia...Tengo unas ganas locas de besarte – dijo.

Perdía minuto a minuto la frialdad y las ganas de una conversación amena y sobria. Lo ganaban sus impulsos.

– Puedes hacerlo – contestó con sencillez.

El permiso fue seguido de un tomarla entre sus brazos eludiendo mesa, flores y velas. Fundieron sus bocas en un viaje de exploración intenso y cálido. Parados y abrazados en el medio de la cocina apretaron el cerco y se besaron una y otra vez, uniendo lenguas que acariciaban labios y se hundían en el otro, ungidos por la pasión que los envolvía.

La mano de Paulo se tornó atrevida y lenta se coló por debajo de la blusa, acariciando la espalda, sintiendo el roce de seda de su piel. Ella lo dejó hacer y se sintió avalado para continuar y rozar sus senos, acariciando la protuberancia de sus pezones. Sentía su sangre hervir y su miembro alborotado y a punto de perder control. Entonces se detuvo y buscó separarse, pero ella se apretó a su pecho. La miró con ansiedad.

– Si sigo no voy a poder parar.

– Sigue – señaló ella con entrega y decisión, perdidas la timidez y la inhibición.

Esto fue suficiente para tomarla aún más fuerte y acariciarla sin demora ni límites. Besó su rostro, bajó por su cuello aspirando con fruición su magnético aroma. Abrió su blusa y los senos se mostraron cual erguidas montañas buscando escapar de cepo del sostén, a lo que ayudó.

La desnudó con lentitud, saboreando con sus ojos y su boca su belleza sin par. Ella desabotonó su remera y la quitó, para quedar en igualdad de condiciones. La atrajo hacia sí y sus pechos se unieron, por poco tiempo porque él no pudo dejar de lamer y succionar las abundantes mamas de Marcia.

Atacó luego la cremallera del jean y lo bajó para descubrir una ropa interior diminuta y colorida que hizo aumentar su deseo aún más. El bulto de su pantalón pedía a gritos ser revelado y desprendió su cinturón para quitar toda barrera entre ambos.

Así enfrentados y a la luz mortecina de las velas, el contraste de sus pieles era rotundo y los fascinó a ellos mismos. Se observaron como dos rivales prestos a combatir y entonces ella sonrió y extendió su mano para acariciar su rostro con dulzura. El la acercó a sí y ella trepó de un salto a sus caderas y así enroscados se dirigieron a la habitación donde él la posó con delicadeza absoluta sobre el lecho y mirándola apenas a unos centímetros la urgió:

– Es tu última oportunidad de decir que no.

– No quiero decir no – lo empujó sobre la cama y se trepó con facilidad sobre él, mirándolo con desafío.

La atrajo y la besó con pasión mientras sus manos tomaban y masajeban la cola de la morena.

– Tienes un trasero digno de una escultura – la elogió.

Luego la hizo caer sobre el lado y comenzó a acariciarla con extrema

suavidad, llevando sus dedos a los rincones más recónditos e íntimos y haciéndole estremecer de placer. Le gustaba verla así, gozando y pronto sustituyó dedos por su lengua, repitiendo recorridos y arrancando gemidos a su paso.

La excitación de él crecía a la par. Sin pruritos de ningún tipo hundió su rostro en el sexo de Marcia, abriendo con su lengua el tesoro de su vulva y alcanzando el clítoris, al que masajeó sin piedad una y otra vez mientras ella se retorció y murmuraba de placer.

Ella enredó entonces las manos en su cabello y le retiró la boca de su pubis, para comenzar una denodada devolución de caricias y succiones que lo llevó al borde del éxtasis. Procedía con cautela y extrema lentitud, convirtiendo el gesto en una deliciosa tortura que ahora lo hacía exclamar a él. La boca generosa de la mujer lamió y acarició su pene hasta el delirio.

– ¡Eres una reina, no te detengas, sigue, sigue! – susurraba él ahogado por el placer de las sensaciones.

Exploradas ambas geografías de sus cuerpos, pronto las leyes de la física comenzaron a ser desafiadas con posturas que mostraban lo atlético de los amantes y los fervientes deseos de exploración que los poseían. Rotas las inhibiciones por lo natural del momento y la intimidad lograda, bocas y manos plantaron bandera de conquista en el cuerpo del otro, tatuándolo con pasión.

La urgencia por poseerse los consumía y ella se montó sobre su erguido miembro para ser penetrada con lujuria y premura e iniciar una danza de frenéticos empujes. Los ojos cerrados de la hembra, la lengua acariciando sus labios, los pechos bamboleando en cada embestida, toda ella era retrato de deseo. El clímax los alcanzó pronto, más intenso de lo que nunca había experimentado. Les costó varios minutos acompasar las respiraciones y recuperarse de la maratón y lo hicieron abrazados.

La miró con intensidad, aún nublado su juicio por lo intenso del encuentro, y trató de ordenar el mar de rulos que caía sobre la frente de la mujer, que ahora se encontraba muy callada.

– Marcia...Eres lo mejor que me ha ocurrido – ella lo miró sin esbozar palabra – . Estoy feliz de lo que ha pasado. ¿Tú lo disfrutaste?

Ella asintió.

– . Pareces...molesta.

– No, no. Fue...mágico. Nunca me sentí tan...libre, tan mujer. Es solo que...No me gustaría que creas que...

– ¿Por qué estás tan obsesionada con lo que pueda pensar? – dijo él – ¿Qué voy a creer? Eres una mujer con todas las letras, nuestros cuerpos se buscaron y comunicaron solos. Deja de controlarte y contenerte. Una relación está hecha de diálogos, acuerdos, desacuerdos, confianza y sexo. Y esta es la expresión más normal del mundo. Eres más feliz cuando se cortan tus cadenas.

– Tuve experiencias malas. Me han herido y usado. Viví rodeada de un mundo donde muchos buscan utilizarte como un objeto, depósito de sus instintos y aunque mi familia me protegió...

– Lo que dices existe en todos lados, no solo en la favela. Pero nosotros tenemos, estamos generando, una relación donde el sexo es maravilloso, mágico, lo acabamos de ver y sentir. Pero no es lo único, yo quiero bastante más que encuentros sexuales contigo, Marcia.

– Yo también – aseguró ella, mirándolo con intensidad.

– Pues deja de pensar tonteras. Ven acá – la abrazó y hundió su cara en su cabello.

Despertó con lentitud, emergiendo de un sueño profundo, plagado de imágenes y sensaciones. Miró a su costado y la visión de Paulo durmiendo a su lado la hizo respingar, todavía algo dormida. Los recuerdos de la intensa noche la alcanzaron y se estremeció. Había sido maravilloso, una comunión perfecta de cuerpos y sentimientos, de palabras dulces y silencios cómplices.

Había dudado al aceptar la invitación y durante la cena pero la claudicación a sus deseos fue una decisión que tomó y no se arrepentía. No culpaba al vino o a Paulo por seducirla con el romance que rodeó la cena. No había nada de qué responsabilizar, ella cedió a su propia pasión, a la intensidad de lo que ese hombre le despertaba. Cedió porque la fascinaba, la movilizaba y por primera vez en años se lo permitió.

La recompensa había sido espléndida: cada uno de los espacios de su cuerpo y alma se hallaban colmados y en paz. Extendió su mano y acarició apenas el brazo musculoso de ese hombre bello, extraordinario, dulce y pasional debajo de una mascarada de cinismo. Su gentileza y hombría la habían arropado; aún en el momento de mayor calor y apasionamiento fue cuidadoso.

¡Tan lejos de sus experiencias anteriores! Con Jorge el sexo había sido calor y sudor de cuerpos, satisfacción de él primero, cero romance. Nunca antes había sido agasajada con tanto primor, cada instante y objeto pensado para mimarla.

Lo miró y al apreciar el suave vaivén de su pecho respirando y la calma de ese rostro algo áspero y anguloso, se dio cuenta que lo amaba. La certeza del sentimiento la hizo lagrimear. Deseó con toda el alma que él sintiera lo mismo. Pero aún si no era así, disfrutaría todo lo que él estuviera dispuesto a darle. Sin compromisos que los ataran. Ya sabía de dolores y sinsabores y apostaba ahora por estabilidad y cariño verdadero. Estaba en paz consigo y dispuesta a dar lucha por su amor, si él le daba el espacio.

Buena parte de esa actitud tenía que ver con su pasado, con su presente y con la influencia de Asmina, que otra vez se había hecho presente en su sueño, como cada vez que un acontecimiento de importancia le ocurría. Esta vez uno bueno, por fortuna. Entrecerró los ojos procurando recordar con exactitud lo que había soñado. La imagen siempre era similar al comienzo: el rostro de la esclava se hacía visible como en una nube y le hablaba, para luego mostrarse en acción y en lugares específicos. Ella solía bromear que Asmina la hacía soñar como si fuera una película.

Por milésima vez se preguntó si una parte de ella estaría loca y la hacía ver visiones y con ellas lo que quería o necesitaba escuchar. Como fuera siempre la reconfortaba, así que si era el espíritu de la mujer del pasado o su subconsciente personificado, le daba igual en tanto la ayudara a clarificar los asuntos que en la vigilia se le escapaban.

“Te has permitido sentir” había dicho Asmina sonriendo. “Hiciste bien en dejar tus prejuicios de lado. El amor de un hombre blanco vale tanto como cualquiera”. Esto la había sorprendido, pero si era honesta debía reconocer que la diferencia racial la incomodaba un tanto. Acostumbrada a enfrentar el racismo, se daba cuenta ahora que sus celos tenían que ver también con cierto desprecio escondido hacia la otra raza. Alguna vez alguien le había dicho que se auto segregaba y se había ofendido. Pero algo de verdad había en la frase.

“Dos cuerpos que se vuelven uno con plena libertad y consentimiento de ambas partes es hermoso. No hay mal en ellos, no puede haberlo. Yo amé así alguna vez”. Las escenas que determinaron su sueño luego mostraron a una Asmina distinta a lo habitual: sonriente, con una mirada atrevida y sus brazos abiertos, rendida luego en los de un esbelto caballero blanco vestido a la usanza de la Colonia.

La esclava reía, bailaba, besaba y hacía el amor con pasión en una enorme



cama de terciopelos en una habitación de lujo. Recorría y giraba por la fazenda con el hombre de mirada límpida que la observaba con calidez y amor profundo en la mirada. El contraste de ropajes y colores era nítido, pero las ropas raídas y grises que ella usaba siempre habían sido sustituidas por telas y vestidos lujosos.

“Yo también fui amada por un hombre bueno, un hombre rico que no dudó en darme un lugar, un espacio en su mansión, en su lecho y en su corazón. Uno que desafió a su familia, sus amigos y a su realidad por quererme. Uno que me hizo reina de su hogar y me brindó los mejores meses de mi condenada vida. Uno que no me usó ni me vio como un objeto”

Las palabras de Asmina resonaban en su mente. Miró a Paulo y la conmovió pensar en el paralelismo de su vida con la de la esclava. Sabía que lo visualizado tenía plena verdad, su padre le había contado la triste historia del amor correspondido de aquella y el fazendeiro blanco. Lo que vio en colores y casi como si de una telenovela se tratara era el desarrollo del mismo. La cesión de la esclava por su dueño para trabajar en la finca del blanco, el enamoramiento, el romance.

Pronto las escenas se cortaron pero sabía que la tragedia se había cebado con esa pareja, destinada a amarse pero no a estar juntos mucho tiempo. Los prejuicios, la ambición, el odio y la muerte habían signado trágicamente ese amor. Sintió de pronto que parecía un ominoso presagio pero las palabras finales de su antecesora la alcanzaron. “Fue breve, intenso, inolvidable. Valió todo el resto de iniquidades que atravesé. Solo por esos meses vivir valió la pena”.

¿Cómo leer el mensaje? Si cedía a sus temores e inseguridades, debería levantar paredes para evitar el dolor del desengaño y la ruptura. Pero si tomaba el ejemplo en forma literal, debía amar, apostar y esperar lo mejor.

Eso haría. Sentirse viva, mimada, era lo que quería y sabía merecía. Lo

disfrutaría y si por alguna razón no duraba o no funcionaba, que no fuera porque ella tuvo miedo.

– ¡Qué ida estás! Parafraseando al poeta Neruda, “parece que los ojos se te hubieran volado” – la sorprendió él.

Lo miró y sonrió. Hete aquí que este bombón hasta recitaba uno de sus autores preferidos.

– No sabía que te gustaba la poesía.

– Siempre me llamó la atención ese en particular y se aplica muy bien ahora. “Me gustas cuando callas porque estás como ausente...” Aunque para ser franco me gustas de todas las maneras – le sonrió y ella se mordió los labios.

Era un hombre de una dulzura extraordinaria. ¡Qué primera imagen equivocada se había hecho de él, cuán falso era eso de las primeras impresiones!

– ¿Descansaste? – le volvió a preguntar y ante su asentimiento señaló – . ¿Ves que era mejor te quedaras a mi lado? Era tan tarde anoche y estábamos tan bien juntos. Hubiera sido injusto separarnos.

– Mi familia debe estar inquieta. Nunca antes me había ausentado de casa.

– Has sido una buena niña. Pero ahora eres una mujer adulta. Mi mujer – enfatizó y le cerró los labios con un beso.

– Para mi padre siempre seré su niña – contestó – . De todos modos le avisé que iría temprano y debo hacer unos recados, amén de ir a trabajar.

– Sí, yo también.

– Tú eres patrón, puedes ir cuando quieras – le señaló con burla – . De hecho eres bastante perezoso.

– En las mañanas suelo tomarme las cosas con calma. ¿Así que de ducharnos juntos y desayuno ni hablamos?

– Hoy no.

– Ahhh, un placer que se posterga – fingió dolor – . Pero eso significa que habrá otras noches compartidas.

– Eso quisiera, si tú también lo deseas.

– Nada quiero con más ganas – la tendió a su lado y la besó largamente – . Los momentos sin ti serán amargos.

– Eres un zalamero pero me gusta.

– ¿Nos vemos hoy a la noche? ¿Mismo lugar, mismas actividades?

– Me encantaría – se mordió los labios al recordar que hoy precisamente Amancio la había invitado a cenar y no podía declinar sin parecer una descortés – . Pero no puedo. Mañana y los otros días.

Le costó desprenderse del cálido abrazo pero no tenía opción. No le contó de la cita porque sabía que se enojaría sin sentido. Era solo una comida y actuar de confidente de un hombre que la había ayudado y confiaba en ella, nada más. Pero la rivalidad que tenían complicaba todo. Evitaría otros encuentros en el futuro, no solo por Paulo sino también porque no creía los creía adecuado considerando los compromisos de ambos.

## **Capítulo 21.**

1.

Amancio suspiró. La jornada se presentaba movida y las ocupaciones en su agenda lo tendrían fuera de la empresa todo el día, pero sabía que Marcia recordaría la cita que tenían. Pensaba en ella desde el momento que se lo propuso, con la concentración de un felino que acecha su presa.

No le provocaba nervios o ansiedad, de hecho el placer provenía de pensar en cómo la engatusaría, como jugaría con ella hasta tenerla inerte a su merced, abandonados los recelos y barreras.

Más que en la presa, el placer estaba en la caza, aunque sería injusto desconocer las cualidades de la hembra. Le dedicaría el tiempo necesario y lo disfrutaría. Aún la necesitaba por varios meses más en la oficina, luego de ellos ya no sería útil su presencia pues el mecanismo financiero que vinculaba sus negocios legales con los otros ya estaría aceitado y no requeriría tapaderas.

Despachó con rapidez a dos representantes de empresas anexas y a proveedores. Lo que le tomó más tiempo del pensado fue la prueba de manjares y visualización de accesorios para el salón de fiestas de la boda, tanto que sintió sus nervios al borde del estallido. “Esta reverenda tonta vive en un mundo de ensueños” pensó con furor clavando sus ojos como estiletes en la espalda de su prometida que reía bobamente mientras elegía tarjetas, suvenires, flores y lo obligaba a sonreír como estúpido.

“Está más gorda, si continúa comiendo así va a parecer una cerda el día de la boda”. Nadie pensaría el veneno de sus pensamientos al verlo contemporizar. Con gusto hubiera salido y dejado atrás todo, pero quería el

estatus y el respaldo que significaba esa mujer, así que aguantaría lo necesario. Una vez casados las cosas cambiarían.

Cuando por fin la tortura terminó ya era media tarde, por lo cual no veía la necesidad de pasar por la empresa. Con un ramo de flores tomado del lugar, detalle bonito y sin costo, se dirigió a su apartamento y se dedicó a descansar y a observar con detalle su colección de deseos privados. Solía grabar sus sesiones secretas y revivirlas una y otra vez. El recuerdo y las imágenes lo excitaban y le permitían recrear el placer. Sus experimentos, por llamarlos de algún modo, no alcanzaban ahora a brindarle el mismo deleite que hace unos meses. Las experiencias que sus nuevos amigos le brindaban superaban con amplitud ese mundo. Por un instante pensó que Marcia sería un buen regalo para sus socios, la disfrutarían. Sería un gesto de buena voluntad servirla en bandeja después de haberla disfrutado él.

A las 20.30 horas estaba en el edificio de la muchacha y le telefoneó desde la entrada. Apenas demoró en aparecer. “Es evidente que está ansiosa, me esperaba en el lobby” se ufanó. Sería pan comido.

– Hola, Marcia. Sube, por favor. Me alegro no te arrepintieras de la salida. Pensé que luego de analizarlo tal vez la encontraras inadecuada y no quisiera que fuera así.

– No, está bien – le sonrió mientras se acomodaba –. No quisiera malentendidos con su novia ni generar falsos rumores, claro está.

– Tampoco yo quiero comprometerte, es solo una salida de amigos, que es lo que somos.

La notaba nerviosa y algo cortada en sus respuestas, pero de seguro a medida que transcurriera el tiempo se iría distendiendo. Se encargaría de bajarle la guardia.

– Mira, pensé en ir a algún lugar pequeño, no de los habituales, justo para evitar lo que dices.

– Me parece bien.

– Pero que tonto, lo olvidaba. Estas flores son para ti – las alcanzó del asiento trasero.

Ella se ruborizó por el detalle y las aceptó con gusto. Condujo hacia el restaurante que había elegido en las afueras de la ciudad y tal como suponía estaba bastante completo, pero los biombos separaban las mesas generando intimidad. No era un lugar romántico, no quería asustarla.

– Siéntate, por favor – le indicó retirando la silla para que se ubicara.

La visión de su cuello desnudo por el cabello recogido lo excitó y pudo ver el nacimiento de sus turgentes senos. “¡Qué negra más sabrosa!” pensó mientras tomaba asiento.

– ¿Qué pedimos?

– Solo agua – dijo con decisión.

– Pues agua mineral para ambos será – no iba a ser menos, quería mantener la imagen de sobriedad que ella tenía de él.

Eligieron platos livianos a base de pescado y verduras y pronto la conversación fluía.

– Marcia, te dije que estaba agradecido por tu trabajo y la paciencia que me tienes. No es fácil encontrar una persona que además de responsable se preocupe por la persona detrás del jefe.

– No necesitas agradecer, de hecho soy yo la que debería estar en deuda contigo. Lo estoy, en realidad, lo siento así. Trabajar en tu empresa es la mejor oportunidad que he tenido.

– Hemos ganado ambos, entonces. Brindemos por eso – levantó su copa y ella hizo lo propio.

La miró con intensidad y sintió que se cohibía y eso lo hizo reír a la interna. “Esta pequeña lagarta no debe poder creer la suerte que tiene. Cena con uno de los hombres más ricos de Río. Quiere disimular, pero seguro no

por mucho”.

– Ha sido una semana intensa y pesada. Estoy agobiado. Los negocios van bien, pero los accionistas no están nunca satisfechos – suspiró – . En especial Paulo .

Ella pestañeó y bajó la mirada.

–Ha tratado de poner a mi hermana en mi contra. Créeme que no se que busca salvo mi puesto.

– Tal vez lo que le interesa es estar más involucrado y nada más – señaló con tono bajo.

– No sé, no sé, me presiona constantemente. Me hace dudar de mí mismo – ensayó un tono de queja, meneando su cabeza.

– Haces un excelente trabajo – reafirmó – . No debes dudar, solo te perjudicas.

– Agradezco tus palabras. ¿Ves? Para qué necesito un terapeuta si te tengo a ti – tomó su mano y dio un beso rápido a la misma, generando un respingo por lo sorpresivo del acto, pero lo ignoró.

– Y qué decirte de mi novia...Solo puedo conversar trivialidades, tan obsesionada por la boda está. Creí que éramos almas compatibles pero...No sé.

– Pero tú la amas, ¿verdad? – inquirió ella – . Debes tener paciencia. Ella ha de estar ilusionada que quiere todo perfecto. Ya volverá a la normalidad.

–Sí, eso supongo. Es solo que...Me imaginaba todo distinto, más romántico.

Vio el desconcierto en la rapidez de su parpadeo.

–Divago, lo sé. Pero en el fondo soy un ridículo románticón.

–No te disculpes por querer algo más de tu relación, es lo lógico.

–Sí, bueno...En mi mundo no lo es tanto. Las relaciones muchas veces son más alianzas de negocios que vínculos reales–fingió ensimismamiento

unos segundos.

Al levantar la cabeza la encontró mirándolo como si no supiera qué decir.

– ¿Te confieso algo? No se lo he dicho a nadie. Creo que Lucía está conmigo por pedido de su padre.

– ¿Cómo? –se asombró.

–Soy lo que llaman un buen partido, aunque parezca poco modesto decirlo. No me enorgullece, me ha alejado muchas veces de las relaciones reales.

– ¿Lo sabes con certeza o lo supones?

–Lo supongo, por su frialdad. Tú que eres mujer, ¿no te parece que lo más normal entre dos novios es intimar? No estamos en el siglo XIX.

Ella asintió seria.

–Pues nada de eso.

A esa altura de la actuación se sentía eufórico pero ella no le seguía demasiado. Decidió cambiar la estrategia, no quería incomodarla ni dar la sensación de un quejica afeminado.

– Bueno, listo, basta de mí y mi agotadora lista de quejas, ha sido demasiado. Te pido mil perdones, no pretendí molestarte. Hablemos de ti.

– Poco hay que decir. Ya lo sabes, he estudiado y obtuve mi título con esfuerzo.

– ¿Estás sola? ¿Tienes familia?

– Vivo con mi padre y un hermano.

– ¿Tienes novio? Apuesto a que sí, eres tan hermosa

Su rubor le indicó que algo había pero no le preocupó, de seguro algún muerto de hambre que no sería competencia para él.

– Gracias, Amancio. Sí, estoy empezando una relación, aún no es seria .

La vio titubear y le pareció indicativo de inseguridad. “Puerta abierta” pensó. La llegada del mozo con la comida interrumpió el momento. Dieron



cuenta del menú charlando de tonteras. Quería distraerla, lograr que estuviera distendida y no se sintiera asediada. “Con calma, lento, no asustar a la presa” se alentó.

Una vez fuera del local vio que se estremecía y rápido de reflejos se quitó su saco para cubrirla. Ella le sonrió y agradeció. Caminaron con lentitud hacia el coche y entonces él tomó su codo, haciéndola girar hacia sí.

– Gracias, Marcia. Por tu tiempo, por tu enorme paciencia. No sé si fui buena compañía, tampoco quiero seas mi paño de lágrimas. Me avergüenza un poco... Tan grande y poderoso y no puedo con mi vida.

– Tranquilo, Amancio – tocó su brazo – . Te ayudaré como pueda y no creo eso de ti.

El momento de debilidad le pareció ideal para intentar un avance y lo hizo besándola con deliberada lentitud.

Ella no colaboró pero tampoco lo rechazó de plano. Fueron apenas unos segundos, no quería forzar.

– Perdona...Perdóname...No quise, no fue mi intención. No quiero mezclar las cosas – se disculpaba con su mejor cara de víctima.

– Está bien, mira, dejemos todo como si nada hubiera pasado – le comentó con seriedad – . Como un beso de amigos.

Dicho esto se encaminó al vehículo con celeridad con él a sus espaldas. Poco castos eran sus pensamientos, por cierto. El cimbrear de sus caderas lo incitó: con gusto la hubiera tomado y arrojado sobre el capot del auto para abrirle las piernas y penetrarla con brutalidad. “Ese bamboleante culo merecía un miembro poderoso que lo domase”, se exaltó. Respiró hondo procurando calmarse. No podía romper la fachada que tanto trabajo le costaba y tan bien le rendía.

Subió al coche y condujo para llevarla a su casa. Al llegar la miró con cara de culpa y le dijo:

- Marcia...Fue una noche maravillosa. Espero no haberla estropeado.
- No te preocupes, ya te dije. Buenas noches.
- Buenas noches.

La miró caminar con rapidez para perderse en el edificio. “No te resistirás por mucho” pensó con cinismo. “Nunca lo hacen”.

2...

Entró y cerró de sí sin hacer ruido. Tanto su padre como Ronaldo dormían, cansado el primero de un trabajo que cada vez le pesaba más y el segundo de intensas jornadas de estudio y práctica en el instituto en el cual se capacitaba.

Se dirigió a la cocina dispuesta a prepararse un té. Se sentía un tanto confundida. Había sido una noche extraña, por catalogarla de alguna forma. Amancio era un caballero con todas las letras, un triste y algo solitario hombre rico. Sensible y amable, además de apuesto al mil por ciento. Vestido informal era aún más bello si cabía y esa aura de resignación por lo que le tocaba vivir la conmovía.

“Lo tiene todo, en apariencia, y sin embargo la soledad lo envuelve. Tanto que tiene que recurrir a una empleada para que lo escuche”. Claro que él no debía pensarlo con ese cinismo, era un hombre que trataba a todos por igual y sin dobleces. Sería muy fácil enamorarse de él si no lo estuviera de Paulo.

Ese otro aspecto la molestaba. Sentía que no había sido sincera con Amancio al no contarle su relación pero, ¿qué decirle? ¿Qué eran novios? ¿Qué se amaban? Recién comenzaban a transitar su vínculo y rotularlo no era seguro. Además, ambos se llevaban mal, mencionarle al otro hubiera puesto al gerente de mal humor.

Nunca había confiado mucho en eso de la amistad del hombre y la mujer,

pero este caso entraba dentro de esa categoría. Aunque la confusión era fácil y prueba de ello era ese beso salido de la nada. Él evidentemente necesitaba cariño y ella no quiso rechazarlo. Tampoco quería generar una idea errónea pero no creía que fuera así. Era un hombre digno y coherente. En próximas oportunidades vería de decirle lo suyo con Paulo, si prosperaba.

La mañana siguiente se despertó más temprano que de costumbre por lo que se unió a su padre en el austero desayuno que consumía. Era un hombre de poco comer, pensaba antes, hasta que se percató que la mayoría de las veces lo hacía para poder alimentarlos a ellos. Y luego de muchos años de vida espartana por necesidad su cuerpo lo había asumido como costumbre. “¡Cuánto le debían!” pensó mientras tomaba su café.

– Estás callada, niña. ¿Qué te traes entre las dos orejas? – le dijo jocosamente, como cuando era niña.

– Nada, padre. Te puedo decir que mi mente descansa mucho y bien hace algunos meses.

– Eso está bien, es justo pago por tanto sacrificio de años – aseveró.

– También el tuyo – le tomó la mano.

– No hice más que lo que debía y sentía. Tú eres mi orgullo, Marcia.

– Gracias, papi.

– ¿Y ese corazón tuyo, por qué carriles corre? – preguntó con cautela.

Como siempre, recurría a preguntas en apariencia inocentes para saber de su vida personal. No dudaba que le llamaban la atención sus salidas consecutivas con dos hombres y también tenía claro que debía haber visto sus autos y su raza por la ventana. Estaba intrigado y tal vez algo preocupado.

– Mi corazón parece haberse deshelado – sonrió –. Luego de mucho, estoy volviendo a creer y a querer.

– Tiene que ver con tus últimas salidas nocturnas y con la noche que pasaste fuera, ¿verdad?

Tal vez otra hubiera tomado sus preguntas como una invasión a la privacidad, después de todo era una mujer adulta, pero ella no se iba a ofender con la necesidad de él de saber. Entendía que lo guiaba el cariño y la voluntad de protegerla.

– Sí – contestó con sencillez – . He conocido a un hombre muy especial. Estamos saliendo, nos estamos conociendo.

– Es blanco – afirmó.

– Sí, papá – lo miró – . ¿Te molesta?

– ¿A ti? – repreguntó, dando con acierto en el clavo.

– He estado algo...preocupada por eso.

–¿ Te interesa tanto como para dejar de lado cualquier prejuicio, cualquier prurito?

– Sí.

– Entonces no deberías preocuparte. Suena a cliché, pero el amor no conoce de colores. Se da, se siente. No luches contra eso por preconcepciones tontas.

– Pensé que te incomodaría.

– Nada que te haga feliz me molesta. Bastante mal te hizo Jorge y bien negrito que era – cerró lapidario.

Tenía toda la razón.

– Otra cosa, Marcia, si estás realmente segura no pierdas tu tiempo. Vi dos hombres.

– Uno es mi jefe, papá. No hay nada con él, salvo agradecimiento y su necesidad de una oreja amiga que lo escuche y lo aconseje.

– ¿Segura? – la miró desconfiado – . Es un poco raro, ¿no? Los ricos tienen terapeutas y spas para eso. ¿Por qué recurrir a ti?

– Es un hombre gentil y sin prejuicios y dice que su mundo no lo entiende como yo.

– Ten cuidado, Marcia. Tú no le debes nada a nadie, todo te lo ganaste a pulso. No caigas en dobles discursos por agradecimiento.

– No lo hago, papá. Es como te digo – rechazó.

– Si tú lo dices. El hombre del que hablabas, ¿qué dice al respecto?

Hizo una pausa.

– No le he dicho.

— Pues deberías. Los malos entendidos se generan con facilidad. Y deja de querer salvar a todos. De buenas intenciones está tapizado el camino al infierno. Bueno, no te doy más cháchara, me voy a trabajar.

– ¿Cuándo lo vas a dejar? No lo necesitas ahora.

– Me entretiene. Hago poco, de hecho a partir de la semana próxima me trasladan a un puesto bien sedentario de portero. No quieren que me vaya, aunque suene extraño. Yair comenzará a trabajar tiempo completo en el lugar que dejo.

– ¡Va a estar feliz!

– Sí y yo voy a poder disfrutar más a mi nieta. Hasta que tú no tengas tus hijos, será mi única consentida.

Sonrió. Era la primera vez que su padre le mencionaba algo sobre hijos y familia propia.

## Capítulo 22.

1.

Se alistó con premura y se fue para la empresa. Su trabajo era más liviano estos días y se comprendía dado que el nuevo sistema de registro había sido confeccionado y probado y parecía funcionar muy bien. Lo único que la molestaba era la desconexión con el resto del equipo contable, no solo desde el punto físico sino también informático. Parecía haber la voluntad de un doble registro, se le antojaba. Suponía que era por seguridad, dadas todas las investigaciones sobre corrupción que se escuchaban desde el ámbito político y sus implicancias con el privado. La Justicia brasileña miraba con lupa todos los contratos estatales con privados hechos en los últimos años y al presente. El escándalo denominado Java Lato salpicaba a muchos en el país, incluidas las más altas jerarquías y había sacado del gobierno a la presidenta Roussef pero tenía en jaque al actual gobernante también.

Apenas llevaba dos horas de labor cuando Paulo se apareció con café, que dejó discretamente para decirle luego:

–Te extrañé anoche. Mi cama nunca será la misma sin ti.

Se ruborizó. Aún le resultaba incómodo e increíble que estuvieran saliendo y que las conversaciones tomaran un tenor tan íntimo.

– Tranquila, bella. Sé que no quieres que nadie sospeche mucho. Pero atiende tu teléfono, te voy a estar mensajeando y no voy a dejar de mirarte todo el rato que estés. Hasta que prometas que te vienes conmigo hoy.

No quería otra cosa que estar en sus brazos, no necesitaba insistir. Asintió con apuro y casi se atraganta con el café al ver que Amancio aparecía y se posicionaba junto a Paulo.

– Hola, Marcia. Espero hayas descansado, me encantó conversar contigo ayer en la cena.

Los ojos de Paulo se velaron de inmediato y la sonrisa que tenía pareció congelarse en una mueca. Hubiese querido que la tragase la tierra; quién sabe qué pensaba, qué historia comenzaba a tejerse en su cabeza.

– Ah, no sabía que eran tan amigos – señaló con irónica frialdad, los ojos clavados en ella.

– Pues sí, Marcia es una amiga muy especial – destacó el gerente mientras se retiraba, luego de dejar algunas carpetas en su mesa.

Se sintió muy molesta por primera vez con Amancio, había sido innecesario y casi intencional su actitud para molestar a Paulo, como si se jactara frente a un rival. Apenas desapareció en su despacho, Paulo hizo amague de retirarse pero ella le tomó el brazo. No iba a permitir falsas impresiones.

– No te molestes, nada pasa entre él y yo, te lo aseguro.

– Pues el nivel de confianza es alto, muy alto para gerente y empleada. ¿Dices que él exagera?

– Digo que no hay nada por lo cual desconfiar. Si esta va a ser tu actitud para conmigo...

– No eres justa y lo sabes. Nunca me dijiste que hablas con él fuera del trabajo y creo merecerlo.

– No fue más que una ocasión y esto no tiene importancia para mí. ¿Lo podemos charlar luego, a solas, en otro sitio menos público? – susurró.

David los miraba de reojo y aunque confiaba en él, los empleados iban y venían por la dependencia y no quería ser objeto de charla sin sentido si podía evitarlo.

– Te paso a buscar al salir. Te recojo a la entrada.

– No, en la esquina lateral – porfió.

– Que conste que para mí no hay nada que esconder – se enojó él.

– ¡Dame tiempo! Me va a costar ver esta relación como algo establecido, me da vergüenza lo que digan o piensen los otros empleados si nos ven.

– ¿Por qué te importa eso, Marcia? – se fue refunfuñando.

Debía decirle el por qué de su salida con Amancio, contarle el contexto en el que se había producido. No era nada grave ni delito y además no tenía intenciones de repetirlo. No quería malos tragos en la bonita relación que estaba surgiendo entre ambos.

En la tardecita fueron al apartamento tal como acordaron y el silencio tormentoso de él le decía más que mil palabras. Estaba molesto y probablemente exasperado. Ella no quería encarar el tema, prefería que comenzara él y se sacara la espina que era evidente le fastidiaba. De otro modo parecía que ella se justificaba y no había motivo para ello.

Mientras él se sumergía en el baño se dedicó a admirar el paisaje hermoso que se visualizaba desde el apartamento. Los morros comenzaban a refulgir de luces y el cielo estaba límpido. El abrazo de Paulo rodeando sus hombros y apretándola contra su cuerpo la sorprendió y alivió.

– Me has hecho enojar mucho hoy – rezongó él.

– ¿Yo? No te equivoques. No te he dado motivos para eso. Tal vez tu imaginación corre muy rápido y te imaginas cosas que no son.

– Sí...puede ser. Pero es inevitable sentirse mal cuando otro hombre y en especial Amancio, habla de ti con tanta propiedad.

– Vamos, Paulo – se dio vuelta para mirarlo y acarició sus pómulos con dulzura-. Sabes que exageras. Y además, ¿tan mala imagen tienes de mí?

– De ti no, pero ya no se qué pensar de ese hombre. Es evidente que ha puesto sus ojos en ti.

– Me ve como una buena empleada y confía en mi criterio. Ustedes han tenido conflicto y eso nubla tu juicio.



– Mira, piensa lo que quieras. Pero no te fíes, él no es la dulce paloma que crees. ¡No puedo entender que justo tú, que dices ser la desconfianza en persona y lo has demostrado conmigo, estés tan obnubilada con él!

– ¡No estoy ciega ni soy tonta! Me trata muy bien, con cortesía y amabilidad. Se siente comprendido por mí, de ahí su invitación a salir, está algo presionado por su novia y la empresa. No puedo cortar mi vínculo con él cuando no hay motivos ni me ha faltado.

– ¿Aún si te lo pido?

Su rostro ilustraba sus sentimientos y no le gustaba esa obcecación, por lo que no dudó en manifestarlo.

– No soy una muñeca que manejas, no me gusta me quieras señalar con quién hablar y con quién no .

La conversación comenzaba a tomar carriles desagradables aún cuando el abrazo no se aflojaba y la conexión física no cedía un ápice. Él resopló con ruido y la miró, para acto seguido bajar el tono de sus recriminaciones.

–Discúlpame, Marcia. Créeme que no es lo que deseo, no soy un dictador o un dominante. Pero es que en realidad pienso que Amancio es un manipulador y siento celos, no me contengo.

Ella aminoró su enojo y lo besó con ternura para ser correspondida con dulzura y pasión.

–Solo pienso en ti, te lo puedo asegurar–lo tranquilizó–. No juego a dos puntas, no es mi estilo. Pero entiende que no estoy en una posición sencilla. Me he propuesto no mezclar las cosas y le pediré a Amancio que haga lo mismo, de la forma más clara y amistosa posible. Lo va a entender a la perfección, ya verás.

– ¿Qué tanto tiene él que hablar contigo, por favor? –señaló fastidioso.

–Se siente cómodo y dice que lo entiendo mejor que nadie.

–Ahá–dijo mosqueado–. Bueno, laudemos el tema acá. No quiero que

nuestro disfrute se empañe por tonterías y menos por nada que tenga que ver con Amancio.

–Lo mismo digo–sonrió con alivio–. ¿Qué haremos hoy?

– ¡Amarnos como locos! –susurró en su oído, logrando estremecerla con la profundidad del deseo que su voz expresaba y que le contagiaba. Pero aún así lo chicaneó:

– ¿Solo eso?

– ¿Te parece poco? Está bien, redoblo la oferta. Cena, baile y cine. Todo en casa, a domicilio. Y después el postre.

–Acepto, es un plan fabuloso–se pegó a él.

Olvidarse del mundo, del gerente y todo lo que no tenía que ver con ellos era una sensación dulce y novedosa y la quería disfrutar cien por ciento. Cada vez se convencía más que sus sueños se cumplían y tenía que disfrutar de la realidad actual antes de elaborar otros a futuro. Paulo era eso: un hermoso, cálido y merecido presente que cada vez tenía más posibilidades de convertirse en algo más que una relación pasajera. Y le encantaba .

2.

“Solo esta bella morena puede hacerme perder tanto la conciencia del tiempo. Estar a su lado es detenerse y disfrutar de la hermosura de su cuerpo bendecido por la naturaleza y de un corazón sencillo y puro, que escondido al comienzo para evitar ser herido, se muestra y se abre a mí cada vez más”, reflexionó.

Esto le encantaba y a la vez le imponía respeto. No quería hierla por ninguna circunstancia y sentía que sus celos aññados fueran motivo de

discordia. Es que no podía evitar sentirse furioso ante la sombra que Amancio cernía sobre su vínculo.

Aquel disfrutaba molestarlo, era cada vez más obvio, y él caía como un tonto ante cada provocación. Tal vez Marcia, o sin tal vez, no percibía las sonrisas irónicas, las miradas insolentes, la sutil forma de azuzarlo con frases o gestos. Seguía sin entender como una relación cordial aunque no amistosa entre ambos se había convertido en un tenso tira y afloja. No se engañaba, él no había cambiado. Era posible que el gerente tampoco y solo mostrara ahora su real cara.

Esa nueva semana iba a ser intensa dado que la Junta de accionistas se avecinaba. Pretendía presentar su pedido de un ajuste a la política de inversiones y la realización de planes que fueran respetados por la gerencia. En los últimos meses no se sabía con exactitud el rumbo de la empresa por falta de trabajo en equipo: el gerente hacía y deshacía sin consulta a nadie, a veces a contrapelo de decisiones superiores. No le importaba cómo lo tomara aquel, era su dinero también el que se jugaba y por tanto su estabilidad.

Lo inquietaba además no tener una labor más desafiante, que lo interpelara y llenara más. Y de esto no podía culpar a Amancio. Sentía que se imponía el cambio, era necesaria una nueva orientación profesional; pero no iba a abandonar sus responsabilidades ni su dinero por ello.

Gran parte de sus ideas actuales eran fruto de su mente inquieta y su alma de ingeniero que se sentía encerrada en tareas de administración, pero sin duda Marcia había acelerado el proceso. Su vida laboral y sentimental se conmovía y todo él apostaba por el cambio, moverse hacia adelante. Tal vez pareciera un salto al vacío: dejar el calor y el respaldo de una mega corporación en su mejor momento, una que lo había cobijado y le había permitido crecer hasta ser parte dueño de la misma.

Los Do Nascimento pensarían, con razón o no, que era un desagradecido.

Buena parte de los contactos y vínculos que tenía dependían de su lugar en la empresa. Ir por un camino individual, como elucubraba, implicaba empezar de nuevo. Él se tenía confianza y se sabía bueno aunque algo oxidado en su especialidad. Los desafíos le gustaban. Así que sus pensamientos iban y venían considerando todo.

En lo concerniente a su naciente romance se veía cada vez más embelesado. No sabía si era amor, pero era un sentimiento tan fuerte que lo mantenía en vilo cuando ella no estaba y sentía su corazón lleno cuando su presencia se imponía. Recorría terreno desconocido, a tientas pero disfrutando cada minuto compartido, cada beso y abrazo, cada nota de placer sexual, cada charla y cada silencio.

Y el desborde de celos que le quitaba control cuando percibía ojos ajenos sobre la figura de la mujer no tenía que ver en forma exclusiva con su complejo de macho alfa. Era algo más, tal vez temor de perderla. Sentía miedo de sus propias sensaciones, de no recibir lo mismo, de comprometerse sin cláusulas de salvaguardia ni paracaídas.

No tenía siquiera un poco de molestia o prurito por la diferencia racial, eso sí que no. Nunca había sido racista y sus amistades siempre tenían que ver con la sintonía de la mente y el sentimiento más que con el color. Agradecía la amplitud de miras de su familia al respecto. Precisamente el día anterior había visitado a su hermana y había dejado caer, ante la siempre realizada y nunca contestada pregunta sobre su estado sentimental, que estaba en medio de una relación amorosa.

Su hermana había detenido en seco su tecleo en la laptop y lo había mirado con la boca abierta.

– ¿Me dices que tú, Paulo Marinho, está saliendo con alguien que te ha calado tan hondo que no puedes evitar decirlo? Esto es serio, bien serio – bromeó.

– Deja de exagerar.

– No, no, no. ¡Paren las rotativas! ¡Mi hermano, el irreductible soltero y empedernido solitario, partidario y jugador del “toco una vez y me voy” ha caído, señores! – recitó con gracia.

– ¿Te diviertes? Bien, excelente, búrlate, disfruta – rezongó.

– Tú no tienes noción de lo extraño que resulta. Tantos años esperando por una cuñada, rogando al Cielo por una mujer con cojones que te ponga en caja... Llegué a pensar que nadie lo lograría. Pero bueno, dime ya, ¿Quién es? ¿Cómo es? ¿Cómo la conociste? ¿Tienes fotos? ¿La vamos a conocer? Te lo digo todo junto así te explayas sin mi interrupción.

– Se llama Marcia y es contadora en la empresa, hace algunos meses. Es...la morena más bella que he visto. De hecho es la mujer más hermosa que te imaginas.

– Y siguen las sorpresas. ¿Es negra? – preguntó con naturalidad, sin ningún gesto de alarma.

– Sí. Salimos hace muy poco. Pero tengo que confesarte, aunque te rías y goces, que me tiene de cabeza.

– Los pájaros reacios como tú cuando son atrapados es por un cebo bien interesante, perdona la expresión. Quiero decir que se justifica, tiene que ser una mujer espectacular, no lo dudo.

– Estoy muy bien. Trato de ser cauto y no apurarme. Ella tiene una historia de vida dura y es desconfiada.

– No me digas, ¿tiene hijos, es divorciada?

– No inventes. Es solterita. Su madre fue asesinada cuando niña y hasta hace bien poco vivía en la Rocinha.

– Ah, caray, de verdad es triste – se la notó impactada pero pronto arremetió con sus preguntas – . Debe tener un temple formidable, lograr un estudio terciario viviendo en la favela. Sabes que no cuestiono capacidad sino

medios.

– Es muy inteligente, mucho.

– No lo dudo. Estudiar y romper el círculo de la pobreza no es fácil y ella lo ha logrado. Un ejemplo de tesón y de que cuando se quiere se puede.

– Sí, ella dice que todo se lo debe a su padre y al esfuerzo de sus hermanos que la protegieron siempre. Ahora promociona al más chico y a su sobrina para que estudien. Se mudó con su familia y está muy bien.

– Confío en tu gusto y ojo para las mujeres, hermanito. ¿Cuándo la vas a traer? Tus sobrinas van a alucinar de placer y curiosidad.

Sonrió, estaba seguro que sería así.

– Tiempo al tiempo. Veremos cómo seguimos. Estoy algo enredado con el trabajo y tengo mis encontronazos con Amancio. No creo continúe mucho más en la empresa, no estoy cómodo. Pero tantos cambios ameritan ser analizados para poder dar los pasos con calma.

– Vas a girar el eje de tu vida. Genial, Paulo. Sabes que cuentas con nosotros. Y si me permites el comentario, no me gusta Amancio, nunca lo encontré de confiar. Debajo de esa rutilante sonrisa y rostro adorable, se cocinan pensamientos non santos, estoy segura.

Asintió. Su hermana era buena jueza de carácter y pocas cosas se le escapaban. Le alegró que concordara con él, no estaba tan loco ni tan cegado por los celos.

## **Capítulo 23.**

1.

Jugeteaba con su Rolex mientras esperaba que llegara la hora de retiro de los empleados. Había visto que Paulo arribó tarde y se encerró en su oficina y no dudaba que estaba programando algo para la próxima reunión de la Directiva. Se empecinaba en cuestionar su papel de jefe y como un mastín intuía que algo no cerraba del todo con los números, pero no sabía qué.

Era no solo estúpida sino peligrosa esa actitud desafiante. Pero él cubría todos sus pasos, no en vano aprendía día a día los beneficios de codearse con individuos acostumbrados al mundo del dinero fácil y no legal que se lavaba a través de distintas vías.

Además de la contabilidad paralela que había creado, cortando la información entre quienes manejaban los números y las entradas y salidas de dinero, tenía a su servicio a una red de proveedores de boletas, estados de cuenta y todo lo que fuera necesario para laudarse el tema. Incluso había establecido, gracias a un muy buen hacker, programas espía en los ordenadores de empleados y accionistas, además de limitar el acceso de los mismos a cuentas bancarias que por su falta de movilidad aparente tranquilizarían a los socios no tan hábiles en la informática.

“Tengo varios colchones o redes de seguridad” se jactaba. Lo que había comenzado como una tímida aventura en un mundo ilegal se había transformado en lo que lo motivaba.

Vio entonces a la mujer recolectar sus cosas y tomar su cartera y se aprestó a abordarla con displicencia. Su plan de seducción no cejaba y la urgencia por poseerla aumentaba al pensar que con ello dañaría a Paulo.

Apenas una semana había transcurrido desde el orquestado beso y creía era tiempo de ir por más. Estaba seguro ella lo deseaba en su fuero interno.

– Marcia – la llamó con una sonrisa cuando se retiraba –. ¿Tienes un minuto?

Ella aseveró con la cabeza y lo miró, esperando.

– ¿Me aceptas una invitación a un café? Tengo unos temas para comentarte y veo te vas.

– Es que estoy apurada – ensayó ella una disculpa, débil excusa probablemente para engancharlo más y hacerse la difícil.

“¡Pobre zorra, si conoceré a las de tu clase! ¡Crees que soy un pez fácil de engañar con artimañas!” despotricó para sí. Decidió darle alas y fingió un gesto de pesar.

– Es importante, no te lo pediría si no fuera así.

– Está bien, si no es muy extenso – su voz sonó algo rara, era claro no podía disimular la ansiedad que le provocaba.

“Ya te daré lo que mereces, perra. Por ahora cree que me dominas”.

– Vamos entonces, te prometo seré breve – contestó mientras veía por el rabillo que Paulo salía de su despacho con obvias intenciones de marcharse.

Esto le hizo acercarse a ella y tocar con familiaridad su brazo a la par que le comentaba:

– Me encanta que podamos compartir otro momento fuera de estas paredes.

Su regocijo fue mayúsculo al ver al otro encajar las mandíbulas sin disimulo y quedar parado mientras el conducía a la mujer por el codo hacia el ascensor, con aires de propiedad. La llevó a un café contiguo a las oficinas donde comenzó a detallarle nimiedades en apariencia importantes para la próxima Junta, pidiéndole un informe extra sin ningún sentido real. Pronto derivó la charla a cuestiones más íntimas.



– Sabes, Marcia, he pensado estos días lo egoísta que he sido.

Ella lo miró sin entender.

– Tú me escuchas y contienes y yo nada sé de ti, de tu vida fuera del trabajo.

– Poco hay de interés – se removió algo nerviosa.

“¡Quién sabe qué secretos oculta! Debe tener un pasado de órdago. Las putas como esta no llegan a dónde están sin acostarse con quien se les cruce”.

– Siempre hay algo que contar. Me gustaría conocerte más, de verdad.

La miró con intensidad, tomando su mano. Volvió a percibir que ella reaccionaba con nervios.

– Amancio...

– Mira, lo he pensado. Creo que esta afinidad que siento contigo es... maravillosa. Una amistad impensada.

– Sí, amistad.

Bebió parte de su copa y decidió avanzar.

– Una amistad dulce y bienhechora, de hecho.

– Fingió tocar de casualidad uno de sus pechos al llevar el dedo índice a su mejilla. Se ruborizó y revolvió en el asiento.

– Verás, Amancio. Sin duda tú eres una persona de una gentileza y caballerosidad dignas de todo elogio.

La detuvo tomándole la mano y llevándola a su pecho.

– Tú ya estás aquí, querida. Lo mío no es solo amabilidad, mereces mucho más que eso.

Volvió a beber de golpe y pidió una nueva ronda de vodka y refresco, ya que ella había rehusado alcohol o café.

– He discutido con mi prometida, sabes. Muy fuerte. La confronté para

saber sus sentimientos. Fue muy fría, tan gélida. Negocios, dice – empujó su vaso.

– No es bueno que bebas. Estás mal por lo de tu relación, el alcohol no la va a sanar.

– Tienes razón. Es verdad, bueno, dejemos esto. ¿Nos vamos? –. Pareció aliviada.

Ya en el vehículo decidió moverse más aún y manifestarse; era suficiente de tonteras. Frenó de golpe y se detuvo, mirándola. Ella le sonrió expectante y decidió que esa era la señal. Avanzó hacia ella y tomó sus labios con fuerza, abrazándola y recorriendo con rapidez su costado en una caricia que buscó hacerse muy íntima. Ella se revolvió y de pronto sus manos lo apartaron con energía a la vez que le decía:

– ¡No, Amancio! ¡No te confundas! ¡Estás comprometido y aunque herido, la amas y debes arreglar la situación!

La miró embotado. “¿Qué dice esta perra?” pensó con furor. “¿Me rechaza?”

– Mantengamos así nuestro vínculo. Somos amigos a la par que jefe y empleada. Mezclar no es bueno y además yo estoy saliendo con alguien.

La continuó mirando con estupor. ¡Lo rechazaba! Esa perra, negra inmundada se creía con aires para decirle no a Amancio Do Nascimento. Trató de calmarse y volver a su estado normal aún cuando la furia lo cegaba.

– Perdona, Marcia. No sé que hago. Estás en una relación, dices – su voz sonaba metálica y casi automática.

– Sí, con Paulo – sentenció haciendo que su furia interna aumentara.

– Entiendo...Mira, tienes razón. No sé que pensé. El vodka me ha pasado factura, bebo poco y no me siento bien. ¿Podrás perdonarme?

Ella asintió. El retorno fue silencioso y cuando la dejó, fingió preocupación y remordimiento al manifestarle su temor que ahora lo

considerara un desubicado. Ella negó con énfasis y lo saludó con cierta timidez. “¿Sentía piedad por él, qué se creía?”

Una vez en la privacidad de su apartamento pudo abandonar su careta y descargar su enojo y decepción sobre los adornos y cristales, cortando una de sus manos en el proceso.

— ¡Putra negra del infierno! ¿Quién crees que eres? ¡No tienes idea de lo que has hecho, te va a costar muy caro! ¡Vulgar ramera, te acuestas con cualquiera y te das el lujo de prescindir de mí como si fuera uno más! ¡Vas a sufrir, vas a desear haber sido objeto de mis más bajas pasiones! ¡No te va a alcanzar la vida para arrepentirte!

Le costó un buen rato recobrar la compostura y serenar el caos de su mente. No estaba acostumbrado a que sus planes o deseos se frustraran. Siempre que eso ocurría le provocaba la sensación de perder el control de todo y poder, una de las más pésimas situaciones. Solía planificar sus pasos de modo tal de controlar toda variable y normalmente el comportamiento humano era fácil de predecir. Dinero, poder, amor y deseo eran según él las que movían a todo individuo y por tanto controlar uno era asegurarse el éxito.

¿Qué falló aquí? ¿Cómo una vulgar mujerzuela escapaba de él? Creía tenerla ya en su redil, rendida a sus encantos y lo había rechazado disfrazándolo de conmiseración y contemplación, lo que hacía la situación aún peor. “No soy quien necesita tu lástima, maldita. Al menos estás aún convencida de mi bondad y lo atribuyes todo a confusión por mi supuesta mala relación con Lucía” sopesó con frialdad. Se vengaría usando eso a su favor; nadie se burlaba así de él y salía indemne, pronto lo percibiría.

Se incorporó y dirigió a su habitación. Debía calmarse y para ello era imperativo meditar, un buen baño, dormir. En la mañana de seguro tendría claro como proseguir. Tanto Marcia Da Cunha como Paulo Marinho acabarían por conocerlo y sufrir.

Nadie que lo desafiara debía salirse con la suya. Este pensamiento lo fue calmando. Todo volvería a su cauce, le daba exceso de importancia a gente sin valor. “Tu buena estrella se apaga, negra. Veamos si tu amorcito puede salvarte de lo que se te viene”.

2.

Había experimentado tensión, pesar y preocupación todo el rato al sentir que no podía ayudarlo, pero al final creía haber sido clara con él. Lamentaba que hubiera bebido así, lo sacó de su eje y le hizo cometer un error.

“Pero todo está bien, él reconoció que fue un malentendido fruto del alcohol y el estrés que le provocan la presión de su novia y los negocios. Está confundido y angustiado y soy el único oído comprensivo”.

Por fortuna se atrevió a hacerle saber que tenía vínculos con Paulo. No fue su primera opción, hubiera preferido no hacerlo, no mezclar ámbitos, pero era necesario. Vio la mirada tormentosa de aquel cuando los observó salir de la oficina, quien sabe que ideas le estaban comiendo la mente ahora.

Era muy, muy celoso y eso en parte le gustaba porque demostraba su interés pero a la par veía importante convencerlo que no había nada por lo cual alarmarse. Ella no era mujer que jugara con los sentimientos de otra persona.

Decidió llamarlo de inmediato para que no tejiera falsas impresiones. Lo extrañaba, añoraba sus besos y el férreo cerrar de sus brazos en su cintura. La atendió luego de varios timbrazos y la voz evidenciaba la molestia.

– Marcia, ¿dónde estás?

– En mi casa, Paulo. ¿Quieres venir por mí? O si lo deseas nos vemos en otro momento – soltó con cautela.

– No, no. Claro que voy por ti – su voz se aligeró y comprobó que estaba

de mejor humor cuando vino por ella y comenzaron a pasear por las calles de Copacabana.

– Te vi salir con Amancio y no me gustó nada.

– Sí, me pidió charlar y no podía negarme.

– ¿Por qué no? Es tu jefe, no controla tu vida – dijo con aspereza.

– Lo sé – se vistió de paciencia – . Pero tenía que ir para poder aclarar los tantos. ¿Es lo que querías, no?

– Sí, pero espero que haya sido lo que tú querías también – la miró de hito en hito.

– Por supuesto. Me cae muy bien Amancio y lo veo desbordado, aunque tú no lo creas. Pero le he mencionado que estamos saliendo y las cosas han quedado claras. No podía darle esa información en la oficina, ¿no crees? Seríamos la comidilla del lugar.

– A mí no me importa, Marcia. Yo voy en serio contigo y no juego.

– Yo tampoco – lo observó con fijeza mientras miles de imágenes surcaban su mente.

A veces le parecía tan extraño encontrarse con un buen trabajo, vivienda fuera de la favela y codeándose con gente con la que ni siquiera soñó. Ese estrechar contacto con un hombre, el recibir su cariño y su respeto, su valoración física y emocional era inimaginable algunos meses atrás y agradecía tanto por ello.

Recordaba frases de su padre, incluso palabras de Asmina en sueños que le aseguraban que todo llegaba a quien sabía esperar y luchar por ello. A veces, sobre todo en la última semana, un sobresalto la ganaba y la espinita del miedo la carcomía. “¿Será verdad? ¿Es este el amor de mi vida y vino para quedarse?”.

Se gritaba que sí; cuerpo y alma le dictaban que Paulo era el indicado, ese gemelo de la vida que calentaría de aquí en más la hoguera de la pasión y el

amor. ¡Cuánto deseaba que él experimentara esa misma sensación de estar completo! Sus palabras parecían indicar que así era y no tenía por qué desconfiar, además que tampoco había nada para perder.

Volvió a la realidad y tocó el cabello del hombre mientras manejaba concentrado. Él se volvió y le sonrió ante el contacto.

– Mi hermana ha quedado muy intrigada, arde en deseos de conocerte.

Se sobresaltó, no esperaba esa situación. Creía que apenas comenzaban a transitar el camino juntos, no había imaginado siquiera la posibilidad de involucrar a las familias aún. No es que se negara a la idea, la tomaba de improviso.

Claro que a Joao y sus hermanos les encantaría conocerlo, estaban algo inquietos por no saber nada de su romance. Guardó silencio ya que no supo que contestar pero él percibió su confusión.

– No te preocupes, la mantendré sujeta – hizo un silencio – . ¿Quieres ir a mi casa?

Su mirada la turbó: encendida, provocadora, anhelante.

– Claro que quiero – contestó con un susurro.

Ansiaba perderse en sus labios y apretar su cuerpo contra aquel pecho fuerte y firme; se sentía feliz, segura y querida allí. Era uno de los lugares más tibios del planeta, a su parecer.

¡Cuán largo puede ser el exilio del amor, cuánto tiempo se puede vivir creyéndose inmune a él! Pero bastan un par de ojos francos, unos labios rientes y besadores, un alma gemela para que el destierro finalice y el corazón explote de deseos de mirar, tocar, oler y saborear al otro.

Hicieron el amor varias veces esa noche: lentamente como el arder de una vela, con pasión como el fuego que consume los leños, con dulzura como libando el polen de una flor dulcísima. La memoria de las retinas, las manos y el corazón se completó con sus formas, sonidos y sentires.

El sol de la mañana se coló descubriéndolos juntos esa y otras veces más en una rutina que comenzó a repetirse día sí y otro también, alcanzando la relación un estatus de estabilidad que a ambos satisfacía. Dos semanas transcurrieron y la primera impresión causada por la idea que las familias se conocieran comenzó a atemperarse y naturalizarse, lo cual mostraba a las claras los visos de seriedad que los dos sentían.

El trabajo, por otro lado, se veía disminuido y esto se debía a que la Junta de inversionistas se acercaba y los preparativos habían sido hechos con tanto tiempo que todo estaba dispuesto. Amancio estaba menos presente y parecía más indiferente. No la inquietaba, era muy factible que las preocupaciones diarias, la cercanía de la boda y cierto prurito dada su osada actitud la última vez, la frenaran de charlar tanto con ella. De esto se percató también Paulo y no dejó de mencionárselo, tal vez intrigado por el repentino desinterés.

– Sí que lo frenaste, en apariencia se ofendió. Casi no se le ve por acá.

– No es para tanto. Debe tener miles de cosas para resolver.

– Ojalá sea eso – masculló –. Ese hombre y sus silencios o desapariciones no me gustan.

– ¡Cómo exageras y qué mal lo juzgas! – lamentó.

– Tienes una venda en los ojos. Lo entiendo porque lo conoces hace muy poco. Pero te puedo asegurar que algo se trae entre manos.

Estos comentarios lo hacía en sus momentos juntos, pues habían decidido no ser demostrativos y ser profesionales en el trabajo, a pedido de Marcia que aún no se sentía cómoda con el hecho que los demás supieran de su relación sentimental.

## Capítulo 24.

1.

Paulo llegó temprano ese día que sería de actividad intensa aunque dispar. Por un lado, estaba en proceso de definir su proyecto laboral personal independiente y le gustaba hacerlo en la empresa. Cuando estaba en el apartamento su mente volaba más y le costaba aterrizarla para concretar acciones. El ambiente más estructurado y reglado de la oficina lo ordenaba y la vista de Marcia más que distraerlo lo alentaba.

Su decisión de irse de la compañía de la familia Do Nascimento estaba tomada. En un principio pensó en buscar opciones en empresas rivales; más de una le había hecho propuestas concretas muy buenas en el pasado. Pero su mente le decía que era momento de comenzar algo por sí mismo, un nuevo emprendimiento que conjugara su capital con sus conocimientos y ofrecer asesoría.

Le permitiría desarrollar su potencial, recuperar capacidad de trabajo y ser su propio jefe. Estaba colmado hasta hacía muy poco pero la sensación de falta de desafíos se unía a la creciente mala relación con Amancio. Esto no tenía vuelta atrás, lo sabía bien. Ambos eran orgullosos y se habían dado la espalda.

Reconocía que una parte de su animosidad hacia él había recrudecido desde que se mostró interesado en Marcia. Interés extraño y difícil de interpretar más allá de lo puramente sexual. Amancio nunca procedía solo impulsado por instintos o impulsos y había gato encerrado. “O son mis celos patológicos” se rezongaba.

Por otra parte, ese era el día de la esperada Junta que se venía



posponiendo hacía algunas semanas, lo que le había generado mucha expectativa y preocupación. Le parecía por lo menos sospechoso que una reunión que debía ser de rutina para evaluar y casi que aceptar los lineamientos empresariales se manejara con tanto secretismo. Por cierto que lo iba a plantear, le molestaba la falta de transparencia en la información acerca del avance de los proyectos.

A su desconfianza en torno al estado financiero real derivada de no acceder a los números del día a día, se agregaba su extrañeza frente al cambio en la forma de acceso a las cuentas de la empresa. Esto es, se ingresaba pero solo a ver montos parciales y no detalles de los mismos. Los grandes números no parecían mostrar cambios y eso lejos de tranquilizarlo lo desconcertaba: sabía que los gastos en los proyectos constructivos eran grandes.

Todos estaban enterados que una parte del capital de base se había gastado, es decir invertido en el mega – edificio y que los ingresos tardarían en volver. Por ello la inmutabilidad de los archivos era extraña. Sin embargo el resto no parecía preocupado, se había comunicado con Ayala y otros y tristemente, ni siquiera habían mirado los estados financieros. ¡Cualquiera podría robarlos sin que se dieran cuenta por un tiempo! No parecía estar en el espíritu de Fabio, lo que pasa es que la confianza era en una firma honesta a carta cabal por décadas.

A las 10 en punto entró Amancio del brazo con su prometida y seguido por Greta y otros socios. Era evidente que se habían encontrado al ingresar y el ambiente parecía distendido, aunque notó al gerente algo serio que ni siquiera se molestó en saludar a los empleados, Marcia incluida entre ellos.

Suspiró y tomó su laptop a la vez que se incorporaba y se dirigía a la sala de juntas donde todos habían ingresado ya. Guiñó un ojo a Marcia al pasar y su sonrisa lo iluminó. Sabía lo importante que era este trabajo para ella pero

le encantaría contar con su apoyo cuando se independizara. Sería cuestión de plantearle las ventajas, por ahora lo mantenía como una idea.

Cerró tras de sí al entrar y decidió dejar sus fantasías para concentrarse en la reunión. Que estuviera por dejar la empresa no implicaba que iba a dejar de monitorear lo que ocurría; su capital estaba ahí invertido y quería cuidarlo.

Amancio dirigía desde el lugar central la reunión y permaneció en silencio mientras la Contadora Jefe presentaba parte del detalle de rutina. Se mostraron los éxitos de los últimos meses en lo particular en la venta de inmuebles de alta gama y con rimbombante estilo el gerente anunció el fin de las obras del mega edificio y su inauguración el mes entrante, lo que generó aplausos de contento.

Uno de sus desacuerdos resueltos: sabía que sus providencias en torno a la seguridad habían encontrado eco luego de amargas discusiones pero al menos estaba listo y en buena forma.

Luego de esa retahíla de buenas nuevas los accionistas se sentían y veían satisfechos y quiso inquirir entonces sus dudas, pero Amancio se aclaró la garganta y con seria expresión solicitó la atención de todos, cosa que hicieron dada la pomposa severidad de su rostro.

– Esto que vamos a discutir ahora es de estricta reserva. Le pido a quienes no son accionistas se retiren por favor.

La contadora, su ayudante y la secretaria tomaron sus enseres y se marcharon, de seguro inquiriéndose que asunto tan secreto requería ese pedido, en extremo inusual. Los demás se preguntaban lo mismo y fue Ayala el primero en romper el silencio.

– Pues si que has sembrado misterio, Amancio. ¿Qué puede ser tan reservado?

– Nos intrigas, hermano – exclamó Greta mientras aquel preparaba unos documentos que sacó de su portafolios y los repartía.

“¿Qué te traes entre manos?” pensó Paulo.

– Estimados amigos, luego del racconto que acabamos de escuchar sobre nuestros éxitos, me temo que estoy en la obligación de detallarles algo grave, muy lesivo para los intereses de la empresa y por ende para cada uno de nosotros.

Lo observó tan intrigado como todos los demás. Apenas había podido meter baza en la primer parte porque no había tiempo y ahora que creía llegada la oportunidad, empezaba con esto. No tenía idea adonde iría a parar.

– Ustedes son conscientes de lo importante que es para mí esta empresa. Es mi orgullo y el de mi familia. No solo porque son décadas de trabajo duro y con éxitos sino también porque nunca hemos tenido que mendigar a los gobiernos nada que no mereciéramos así como nuestro registro de relacionamiento con los trabajadores es impoluto.

Hizo un gesto teatral, bajando la cabeza. Tenía a su público embelesado, incluso a él tal era el suspenso.

– Pero la confianza que he fomentado estos años con el personal ha sido violada y con ella hemos sufrido pérdida de capital.

El anuncio fue como una bomba. A Greta y a él mismo le costó reaccionar y entender, pero Ayala saltó casi como sobre un resorte.

– ¿Quieres decir que nos han robado? – aulló – . ¿Cómo?

– Así es. De una manera sutil y solapada, al amparo del enorme trabajo que hemos desarrollado, alguien ha manipulado las cuentas de una manera tan hábil, tan magistral, que nos costó deducirlo hasta esta semana.

– ¿Cómo? ¿Quién? – seguía gritando Fabio mientras él aún no caía.

Esta parecía ser la respuesta a sus dudas, la explicación a lo que no le cerraba de los estados contables.

– Hace algunas semanas algo me llamó la atención – continuó Amancio – . Un pequeño desacuerdo entre lo que yo había autorizado como

gasto y lo que realmente fue girado. A partir de entonces traté de seguir los números y me di cuenta que había una fuga. Por ello contraté a alguien de fuera para que monitoreara en las sombras el trabajo en las redes informáticas. Y su investigación pudo desenmascarar que alguien manipulaba las cuentas patrimoniales de manera muy hábil, haciendo sustantivos quites de dinero.

– ¿Puedes ser más claro? – exigió.

No terminaba de cerrarle lo que contaba, no veía claridad ni pruebas.

– Un empleado de esta empresa nos ha robado y grande. De una manera tan fantasmal que casi no hay pruebas, porque para serles honesto, tontamente autoricé gastos y firmé cheques sin corroborar que fuesen esos montos los extraídos. De hecho, esos documentos fueron adulterados. Fui confiado y benevolente y eso nos ha costado la cifra que ven ahí.

Era monumental: los papeles mostraban conformes y cheques por cifras astronómicas. Era un golpe muy grande y todos se veían alelados.

– ¿Quién es el responsable? – chilló Fabio Ayala.

Amancio tragó saliva y meneó la cabeza con afectado desaliento, mirándolo a él con fijeza mientras expresaba:

– No lo puedo afirmar, no puedo acusar ya que las pruebas no existen, son como el humo y no sé si podremos hacer algo.

– Pero tú sospechas de alguien – señaló Greta.

– Creo que tiene que ser la contadora Marcia Da Cunha – soltó ahora sin tapujos.

Escucharlo decir eso fue como un baldazo de agua fría y levantó la vista con celeridad. No podía creer que la involucrara, ella solo manejaba papeles de registro de lo gastado.

– Hasta donde sé, tú solo le das tareas de ordenar registros contables, no de retiro de fondos. Para ello se necesitan claves, entre otras cosas.

– Entiendo que seas tú precisamente el que no lo entiendas, Paulo, dado tu vínculo con ella – indicó con una seriedad que sus ojos desmentían mientras lo taladraba, divirtiéndose sin dudas – . Pero ella se mostró tan eficiente y responsable, tan activa que confié. Fue cuando descubrí los faltantes que hice investigar su pasado con un detective. No fue cosa de muchas horas, ya sabía que su origen era de la Rocinha, donde vivió toda su vida entre ladrones y mafiosos.

– ¿Qué? – ladró Lucía – .¿Una faveleira? ¿En ella confiaron? ¡Claro que fue ella, no hay duda! Ella y sus mugrosos delincuentes amigos. Nada bueno puede salir de ahí.

Encajó las mandíbulas y tragó saliva, apretando sus puños para evitar desacatarse. Todo era un pandemónium y Marcia quedaba enlodada y en el medio de acusaciones gravísimas. Y ella afuera, ignorante de lo que ocurría, feliz y esperando por él. Confiando en Amancio.

¡Buitre maldito y malvado!; estaba seguro que algo no cuadraba, pero nadie parecía percibirlo y su propia objetividad estaba manchada por la relación que tenía con ella.

–¡Hay que denunciarla ya mismo! –exigió Lucía, que se veía fuera de sí.

– No tan rápido – frenó Amancio mientras se sentaba con calma – . No hay pruebas sólidas, solo indicios; el trabajo fue muy inteligente y me han hecho parte de él involuntariamente – suspiró – . Me haré cargo de lo que me corresponde y seré quien reponga el capital.

– No, tú no eres responsable – chilló su novia.

– Gracias, querida – tomó sus manos – . Pero un jefe debe ser menos confiado y cuidar más. No solo repondré el dinero, aunque les pido tiempo, sino que pongo mi puesto a disposición – señaló bajando su cabeza.

– Has sido honesto y procediste bien – exclamaron varios – . Todo el peso debe caer sobre esa arpía. Despedirla ya y nada de referencias. ¿Seguro no se

la puede denunciar?

– Creo que sería perder el tiempo. Atraeríamos las organizaciones de defensa de empleados, mujeres y negros que nos catalogarían de racistas y vaya a saber qué más – explicó Greta –. Nos llevaría a juicio y si no hay pruebas nuestra imagen se vería muy afectada.

No podía más que escuchar pero llegado a este punto no pudo evitar exclamar:

– ¡Están estigmatizando a una mujer, una empleada, sin más pruebas que la palabra de Amancio, que ha expresado más dudas que otra cosa!

Este lo miró altivo.

– ¿Y no es suficiente crédito para ti? ¿Crees más a esa mujer con la que te acuestas?

Se levantó con furia y avanzó hacia él, pero fue frenado por los otros. Mientras esto ocurría empezó a sentir gritos afuera.

– ¡Ladrona! ¡Sinvergüenza! ¡No dudaste en morder la mano que te dio de comer!

Corrieron hacia allí para ver como Lucía Salvattore increpaba y cacheteaba de manera brutal a una desconcertada y aterrorizada Marcia. Greta tomó del brazo a la vociferante mujer mientras Ayala se adelantaba y espetaba:

– ¡No puedes negar de dónde vienes, negra faveleira!

El desprecio de sus palabras golpeó a la muchacha como un yunque y la hizo retroceder. Se vio rodeada por un coro de furiosas personas que se sucedían para insultarla. Todos menos Amancio que miraba desde la puerta de la sala de juntas, con una mueca torcida en sus labios.

Se adelantó y tomó a Marcia por el brazo, separándola de todos y buscando protegerla de la turba de clase alta que la asediaba con su odio y furia. El brillo de sus ojos, el temblor de sus piernas y labios mostraban el

pavor que sentía. La llevó hacia el ascensor y detrás se sintió la voz del gerente casi metálica que señalaba.

– Marcia Da Cunha, esta Junta la despide. Pase en los próximos días a realizar su liquidación salarial por recepción. A partir de este momento no es persona grata en nuestra empresa.

Ella se detuvo y quiso volver, no entendía.

– ¿Qué...qué ha pasado? No comprendo.

– Vamos, no podemos quedarnos un minuto más.

La llevó al ascensor de servicio y al cerrarse las puertas alcanzó a ver que la conmoción aún continuaba. Todo acababa de explotar.

2.

El mundo parecía derrumbarse a sus pies en forma inexplicable y terrible. Acurrucada en los brazos de Paulo volvía a revivir los tremendos minutos que acababa de enfrentar y no alcanzaba a entender nada. Preguntó una y otra vez pero el hombre cerró su abrazo y le pidió calma y fuerza hasta abandonar el edificio. Fue solo cuando estuvieron en el vehículo de aquel que la tomó por los hombros y mirándola con pena comenzó a desgranar parte de lo ocurrido, para su absoluto desconcierto.

– ¡No sé qué pasa, qué ocurre! – gemía – . Estaba todo bien, en absoluta calma, trabajando como hago siempre...Es lo que hago, parecían conformes. Lo hice todo bien, lo que necesitaron. Y de pronto el escándalo, el golpe, la humillación, los insultos.

– Marcia, Marcia, cálmate, escucha. ¡Deja de llorar, mi amor! Sé que acabas de atravesar una pesadilla, pero debes recomponerte.

Contuvo un nuevo hipo y respiró hondo. Tenía que escuchar a Paulo, debía tranquilizarse, no podía seguir en ese estado que nada resolvía. Lo miró

y lo conminó:

–Cuéntame todo lo que pasó en esa Junta. ¿Por qué todos fueron por mí, con esa furia y enojo? ¿Con ese odio? No merezco eso ni tengo por qué soportarlo.

– Así está mejor. Te prefiero rebelde y guerrera que el despojo de lágrimas que eras recién.

– ¿No estarías tú...?

– Yo sé, lo sé. Intento cambiar la forma de encarar lo que se viene porque es producto de graves acusaciones que pesan sobre ti, querida.

Lo miró sin pistas de lo que le hablaba.

– ¿A qué te refieres? ¡Sé franco y relátame todo!

– Es largo y complicado...No, en realidad se puede resumir en pocas palabras, no por ello menos complejas. Amancio ha explicado que el capital de la empresa ha sido saqueado en parte con hábiles maniobras, culpando a un empleado, concretamente a ti.

Lo miró sin poder dar crédito a lo que escuchaba. ¿Amancio? ¿La acusaba de robar? Pero, ¿cómo? ¿De dónde salía eso? Sacudió la cabeza negando.

– No puede ser...Pero, ¿de dónde ha surgido todo? ¿Cómo no se acercó si sospechaba algo de mí? Pretendió ser mi amigo además de mi jefe...No, no alcanzo a dimensionar. ¿Tan equivocada puedo haber estado?

– Es todo muy confuso y extraño. Manejó toda la Junta para tener siempre la voz, la batuta. No pude realizar ninguno de los planteos que deseaba. Y al final soltó la bomba, con misterio. Habló de transacciones y giros por montos muy altos, hechos a sus espaldas, con documentación adulterada. Mencionó tu nombre presionado, dice que te hizo investigar. No tiene pruebas sólidas.

– ¿Y entonces? ¿Cómo se atreve a ensuciarme así? ¿Por qué me han



agredido si la situación no es tan clara?

– Manipuló los enojos y la ira de los accionistas. Eso agregado a la rabia y racismo de su prometida fueron la chispa del escándalo.

– No alcanzo a ver por qué involucrarme a mí. Nada he hecho, Paulo, lo juro. No sé de qué me culpan, supongo que el hecho de trabajar con los números me expone, pero no solo a mí, yo solo registro. Los documentos que me proveen, las salidas de dinero que son autorizadas.

– Él dice haber confiado y firmado documentos que fueron modificados y así se fue evaporando dinero.

– ¡Jamás ha firmado nada para que yo cobrara! ¡Miente si dice eso! ¿Por qué lo hace? ¿Será que ha sido engañado, que me han involucrado y soy el chivo expiatorio de alguien más? Le han llenado la cabeza.

Algo la hizo temblar al percibir la mirada de Paulo.

– ¿Tú me crees? – el miedo le atenazaba la garganta.

Miedo por la pérdida del empleo, que ya era un hecho, y sus consecuencias. Temor por ser acusada formalmente aunque fuera consciente de su inocencia. Miedo a las humillaciones de los pocos amigos que había hecho. Pero sobre todo, miedo a perder la confianza de Paulo.

– Claro que te creo, Marcia. Yo te amo . Jamás podría pensar mal de ti.

La declaración dicha de ese modo tan natural pero en un momento tan tenso la arropó y se sintió menos pesada, menos sola.

–Nada es lógico ni claro en la acusación. Y aunque te sorprenda para mí está claro que esta es una gran trampa de Amancio.

– ¿Qué ganaría con eso? ¿Por qué perjudicarme?

–El usa a la gente a su gusto. Hay aspectos turbios en el manejo que hace de la empresa, estoy seguro y con esta jugada deriva cualquier sospecha hacia ti y queda libre de culpa y cargo. Las jugó de santo, prometiendo reponer el capital porque es su responsabilidad por confiado, además de poner su cargo

a disposición. Todos lo respaldaron.

– ¿Soy un peón que descarta en su juego, eso dices? – inquirió con amargura.

Nada parecía coincidir con el hombre que creía era su jefe, con el que se había relacionado tan bien, llegando a creer que la amistad era posible. ¡Qué tonta!

– A él no le gusta el rechazo y tú le pusiste límites. Con elegancia, pero lo hiciste. Además, el hecho que estés en una relación amorosa conmigo, que soy un rival y un estorbo, te condena. Es así.

– ¿Tan ruin puede ser?

– Las personas son capaces de todo si tienen un aliciente. Algunos más cuando lo que se juega es el poder y el dinero. Su caso es ese: el control es su meta, si lo pierde enloquece. De lo que sea: negocios, un juego, una relación. Nada puede escapar a sus redes sin verse afectado.

Se sumió en el silencio y trató de asimilar todo lo que le acababa de pasar. ¡La realidad nos coloca donde quiere; los mundos que nos inventamos y en los que parecemos encajar de pronto se mueven y todo cae! A la humillación y acusaciones se sumaba la pérdida del sostén económico que había modificado su vida y la de su familia. “¡Dios mío!, ¿qué haremos ahora? ¿Dónde iremos?”

– Paulo, mi reputación va a sufrir un golpe de gracia. Apenas tengo una, de hecho. Nadie me va a dar trabajo, estoy...

– Marcia – detuvo el vehículo–. No te preocupes por eso ahora. Lo bueno es que Amancio no puede llegar al extremo de denunciarte. No dudo inventaría pruebas si pudiera, pero no debe querer tentar a la suerte.

– ¡Nada he hecho, no puede denunciarme! –gritó.

–Lo sé, amor. Tranquila–acarició su cabello–. Mira, debes tomarte unos días para arreglar tus ideas y superar lo que te ocurrió.

–Debo buscar algo, tengo que mantenerme. Y el departamento...

–Deja eso ahora. Te van a despedir, te pagarán un dinero que te solucionará al comienzo.

– ¡No quiero nada!

–Tienes que tomar todo, lo mereces, no le hagas el gusto. Veremos luego que hacer. Deja el tema del departamento, no necesitas pagarlo.

– ¿Estás loco? Deberemos dejarlo... ¡Qué tristeza, papá y Ronaldo estaban tan feliz! –sollozó.

– Marcia...No necesitas irte. Es de mi propiedad, yo le di la solución y la idea a David cuando buscaba uno. Perdona, no te ofendas, no pienses nada raro. Úsalo y no pienses en eso.

Lo miró azorada por la novedad y luego se precipitó a sus brazos. ¿Ofenderse? Él la había socorrido aún cuando ella ni lo consideraba y le había proporcionado la mayor alegría al tener un hogar tan lindo. Y estaba aquí ahora, al pie del cañón en el momento más duro, confiando en ella y su palabra. Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas: por el dolor de sentirse usada y ultrajada pero también por la consciencia del hombre tan entero que tenía a su lado.

– Ah, Paulo – se le quebró la voz.

Le costaba expresar el inmenso amor que se le agolpaba en el pecho, parecía trabarse en su garganta.

– Nunca he conocido a nadie como tú.

– Ni lo harás – bromeó él, besándola –. No lo olvides, no te conviene buscar a nadie más.

Asintió sorbiendo el llanto, intentando mostrarse entera. Estaban llegando a su...al apartamento de Paulo y su padre se iba a preocupar si la veía hecha pedazos.

– Trata de descansar. No pienses demasiado. Yo volveré allá y

confrontaré a Amancio.

– No lo hagas, no por mí – le rogó – . No te involucres, te verás afectado.

– Lo hago por ti y por mí. Alguien tiene que decirle que no le cree, que es un gran manipulador y no todos bailan a su compás. Pero no te apures. Ya estaba en mis planes abandonar la empresa, lo vengo proyectado y organizando. Será un poco antes de lo pensado, pero estoy convencido que es lo mejor.

La besó largamente.

– Trata de no enloquecer pensando en lo que no tiene vuelta.

Lo miró y asintió, aunque en lo interno sabía que no podría. Era fácil decirlo pero era demasiado para no considerarlo, sopesarlo, enojarse.

– ¿Cómo puede uno dejar de revisar y repasar todo un trayecto de vida cuando siente que lo ha vivido en parte equivocada?

Porque esa era su sensación; había vivido una idílica relación jefe – empleada, magnate – pobre mujer amigos que solo tenía asidero en su cabeza. ¿Cómo pudo creer en las palabras de Amancio?

Le clavaba un puñal artero sin lástima y sin mostrar su juego, desde las sombras. Saludó agitando su mano e ingresó. La amarga sensación del abuso y la manipulación volvían a ella cuando creyó haber superado su postura de crédula e ingenua.

Tragó su malestar y grabó una sonrisa mecánica en su rostro para no alarmar a su padre y corrió a descansar pretextando una jaqueca. Hecha un ovillo sobre el lecho, entrechocó sus dientes y revisó las escenas. El desprecio y el odio en el rostro de Lucía Salvattore, la dureza de la cachetada, el filo más hiriente de las insultantes palabras en boca de varios.

Su imagen mancillada, los duros años de esfuerzo denodado para conseguir su título pisoteados, su honestidad puesta en tela de juicio... ¿Solo por gusto de un sujeto? ¿Por sospechas sin pruebas? Mujer, negra y pobre: las

tres características le acababan de jugar en contra, como siempre.

“Solo se salva el amor” pensó. “No es poca cosa. Pero no va a quedar todo así. No sé cómo ni cuándo, pero tendrán que resarcirme”.

Cuando el sueño por fin la ganó, una vez más Asmina tomó control de sus pensamientos y vertió el bálsamo de su experiencia en las heridas abiertas. “Cuando el azote, el insulto y la vejación eran mi pan diario, el amor vino a salvarme. Todo es llevadero, aún lo más terrible, cuando alguien te quiere y te cuida. Aférrate a Paulo, no lo alejes. Pégate a él como yo lo hice a mi fazendeiro blanco, el que me quiso contra todo y todos. En la brevedad de mi relación con él comprendí que estamos hechos de sentires y pesares y los más bellos iluminan las tormentas más oscuras de nuestra vida”.

Al despertar se sintió más calma. Consciente de su vida y dispuesta a hacerse cargo de lo que se venía. Pero antes, confrontaría a sus detractores con la mayor dignidad. Se lo debía a sí misma, no encerrarse en el dolor y dejar que este y el rencor le pudrieran el alma y terminaran impactando en lo sano y bello de su vida: su familia, su amor.

## Capítulo 25.

1.

El plan había sido ejecutado con maestría y funcionado a las mil maravillas. Los resultados eran aún mejores de lo pensando a priori. Claro reflejo de lo que una mente superior puede hacer, se jactó, y que la fortuna acompaña a los mejores.

A la luz tenue de su computadora portátil y con un vaso de buen whiskey, recordar los rostros y reacciones le provocaba una sensación casi orgásmica. En especial las de Paulo y Marcia, pobres tontos que habían sido sus objetivos.

En una jugada maestra de ajedrez había eliminado a su oponente y detractor en la empresa, se vengaba de esa negra que había osado rechazarlo y blanqueaba la falta de capital. Este último, luego del escándalo inicial y la furia, quedaba para devolver con tiempo, que era lo que siempre planificó. No había pensado quedárselo, pero su excelente performance hizo que su prometida se condoliera y prometiera ayudarlo. Como si lo necesitara. Pero no desecharía la oferta a futuro, mostraba cuan implicada estaba con él y era el resguardo para cualquier descalabro futuro.

“Pobrecita Marcia Da Cunha” pensó con sorna. “Tan ajena, tan sorprendida. Se le derrumbó el orgullo y esa postura altiva que ha tenido siempre”. Lo fastidiaba y enardecía a la vez. Como en cámara lenta recordó la carrera y golpe que su novia le propinó. Brotó en ella el atávico desprecio a los negros pero también la envidia por aquella que sabía más sensual y bella, más deseable y hembra.

Esta idea le hizo sentir un escalofrío de lujuria y su miembro lo acusó. La

había quebrado anímicamente, pero cuánto le gustaría poseerla, penetrarla, hacerla sentir en su carne y todo su ser su virilidad.

Ese infeliz de Paulo había interpuesto una muralla con su cuerpo, como el propietario que protege algo muy suyo y querido. Ese gesto de dueño de la voluntad y el cuerpo de la mujer lo molestó. No estaba acostumbrado a perder en ningún ámbito y vivía la situación como un desafío.

Lamentaba no poder extremar su juego y denunciarla para que se pudriera en la cárcel, mas era arriesgado. No era tan difícil armar pruebas pero no quería ninguna mácula en su reputación. Por ahora, era un jefe que había confiado en un empleado traidor pero se hacía responsable y salía fortalecido.

El teléfono lo sorprendió y de no haber sido Greta lo hubiera dejado sonar. Estaba cansado y no sentía ganas de atender los lloriqueos de su novia que buscaba saber como estaba, ofreciéndose a ir por él. No le apetecía, cualquier mujer lo excitaba más que esa heredera multimillonaria pero vacía, falta de pasión y calor.

– Hola, Greta, me alegra escucharte.

– Amancio. Estaba preocupada. No pude hablar a solas contigo luego de la Junta y lo necesitaba.

– Me imagino. Sé de tu sorpresa, pero solo eran sospechas hasta ayer.

– Es increíble cómo se produjo todo. Papá está muy preocupado y quiere hablar contigo. Teme que el escándalo afecte a la empresa y su prestigio, amén de la descapitalización.

– No habrá tal escándalo. Por ello decidí no denunciar y esa mujer se irá impune. Pero te aseguro no trabajará con nadie más mientras pueda evitarlo.

– Lo manejaste muy bien. Ayala, que era el más nervioso, se calmó con tu proceder. Apagaste rápidamente el incendio.

– Espero que sí – señaló satisfecho .

Si a alguien no le gustaba engañar era a Greta, pero no había opción.

– Lo que no entiendo es la opinión y la actitud de Paulo. Parece no comprender ni aceptar la gravedad del asunto.

– Esa mujer lo cegó. Está enamorado hasta el tuétano, ¿no lo ves? – reaccionó con desprecio.

Él podía desear el cuerpo de esa negra pero jamás soñaría con involucrarse seriamente con alguien de ese origen.

– Me decepciona. Pensé que luego de tantos años su lealtad estaría con nosotros – dijo ella con tristeza.

Era su amigo, al menos hasta ahora. “Un aliado menos Paulito”, pensó con burla.

– La familia es nuestro único soporte, hermanita. Por ello agradezco tanto tu apoyo.

– Lo mereces, Amancio. Bien, te dejo descansar.

Así sería, una noche de tranquilo sueño, pero luego de una vigorizante sesión de sadomasoquismo. Su libido estaba al tope, alborotada por la borrachera del triunfo.

Sobre el mediodía de la siguiente jornada se enfrentó con Paulo, que ingresó a su oficina sin golpear, tomándolo por sorpresa. Le causó cierta alarma, si algo detestaba más que perder era el enfrentamiento físico y aquel parecía dispuesto a ello. Pero comprobó que no era su objetivo.

– Paulo, adelante, siéntate.

– No te molestes. Seré breve, no andaré con prolegómenos. Sé lo que haces y cómo has manipulado toda la información a tu antojo y beneficio.

– No te entiendo – fingió sorpresa.

– No gastes energías simulando conmigo. Hace tiempo que observo cómo eres en realidad y me produces asco.

¿Asco? Se encolerizó. ¿Quién se creía para juzgarlo?

– Estás siendo duro – encajó la mandíbula procurando contenerse.



– Justo y certero, eso soy. Sé que la faceta que muestras todos los días no es la real. Te gusta la crueldad, controlar todo a tu gusto y antojo.

– Tu cercanía con esa mujer te perjudica y pierdes objetividad. Voy a fingir que no escucho tus valoraciones y destratos. Pero debes elegir. Tu lugar está entre los hombres de negocios.

– Yo decido mi lugar, no tú. Tengo muy claro donde ya no quiero estar. Manejas un peligroso juego con el dinero ajeno. Tal vez te ha salido bien hoy pero no siempre los negocios ruedan como los planeamos.

– Cuando el jugador es de excelencia y tiene respaldo, sí – afirmó sin pudor.

– ¿Llamas respaldo a acusar a una empleada y protegerte en tu novia? Poco favor te haces y al género femenino.

Esto lo enfureció. ¿Lo señalaba como un débil pusilánime que se protegía y escudaba en las mujeres?

– Ten cuidado. Tu hambre por esa negra te desquicia.

– Eres patético. Marcia es una mujer con todas las letras y no serías digno de ser felpudo para sus zapatos.

– Te gusta la carne negra – señaló despreciativo.

– Nunca entenderás una relación seria entre dos seres que se aman más allá del color y las diferencias. ¡Eres un pobre hombre! No malgasto más mi tiempo. Te comunico que mis acciones están a la venta y ya avanzadas las negociaciones con Ayala. Lo tendrás como segundo accionista de la empresa. Espero no verte más y tener años para comprobar que la vida gira y es una rueda y pone a cada quien en su lugar.

Se retiró sin esperar su respuesta, dejando la misma atracada en su garganta. Le sorprendió la decisión y le preocupó que fuera Ayala quien tomara control de más acciones. Tendría más poder y de seguro lo tendría respirándole en la nuca en forma constante, fiscalizando y metiendo su

impertinente nariz en todo. Suspiró, ya vería que hacer.

Los siguientes días fueron ajetreados, en parte por la inminencia de la inauguración del nuevo complejo de apartamentos, su niño mimado, pero también por las pruebas y preparativos para la boda, cada vez más próxima. Llegó tarde ese viernes a su casa y mientras la puerta del garaje se elevaba automáticamente revisó sus mensajes. Sintió el golpe seco en la ventanilla y lo hizo sobresaltar. Cuál no sería su sorpresa al ver a su costado a Marcia, en franca actitud combativa.

La inquietud inicial dio paso al júbilo. La muy tonta se presentaba sola, entregándose en bandeja. Bajó el vidrio y la saludó con apresuramiento, buscando frenarla y calmarla.

– Marcia, hola. Debes tener mucho para decirme y créeme que anhelaba la oportunidad de hablar contigo, más esperaba pasara un poco más el tiempo. Han sido muchos acontecimientos juntos.

La observaba y notaba que estaba confundida y furiosa y eso solo jugaría a su favor.

– ¡Usted me engañó y me usó!

– Sé que así parece, pero estos días me he dado cuenta que fui manipulado, lo comprobé. Fui un tonto que se dejó conducir. Estoy dispuesto a hablar y necesito hacerlo, créeme. Pero no aquí. Mereces hacerlo con tranquilidad. Ven, te invito a mi apartamento. Te daré todas las explicaciones que buscas.

La indecisión y el desconcierto se notaron en sus exasperados ojos y declinó.

– No, no voy a ir. No confío ya en usted.

– Lo entiendo, tienes razón. Pero al menos pasa al garaje. Es amplio y hay lugar para hablar. No podemos gritar en la calle como posesos.

Esto la conformó más y cedió, por lo cual ingresó con el vehículo y ella

caminó detrás. Sencillo, sería muy fácil. El lugar estaba desierto y él tenía acceso privado a su apartamento por un ascensor. Sería cuestión de forzarla, pero no sería problema. Las mujeres eran seres tan ingenuos y confiados.

2.

Se sentía más liviano, más libre. Los acontecimientos se habían desatado rápidos pero habían sido el necesario empujón para tomar la decisión de abandonar la empresa sin demora. Venía retrasando la misma por comodidad y cierta inquietud inevitable por lo que significaba de aventura.

Lo que sí lamentaba era que todo hubiera impactado y ensuciado a Marcia. Ese empleo había sido el catalizador en su vida, había cambiado su postura frente al mundo y la gente y hoy se sentía usada y menospreciada como antaño. Sacudió la cabeza con rabia. Maldito Amancio, pisaba todo y todos para lograr sus objetivos. Confrontarlos había sido lo mejor estos días, mostrarle que él no era uno más del rebaño que bailaba al son que él tocaba. No alcanzaba a comprender el tenor de sus negociados pero seguro algo de ilegalidad tenía.

Allá él, a partir de ahora miraría hacia adelante y ayudaría a su mujer a hacer lo mismo. Pensar en ella como su compañera lo confortó. “El amor y la paz son buenos bálsamos”, pensó. “Saldremos adelante juntos y lo haremos bien”.

Miró su reloj y decidió que antes de ir por ella pasaría por las oficinas de su abogado para continuar delineando su salida legal de la empresa. Cuando decidió vender sus acciones su primera idea fue Ayala. Tenía el capital para afrontar la compra y siempre se había mostrado interesado en expandir su papel en la compañía.

También era una pequeña venganza contra el gerente: cualquier otro sería

más fácil de manipular. Se encogió de hombros y pensó que nada le importaba de ese lugar de ahí en adelante. La excitación por el nuevo emprendimiento comenzaba a ganarlo. Mil ideas se agolpaban en su cabeza: nombres, cartera de negocios, clientes, marketing, personal. El viejo sentimiento de aventura que daba alas al espíritu.

No estaría solo y tendría a Marcia con él, como había soñado. Ella no tenía muchas opciones pero sabía que estaría encantada. Pensar otra vez en ella lo reconfortó y lo llevó a llamarla. La sacaría de su encierro, en el que llevaba días.

Gracias a eso había conocido a su familia, pues ella no deseaba salir y él tenía que verla, así que una de esas jornadas se presentó y golpeó la puerta. Joao resultó ser un hombre afable y conversador, que lo recibió con calidez. Sin haberlo visto antes, intuía que era quien podía sacar a su hija de la inquietante depresión.

Pocas explicaciones había recibido el padre y fue él quien lo puso al tanto de todo, en forma somera porque era ella quien debía hacerlo. Ante su desconcierto se mostró firme y le aseguró que todo se arreglaría y no tendrían dificultades económicas. El buen hombre le sonrió y agradeció, mientras le decía algo que le hizo confirmar que la buena madera venía de familia.

– Le agradezco sus palabras, joven. Pero le puedo asegurar que volvería a la favela mil veces si eso le devuelve la sonrisa a mi niña. Es una sombra de la mujer realizada y feliz que era hace solo unos días.

– Lo volverá a ser. Está frustrada y humillada y tiene motivos. Pero cuando comprenda que todo mejorará, la situación cambiará. Yo estoy aquí para eso, para ayudarla y no dejarla caer.

Sintió la mirada aguda que lo aquilataba como buscando radiografiar su corazón y sus pensamientos. Luego la sonrisa.

– Sé algo de los hombres, más por intuición y experiencia que por

estudio. Usted me gusta, joven. Confío que pueda hacer lo que dice.

Cada tarde desde entonces la tomaba de la mano y la llevaba a caminar, a deambular sin meta específica, a sorber el aire fresco y los tibios rayos del sol, a empaparse de la vida y el color de las calles de Río, a sentir el tacto de la arena. Buscaba inyectarle la expectativa y esperanza en el nuevo proyecto, amén de rodearla de su amor.

Ella le respondía con pasión e intuía que veía la viabilidad de su empresa y tenía aportes que hacer. Solo tenía que superar la amargura que la corroía y eso lo lograría con el tiempo. Lo había conversado con su hermana y ella estaba de acuerdo, aunque establecía algunos matices.

– Ha sido un golpe duro. Dale espacio, no la atosigues. Sé que la amas y estás entusiasmado. No dudo te quiere. Pero procesar que ha sido acusada y maltratada sin motivo cuando creía haber encontrado una zona segura luego de tanta lucha, no es sencillo. Implica restaurar la confianza en los demás y en sí misma, ya que de alguna manera ella cree que falló por no darse cuenta a tiempo de algunas cosas.

Hizo sonar su móvil ahora varias veces y no tuvo respuesta. Seguro estaba descansando. Sin embargo, luego de varios intentos un buen rato más adelante, se decidió a ir por ella. Lo recibió Ronaldo, con quien había charlado poco pero que siempre lo recibía con agrado. Lo notó algo tenso en esta ocasión.

– ¿Qué ocurre?

– Pensé que Marcia estaba con usted. Salió como una tromba hace más de tres horas y no ha vuelto.

Se desconcertó. ¿Qué podía haber pasado, donde podía haber ido?

– Tal vez fue al trabajo de Joao a visitar a su sobrina – inquirió con expectación.

La niña a veces iba con Yair y a ella le encantaba verla. Sin embargo,

Ronaldo meneó la cabeza en señal negativa.

– Ya los llamé y no está con ellos. Me preocupa, estaba inquieta y ayer habló algo de cerrar capítulos y obtener respuestas.

Un pensamiento muy preocupante lo alcanzó entonces. ¿Sería tan inconsciente e ingenua como para pensar que enfrentar y pedir explicaciones a Amancio tendría algún sentido?

– No te inquietes. De seguro pasea por ahí aclarando sus ideas – comentó al chico, asegurando que la buscaría.

A la interna no se sentía tan tranquilo. Iría por ella y el primer lugar sería la oficina, aunque ya era tarde. Mientras conducía, un mal presagio lo perseguía y aunque trataba de ahuyentarlo, ahí permanecía. La llamó algunas veces más sin obtener la ansiada respuesta. Esto no era normal; deprimida y angustiada como estaba nunca dejó de atenderlo, abrazarlo, hablar con él. Algo sucedía.

Llamó a David para consultar si la había visto. El hombre había resultado un muy buen amigo a la par de su novia Alissa, interesados por Marcia y su situación. No habían comprado la versión que corría por los pasillos y que la hundía, por amistad y lógica. Aquel trabajaba codo a codo con ella y sabía a que accedía y a qué no. No podía exponerse porque necesitaba el trabajo, pero la habían visitado y confortado, mostrando su apoyo. La respuesta de ambos fue negativa cuando les preguntó si la habían visto o hablado con ella y quedaron expectantes, pero les sugirió estar tranquilos y esperar.

3.

Volvió en sí con lentitud. Sentía la cabeza pesada y le daba vueltas. Quiso llevarse la mano a la frente pero no pudo moverse. Abrió los ojos y trató de enfocar su visión. Lo último que recordaba era estar hablando con Amancio

Do Nascimento y que este la convencía de hablar e ingresar al garaje.

Un recorrido visual por la habitación le mostró poco. Había penumbras. Cuando acostumbró sus pupilas a las mismas percibió que estaba atada a una silla y se horrorizó. Trató de sacudirse y pararse pero nada pudo lograr. El ruido atrajo a su captor que ingresó encendiendo las luces. Además del impacto de ver que era el propio Amancio, los objetos de la habitación la pusieron en estado de alerta máxima. Grilletes, distintos látigos, cuerdas. “¿Por Dios bendito, que es esta pesadilla?”

– Por fin despiertas. Me tenías preocupado. Pensé se me había ido la mano con el golpe.

– ¿Qué es esto, qué haces? – lo miraba con el pavor que no podía disimular.

– No me tutees, negra – le dijo con frialdad extrema.

Era el mismo hombre que tan afable y gentil había sido siempre con ella, pero sus ojos, su tono...eran otros. Como si de pronto una segunda personalidad se hubiera despertado en él y lo transformara en un ser casi autómatas. Tuvo miedo, mucho. Supo que ir a pedir explicaciones y confrontarlo había sido el mayor error que pudo cometer.

– Es increíble, has creído poder venir a mi casa y exigir algo. ¿Exigir tú, siendo lo que eres? Así como pensaste que tenías opción al rechazarme sin más. ¡A mí!

– ¡ Soy un ser humano igual a ti!

– Ah, el discursito de los derechos humanos. No me interesa, no te gastes. No lo compro. Este país se ha ido al diablo desde que algunos intentan convencernos de la igualdad y la justicia. Tú no eres igual a mí. Eres una asquerosa negra descendiente de esclavos. Y así te voy a tratar.

La tomó con rudeza del cabello por atrás y cortó las cuerdas, hiriéndola en las muñecas y la llevó a rastras hasta los grilletes que pendían del techo.

Pataleó y gritó buscando soltarse pero recibió un puñetazo que la hizo caer de rodillas. Sintió los grillos cerrarse sobre sus brazos y el sabor dulzón de la sangre. Sollozó. ¿Quién era este hombre? ¿Qué iba a hacer?

– No gastes energías, nadie te va a escuchar. Esta habitación es mi secreto. Relájate y trata de disfrutarlo – sonrió con perversión – . El dolor es terapéutico, querida, cuando es controlado. Aunque se me antoja que no voy a ser tan benevolente contigo. No has sido una buena niña, Marcia.

Lo vio recorrer una estantería vidriada con una variedad de instrumentos de tortura y tragó saliva con terror. Era un monstruo, no podía entender la magnitud de la transformación efectuada. Y se veía acostumbrado a infligir castigos, su llegada había sido inesperada y sorpresiva, metiéndose en la boca de un supuesto cordero que resultó ser un lobo.

– Cualquier cosa que pretendas realizar no te resultará. No te saldrás con la tuya, saben que estoy aquí y vendrán por mi cuando no aparezca. Todos sabrán que...

–¿ Eso crees? – rió – . De seguro nadie sabe que viniste, te hubieran detenido. Paulo, tu noviecito, no te habría dejado acercarte otra vez a mí. Me teme, me envidia y algo me conoce. Aunque ni se imagina toda la realidad.

De espaldas tarareaba una melodía mientras tomaba uno de los látigos. Ella se mordió los labios maldiciendo una y mil veces su estupidez y empecinamiento. Pretendió cerrar un capítulo, obtener una disculpa y una explicación y era verdad que salió sin decir dónde iba. Su hermano o su padre no la habrían dejado ir, al menos sola. Aquí estaba ahora, expuesta a un ser cruel y sin síntomas de reconocer en ella nada de humano.

– ¡Eres un psicópata, vendrán por mí!

– Y nada hallarán, querida – la miró y avanzó hacia ella – . Cuando me aburra de ti, de seguro estarás tan rota que deberé tirar tus despojos en algún basurero de Río. Eres tan prescindible, tan invisible como cualquier otro



desarrapado de la ciudad. Tal vez te busquen, pero el tiempo hará que te olviden.

Enroscó el látigo en su brazo y con su mango recorrió todo su cuerpo, arrancando de cuajo el vestido abotonado. Con el mismo instrumento, poniéndolo bajo su pelvis la elevó en el aire mientras le espetaba:

– Tal vez te gustan los miembros grandes y duros, probaremos con distintas opciones.

Sin darle tiempo a nada y a una velocidad tremenda, tomó la empuñadura con la otra mano y desenroscó el cuero del látigo y lo siguiente que sintió fue un dolor inenarrable, lacerante, que cortó piel y carne de su espalda. El latigazo fue cruel, tremendo, tanto que casi la desmayó.

“Resiste, resiste” vio la imagen de Asmina y sus brazos imaginarios envolviéndola en un amoroso abrazo. “Él quiere tu dolor, quebrar tu espíritu mientras fustiga tu cuerpo. No le des gusto. Míralo a los ojos, muéstrale de que estás hecha. Olvida el dolor, hazlo a un lado, muéstrale de qué estás hecha. Eres una guerrera bravía, mi niña, como yo”.

Levantó su vista y lo confrontó con rebeldía, las lágrimas aún rodando por sus mejillas. El elevó una vez más el látigo y lo dejó caer una vez más, cruzando su piel en otro sentido. Esta vez ahogó el grito y contuvo su llanto y lo miró de nuevo. No sabía de dónde sacaba las fuerzas pero ahí estaban. Solo el escándalo provocado por una puerta que era golpeada volvió a Amancio a la realidad, tan furibundo se aprestaba a lastimar con otros instrumentos.

Lo siguiente que vio fue a Paulo cayendo sobre el otro y golpearlo con saña y furia hasta que no pudo más, sin que aquel pudiera defenderse, tal era su sorpresa. Luego corrió hacia ella y la abrazó, para separarse horrorizado al quedar bañado en sangre. Desesperado luchó por liberarla y cuando pudo hacerlo la posó en el suelo con infinito cuidado.

– ¡Tranquila, tranquila, todo pasó! ¡Estás a salvo! ¡Estamos juntos! – Trataba de calmar sus espasmos sin tocar las heridas – . ¡No puedo creer...! ¡Tú, maldito! – fue nuevamente hacia el otro y lo golpeó.

Amancio estaba caído e intentaba levantarse, barbotando insultos y gritando por ayuda.

– ¡Nadie vendrá, grita tú ahora! – le dijo, para luego calmarse – . Déjalo, es un pobre ser.

El desprecio le corría por el cuerpo como una sensación física y mirarlo solo acentuaba su pesar. Por su dolor, pero sobre todo por haber confiado en alguien con tanta oscuridad.

– Es un criminal, un asesino. Seguro esta no es la primera vez que hace algo así.

– ¡Están en mi casa, has invadido propiedad y me has golpeado! A los ojos de todos el criminal serás tú – gritó el otro, mientras sobaba sus doloridos huesos.

– Tiene razón, lamentablemente. Lo soltarán, no nos creerán. Terminará acusándonos y seré la culpable de todo.

– ¡Tienes muy claro tu papel, negra sucia! Te...

Paulo asestó su puño como una masa en forma brutal sobre el abdomen de Amancio, que se dobló en dos sin aire, para caer luego de la brutal patada que siguió. Quedó inconsciente. Paulo ni lo miró y corrió hacia ella.

– Marcia, escucha, no pienses eso. Estás herida y corresponde a los instrumentos de este cuarto de horrores. Habrá testigos; yo mismo, el portero al que exigí me dejara entrar y está en el living. Algo sospechaba, se ve que este monstruo es un torturador algo habitual.

Respiró hondo. Le dolía todo, sentía cuchillos clavados en su espalda pero debía recuperarse.

– Sabes cómo funciona todo y la Justicia en particular. Soy una mujer de

la favela, una negra. Él es un todopoderoso hombre descendiente de una estirpe de décadas. Déjame un momento – respiró y trató de levantarse. Paulo corrió a auxiliarla.

– Esto haremos – le señaló – . Tomaremos fotografías de la habitación y de mis heridas. Que el portero vea y graba sus palabras, si se atreve a decir algo. Guardaremos todo y lo amenazaremos con exponerlo a la prensa y con el escándalo mediático si pretende denunciarnos por algo de esto o la empresa.

– ¡ Es un torturador, no podemos dejarlo impune! ¡No con lo que te ha hecho!

– Quedará impune igual. No se atreverán a tocarlo. Pero si hacemos eso tendremos algo en su contra . Si se acerca a nosotros o nuestra familia verá expuesta su doble vida. No creo le guste. No le pasará nada grave pero el escándalo lo enlodará y a su familia y lo pondrá en el ojo de la gente. Verán lo monstruoso que es. Seguro eso lo detiene más que cualquier amenaza o denuncia que podamos hacer. Lo quiero fuera de mi vida y para ello necesito un resguardo.

Vio que Paulo sopesaba la idea y al final se convencía. Claro que hubiera deseado exponerlo y denunciarlo. En un mundo ideal eso sería lo correcto, lo justo, que pagara por sus delitos. Pero en la realidad todo se tergiversaría. Sus deseos de reparación y de justicia quedarían pisoteados. Así que él procedió a filmar con su teléfono móvil cada rincón de la habitación y las heridas, preguntándole lo que había pasado. El portero, increíblemente, cedió luego de prometerle que solo se haría público de ser necesario y le asegurarían un empleo de necesitarlo. El pobre dependía de ese maldito.

Al volver en sí amenazó con denunciarlos y recibió la amenaza más calma que jamás había escuchado:

– Si te vuelves a acercar a Marcia, te puedo asegurar que sacaremos a la

luz todo el material que hemos recabado y tenemos suficiente para que salga en todos los diarios, redes sociales y revistas. Se harán un festín contigo los buitres de espectáculos, por cierto. La prensa lo considerará una bomba. Te salvas de denuncia y más porque mi mujer es demasiado coherente y generosa y no crees valga la pena. Tu familia, tus amigos, tu rica prometida... Todos recibirán copias de tu nidito asqueroso de los horrores, tus juguetes.

Resollaba enloquecido pero sopesaba lo que escuchaba y terminó asintiendo, con el odio más intenso que una mirada podía expresar. Paulo la ayudó a incorporarse y antes de salir de la casa y la vida de ese energúmeno, psicópata social lo miró con el mayor de los desprecios.

– Nunca imaginé lo poquito que se puede ser teniendo todas las oportunidades para realizarse como un buen ser humano. ¡Qué la vida te ponga en el lugar que mereces, Amancio Do Nascimento! Y lo hará, seguro que lo hará.

Salir de ese lugar fue volver a vivir. Miró a Paulo y se recostó a su hombro. Este la cubría como podía, pero sus heridas requerían atención y pronto una emergencia móvil acudió al llamado y realizaron las primeras curaciones. Inmediatamente luego iría a su centro asistencial.

– Estas heridas van a dejar profunda huella – le dijo uno de los enfermeros – . ¿Son latigazos?

Asintió, Paulo se encargaría de las explicaciones, que no serían fáciles.

Tenía otras marcas en el alma, no tan visibles como los cortes pero igual de dolorosas. Seguro serían el recordatorio de sus errores para mirar mejor en el futuro. No era buena jueza de personas. Pero eran también la reafirmación que tenía a su lado al mejor hombre que podía pedir, a su salvador en todo sentido.

– Marcia – le dijo él mientras eran trasladados hasta el centro médico que

mencionó, donde trabajaba un gran amigo al que ya había contactado para que hiciera las curaciones sin derivar preguntas a la Policía – . Casi enloquecí cuando no podía encontrarte. Tuve un muy mal presentimiento cuando no me contestabas.

– ¿Cómo me encontraste? – tocó su mejilla.

Nunca podría agradecerle suficiente. La había salvado de una muerte inminente. Amancio estaba dispuesto a torturarla, matarla y hacerla desaparecer. Tan cerca de su vida uno de los psicópatas al estilo de las series americanas, parecía irreal.

– No tienes amigos, salvo David y Alissa y no te habían visto. Tu familia no sabía de ti. No estabas paseando por los lugares habituales. Solo podías estar en la empresa o en algún lugar vinculado con Amancio. Tu hermano me dijo que querías cerrar capítulos.

– Agradezco a Dios que hayas sido tan eficiente y sagaz.

– ¿Qué pensabas? – reprochó.

– Quería que me explicara, que me dijera en la cara lo que pasó, sus acusaciones. O que se retractara. Jamás habría imaginado algo así – se estremeció.

– Yo tampoco. Sabía que andaba en algo, pero nada como esto. Llegué al edificio y me acerqué al pequeño local contiguo. Te describí y una empleada dijo haberte visto esperando cerca del garaje. Luego averigüé si Amancio estaba y el portero afirmó que sí. Vi algo raro en su expresión y lo presioné, lo amenacé, bah.

Lo miró sorprendida.

– Le dije que seguía un rastro y te describí. Él estaba en la cochera guardando unos objetos y presencié cuando Amancio ingresó y te golpeó, llevándote como una bolsa por el ascensor. Entonces enloquecí y lo llevé conmigo y le hice abrir la puerta. Lo otro ya lo sabes.

Se emocionó. Cualquiera otro, celoso como era él, hubiera pensado lo peor. Él confió. Los nervios, el miedo, el amor y el dolor de pronto le comenzaron a pasar factura y él lo notó.

– No digas nada, es suficiente. Todo pasó. Dejaremos esta pesadilla atrás y estaremos juntos. No quiero nada más ni nada menos.

Besó sus labios y acarició su cabello, recostando su cabeza en el hombro protector de su amado. Estaba a salvo, estaba bien y el futuro era el único lugar adonde mirar.

## **EPÍLOGO**

La inmensidad del mar adelante, la brisa soplando fresca y la visión de la ciudad al costado, bien abajo, eran regalos que solo un morro de Río podía ofrecer: el que sostenía a la Rocinha. Aquí estaba una vez más, como tantas veces, disfrutando de la vista desde el sitio del que siempre quiso escapar. Y lo había logrado. Podía decir con felicidad que tenía un hogar en un lugar nuevo, cómodo, tranquilo de Río de Janeiro.

Un año había transcurrido desde los acontecimientos que casi acaban con su vida. Un año glorioso, de logros y felicidad. Paulo había encarado un camino exitoso con su nueva empresa, contando con su apoyo moral pero sobre todo sus consejos y asesoría financiera. Su formación profesional volvía a tener utilidad y realce, ahora desde un puesto gerencial de la compañía en pleno crecimiento de su novio – amante y ahora esposo. Los negocios mejoraban y el prestigio de él crecía, lo que aseguraba buenos y nuevos contratos.

Su relación se había afianzado día a día, beso a beso, marcada por el cariño, la pasión y la convicción de ser almas gemelas. No tardó en conocer a su cuñada y a las adorables sobrinas de Paulo, que la enamoraron con su sencillez, candor y don de gente. Sus reticencias se limaron y pronto su familia hacía buenas migas con Paulo.

Un día cualquiera él le propuso casamiento y con la misma sencillez ella aceptó. Sin protocolo, sin grandes preparativos, unieron nombres y vidas en una sencilla ceremonia en la que estuvieron los pocos que tenían que estar, quienes habían sido baluartes, apoyos o compañeros de la vida de ambos.

Enorme contraste fue el suyo con la gigantesca cobertura mediática que recibió la boda de Amancio con Lucía Salvattore. “Hombre de negocios”,

“prohombre de la sociedad carioca”. “soltero ideal”, “bello candidato”, “soltero más codiciado” en términos periodísticos, une su vida con la heredera más rica de Río. Fiesta selecta, invitados de importancia mayúscula, comida gourmet, regalos impresionantes. Parecía un cuento de hadas, para el resto. Ellos conocían la verdadera esencia del hombre y no podían evitar lamentarlo por la mujer, aún cuando no había tanta luz en ella tampoco. “La fiesta es una bella fachada para dos seres que se merecen” había sentenciado su cuñada. Lejos estaban de sus vidas, por fortuna nunca más cruzarían caminos y tenían sus recaudos por las dudas.

Aquí estaba ahora, en su origen. No había vuelto antes y decidió hacerlo ahora por última vez, ya que Yair se mudaba hacia el centro de Río, con lo cual toda la familia Da Cunha decía adiós a la favela. La felicidad en la que vivía ahora le hacía dimensionar las cosas de otra manera. Sí, claro que agradecía haber podido salir de allí con su familia; obvio que era un lugar peligroso, donde las oportunidades eran pocas y malas. Pero ella había forjado su personalidad allí. Entre lágrima y algunas alegrías. No podía dejar de ver ahora, desde las lejanías, las cenas humildes pero felices con sus hermanos, los juegos en las callecitas, los abrazos contenedores y las historias interminables que le dieron fe y esperanza.

El problema no era solo el lugar. Era también de visión. Y su padre la había tenido clara. Hoy y desde lo más alto del cerro, agradecía a todos quienes la habían fortalecido. A la entrega de Joao, su amor y confianza incondicional. A sus hermanos por su apoyo, ayuda y protección, felizmente trabajando ambos en lo que deseaban. A Paulo, su amor. A su madre y Asmina, conjugadas en su mente como una, tal vez espíritus, tal vez su yo mismo, por impulsarla en sus peores momentos y no dejarla caer.

Su realidad era ahora bien distinta, pero todavía estaban ahí aquellos que no comprendían de amores mezclados, de razas fusionadas, de amores inter



raciales. Más de una vez la pareja había notado el desdén en las miradas de quienes se sentían más. Algunos lugares estarían vedados para ambos, esos que se reservan el derecho de admisión. ¿Pero para qué querrían ir a sitios donde no los aceptaban? No merecían su presencia. Ella había comprendido que la vida es demasiado corta para perderla buscando aceptación en quienes son incapaces de percibir la esencia de las personas.

– La vista es maravillosa, querida. Nunca había estado aquí...Pero me pone algo nervioso, me miran raro – señaló Paulo acercándose.

Sin dudas, era un ajeno. Los faveleiros leían bien a los suyos y este hombre no lo era. Sonrió.

– Mi amor, brindaba mentalmente por todos los dones recibidos. Ya nos vamos – se incorporó y él la ayudó presuroso.

Su barriga de seis meses se recortó contra el paisaje como una postal, un homenaje a la vida y el amor. No lo habían planeado pero habían recibido con alegría la noticia del embarazo. Era el fruto de su intensa pasión y cariño. Tan cursi como sonaba, era real.

– Con cuidado. ¡No sé como insististe en subir todos esos escalones!

Sonrió. Toda la vida lo había hecho, se sentía más pesada pero su entrenamiento estaba ahí.

– Espera. No quiero irme sin decirte esto aquí y ahora, Paulo.

La miró con extrañeza.

– Eres un compañero excepcional, un colega extraordinario.

Él levantó una ceja, sin entender adónde iba con su discurso.

–Pero sobre todo eres el amor de mi vida. Y no me van a alcanzar los años para agradecerte todo.

–Pues tendremos que apostar a una larga y fecunda vida juntos. ¿No lo crees?

Asintió y lo besó, recibiendo el cálido abrazo de su amante, para luego

emprender lento el camino hacia la casa de Yair y posteriormente a su hogar. Un lugar preparado para afrontar los vaivenes que la vida tuviera para ellos y para recibir al que sería uno de los varios hijos que deseaba parir. Hijos mulatos, a los que trataría de criar fuertes, sanos, felices y libres. Sin las cadenas que impone el odio, ni el rencor, ni la pobreza. Con las alas de la esperanza, la responsabilidad, el trabajo y el amor.

Elevó su rostro al cielo antes de iniciar el descenso y por un instante, solo como una fugaz luz, le pareció ver a una negra sonriente que caminaba sinuosa entre las nubes. Quien no creyera en ángeles de la guardia, jamás entendería que su Asmina velaba por ella desde el albor de los tiempos y hasta el final de sus días.

**FIN**

Querido lector, te agradezco hayas llegado hasta aquí.

Espero hayas disfrutado la lectura de esta novela, tanto como yo al escribirla. Si te sientes inspirado, tal vez puedas dejar tu reseña en Amazon o Goodreads, como forma de incentivar a mejorar.

Te invito a continuar descubriendo mis libros.

Puedes acceder a mi blog:

[abadisabella.blogspot.com](http://abadisabella.blogspot.com).

Sigue este link para recibir relatos gratis y novedades: [eepurl.com/cLmx4j](http://eepurl.com/cLmx4j)

Para acceder a mis novelas en Amazon: [amazon.com/author/isabellaabad](http://amazon.com/author/isabellaabad)

---

[1] En Brasil los hijos llevan primero el apellido de la madre.